



Escritos diversos de 1870 a 1874

Antonio García Cubas

Señor don Mariano Bárcena

La afectuosa amistad que a usted me liga, y el justo homenaje que rindo a su inteligencia e interesantes trabajos científicos, trabajos que le auguran un brillante y honroso porvenir, me han decidido a hacer pública la manifestación de mis sentimientos, poniendo el nombre de usted al frente de este libro.

Acepte usted, por tanto, esta dedicatoria como un testimonio del sincero cariño que le profesa su amigo

Antonio García Cubas.

20 de Noviembre 1874.

-1-

Materiales para formar la estadística general de la República Mexicana
Apuntes relativos a la población

En diversas épocas se ha intentado la formación del censo de la República, y pocas veces se ha obtenido, aunque de una manera imperfecta. Muy conocidas son las causas que se oponen a esta clase de trabajos estadísticos, y no me ocuparé, por tanto, en su enumeración.

Sin embargo, creo que los resultados obtenidos en la formación del censo, no están distantes de la verdad, y revelan un crecimiento lento de nuestra población, cuyas

causas es muy conveniente estudiar; objeto que me he propuesto, aunque no con la extensión que tal asunto merece, por carecer de los datos necesarios.

Para investigar la exactitud de los últimos datos acerca de la población de la República, es preciso recurrir a los censos que en épocas distintas se han publicado, para compararlos con el último, teniendo en cuenta las diferencias entre -2- nacidos y muertos, y tomando por base el antiguo censo que inspire más confianza.

Don Manuel Orozco y Berra publicó en la Memoria del Ministerio de Fomento (1857) un interesante artículo, como todos los que son obra de su talento. Discutiendo en dicho artículo los mejores datos oficiales que pudo procurarse, consignó un verdadero monumento estadístico, cuyo final resultado dio la cifra de 8.281.403. La confianza que deben inspirar los trabajos del señor Orozco, por su reconocida aptitud, y el conocimiento que tuve por los datos oficiales que sirvieron para el indicado artículo, puesto que fueron los mismos de que me serví para el censo que consigné en el Atlas, y me dieron el resultado de 8.283.088, cifra que en muy poco difiere de la anterior, me han decidido para los cálculos de hoy, a tomar por base el censo obtenido por el señor Orozco. Partir para esta operación de los datos más antiguos sería inútil, puesto que ya esta tarea ha sido hábilmente desempeñada por persona competente.

Estado de Aguascalientes

Según la Memoria del señor Orozco, la población de Aguascalientes, conforme a la noticia remitida por el Estado en 5 de Febrero de 65 (que -3- debe referirse a 1864), ascendió a 83.837 habitantes.

La noticia oficial que se ha recibido en el Ministerio de Gobernación últimamente (1869) da 139.115 habitantes, distribuidos de la manera siguiente:

Ciudad de Aguascalientes

31.872

Demarcación del partido

33.996

Municipalidad de Jesús María

8.237

Calpulalpam

5.823

Demarcación del partido

18.619

Calvillo

6.891

Demarcación del partido

14.308

Ocampo

3.146

Demarcación del partido

11.427

Municipalidad de Tepezala

4.796

Número total de habitantes

139.115

Es decir, que según ambos documentos, la población aumentó en 14 años, 63.278 habitantes; el promedio que resulta por la comparación de los datos de movimiento de la población, en tres años, me da una cifra de 2.000 individuos por año en favor de la

población, o en 14 años 28.000, que sumados a los del censo de 1834, dan para 1868 el guarismo de 113.837 habitantes, -4- que adopto prudentemente como más aproximado.

Estado de Campeche

El dato que publiqué en mi Carta general (1863) tomado de la obra de don Tomás Aznar Barbachano, expresaba 86.453 habitantes como censo del Estado en 1858. La Memoria presentada por el gobernador a la legislatura en 1869, consigna 80.366 habitantes, distribuidos de la manera siguiente:

| |
|-----------|
| Campeche |
| 19.553 |
| Carmen |
| 10.753 |
| Chenes |
| 16.943 |
| Calkini |
| 20.506 |
| Champoton |
| 12.611 |

| |
|--------|
| Suma |
| 80.366 |

Si ambos documentos son exactos, como es de creerse, revelan un decrecimiento deplorable en la población, debido sin duda alguna, a la funesta guerra de castas de la península.

Estado de Coahuila

Orozco y Berra asigna para 1856 al Estado 67.598 habitantes. Las últimas noticias del Ministerio -5- de Gobernación dan 93.150 habitantes, según consta a continuación:

| |
|------------|
| Saltillo |
| 34.721 |
| Parras |
| 10.268 |
| Viesca |
| 11.322 |
| Mouclova |
| 23.425 |
| Río Grande |
| 13.414 |

| |
|--------|
| Total |
| 93.150 |

Ningún dato verdadero he podido adquirir respecto del movimiento de la población, pues del que consta en la Memoria del Gobierno del Estado (1869) ningún resultado puede obtenerse, por ser formado por el registro civil que, como es sabido, presenta con exactitud su estado de defunciones, pero sumamente incompleto el de nacimientos. Debe admitirse el último dato, pues apenas manifiesta una diferencia de 25.000 en favor

de la población en el período de doce años, o próximamente 2.000 individuos por año, que no puede considerarse exagerada.

Estado de Chiapas

La Memoria de 1857 da al Estado la población de 167.472 habitantes.

-6-

Las noticias del Ministerio de Gobernación 193.987, de la manera siguiente:

San Cristóbal las Casas

46.750

Comitán

36.364

Tuxtla Gutiérrez

23.545

Pichucalco

15.027

Chiapa

19.799

Chilón

17.845

Soconusco

13.545

Palenque

9.479

Simojovel

11.633

Suma

193.987

El aumento que ha habido en doce años es de 26.515, o próximamente 2.200 al año, que corresponde a cerca de 1½ por ciento.

Estado de Chihuahua

La Memoria de 857 da 164.073 habitantes. Los datos del Ministerio de Gobernación 179.971, comprendiendo 15.000 indios tarahumares no empadronados.

Distrito

Iturbide

51.643

Cantón

Rayón

6.841

-7-

Cantón

Arteaga

10.266

"

Matamoros

5.770

"

Galeana

3.354

"

Victoria

8.000

Distrito

Hidalgo

46.694

"

Bravos

7.617

"

Guerrero

12.324

"

Mina

12.462

164.971

Apaches no empadronados

15.000

179.971

Ha aumentado la población en doce años, según ambos documentos, 15.898 habitantes, que corresponden al año 1.325 individuos por término medio, y menos de uno por ciento. El cálculo no es, por tanto, exagerado, y debe admitirse.

Estado de Durango

Memoria de 1857

144.331

habitantes

El censo último

173.402

"

Distribuidos de la manera siguiente:

-8-

Distrito de la capital

37.305

Tamazula
16.239
Nombre de Dios
16.025
San Juan del Río
16.227
Cuencamé
15.449
Papasquiario
15.893
El Oro
8.055
Mapimí
12.988
Nazas
8.420
Mezquital
11.034
Indé
7.740
San Juan de Guadalupe
5.466
San Dimas
2.561

173.402

El aumento que conforme a estos documentos ha tenido el Estado en el período de doce años, es de 29.611 individuos, o sean 2.467 por año; aumento que corresponde a 2 por ciento próximamente.

El movimiento de la población en 1856 fue:

Nacidos

8.227

Muertos

5.586

Que revela alguna conformidad con el término medio anterior.

El dato del ministerio de Gobernación me parece no hallarse distante de la verdad.

-9-

Estado de Colima

El censo que de este Estado publiqué en el Atlas, era de 61.243. El movimiento en 1855 dio una diferencia en contra de la población, de catorce individuos, según se ve por el siguiente dato:

Varones

Hembras

Total

Nacidos

697
666
1.363
Muertos
755
622
1.377

Diferencia en contra
14

La población en los años subsecuentes ha de haber disminuido de una manera notable, pues el padrón que últimamente remitió el Gobierno del Estado (y en el cual se debe tener entera confianza por haberse practicado por segunda vez las operaciones para rectificar las primeras), solamente da para 1868 la población de 48.649 habitantes, distribuidos de la manera siguiente:

Municipalidad de Colima

30.404

Villa de Álvarez

6.336

Comala

4.769

Coquimatlán

2.738

Tecumán

2.003

Ixtlahuacán

1.429

Manzanillo

970

48.649

-10-

De manera que en doce años ha perdido la población 12.594 individuos; mil sesenta en el año, o más de dos por cada cien habitantes.

Evidentemente las causas principales de esta deplorable disminución, han provenido de la guerra civil, y muy particularmente de lo insalubre de la parte del Sur y Sur Oeste del Estado, debido en una gran parte a la incomunicación de la extensa laguna de Cuyutlán con el mar.

Estado de Guanajuato

Acerca de este Estado de Guanajuato, que por la proporción en que se encuentra su población respecto de su extensión territorial, se ha considerado como el más poblado de la República, se nota una gran diferencia entre los diversos datos que en distintas épocas se han publicado.

La Geografía de Almonte le da (1852)

713.388

Anales de Fomento, (1852)

718.775

Dato oficial, (1855)

672.809

Cuadro sinóptico, (1856)

697.270

Atlas de la República, (1857)

874.073

Memoria de Fomento, (1857)

729.103

Carta general, (1863)

874.000

Datos de gobernación, (1868)

729.988

-11-

Debo advertir que el dato de que me serví tanto para el Atlas como para la Carta general, constaba en la estadística del Estado que mandó formar el Ministerio de Fomento; los informes que después he adquirido respecto del procedimiento que empleó el comisionado para formar el censo, me han convencido de la muy poca confianza que aquel dato merece.

Tomemos para nuestros cálculos el dato oficial de 1855, que da para el censo del Estado 672.809.

El movimiento en favor de la población:

En 1855

13.682

En 1856

18.155

Suma

31.837

Término medio

15.818

Que corresponde a un aumento de dos y un quinto por ciento. Para no errar por exceso, admitiremos por término medio el uno y medio.

En doce años la población habrá obtenido un aumento de 125.508 individuos, que dan para 1868, 822.778 habitantes.

Los datos del Ministerio de Gobernación son los siguientes:

-12-

Departamento de la capital

Guanajuato

56.012

La Luz

13.670

Silao

30.738

Romita
15.352

Irapuato
25.640

Cuitzeo
20.626

Salamanca
22.889

Pueblo Nuevo
2.438

Valle de Santiago y Congregación del Jaral
21.782

Pénjamo
23.166

Congregación de Cuerámara
4.800

237.113

Departamento de León
León
78.930

San Francisco del Rincón
16.127

Purísima del Rincón
6.919

Piedragorda
17.404

119.380

-13-
Departamento de Celaya
Celaya
29.203

San Miguel de Octopan

171

Rincón de Tamayo

208

San Juan de la Vega

413

Apaseo, San Pedro, Tenango, San Bartolo Ixtla

16.820

Santa Cruz

11.607

Cortázar y el Guaje

11.877

Tarimoro

7.265

Salvatierra

21.688

Moroleón

6.832

Yuriria

17.992

Uriangato

4.868

Maravatio

2.055

Acámbaro

15.671

Tarandacuao de la Constancia

2.567

Irámuco

1.471

Tócuaro

381

Jerécuaro

10.510

Coroneo
2.753

Chamacuero
7.844

Neutla
2.776

174.972

-14-
Departamento de Allende
Allende
36.911

Hidalgo
44.883

San Felipe
35.984

San Juan de Ocampo
4.960

San Diego del Bizcocho
11.780

134.518

Departamento de Sierra-Gorda
San Luis de la Paz
19.464

Mineral de Pozos
4.356

Iturbide
16.989

Tierrablanca
5.320

Santa Catarina
1.627

Victoria
10.685

Xichú
3.183

Atarjea
2.381

64.005

Suma

729.988

Sabido es que en los lugares mineros el movimiento de la población está sujeto a las eventualidades de las minas; pero éstas en Guanajuato, -15- aunque no se encuentran en el estado floreciente de otros tiempos, su decadencia no ha llegado al grado de influir de una manera notable en la disminución de la población. Bien pudiera por dicha causa haber decaído ésta en los minerales; pero en cambio las poblaciones industriales como León, Salamanca y Celaya, así como la agricultura en los ricos terrenos del bajío, habrían ganado los brazos que abandonarían los trabajos de las minas, si otra causa muy poderosa no lo hubiera impedido: la funesta guerra de intervención, que hizo sentir sus consecuencias en Guanajuato tanto como en la mayor parte de los Estados de la República. Por todas las razones expuestas, creo prudente tomar un término medio entre el resultado que da el cálculo y el último dato oficial.

El cálculo da

822.778

habitantes

El último dato

729.988

"

Suma

1.552.766

Término medio

776.383

Que a mi juicio es el censo probable para 1868, el cual revela un aumento de 47.280 individuos respecto del dato del señor Orozco y Berra, y corresponde a menos de medio por ciento anual.

-16-

Estado de Guerrero

En la mayor parte de obras estadísticas publicadas, se le da al Estado 270.000 habitantes; pero este dato es incierto, por haberse formado de noticias aisladas que no inspiran mucha confianza. Según creo, hoy es la primera vez que tenemos un dato completo y oficial de aquella parte de la República, y es el que debe admitirse.

La noticia recibida por el Ministerio de Fomento, es la siguiente:

Distrito del centro

28.543

Chilapa

15.359

Tavares

16.601

Ometepec

17.558

Allende

13.819

Morelos

41.593

Hidalgo

39.322

Mina

29.070

Aldama

23.052

Galeana

16.973

241.860

-17-

Estado de Jalisco

El Ministerio de Gobernación posee los datos únicamente de siete cantones, y son para mí tan inexactos, que no deben figurar en el censo general de la República. Para demostrar su inexactitud, nos bastará comparar dichos datos en lo que concierne al Cantón de Guadalajara con los de la estadística del señor Banda, que merecen mucha confianza, tanto por el sello de veracidad que revela su estadística, como por la procedencia de los datos.

Datos de Gobernación, (1869)

82.668

Datos de Banda, (1855)

200.703

Diferencia en favor de los datos de Banda

118.035

Diferencia enorme, que es tanto más de notar, cuanto que los datos de Banda se refieren a una época mucho más atrasada.

Según los datos oficiales que en 1857 tuve a la vista para la formación del Atlas de la República, la población de Jalisco constaba en aquella época de 804.058 habitantes.

-18-

Corregido este dato después por personas que conocen bastante la población del Estado, según lo expresa el señor Banda en su estadística (Boletín de la Sociedad de Geografía, tomo 11, página 612), la población del Estado para 1857 daba un total de 822.229 habitantes, distribuidos de la manera siguiente:

Cantón de Guadalajara

162.807

Cantón de Lagos

158.894

Cantón de la Barca

108.993

Cantón de Sayula

54.918

Cantón de Ahualulco

88.709

Cantón de Autlán

56.657

Cantón de Tepic

74.642

Cantón de Colotlán

48.782

Cantón de Zapotlán

67.825

822.229

Según los pocos datos que he podido reunir sobre el movimiento de población, el aumento de ésta se efectúa en la relación de uno por cada cien individuos. Calculando con esta base, resulta que la población para 1870 debe ser de novecientos treinta y siete mil trescientos treinta y siete.

-19-

En la misma estadística del señor Banda se consigna el censo de la población formado en vista de los datos ministrados por los ciento veintiún curatos que comprende el Estado de Jalisco.

La población del Estado para 1855, según estas noticias, es la que sigue:

Población de los diez y ocho curatos que comprende el cantón de Guadalajara

200.713

Ídem de los ocho curatos que encierra el cantón de Lagos

143.372

Ídem de los diez y ocho curatos del cantón de la Barca

128.115

Ídem de los veintiún curatos del cantón de Sayula

154.704

Ídem de los catorce curatos del cantón de Etzatlán

108.871

Ídem de los doce curatos del cantón de Autlán

71.157

Ídem de los doce curatos del cantón de Tepic

64.585

Ídem de los ocho curatos del cantón de Colotlán

53.063

Suma

924.580

-20-

Si admitimos este mismo dato para 1870, despreciamos el aumento que en los diez y seis años debiera haber tenido la población, y el cual sería de 73.966 almas; cifra que puede compensar la pérdida de la población por la guerra civil, la de la intervención, y sobre todo por la emigración a los Estados circunvecinos.

No vacilo en aceptar los datos anteriores, dados por los curas de las diócesis de Jalisco, por dos razones: primera, porque es sabido que los curas son los poseedores de los mejores datos respecto de población; y segunda, porque deben inspirar mayor confianza los trabajos ejecutados por mayor número de personas que a consecuencia de la subdivisión administrativa están en aptitud de conocer más la localidad cuanto menor sea la extensión de ésta.

Estados de México, Hidalgo y Morelos

En 1856 se señalaban al antiguo Estado de México 956.519 habitantes, deducida de esta cifra la suma de 56.035 que correspondían al Distrito de Tlalpam, perteneciente al Distrito Federal.

-21-

La Memoria del Ministerio de Fomento consignó la suma de 27.585 individuos de aumento anual a la población, cifra que corresponde a 2,7 por ciento; si admitimos solamente para nuestros cálculos el 1½, se tendrá para 1870 un aumento en los doce años de 172.273 habitantes, cifra que agregada a la anterior cantidad produce para el censo del Estado en el año a que me refiero, 1.128.774.

Para obtener una mutua comprobación entre el cálculo y los datos remitidos por los gobernadores de los Estados en que últimamente se ha subdividido el antiguo de México, y son Hidalgo, México, y Morelos, consigno aquéllos para compararlos.

Población del Estado de Hidalgo

1868

Atotonilco el Grande

25.558

Actopam

40.867

Apam

12.284

Jacala

14.580

Huichapam

31.949

Huejutla

51.988

Metztitlán

23.552

Pachuca
45.243
-22-

Tulancingo
43.603
Tula
28.353
Ixmiquilpam
41.163
Zacualtipán
28.235
Zimapán
16.832

Número de habitantes

404.207
Estado de México
Toluca
77.143
Tenango
46.325
Tenancingo
35.113
Ixtlahuaca
57.543
Lerma
37.371
Villa del Valle
30.102
Jilotepec
42.042
Sultepec
38.466
Temascaltepec
26.269
Tlalnepantla
34.563
Cuautitlán
30.189
Zumpango
25.038
Otumba
31.633
Texcoco
40.931
Chalco
46.461

Número de habitantes

599.189

-23-

Estado de Morelos

Cuernavaca

33.481

Yautepec

16.039

Cuatla

22.605

Jonacatepec

19.511

Tetecala

29.462

Número de habitantes

121.098

Resumen

Estado de Hidalgo

404.207

Estado de México

599.189

Estado de Morelos

121.098

1.124.494

Resultado que difiere poco del obtenido por el cálculo, y debe en mi concepto admitirse.

Estado de Michoacán

Por los informes que he adquirido, el gobierno del Estado de Michoacán es uno de los que más empeño han tenido en la formación del censo, y los datos que ha remitido deben considerarse como exactos, hasta donde es posible que lo sean, atendiendo a las dificultades que se presentan en la ejecución de obra de esta naturaleza; sin embargo, debemos proceder a nuestros cálculos, aunque no sea más que para investigar la importancia del movimiento de la población.

La cifra que obtuve para mi Atlas geográfico fue la misma del Cuadro sinóptico, la cual ascendía en 1856 a 491.679.

Los datos del Ministerio de Gobernación dan la siguiente:

Morelia

96.371

Zinapécuaro

37.800

Maravatio

41.823

Zitácuaro
37.979
Huetamo
29.600
Tacámbaro
25.900
Ario
23.590
Pátzcuaro
28.612
Uruapam
41.377
Apatzingán
13.996
Coalcomán
9.573
Los Reyes
16.154
Jiquilpam
30.275
Zamora
46.765
La Piedad
48.097
Purépero
28.734
Puruándiro
61.426

618.072

-25-

Este resultado manifiesta, comparado con el anterior, que en doce años la población de Michoacán ha tenido un aumento de 126.393 habitantes, que corresponden a 1,7 por ciento al año.

Estado de Nuevo-León

La Memoria del Ministerio de Fomento consignó 145.779 habitantes para el censo del Estado en 1856.

Los datos de gobernación dan 174.000 distribuidos de la manera siguiente:

Monterrey
47.818
Cadereyta
15.012
Villaldama
11.870
Salinas Victoria
11.480

Doctor Arroyo
22.233
García
14.223
Montemorelos
20.232
Cerralvo
10.139
Linares
20.993

174.000

Calculando el aumento de la población en doce años $1\frac{1}{2}$ por ciento que me indican los datos que tengo a la vista, resulta la cifra de 170.268, que está en consonancia con la anterior.

-26-

Estado de Oaxaca

La Memoria del gobernador en 1852, daba al Estado 542.938 habitantes (Memoria de Fomento). El movimiento de la población en tres años dio la suma de 27.695 habitantes en favor de ella, o sea por término medio al año 9.232, que corresponden a 1,7 por ciento. En diez y seis años la población debía haberse elevado a 690.750 habitantes. El censo que últimamente ha remitido el gobierno del Estado al Ministerio de Gobernación, sólo le da 601.850, que en diez y seis años corresponde a menos de 1 por ciento de aumento anual.

Desde luego se advierte, en vista de tales datos, cuáles son los Estados de la República que más población han perdido en la guerra de intervención.

Los últimos datos son los que a continuación se expresan:

Centro
47.220
Coixtlahuaca
12.553
Cuicatlán
14.383
Choapam
8.958
Ejutla
14.189
-27-

Etla
20.242
Huajuapam
34.129
Jamiltepec
28.155
Juchitan

27.916
Juquila
14.136
Juxtlahuaca
11.288
Miahuatlán
27.764
Nochistlán
27.564
Ocotlán
25.085
Pochutla
9.767
Silacayoapam
20.590
Tehuantepec
17.684
Teotitlán del Camino
21.361
Teposcolula
23.260
Tlacolula
32.226
Tlaxiaco
35.687
Tuxtepec
16.108
Villa Alta
34.837
Villa Álvarez
38.083
Villa Juárez
19.041
Yautepec
19.624

601.850

Estado de Puebla

El censo que se ha formado del Estado en diversas épocas, marca diferencias muy notables, -28- y demuestra que en Puebla más que en ningún otro Estado de la República, la guerra civil y de intervención han hecho sentir sus funestas consecuencias.

La Memoria del gobierno del Estado en 1849, dio el censo de 683.725, sin incluir los Distritos de Tlalpa y Ometepec que se segregaron para formar parte del Estado de Guerrero, así como el de Tuxpam, que se agregó a Veracruz; para 1865 la estadística consignó la cifra de 655.882; don Pascual Almazán 830.000 en su Carta de Puebla que publicó en 1868, y los últimos datos 688.788. Si comparamos las dos noticias oficiales

(1849 y 1869), resulta que el aumento que ha tenido la población en diez y ocho años, apenas da la cifra de 5.063. Comparados los censos de 849 y 855, se nota una diferencia en contra de la población, de 27.843 habitantes. Si tomamos por base para nuestros cálculos la cifra que corresponde a la estadística que mandó formar el Ministerio de Fomento, tendremos:

En 1855

655.882

En 1868

688.778

Diferencia en favor, en trece años, que corresponde a menos de ½ por ciento al año

32.896

-29-

El censo que últimamente recibió el Ministerio de Gobernación, y al cual me refiero, es como sigue:

Acatlán

36.176

Atlixco

36.805

Chalchicomula

44.861

Chiautla

26.740

Cholula

31.768

Huachinango

21.587

Huejocingo

21.364

Matamoros

32.565

Pahuatlán

18.300

Puebla

70.916

San Juan de los Llanos

30.196

Tecali

24.199

Tecamachalco

38.010

Tehuacán

50.942

Tepeaca

31.788

Tepexi

41.184

Teziutlán

19.630

Tetela
30.314
Tlatlauquitepec
14.749
Zacapoaxtla
23.376
Zacatlán
43.318

688.788

-30-

Estado de Querétaro

En 1851, según datos oficiales, el Estado contaba con 132.124 habitantes. Calculando el aumento que debe haber tenido la población en diez y siete años, a razón de 1½ por ciento al año, resulta la suma de 23.682, que agregada a la anterior, da para 1868 el censo de 155.806.

Poco difiere esta cantidad de la del dato oficial del Ministerio de Gobernación; con todo, es prudente admitir la última, pues la primera descansa únicamente en el simple cálculo.

Datos del Ministerio de Gobernación:

Distrito del centro
48.237
San Juan del Río
31.412
Amealco
12.701
Jalpam
19.300
Tolimán
22.442
Cadereyta
19.194

153.286

Estado de San Luis Potosí

Las únicas noticias que he obtenido del Ministerio de Gobernación, son:

-31-

Prefectura de Río Verde
17.365
Partido de Tamazunchale
7.092
Ciudad Fernández

9.180

Noticias incompletas y para mí muy inexactas, pues basta comparar la que se refiere a Río Verde para convencerse de ello.

Último dato

17.365

Dato oficial

de 1855

48.019

el partido.

"

"

86.153

el distrito.

Tomemos, por tanto, el dato oficial de 856, y con esa base calculemos el aumento de la población a razón de 1½ por ciento, que es la mitad de lo que revela el dato que sobre movimiento de ella poseo, y se refiere a 1856.

El documento oficial para 1855 es el siguiente:

Distrito de San Luis

179.139

Río Verde

86.153

Venado

86.146

Tancanhuitz

38.922

390.360

Aumento probable en 13 años

76.120

Censo para 1868

466.480

-32-

Después de ejecutados los cálculos anteriores se recibió la Memoria del Gobernador del Estado, correspondiente al período de 24 de Septiembre de 1868 a 31 de Julio de 1869.

El censo que consta en dicha Memoria es el siguiente:

Partidos.-

Capital

127.000

"

Catorce

48.500

"

Santa María del Río

51.500

| |
|------------------|
| " |
| Venado |
| 34.000 |
| " |
| Guadalcázar |
| 29.500 |
| " |
| Cerritos |
| 29.500 |
| " |
| Salinas |
| 17.000 |
| " |
| Río Verde |
| 41.500 |
| " |
| Ciudad del Maíz |
| 23.000 |
| " |
| Hidalgo |
| 28.000 |
| " |
| Tancanhuitz |
| 19.000 |
| " |
| Tamazunchale |
| 16.000 |
| " |
| Ciudad de Valles |
| 12.000 |

Suma
476.500

Este dato difiere poco de la cifra obtenida por el cálculo, y siendo además el oficial, debe admitirse.

-33-

Estado de Sinaloa

La mayor parte de los trabajos estadísticos que acerca de la República se han publicado repiten la cifra de 160.000 habitantes como censo del Estado de Sinaloa, que consigné en el Atlas y tomé de los archivos del Ministerio de Fomento. El único dato oficial que poseo es el del Ministerio de Gobernación para 1868, el cual, comparado con el anterior, revela la lentitud con que crece la población del Estado, debido sin duda a las continuas revueltas que lo han agitado, y como éstas no han cesado, de presumir es, que marche a su crecimiento cada vez con mayor lentitud. Esta observación, en mi concepto, manifiesta que la cifra que consigné en el Atlas no estaba lejos de la verdad.

El dato oficial a que me refiero es el siguiente:

Distrito
de Mazatlán
26.298
"
del Rosario
15.387
"
de Concordia
10.676
"
de Cosalá
13.322
"
de San Ignacio
8.248
"
de Mocorito
12.679
-34-

Distrito
del Fuerte
23.438
"
de Sinaloa
22.016
"
de Culiacán
29.093

161.157

Ya escritas las anteriores líneas se recibió la Memoria última del Gobierno del Estado (1869), cuyos datos se refieren al año anterior.

Los relativos al censo son los que siguen:

Distritos.-

Mazatlán

26.298

"

Rosario

15.387

"

Concordia

10.676

"

Cosalá

13.322

"
San Ignacio
8.248
"
Mocorito
12.679
"
Fuerte
23.438
"
Sinaloa
23.157
"
Culiacán
29.093

Censo que debe admitirse para 1868
462.298

Estado de Sonora

El Atlas geográfico y el Cuadro sinóptico dan al Estado en 1856 la población de 147.000 habitantes, y la Memoria del Ministerio 139.374. -35- El documento oficial que obra en el Ministerio de Gobernación consigna 130.711, distribuidos del modo siguiente:

Distrito
de Ures
18.282
"
de Hermosillo
19.873
"
de Guaymas
14.947
"
de Alamos
21.800
"
de Moctezuma
9.395
"
de Sahuaripa
7.996
"
de Arizpe
6.543
"
de Altar

5.468

"

de Magdalena

3.907

108.211

Deben agregarse según el mismo documento

13.000

yaquis.

6.500

mayos.

3.000

ópatas.

Total

130.711

En esta noticia no aparecen las demás razas que se encuentran en Sonora, como son los pimas, los pápagos, los apaches y los seris. Según la estadística de don Manuel Monteverde, publicada hace más de doce años, la población de Sonora -36- constaba de 134.000 individuos, en cuyo número figuran:

Mayos y yaquis

30.000

Ópatas

35.000

Pimas

15.000

Pápagos

15.000

Apaches

10.000

Seris

200

105.200

Es decir, que en la población de Sonora pertenecen a la raza indígena los 0,7. Las cifras que da a este respecto la noticia oficial, se hallan muy distantes de las ministradas por la estadística de Monteverde. Parece por las indicaciones que encontré en los datos oficiales, que no se han podido empadronar todos los indígenas de Sonora; creo

prudente, en vista de tal circunstancia, aceptar las cifras que da la estadística ya citada, menos la que concierne a los apaches, por dos razones: la una, porque no tienen residencia fija, y la otra, porque establecen con más frecuencia sus rancherías en los terrenos de la Mesilla, que pertenecen a los Estados-Unidos, de manera que si se encuentran en Sonora, es debido principalmente a sus invasiones.

-37-

Además, por noticias que he adquirido, la población puede calcularse en la cuarta parte de raza blanca y las tres restantes de raza indígena.

Así, pues, la población de Sonora puede representarse de la manera siguiente:

Raza blanca

31.732

Yaquis y mayos

30.000

Ópatas

35.000

Pimas

15.000

Pápagos

15.000

Seris

200

426.933

Mas como estos datos se refieren al año de 1854, la cifra que representa la población es en la actualidad muy baja; de suerte que si calculamos a razón de 1½ por ciento anual su aumento, tendremos como un dato probable para 1868 la suma de 157.397.

Estado de Tabasco

El Atlas geográfico de la República daba al Estado en 1857 la población de 63.569 según los datos oficiales que tuve en aquella época. Los que posee el Ministerio de Gobernación y se refieren a 1868 dan la suma de 83.707.

-38-

El aumento de la población, según las noticias oficiales acerca de su movimiento, fue:

En 1854

1.873

individuos en favor de la población.

En 1855

1.385

Término medio

1.629

De manera que en doce años el aumento total ha sido de 19.538, que agregados al

censo de 1867 dan para la población del Estado en 1868 la suma de 83.134, que sólo difiere del último censo oficial en 673 individuos.

En tal virtud, el aumento que ha tenido la población es a razón de 2½ por ciento al año. Debe, pues, admitirse el último censo.

Estado de Tamaulipas

El dato oficial que se consignó en el Atlas geográfico y se refiere a 1856, marca la población en 108.514.

La única noticia que poseo relativa a movimiento de la población revela un crecimiento muy lento, pues aquélla obtuvo en su favor en 1855 la pequeña cifra de 339 habitantes, que corresponden a 0,4 por ciento. Esta misma noticia -39- nos demuestra que la población crece en el Distrito del Centro; es de poca importancia en el del Norte, y mengua en el del Sur, que como es sabido, en él se encuentran los lugares enfermizos del Estado. Si a estas consideraciones se agrega el inconveniente de la guerra civil de que aquél ha sido presa, debemos prudentemente no alterar aquella cifra.

La población se divide según las razas:

Europea

22.399

Mixta de europea e indígena

64.811

Indígena

10.763

Africana (en los puertos)

201

Mixta de indígena y africana

5.453

Mixta de europea y africana

4.887

108.514

Las razas europea, indígena y mixta están en la siguiente relación:

La indígena representa la novena parte; del resto la tercera parte corresponde a la europea y las dos restantes a la mixta.

Estado de Tlaxcala

El censo de 1857, según la Memoria de Fomento, era de 90.158, que debe haber ascendido en 1868 a 106.386 habitantes, calculando a razón -40- de 1½ por ciento al año. Últimamente se agregó al Estado la municipalidad de Calpulalpam, cuya población es de 9.943 almas, que sumada a la cifra anterior, da 116.329 habitantes.

El censo formado últimamente, consigna la cifra de 117.941, distribuida de la manera siguiente:

Distritos

Hidalgo (Tlaxcala)

35.160

Zaragoza (Zacatelco)

23.662
Juárez (Huamantla)
30.618
Morelos (Tlaxco)
14.160
Ocampo (Calpulalpam)
14.341

Total número de habitantes
117.941

Suma que poco difiere de la anterior obtenida por medio del cálculo.

Estado de Veracruz

La población en 1853 constaba, según el documento oficial publicado en el Atlas, de 338.859; pero esta cifra no comprende la población de los cantones de Acayucán y Minatitlán, que pertenecen -41- al Estado de Veracruz desde que dejó de existir el territorio de Tehuantepec en 1857; de suerte que se deben agregar 28.000 a la cifra anterior, cuya suma da 366.859 habitantes.

El último documento oficial ministra los siguientes datos:

Cantón de
Veracruz
41.914
"
Tuxpan
26.166
"
Misantla
6.912
"
Jalapa
46.735
"
Cosamaloapán
15.557
"
Coatepec
25.194
"
Jalacingo
30.266
"
Papantla
15.609
"
Acayucán
16.559
"
Orizava

41.601
"
Tuxtlas
21.345
"
Tantoyuca
22.123
"
Huatusco
13.522
"
Córdoba
31.983
"
Zongolica
14.793
"
Minatitlán
12.583
"
Tampico
23.468
"
Chicontepec
31.177

437.507

En consecuencia, el aumento de la población en quince años ha sido de 70.648 habitantes; -42- cifra que corresponde a menos de uno y medio por cada cien individuos.

Estado de Yucatán

Diversas cifras se han publicado respecto de la población de Yucatán; cifras que proceden ya de trabajos oficiales, ya de cálculos extraoficiales; unos y otros revelan, o la inseguridad de la base de que parten y la dificultad de formar el censo de los habitantes de la península, o bien un movimiento muy irregular que unas veces crece poco, y otras mengua extraordinariamente. La guerra de castas que se ha entronizado desde hace tantos años sin que, para mí, haya esperanza de que algún día cese, es ciertamente la causa de las irregularidades en la marcha de la población.

Don José María Durán, en su artículo sobre población para 1862, publicó, respecto de Yucatán, los siguientes datos:

La población de este estado en 1845, según su estadística publicada en el tomo tercero del Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística, era de 575.361

En 1838 el Instituto

580.984

-43-

En 1856 Lerdo de Tejada

668.623

En 1857 el Atlas

668.632

La misma era la del Ministerio de Fomento

"

El señor M. P. (1858)

450.000

Que demuestran las circunstancias que he indicado. El censo que en esta noticia aparece para mí aceptado en 1857, no lo fue en realidad, pues en el Estado respectivo del Atlas, no obstante que consigné esta cifra como el último dato, hice acerca de él consideraciones fundadas que me condujeron a estimar la población de la península para aquella época solamente, en unos doscientos ochenta a trescientos mil individuos. Indudablemente que esta cifra fue baja, si en el censo de Yucatán deben comprenderse no sólo los indígenas mayas sujetos y sustraídos de la obediencia del gobierno, sino aun los habitantes del Petén, poblado antiguamente por los itzaes, tribu de los mayas, que fue conquistada por el gobernador de Yucatán don Martín de Urzúa en 1797.

Segregada la parte de Campeche para erigirse en Estado, juntamente con la Isla del Carmen, aun cuando se admita en la actualidad para Yucatán la misma cifra que en 1857, su población habrá adquirido su aumento natural, según se comprueba con el último dato oficial.

-44-

En 1857 admití de 280.000 a 300.000. Los datos oficiales para 1868 dan 282.634.

Distribuidos de la manera siguiente:

Partido de Mérida

42.141

Hunucmá

18.614

Sisal

3.959

Acanché

22.258

Tixkokob

17.557

Motul

20.744

Temax

16.995

Itzamal

25.211

Zotuta

11.313

Valladolid

18.370

Ezpita

11.277

Tiximin

11.514
Tekax
15.073
Peto
8.131
Ticul
23.645
Maxcanú
15.832

282.634
Se encuentran además sustraídos de la obediencia del gobierno
139.731

Censo de 1868
422.365

En 1845 el Secretario de Gobierno del Estado presentó a la legislatura su Memoria, en que constan -45- los siguientes datos, que son ciertamente oficiales (sin incluir el distrito de Campeche).

Distrito
de Mérida
91.229

"

de Izamal
67.423

"

de Tekax
35.505

"

de Valladolid
23.066

Total
217.223

Tomando el promedio de la diferencia en favor de la población, según el movimiento de ella en cuatro años, da 10.500; y en los veintitrés años transcurridos desde aquella fecha hasta el año próximo pasado, el monto de su población debería ascender a 458.723; cifra mucho mayor que la del último censo, y que revela igualmente la irregularidad en el crecimiento de la población, según queda indicado. La relación del crecimiento, con arreglo a estos cálculos, es por lo menos de un tres por ciento anual.

En la estadística de los señores Regil y Peón se distribuye la población según sus razas: cuarta parte de blancos y castas, y tres cuartas de indígenas.

El doctor Mora ha calculado que la población de la República debía duplicarse cada diez y ocho años. Respecto únicamente de Yucatán ha habido -46- en su apreciación acierto, a juzgar por los datos que he manifestado, salvo los errores que pudieran

resultar y son consiguientes a cálculos semejantes y a la inseguridad de la base de que se parte.

Estado de Zacatecas

El censo para 1854, según documento oficial, fue de 280.087, y el movimiento de la población dio en los años de 55 y 56 en favor de ella, 16.702, o por término medio 8.352; aumento que corresponde a tres por cada cien individuos. Calculando con esta base, se obtiene, en los catorce años transcurridos desde aquella fecha, el aumento de 116.928, que sumado al censo de 1854, da para 1868 la suma de 397.015. El cálculo comprueba el censo que remitió últimamente el gobierno del Estado, y el cual es como sigue:

Distrito de Zacatecas

65.687

Fresnillo

55.157

Sombrerete

35.745

Nieves

28.291

Mazapil

7.951

Ciudad García

44.123

-47-

Pinos

38.846

Villanueva

44.893

Sánchez Román

27.811

Juchipila

18.106

Nochistlán

20.022

Ojo Caliente

8.345

Censo para 1868

394.977

Distrito de México

Según el último censo y los cálculos relativos a la ciudad de México, de la que trataremos en seguida, el número de habitantes puede estimarse en 315.906, distribuidos de la manera siguiente:

Ciudad de México

240.000

Prefectura
de Xochimilco

29.541

"

de Tlalpam

25.533

"

de Tacubaya

12.758

"

de Hidalgo

8.074

315.906

-48-

Territorio de la Baja-California

El censo oficial da para 1868, 21.645 habitantes, los cuales se hallan distribuidos de la manera siguiente:

Municipalidad

de la Paz

3.698

"

de San José

3.108

"

de San Antonio

3.771

"

de Todos Santos

1.084

"

de Santiago

1.722

"

de Mulegé

1.405

"

de Comondú

1.357

"

de Santo Tomás

5.500

21.645

-49-

Orden de los Estados

Por su extensión

Por su población

absoluta

Habitantes

Por su población

relativa

Por legua

cuadrada

Chihuahua

Jalisco

924.580

1

Distrito

5.000

Sonora

Guanajuato

776.383

2

Tlaxcala

534

Baja-California

Puebla

688.788

3

Guanajuato

437

Coahuila

Michoacán

618.972

4

Morelos

432

Jalisco

Oaxaca

601.850

5

México

423

Durango

México

599.189

6

Puebla
390
Yucatán
San Luis
476.500
7
Aguascalientes
348
San Luis
Veracruz
437.507
8
Hidalgo
323
Tamaulipas
Yucatán
422.365
9
Querétaro
302
Veracruz
Hidalgo
404.207
10
Michoacán
194
Oaxaca
Zacatecas
394.977
11
Colima
138
Zacatecas
Distrito
315.906
12
Jalisco
128
Campeche
Guerrero
241.860
13
San Luis
112
Sinaloa
Chiapas
193.987
14
Veracruz
108

Guerrero
Chihuahua
179.971
15
Zacatecas
100
Michoacán
Nuevo-León
174.000
16
Yucatán
89
Chiapas
Durango
173.402
17
Nuevo-León
82
Nuevo-León
Sinaloa
162.298
18
Chiapas
78
Tabasco
Sonora
157.397
19
Guerrero
67
Puebla
Querétaro
153.286
20
Tabasco
44
Guanajuato
Morelos
121.098
21
Sinaloa
42
México
Tlaxcala
117.941
22
Durango
27
Hidalgo
Aguascalientes

113.837
23
Tamaulipas
26
Querétaro
Tamaulipas
108.514
24
Campeche
21
Colima
Coahuila
93.150
25
Oaxaca
15
Aguascalientes
Tabasco
83.134
26
Chihuahua
12
Morelos
Campeche
80.366
27
Coahuila
11
Tlaxcala
Colima
48.649
28
Sonora
10
Distrito de México
Baja-California
21.615
29
Baja-California
2

Número total
8.845.759

No hay datos respecto de población más difíciles de obtener, que los relativos a la ciudad de México en la época presente. Las conmociones políticas han impedido a los gobiernos fijar su -50- atención en tan importante asunto, y por otra parte la inveterada costumbre de los habitantes de ocultarse a los empadronamientos, temiendo nuevos impuestos o su ingreso al ejército, han hecho muy difíciles las operaciones del censo las pocas veces que la autoridad ha decidido su formación. No nos queda más que un solo recurso para investigar el censo actual de la capital de la República: el cálculo, tomando por base el censo antiguo que merezca más confianza. Este procedimiento es sin duda defectuoso, porque se carece de otros datos que nos acercarán mucho a lo cierto; tales son los que se refieren al movimiento de población. Si no poseemos un buen censo, se puede atribuir a las circunstancias que he indicado, y esto constituye una disculpa legal; pero carecer de las noticias de nacidos y muertos para averiguar el progreso o decrecimiento de la población todos los años, es una falta imperdonable. Los censos que inspiran más confianza son:

Censo de Revillagigedo (1790)

112.926

Padrón formado por el juzgado de policía (1811)

168.846

Censo por Navarro y Noriega (1820)

179.830

Boletín de la Sociedad de Geografía, para 1838

205.430

-51-

El censo de Revillagigedo pasa por uno de los más exactos; y siendo además el de una época más remota y el más bajo, deberemos tomarlo por base del cálculo. Si se considera como aumento probable al año únicamente 0,8 por 100, creo que no hay exageración, y el resultado no se alejará mucho de la verdad.

Así, pues, en 1790 el censo era de 112.926. Calculando el aumento progresivo en períodos de veinte años, tendremos:

Para 1810

131.026

Para 1830

151.986

Para 1850

176.306

Para 1870

204.506

El aumento anual en el último período corresponde a 1.410 habitantes.

Para investigar la certeza de este dato, es preciso recurrir a las noticias que he podido proporcionarme acerca del movimiento de la población. Debo las de nacidos a la bondad de los señores gobernadores de la Mitra, y la de defunciones a las oficinas del registro civil.

-52-

Noticia de los nacidos

En los años que se expresan

Parroquias
1867
Total
1868
Total
Total en
los dos años
San José
673
692
1.365
Santa Veracruz
808
799
1.607
La Palma
165
190
355
San Antonio de las Huertas
104
159
263
Salto del Agua
481
472
953
Santa Ana
273
339
612
Santa María
413
422
835
San Sebastián
454
474
928
San Pablo
656
658
1.314
Sagrario
1.513
1.489
3.002
Santa Cruz y Soledad
816
865

1.681
Santa Cruz Acatlán
74
84
158
San Miguel
491
366
857
Santa Catarina
753
789
1.542

7.674
7.798
15.472

No teniendo más dato oficial respecto de defunciones que el relativo a 1868, nos serviremos únicamente del dato respectivo de nacidos para su comparación:

Nacieron en 1868

7.798

Murieron

6.293

Aumentó la población

1.505

El aumento obtenido por medio del cálculo en el último período indicado, 1830 a 1870, se -53- encuentra próximamente conforme con el que arrojan los datos de movimiento de población en 1859 a 1868. De esto resulta de una manera comprobada, hasta donde es posible la comprobación en noticias sujetas a cálculo, que la población de la capital es de 204.000. La relación de 0,8 por ciento que ha servido de base para el cálculo, se refiere únicamente al referido censo, sin tener en cuenta ni la población ambulante, ni las milicias, ni los extranjeros. Estos nuevos elementos han aumentado desde hace tiempo la población de la ciudad de México, y no sería aventurado, por tanto, darle un censo para 1870, por lo menos de 225.000 almas.

En tiempo de la intervención se pretendió formar el padrón de la ciudad, y su resultado apenas elevó la suma de sus habitantes a 134.000.

Nuestro sistema de empadronamiento, defectuoso por una parte, y las ocultaciones por la otra, hacen presumir con fundamento, que cerca de la mitad de la población queda fuera del padrón, y mucho más en una época tan delicada y peligrosa como la del tiempo a que me refiero. El empadronamiento simultáneo, la prudencia y aptitud por parte de los empadronadores, y la buena disposición de los habitantes para cumplir con la ley relativa al asunto, son circunstancias -54- indispensables para lograr un censo perfecto; pero tengo la íntima convicción de que tales requisitos no se llenaron en aquel tan interesante trabajo.

Los anteriores cálculos, ejecutados con el fin de investigar el grado de exactitud que merezcan los datos remitidos al Ministerio de Gobernación, demuestran la lentitud con que marcha a su crecimiento la población. Según el doctor Mora, ésta debería duplicarse en el trascurso de diez y ocho años, y según el Barón de Humboldt en diez y nueve años, si no existiesen ciertas causas perturbadoras. Conforme a estas aserciones, la República debería contar por lo menos 14.000.000 de habitantes, y la capital 352.000, teniendo en consideración su población en 1850.

Las enfermedades reinantes de la capital, de las cuales la pulmonía ocupa el primer lugar, a consecuencia de la elevación del suelo, los aires nortes reinantes y su inconstante temperatura, pueden señalarse como causa principal del progreso lento de la población; pero es preciso apuntar las verdaderas causas de insalubridad de México para no atribuirle como muchos pretenden, a su propia naturaleza. Mi opinión a este respecto es diametralmente opuesta; porque en efecto, ¿qué medidas se han tomado alguna vez para mejorar las condiciones higiénicas de -55- la ciudad? ¿No vemos diariamente remover el cieno de inmundas atarjeas, impregnando el aire de miasmas nocivos? ¿Se han dictado providencias para la conveniente inhumación de los cadáveres?

En los panteones, en lugar de la fragancia de las flores, solamente se respiran, y muy particularmente en Santa Paula, miasmas deletéreos que son tan desagradables al olfato como nocivos y peligrosos para la vida; la pésima costumbre de la inhumación en nichos, la situación de los panteones en los lugares en que reinan los aires, y la de los hospitales en el centro de la población; los inmundos muladares que la rodean, y las demás circunstancias indicadas, son causas suficientes para hacer insalubre el lugar más favorecido por la naturaleza. Si todas estas circunstancias existiesen reunidas a la vez como en nuestro México, en cualquier otro lugar de la tierra, preciso es convenir que sería inhabitable.

Si, como lo espero, las autoridades, en cumplimiento de un deber sagrado, fijan su atención en tan delicado asunto y dictan las medidas propias a remediar los expresados males, disminuirán las enfermedades que hoy impiden el aumento natural de la población, o por lo menos se presentarán con mayor benignidad. La causa de tales males, repito, no está en la naturaleza, sino -56- más bien en la apatía, en la indiferencia o en el egoísmo.

En las poblaciones, y muy particularmente en las ciudades populosas como la nuestra, debe procurarse antes que el embellecimiento, un buen arreglo de policía en todos sus ramos; las poblaciones que disfrutan de esos beneficios, insensiblemente progresan y se embellecen como una consecuencia del bienestar.

En tal virtud, y aunque parezca repetir mis conceptos, debo manifestar que si se quiere dar la mayor salubridad a México, es preciso modificar las condiciones higiénicas, que en la actualidad no pueden ser peores, para lo cual debe atenderse de toda preferencia:

1.º Al desagüe directo y canalización del valle de México.

2.º Procurar el mejoramiento de la clase menesterosa, tanto en sus habitaciones que hoy son húmedas y malsanas, como en sus alimentos, que en la actualidad ni son variados ni nutritivos, ni los que corresponden a sus penosas ocupaciones.

3.º Cegar las innumerables acequias que son otros tantos focos de corrupción.

4.º Desechar los pantanos que rodean la ciudad.

5.º Destruir los inmundos muladares que existen en los suburbios y sustituirlos con arboledas.

-57-

6.º Retirar los hospitales del centro, colocar los panteones fuera de los aires reinantes, y adoptar otro sistema de inhumación.

7.º Dar vida a los barrios que perecen por falta de agua.

8.º Perfeccionar el sistema de limpieza de las atarjeas.

9.º Llevar adelante la disposición relativa a la construcción de inodoros en las casas en cuyas calles hay atarjeas, y hacer desaparecer cuanto antes los inmundos carros nocturnos que transitan aún por las mejores calles de la ciudad con detrimento del buen nombre de ésta.

10.º Plantar árboles en todas las calles anchas de una manera conveniente, y no sobre las aceras y a corta distancia un árbol de otro, como ya se ha verificado, pues creciendo su follaje y entrelazándose, impiden la libre circulación del aire y de los rayos del sol, conservando en la superficie del suelo la humedad, circunstancias que perjudican la salubridad.

11.º Sustituir las cañerías de plomo por cañerías de hierro.

Conozco suficientemente que todas estas mejoras demandan tiempo y dinero y no son fáciles de llevar a cabo desde el momento; pero deben emprenderse, pues a medida que adelanten iremos obteniendo sus beneficios.

-58-

Me he extendido demasiado respecto de la población de México, porque conociendo sus males he deseado indicar sus remedios; pero una vez conseguido el intento, seguiré tratando de la población en general.

Para demostrar que la de la República marcha a su crecimiento con una lentitud que entristece, bastará comparar la que hoy se consigna en estas noticias y la que debería tener si progresara de una manera regular. Para obtener este último dato fijémonos en el censo del Barón de Humboldt de 1825, deduciendo la parte que corresponde a los antiguos Departamentos de Texas, Nuevo-México y Alta-California, que hoy pertenecen a la Unión norteamericana.

Censo del Barón de Humboldt

7.000.000

Territorio perdido

118.000

Resta

6.882.000

En el Boletín de la Sociedad de Geografía, tomo I, página 13, se dice: «Por la observación más escrupulosa del movimiento de la población en diferentes quinquenios, se ve probado en las Tablas geográfico-políticas, que el aumento de nuestra población en años benignos corresponde a uno cuatro quintos por ciento». De suerte que según -

59- esta relación, la República en 1870 debería tener 12.816.420 habitantes.

Población según este cálculo

12.816.420

Población actual de la República

8.845.759

Diferencia

3.970.661

En que puede estimarse la pérdida que ha sufrido la población de la República, a consecuencia de las guerras civiles, la de los americanos y la de la intervención, las invasiones del cólera, etc.

Los datos estadísticos, por imperfectos que hayan sido, han dado fuerza y valor a la opinión, que para mí es un hecho, de que la raza indígena se debilita y decrece a la vez

que se vigoriza y progresa la raza blanca. Este hecho está en perfecto acuerdo con las leyes de la naturaleza: el mal de la raza indígena existe, para su decrecimiento, en sus propias costumbres, en las condiciones higiénicas de su modo de vivir. Una miserable choza sirve de habitación a una numerosa familia, y en ella hacinados verdaderamente sus moradores no pueden menos que respirar un aire inficionado, siendo además sus alimentos escasos y poco nutritivos, a la vez que penosas y fuertes sus cotidianas ocupaciones. ¡Lástima causan esos desgraciados -60- indígenas, que sin distinción de sexo ni edad se ven en las avenidas de la población, y agobiados bajo el peso de fardos enormes, regresar a sus pueblos con el mezquino precio de sus mercancías!

Si consideramos al indio desde que nace, y aun antes de nacer, no vemos otra cosa que una serie de miseria y de abyección. Las indias, aun en la época de su mayor embarazo, no abandonan sus penosas faenas, y sin cuidado por el ser que en su vientre vive, se ocupan en la molienda del maíz y fabricación de tortillas, ocupaciones que no pueden menos que ser muy nocivas a la generación. Aún no pasada la edad de la lactancia, se cría el niño con tortillas, frutas y otros alimentos impropios de sus facultades digestivas, ocasionando a los niños con tal imprudencia diarreas y otras enfermedades que los conducen al sepulcro, o cuando menos se crían débiles y enfermizos. Las viruelas, a consecuencia del abandono e indiferencia de los padres respecto de la vacuna, causan lamentables estragos, siendo esa enfermedad de las más perniciosas en la raza indígena.

La noticia que poseo del movimiento de la población en el pueblo de Ixtacalco, y la cual revela, a juzgar por los datos, que el registro civil no ha extendido su dominio a dicho pueblo, -61- corrobora la opinión del decrecimiento de la raza, debido particularmente a la mortalidad de los párvulos.

En 1868

nacieron

165

"

murieron

190

Diferencia en contra

25

Figurando en la mortandad 140 párvulos.

En el año de 869, aun cuando resulta por la comparación de los datos un aumento a la población de 59 individuos, los párvulos representan en la mortandad la cifra de 65, por 34 los adultos.

Un hecho debe llamar mucho nuestra atención, porque prueba que la degradación de la raza no está en su propia naturaleza sino en las costumbres de sus individuos. Las indias de los pueblos cercanos a las capitales, empleándose en las casas particulares como nodrizas, crían niños sanos y robustos, porque en su nuevo empleo mejoran de condición por el aseo a que se les obliga, por la buena alimentación, y en fin, por el total cambio de sus condiciones higiénicas. Pero esta misma circunstancia es un mal muy grave para la raza: guiadas las mujeres por el interés de ganar mejor sueldo, abandonan sus propios hijos a los -62- cuidados mercenarios de otras mujeres, como si fuera posible sustituir el amor y cuidados de una madre.

Otra de las razones que a mi modo de ver causa la degeneración de la raza indígena, es la de los matrimonios que se efectúan de una manera inconveniente y prematura. La edad núbil de la mujer en nuestro país, médicamente considerada, es a los diez y ocho

años, y en la tierracaliente a los catorce; pero entre el aserto de la medicina y su consecuencia, media una enorme distancia según mi humilde concepto. Respecto de los indios se nota con frecuencia la unión entre una mujer que apenas ha llegado a la edad de su desarrollo y un hombre de cuarenta o más años, enteramente desarrollado y robustecido; la mujer, en consecuencia, se debilita y enferma, y los niños que de ella nacen son débiles y raquíuticos.

Si a estas causas, que tan poderosamente obran en el decrecimiento de la raza indígena, se agrega la sensible disminución que ha sufrido a consecuencia de nuestras guerras civiles, pues la raza indígena constituye en su mayor parte el ejército, se verá corroborada la verdad de mi aserto.

¿Cómo destruir tantas y tan poderosas causas que conspiran al aniquilamiento de la raza indígena? El único medio es el de cambiarles las condiciones moral e higiénica de su vida, ilustrándoles -63- y criándoles necesidades de que totalmente carecen. ¿Pero el carácter del indio se ha prestado, se presta o se prestará a tal remedio? Muy difícil es; pero en nombre de la humanidad debe intentarse, y en todo caso existe otro remedio radical para más tarde: la inmigración, y como consecuencia de ésta el cruzamiento de la raza.

Estudiando el carácter, usos y costumbres de las distintas tribus que habitan la República Mexicana, se observa que no todas se encuentran en las mismas circunstancias respecto de su condición, docilidad y civilización. En unas, como las que constituyen los comanches, apaches y seris en nuestras fronteras, la barbarie se halla en toda su plenitud: la perfidia, la traición y la crueldad son las circunstancias esenciales de su carácter; ellos son principalmente los que impiden el desarrollo de los ricos elementos de nuestros Estados fronterizos y los que han diezmado la población de aquellas extensas comarcas, sin que hayan bastado a reducirlos la paz y protección con que se les ha brindado por nuestros gobiernos y por el gobierno colonial.

Pero no siempre la justicia y la razón han estado de parte de la raza blanca, según lo demuestran las siguientes líneas.

En el siglo pasado las compañías presidiales -64- del Altar y Horcasitas, después de la tenaz persecución que emprendieron contra los seris, lograron establecer con algunos de ellos, pueblos como el de Seris, cerca de Hermosillo, y pacificar el resto de la tribu; pero esa paz fue efímera y de poca duración, pues de nuevo se sublevaron, destruyendo haciendas y ranchos, y desde entonces han continuado siendo el azote de los caminantes, principalmente en el trayecto de Hermosillo a Guaymas. Dichosamente para la humanidad se ha reducido mucho su número, y apenas cuenta hoy unos quinientos individuos, de más de dos mil que eran a fines del siglo pasado.

Los demás indios de Sonora, tales como los yaquis, mayos, pápagos, ópatas, etc., hombres fuertes y bien constituidos, laboriosos y de carácter dócil, son otras tantas razas útiles y vigorosas, de las cuales las autoridades del Estado no han sabido sacar el ventajoso partido de que son susceptibles. Las feraces campiñas que forman las vegas de los ríos Yaqui y Mayo, y la bella cañada de Ures, ponen de manifiesto con sus producciones, la laboriosidad de los indios, así como los conceptos vertidos en las siguientes líneas que inserto, dan a conocer la conducta seguida por el gobierno del Estado.

En 1825 se dio por las autoridades de Sonora -65- una disposición que ordenaba la mensura y valúo de las fincas pertenecientes a los pueblos del Estado, y tenía por objeto el arreglo de las contribuciones. Los pueblos del Yaqui representaron al jefe político, por medio de una comisión, contra la tal providencia, pidiendo su revocación, apoyándose en razones más o menos bien fundadas, pero que a la autoridad correspondía escuchar.

En aquellos momentos un jefe militar recién llegado al Estado, mandó una fuerza de doscientos hombres para reducir a prisión a los autores de la representación, y esta providencia dio origen a la sublevación de los indios. El jefe de la fuerza cumplió la orden, y al ser atacado por los indios, dio muerte a sus prisioneros, incitando a sus contrarios, con tal proceder, a vengarse de sus enemigos.

Tal fue el principio de la guerra de los pueblos del Yaqui y del Mayo en 825, y que por espacio de tres años sostuvieron las fuerzas que al mando del coronel Paredes salieron de Guadalajara. Despojados los indios de sus propiedades y teniendo que luchar con enemigos que les hacían una guerra sin cuartel, continuaron haciendo uso del derecho de represalia, contribuyendo a la ruina del Estado, hasta que en 1828 se hizo con ellos la paz, que tampoco fue de larga duración, puesto -66- que en diversas épocas, ya por la imprudencia de algunos gobernantes o por nuestras contiendas civiles, Sonora ha sido el teatro de continuas revoluciones que lo han arruinado.

La conducta observada respecto de esos indios, susceptibles de adquirir el mayor grado de civilización y que por las bellas circunstancias que los caracterizan formarían una parte muy importante de la población mexicana, ya como valerosos y fuertes soldados, ya como diestros agricultores y mineros, ha sido las más veces imprudente. Si los indios, en el caso citado, representaron haciendo uso de uno de los más bellos derechos del ciudadano, y no opusieron viva resistencia al avalúo de sus solares, la prudencia exigía de las autoridades haber tomado otro camino que el de la guerra; en éstas residía el poder y la civilización, mientras en los pobres indios la debilidad y la ignorancia. ¿Podría esperarse que esa raza conquistada en otro tiempo, fuera tratada por los libertadores de otra manera que la trataba la raza conquistadora?

Entre las demás tribus indígenas debo citar, como más numerosa, la familia mexicana que se extiende en los Estados de Sinaloa, Jalisco, México, Querétaro, Guanajuato, Hidalgo, Puebla, Veracruz, Guerrero y Oaxaca. Estos indios, descendientes de los antiguos mexicanos, no todos -67- han conservado la pureza de su raza, de sus costumbres y de su idioma; los que habitan los lugares próximos a las capitales, son los más degenerados; son los mismos que, sucios y andrajosos, vemos con sus mercancías en las calles de México, ebrios las más veces y particularmente las indias. Los habitantes de las sierras y las costas, como los huauchinangos, totonacos, etc., son, por el contrario, aseados, conservan más puras sus costumbres y su idioma, tienen verdadera repugnancia al robo, y todos se dedican al principal ramo de la riqueza pública, la agricultura. Las indias no solamente son aseadas, sino que aun puedo decir, relativamente hablando, elegantes, pues cuidan de su tocado, tejiendo sus trenzas con cintas de colores, y ostentan en sus hombros el quichquemel, primorosamente bordado con estambres y sedas asimismo de colores. Por otra parte, el carácter dócil y respetuoso de estos indios facilita los medios de ilustrarles, creando verdaderos ciudadanos que hoy solamente lo son por el nombre que nuestras leyes les otorgan. Los huauchinangos se dedican a cultivar, en las laderas de las montañas, la caña de azúcar, de la cual extraen el aguardiente y fabrican panela. ¡Cuántas ventajas obtendría la República con la enseñanza e ilustración de esos indios y con la colonización -68- de los extensos y feraces terrenos, casi despoblados, que aquéllos poseen!

La raza yucateca, raza belicosa y crecida, ha causado muchos males a la República. Pocas veces en paz y casi siempre en una guerra desastrosa, ha arruinado la península de Yucatán, que por su posición geográfica y sus ricos elementos debería ocupar un alto rango entre los Estados de la confederación mexicana.

Muy curiosas e interesantes son las noticias que acerca de esta raza consigna el señor don Santiago Méndez en su Memoria presentada al Ministerio de Fomento en 24 de

Octubre de 1861. (Véase el Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, segunda época, tomo segundo, página 374.)

Después de haber tratado acerca de algunas razas que habitan la parte central de la República, las noticias que poseo me permiten extender estos apuntes a los indígenas de Tabasco y Chiapas.

Las costumbres, usos e inclinaciones, en general, de todos estos indios, no revelan ciertamente una esperanza para el mejoramiento de su raza y utilidad de la nación. Muy delicada es la tarea que me he impuesto, pues no faltan personas que atribuyen a falta de patriotismo el hablar con toda franqueza respecto de los defectos -69- de nuestra población; pero yo veo que la nación no marcha a su engrandecimiento con la rapidez que desean las autoridades y la parte progresiva de ella, y es preciso estudiar y señalar sus males. No quiero que los conceptos vertidos en estas líneas aparezcan como imputaciones nacidas de mi imaginación, y por tal motivo me apresuro a manifestar que tales conceptos constan en los documentos oficiales que obran en mi poder.

Los indígenas de los pueblos del partido de Jalpa, y lo mismo puede decirse en general de los demás indios de Tabasco, a pesar de su docilidad, prefieren la vida salvaje en las montañas a las ventajas de la sociedad, si por este medio pueden eludir toda carga concejil. Solamente en sus festividades religiosas se les ve reunidos, y en tales circunstancias se entregan de tal manera a la embriaguez y a la glotonería, que contraen graves enfermedades, anticipándose las más veces la muerte. Con pocas excepciones, viven continuamente en la vagancia, y propagan su especie sin respetar ningún grado de parentesco. Pretenden curar sus enfermedades con raíces y plantas nocivas a la salud, ocasionando la muerte particularmente a los niños. Tal vez todas estas circunstancias son la causa de que muy pocos individuos lleguen a la edad de 50 años.

-70-

Los indígenas que habitan las márgenes de los ríos Usumacinta y tributarios, son, en su mayor parte, oriundos de Yucatán, y como todos los de su especie, muy afectos a la embriaguez. Los indios de Tenozique, hace unos cuarenta años eran sumamente honrados y probos; pero su unión con los petenes y emigrados de Yucatán introdujo en ellos la desmoralización.

Éstos y otros defectos, aunque con algunas excepciones, revelan los documentos respecto de los indígenas del distrito de Comitán, del Estado de Chiapas, y los cuales, por evitar repeticiones y no hacer inútilmente más extenso este artículo, me abstengo de extractar.

Las anteriores líneas manifiestan la decadencia y degeneración en general de la raza indígena, y los pocos elementos de vitalidad y vigor que ofrece para el progreso de la República; las mismas costumbres, el mismo carácter reservado y desconfiado que tenía el indio en tiempo del gobierno colonial, ha seguido manifestando bajo las leyes protectoras de la República, que le otorgan justamente el título de ciudadano; pero, como antes he manifestado, no soy de los que desesperan de su civilización, y creo que el medio más eficaz para lograrla consiste en el cruzamiento de la raza por medio de la colonización.

Este seguro remedio para contener los innumerables -71- males que impiden el progreso natural de la nación, no se ha logrado, porque, para mí, no han existido leyes protectoras, fundadas en la previsión, que den garantías y proporcionen trabajo a los colonos; que determinen el deslinde de los inmensos terrenos baldíos que posee la nación, y su estudio respecto de la climatología, geología y producciones; y en fin, que ordenen la manera conveniente de hacer productivos todos los terrenos del país, ya sea por la enajenación o por el arrendamiento de los terrenos que no pueden ser cultivados

por sus poseedores. Nuestros propios elementos, según se ha tratado de demostrar en este artículo, por heterogéneos y por escasos, no bastan para llevar a la nación por el sendero de su engrandecimiento. La colonización, y en mi concepto solamente ella, es el remedio radical de nuestros males.

Si existiesen leyes como las a que me refiero, la nación vería a estas horas llegar sin interrupción colonos europeos a sus costas, atraídos por el brillante porvenir que nuestro fértil suelo con su hermoso clima ofrece al hombre laborioso y emprendedor; veríamos aumentar diariamente nuestra población, a la par que la de los Estados-Unidos, del Brasil y Buenos-Aires, en donde la inmigración europea es un elemento de prosperidad.

-72-

A la autoridad toca fijar de una manera decidida su atención en este asunto, porque interesa al porvenir de la República.

México, Mayo 1.º de 1870.

-73-

Impresiones de un viaje a la Sierra de Huauchinango A mi querido amigo Ignacio M. Altamirano

Existen en la República Mexicana lugares muy notables y dignos de un estudio especial, ya sea que se les considere como sitios en donde la naturaleza se manifiesta pródiga y rica, ya sea que se les estudie con respecto a la importancia de la población que contienen. Uno de esos lugares es, sin duda, la parte Norte del Estado de Puebla, ocupado por la Sierra de Huauchinango. Aquellas montañas elevadas y cubiertas de una exuberante vegetación; aquellos ríos que en tiempo de crecientes corren con impetuosidad, ora abriéndose paso por entre los riscos que se han despeñado -74- de las montañas, ora precipitándose de alturas considerables y formando bellas cascadas como el salto del Necaxa; aquellos bosques enmarañados, en donde la multitud de bejucos pendientes de las frondosas copas de los árboles oponen grandes obstáculos al paso del atrevido viajero; aquellas aves que con su armonioso canto ahuyentan la tristeza que las soledades infunden; y en fin, aquellas risueñas aldeas, habitadas por indígenas oriundos de la verdadera raza azteca, todo convida a la meditación en tan pintorescos sitios.

Comienza la Sierra de Huauchinango a ocho o diez kilómetros al Noreste de Tulancingo (Estado de Hidalgo); desde ese punto el camino, atravesando por una serie de eminencias de suaves pendientes, conduce al pueblo de Acaxochitlán (cañaveral florido). Las poblaciones desde este lugar adquieren ese aspecto nuevo, ese carácter peculiar a todas las demás de la Sierra, así por su situación como por la forma y orden de su caserío. Situadas en un terreno accidentado, las casas se hallan edificadas con irregularidad; y a causa de las nevadas, que son tan frecuentes en el invierno, los techos inclinados que las cubren son muy elevados. La vegetación que en todo y por todas partes se manifiesta, hace desaparecer el feo y triste aspecto que en lo general presentan -75- los otros pueblos indígenas que no gozan de iguales favores de la naturaleza. De Acaxochitlán el camino se dirige a Huauchinango, atravesando terrenos sucesivamente más accidentados, los cuales ofrecen siempre al viajero objetos dignos de admiración.

Huauchinango, que según algunos viene de la palabra Houachinamil (Casa de caña de amilpa) y según otros de Cuatchinamil (Palo para flechas), puede considerarse como un inmenso ramillete de flores, pues abundan tantas en aquel bello recinto, que el verde

follaje de los arbustos y plantas desaparece casi por completo, bajo sus matices y colores. Situada como las demás poblaciones de la Sierra en terrenos fragosos, sus calles o avenidas no se encuentran en un mismo plano. La parte principal de la población ocupa la más baja del suelo; en tanto que la avenida de las carreras, formada por dos hileras de casas y jardines, descuelga en la superior. Desde esta avenida se ve, por una parte, la población con su caserío de techos elevados, sus calles y jardines; y por la otra, una tan profunda barranca, que la vista apenas puede penetrar al fondo. Esta población, que tanto sufrió en la última guerra extranjera, se halla rodeada de ásperas y elevadas montañas, a las que domina por la parte S. E., la cumbre del Zempoala.

-76-

Desde Huauchinango el camino desciende hacia el río Necaxa, que más adelante forma el Tecolutla. Las montañas que a uno y otro lado del camino se encuentran, y la vigorosa vegetación, encubren los objetos distantes; la impetuosa corriente de las aguas, produce un ruido monótono, que a veces se aleja y a veces se escucha más cercano, según es la fuerza y dirección de las brisas; solamente esos ecos armoniosos de las selvas anuncian la proximidad de algún torrente. El viajero no descubre el río de Necaxa sino hasta el momento casi en que toca con el pie la cristalina linfa de su corriente. Indeciso delante de tantos primores reunidos a la vez en aquel pintoresco sitio, el viajero no sabe qué admirar antes, si las montañas que forman el valle, revestidas de una vegetación lozana, o las vegas del río con sus plantas y flores; si la impetuosidad de la corriente que en su curso nada respeta, o el atrevido y esbelto puente de bejuco, que sirve allí de medio de comunicación. Este puente endeble, si bien de una forma graciosa, no es colgante como se observa en otros lugares; y particularmente en la América del Sur; es un gran arco formado de troncos y ramas gruesas de árbol, ligados con bejucos; apóyanse en ambas márgenes del río las extremidades del arco, y dos árboles corpulentos las afirman; sus barandillas, -77- que alejan todo temor de peligro, están formadas de ramas y bejucos entrelazados. Pasado el río, el camino asciende de nuevo por el cerro de Necaxa, que es un importante punto fortificado; el río por el Sur y Oriente rodea este cerro y algunas montañas más elevadas que él, y precipicios y desfiladeros lo limitan por Occidente y Norte; por esta parte son tan considerables los desfiladeros, que el río, perdiendo su nivel, se precipita a una profundidad de más de 130 metros, y forma la bellísima cascada o salto de Necaxa, que algunos conocen con el nombre de Huauchinango. En este sitio son más notables los contrastes que el suelo de la República ofrece en otros muchos lugares. El río Necaxa, después de despeñarse en tan profunda barranca, se abre camino en el fondo de ella, por entre una vegetación enteramente tropical, en tanto que en la elevada mesa, cuya base baña el mismo río, se cultivan las gramíneas propias de las regiones templadas.

En la cumbre del Necaxa existe una fortificación con almacenes y depósitos de agua, y en las montañas inmediatas hay caminos cubiertos; circunstancias todas que convierten en un lugar inexpugnable este punto fortificado; nada extraño es, por tanto, que la historia de la intervención le consagre algunas páginas.

-78-

El camino se convierte en un sendero abierto en las fuertes pendientes de las montañas. Desde allí se contempla en toda su grandeza el famoso salto de Necaxa, y los accidentes y detalles de un suelo bello y feraz. El camino desde donde se observa la cascada, es extraordinariamente más elevado que el lugar en que el agua se precipita para formarla. El observador puede contemplar desde allí, la corriente del río antes de precipitarse en el abismo, perder su nivel y despeñarse con grande estruendo, dividiendo sus aguas en tres ramales; seguir con la vista y contar las ondulaciones que éstas forman en su caída, y ver desprenderse de lo más profundo de la barranca con un movimiento

ascensional el agua en forma de vapor, que envuelve y descubre alternativamente como con una gasa el follaje de las plantas. Si se aparta la vista de aquel espectáculo sorprendente, encuentra, cualquiera que sea el punto a que se dirija, otros tan dignos de admiración, porque en aquellos lugares reina por completo la armonía de la naturaleza; eminencias casi verticales, cuyo pie bañan las aguas, y en cuyas cumbres se extienden fértiles praderas; grietas profundas, y valles en cuyo fondo cruzan las aguas, unas veces tranquilas, y otras en impetuosos torrentes; y en fin, la vegetación tan abundante y espesa que apenas -79- deja entrever los precipicios. Algunas veces el viajero ve formarse las tempestades bajo sus pies, extenderse las nubes y ocultar como con un velo los primores de la naturaleza, con los que está engalanada aquella cuenca prodigiosa, al mismo tiempo que sobre su cabeza se extiende un cielo puro, límpido y sereno.

La senda conduce al ameno y pintoresco pueblo de Xicoteppec, que elevado sobre colinas, en medio de un terreno ligeramente ondulado y cercado de altas eminencias, se le descubre desde el camino en una posición dominante y de las más risueñas; tan pronto la vista se fija en el contorno del pueblo, que se dibuja en su azul y diáfano cielo, tan pronto se recrea con aquellos lomeríos cubiertos de césped de un verde brillante, y en los cuales serpea el agua en cristalinos y delgados hilos.

De Xico el viajero prosigue su camino continuamente por un terreno fragoso y siempre bello y feraz, admirando unas veces los helechos gigantes que se agrupan en las cañadas, y la multitud de plantas y preciosas flores que evidentemente aún no ha clasificado el naturalista, y extasiándose otras con la presencia de aquellas eminencias que forman el espinazo de la Sierra, con sus bases sumergidas en la cristalina linfa de los ríos y con sus cumbres coronadas de nubes, -80- que heridas por los rayos del sol poniente se tiñen de los más vivos y variados colores.

El terreno desciende formando una pendiente rápida, llamada Cuesta de San Marcos o Cazones. Este río se pasa en tiempo de lluvias por medio de un aparato llamado por los indígenas puente de maroma. Consiste dicho aparato en una cuerda tirante, atada a los árboles en una y otra margen del río; en la cuerda gira una polea y de ésta pende una soga con la cual se asegura el viajero; otras dos cuerdas sirven para atraerla hacia las orillas del río.

Tan impetuosas son en estos lugares las corrientes de los ríos, que no sin inminente riesgo pueden pasarse a nado; solamente los indígenas por su mucha práctica desafían los peligros, viéndoseles con la mayor destreza vencer la fuerte resistencia que el agua les opone.

Pasando el río de Jalapilla, el terreno vuelve a elevarse de nuevo para descender después; y tan pronto se pasa por el pedregal que rodea al pueblito de San Pedro Patlacotla, como se atraviesa por desfiladeros, o se camina precisamente por el espinazo de los contrafuertes de la Sierra; tan pronto observa el viajero bajo sus pies un abismo, como ve extenderse delante de sí una campiña revestida de abundantes pastos.

Al contemplar desde una de esas alturas dominantes -81- un terreno en extremo accidentado, en el que las enormes grietas y profundas barrancas se suceden continuamente, la imaginación se esfuerza por descubrir los arcanos de la naturaleza y la época del cataclismo que convirtió aquel suelo en un lugar de tan extraordinaria aspereza; aquella sucesión de eminencias que se extienden hasta el horizonte, pueden compararse a los oleajes del Océano; los trastornos del globo han conmovido aquel suelo, presentándonos en él la imagen viva de un mar agitado por furiosas tempestades.

La vegetación, a medida que el terreno desciende, adquiere mayor vigor y lozanía: los campos, los árboles y aun las mismas rocas, se cubren de musgo, de líquenes y de lama, brotando en graciosas formas los helechos y otras plantas parásitas. La vainilla, la purga de Jalapa, el café, la caña de azúcar, mil frutas y árboles corpulentos entre cuyo follaje

descuella, meciéndose, la esbelta palma real, tales son las principales producciones de aquel suelo privilegiado.

Si a la contemplación de tantas galas, de tan espléndida naturaleza, se agrega el canto del armonioso zenzontli y el del festivo clarín de la selva, compañeros inseparables del viajero en aquellas soledades; si además de tantos primores naturales se ve éste sorprendido por el salto audaz de un ciervo que por huir de su presencia salva -82- un precipicio para detenerse después en airosa postura, y fijar su mirada en aquel que ha causado sus temores, no puede menos que sentir en su alma las más vivas y gratas emociones.

La naturaleza de estos sitios caracteriza la de toda la República en general; y, sin embargo, ¡cuántos la niegan, tal vez por no haber recorrido sino los lugares estériles, como el Salado, en el valle de México!

En el gran desierto de Sahara, en medio de sus abrasadores arenales existen aquellos lugares fértiles y amenos que se llaman oasis; el suelo de nuestra República, al contrario, es en toda su extensión un oasis, con tal o cual paraje estéril y desolado.

Si del examen de la naturaleza se pasa al de los pueblos que habitan tan pintorescas comarcas, las impresiones que el alma recibe son igualmente gratas.

Desde el pueblo de Acaxochitlán hasta el de Xico, es decir, en una extensión de 11 leguas, poco más o menos, el país está habitado por indios huauchinangos, los cuales, en mi concepto, constituyen una de las razas indígenas más importantes. Los huauchinangos, descendiendo de los antiguos mexicanos, hablan el bello idioma de éstos, y en algunos de ellos, he creído reconocer perfectamente caracterizado el tipo azteca, -83- según se nos pinta en las obras que tratan de la historia antigua de México.

Los indios huauchinangos son de mediana estatura, fuertes y en lo general bien formados: largo, negro y terso tienen el cabello, y morena la tez. Su aspecto, en atención al perfil del rostro, se distingue del de los demás indígenas conocidos en el país, tanto cuanto se asemeja al de los habitantes de algunas comarcas asiáticas.

Con respecto a su traje, los huauchinangos todos lo usan idéntico, y se compone de unos calzones blancos y anchos, remangados casi siempre hasta la rodilla, un algodón azul de género de lana, un pañuelo a manera de corbata y el sombrero tejido de palma. Sencillos y moralizados en sus costumbres, si algún vicio tienen, es sólo el de la embriaguez.

El pueblo de Xico puede considerarse como un punto de la línea divisoria entre los mexicanos y totonacos; desde este punto en adelante, ya se observan en los habitantes algunos rasgos que marcan la diferencia entre ambas razas.

Los totonacos, más dóciles y de mejor carácter que los mexicanos, de Xico en adelante ya presentan en la tez un color más amarillento, lo que, en mi concepto, proviene de la influencia de la elevada temperatura en que viven, de la humedad del suelo y de su proximidad a las costas. -84- El traje se diferencia del de los huauchinangos, en el jubón, cuyo tejido forma pequeños cuadros color de café y blancos, distinguiéndose muy particularmente por las pieles de animales que usan a manera de capas; ya más cerca de las costas el traje es todo de lienzo blanco.

Las indias son extraordinariamente dadas al aseo en sus cuerpos y trajes, llegando a ser éstos hasta lujosos algunas veces. Una enagua estrecha llamada chincue y un quichquemel primorosamente bordado de estambre y sedas de colores, constituyen el traje. No menos airosa es su peinado: entretejen sus negros y largos cabellos con cintas de colores, y ciñen en seguida sus cabezas con sus bien tejidas trenzas, a manera de corona.

Se engaña todo aquel que pretenda conocer la raza indígena por los desagradables tipos que se presentan en las calles de México o en sus alrededores; la importancia de

esa raza, su verdadero carácter, sus usos y costumbres, deben estudiarse en las fragosidades de las sierras; allí es donde existen pueblos susceptibles de civilización, y allí mismo se pueden conocer los que son incapaces de adquirirla. La sierra de Huauchinango y la sierra alta de Zacualtipán nos presentan pueblos de distinta raza y de diverso carácter: los unos, desconfiados pero dóciles; los otros, desconfiados -85- igualmente y además pérfidos. En tan corta extensión de terreno se presentan dos pueblos de instintos y caracteres diametralmente opuestos; cualidades que aun en sus respectivos idiomas se revelan: dulce y armonioso el uno, áspero y gutural el otro; tales son los mexicanos y otomíes.

Los huauchinangos se ocupan en la labranza, en la pesca y en la cría de ganados, cultivan la caña de azúcar en las pendientes de las montañas, y elaboran panela y aguardiente.

Acontece muy a menudo que el viajero se vea sorprendido en medio de su reposo por los indígenas que acuden a felicitarle, tañendo arpas y otros instrumentos, con los que acompañan sus característicos cantos, o para ejecutar sus bailes pantomímicos. La música, unas veces lánguida y triste y otras viva y alegre, despierta y embarga la atención. Ejecutan sus bailes graciosa y hábilmente; el más curioso y notable es el conocido con el nombre del segador, ejecutado únicamente por varones. El que dirige el baile lleva en la mano una rama de hojite, mayor que la de los demás, y con ella indica las figuras que han de ir haciendo los danzantes. Colócanse éstos simétricamente, y a la primer señal empieza el baile; ora se les ve ejecutar figuras complicadas, siguiendo y marcando a -86- compás con las plantas de los pies los sonidos de la música, ora se les ve imitar las evoluciones del segador; por último, a la señal dada por el director, cambian repentinamente la figura, de manera que los que se encuentran diametralmente opuestos, se dirigen al encuentro uno del otro, dándose con el hombro, como para impulsar al cuerpo, un movimiento giratorio y cambiar de posición.

Dase fin a la danza, ejecutando la misma figura que la cadena de nuestras cuadrillas, pero de una manera más graciosa, pues jamás abandonan el compás de la música ni los movimientos con que imitan al segador. En algunos lugares, al ejecutar estas últimas evoluciones, van entretejiendo los listones de diferentes colores que cada cual lleva en la mano, de lo que resulta una vistosísima labor.

En sus fiestas públicas, en sus simulacros de guerra, en sus juegos y aun en sus actos religiosos, estos indios conservan sus antiguas tradiciones; mas un inveterado temor hacia las personas civilizadas les comunica cierta reserva y desconfianza.

Tales son, en compendio, los principales caracteres distintivos de ese pueblo que habita uno de los más bellos lugares de la República.

-87-

¡Cuán inmensas serían las ventajas que la nación pudiera obtener, si se aprovechase de las extensas tierras baldías de las comarcas que he descrito, y si se procurase la instrucción de un pueblo tan susceptible de adquirir un alto grado de civilización!

México, Noviembre 18 de 1871.

-[88]- -89-

Sierra de Pachuca. Atotonilco el Chico

Al señor don Feliciano Herreros de Tejada, en testimonio de aprecio

¡Cuán agradable, risueño y pintoresco es el lugar en que se asienta el Mineral del Chico! La topografía del terreno y la vegetación primaveral que allí se manifiesta eternamente, ofrecen al naturalista un campo vasto para sus estudios.

Atotonilco el Chico se encuentra a tres leguas al Norte de Pachuca; y desde el momento en que el viajero sale de este punto con dirección al primero, empieza a experimentar las sensaciones más agradables. No existe entre ambos lugares una vía que merezca verdaderamente el nombre de camino, pues solamente un estrecho sendero -90- cruza por entre precipicios y desfiladeros que a cada paso infunden temores y sobresaltos aun al viajero más animoso, y que sólo lo pintoresco del lugar puede inspirarle el valor necesario para proseguir en su anhelado viaje. Adelántase el sendero por la muy inclinada falda del cerro de la Magdalena; y si bien su ascenso es cada vez más peligroso, ofrece, en cambio, la oportunidad de poder admirar más libremente las gigantescas obras de la naturaleza.

El acompasado y lejano ruido de las máquinas de vapor, y el que produce el martilleo incesante de los morteros en las haciendas de beneficio; el sonido confuso causado por el choque de las cadenas destinadas a las obras de desagüe; el rechinar de los malacates, el estrépito del agua empleada como fuerza motriz, y el retumbante estruendo de la pólvora en las concavidades de las minas, no producen, ciertamente, las bellas armonías de la música ni del canto de las aves; mas aquel conjunto de sonidos inarmónicos, aquellas disonancias, hieren, sin embargo, de una manera grata el oído del viajero, porque esos sonidos son la voz del trabajo, cuyos ecos, conducidos velozmente por el viento, pregonan por todas partes los triunfos de la industria.

Allí todo es movimiento; en los tenebrosos antros de la tierra, miles de trabajadores se afanan -91- por arrancar a ésta los tesoros que guarda en sus entrañas, mientras que exteriormente las máquinas de vapor, con el movimiento compasado de sus balancines, hieren con su varilla maestra la dura corteza de la tierra para extraer el agua que, brotando a torrentes por los vertideros, forma después arroyos cristalinos; vense girar las poderosas ruedas hidráulicas con uniforme movimiento, comunicándolo a los morteros y arrastras; grupos de acémilas en los patios de las haciendas de beneficio recorren en círculo las tortas minerales que cubren el suelo simétricamente: los pequeños carros que conducen el metal, deslizándose por una vía férrea, aparecen súbitamente por los socavones de las minas; y por último, la misma naturaleza parece que lucha contra la destrucción decretada por los consumidores de leña, porque allí mismo, donde se ven derribados, y muchas veces inútilmente, hermosos y corpulentos árboles, brotan los renuevos, como si la naturaleza tratase de enseñar al hombre un gran principio económico, que por negligencia abandona.

Poco más allá del cerro de la Magdalena, el ruido que nace en la industriosa población de Pachuca, llega al oído como un vago rumor que, debilitándose más y más, acaba por extinguirse completamente; entonces el silencio de las soledades, -92- la quietud de las selvas, se enseñorean de esos amenos lugares; silencio y quietud que sólo son interrumpidos de vez en cuando por los golpes del hacha del leñador, por el soplo impetuoso de los vientos, o por el fragor de las tempestades.

Desde el desfiladero de una gran eminencia, en el fondo de una barranca, y rodeado de reducidas tierras de labor, descúbrese el pintoresco pueblo de Cerezo, cuyo conjunto, por la distancia, aparece como un paisaje en miniatura.

En lo más fragoso de la sierra se encuentra un pequeño llano cubierto de césped y matizado de flores, como un rico tapiz que ha tendido allí la naturaleza. Ese llano de corta extensión y cercado de altas montañas, que se conoce con el nombre de Sabanilla, con su verde alfombra y sus límpidas corrientes, incita al viajero a descansar de sus fatigas y a mitigar su sed. A la derecha de este pequeño Edén, se levanta majestuosa la

cresta de la sierra con una forma caprichosa: parece que la mano de un hábil artista ha colocado en la cumbre de la montaña las rocas que la coronan, con arreglo a las precisas reglas de la arquitectura. Una serie de ventanas, formadas por el hacinamiento natural de las rocas, hace dudar al pronto de que aquello sea obra de la naturaleza, a no revelarlo la poca simetría, que es -93- lo que constituye esencialmente lo sublime en las grandes obras de la naturaleza. Esta cumbre se conoce con el nombre de Ventanas del Chico.

Bellos, majestuosos, sublimes se presentan los variados paisajes que por todas partes se dibujan en el fondo de un cielo purísimo. Contéplase en primer lugar la sierra de Pachuca, con sus cumbres de formas caprichosas; el Zumate, el Jacal y los Pelados o Navajas, la Peña del Águila, las Peñas Coloradas, las Brujas y el Ahuizote; las que circundan el Mineral del Monte; los Jaspes, la Peña Alta y otras de menor importancia; pero sobre todas descuella la aglomeración de peñas llamadas las Monjas, al Suroeste del Chico, y que aparecen a lo lejos como un grupo de estatuas.

Al Noreste, terminando la Sierra de Pachuca, se extienden las llanuras de Atotonilco el Grande, limitadas al Norte por la gran barranca de Metztitlán, que es un prodigio de la naturaleza. Dibújase aquella barranca en el término de la llanura, sin que la vista pueda abarcar toda su longitud, y en vano se esforzaría la imaginación por hallar la causa de aquella obra sorprendente. La Sierra Alta de Zacualtipán, más allá de la barranca, cierra el horizonte de tan bello paisaje.

Las feraces campiñas que se distinguen a lo lejos, que con sus cimas llegan hasta la región -94- de las nubes; las vastas llanuras que se dilatan perdiéndose en el horizonte, todo desaparece ante el nuevo espectáculo que ofrecen las montañas de Actopan con sus gigantescos monolitos.

Hacia el Occidente, en medio de frondosas selvas, se extienden las campiñas de Actopan. Los cerros que por el Sureste circundan a esta población, cubiertos de árboles y plantas, sustentan en sus cimas aquellas rocas colosales de pórfido, aquellos monolitos, de los que algunos alcanzan a cien metros de elevación, y que aparecen como estatuas gigantescas o como soberbios edificios, verdaderas maravillas del arte o de la arquitectura.

El aspecto que tales obras naturales presentan, varía con el lugar de observación elegido; desde el camino de México al Interior, se distinguen como un grupo de estatuas representando monjes en oración, motivo por el cual se les da el nombre de los Frailes. Cerca de Actopan, se ven clara y distintamente los monolitos, irguiendo sus moles gigantescas y rasgando con sus picos elevados las nubes, que impelidas por los vientos llegan a chocar contra sus masas. Más grandioso, más sorprendente es el aspecto que presentan, observadas desde las llanuras y montañas de Pachuca; uno de aquellos monolitos, y de los más voluminosos, descuella dominando a los demás, -95- y otros dos a los lados de éste, y en posición más avanzada y simétrica, figuran la cúpula y las dos torres de un templo cristiano. La ilusión es completa: el viajero llega a creer por tan momento que viaja por Inglaterra, y que acercándose a Londres distingue ya próxima la famosa catedral de San Pablo.

Variado y de otro género es el paisaje que se extiende por el Sur: llanuras interrumpidas por algunas sierras cuyos accidentes y detalles se dibujan perfectamente; lagos que bañan con sus aguas una gran extensión de terreno, y los cuales, vistos desde el declive de una montaña al descender a la llanura, producen la ilusión óptica de límpidos espejos verticales; montañas gigantescas que por partes rodean esas campiñas, y que a medida que más se alejan aparecen medio veladas por la bruma, asomando resplandecientes en el último término del paisaje las nevadas frentes del Popocatepetl y el Iztaccihuatl. Tal se ve el pintoresco Valle de México.

Prosiguiendo la excursión por la Sierra de Pachuca, interrumpida por algunas horas, a causa de la contemplación de los otros lugares descritos y de que no se puede prescindir, el camino de Pachuca al Chico presenta sin interrupción objetos admirables: ya son los accidentes de aquel fragosísimo suelo; ya la selva umbría -96- con sus aves canoras de esmaltados plumajes; ya las rocas caprichosas que coronan las cimas de los montes; ya el aspecto que ofrece el Mineral del Chico, que surge de pronto en el fondo de una deliciosa cañada.

Desde el momento en que se comienza a descender por el fuerte declive de la montaña, se descubre el caserío diseminado en un suelo fragoso, los huertos y jardines que rodean las habitaciones, y en posición dominante el templo de orden dórico, con su elevada cúpula. Un límpido arroyo que va a unirse al río de las Adjuntas pasa serpenteando por la población y poniendo en movimiento con el impulso de su corriente la maquinaria de la hacienda de San Cayetano. Las montañas que circundan completamente la población, se hallan, en su totalidad, vestidas de una vegetación lozana, dominando entre las plantas los oyameles, que, con sus graciosas copas de figura cónica, se destacan unas de otras con cuanta simetría puede haber en las obras de la naturaleza, y se escalonan desde la base a la cima de las montañas. Brotan de las eminencias raudales de agua, que en su caída chocan y saltan de peña en peña, produciendo un sonido armonioso, se abren paso al través de un rico cortinaje de plantas y de flores silvestres y fecundizan la Cañada de San Diego, sitio de los -97- más pintorescos, en donde la pródiga naturaleza ostenta eternamente su espléndido ropaje primaveral. Allí los árboles corpulentos con sus nudosos troncos cubiertos de lama y plantas parásitas; el agua que juguetea multiplicando sus corrientes para encajonarse después en su cauce, acariciando con su espumosa linfa las exquisitas flores de un verde prado, y las variadas aves y mariposas que vuelan de rama en rama y de flor en flor, todo forma un bello conjunto, imagen fiel del paraíso perdido, que inmortalizó Milton con sus cantos.

Si por su buena suerte llega a presenciar el viajero alguna de aquellas escenas conmovedoras, tan frecuentes en aquellos sitios, que tan favorablemente predisponen el alma para recibir gratas sensaciones, nace la inspiración y se desea el genio del artista para trasladar al lienzo sus impresiones, o el numen del poeta para cantar las maravillas de la naturaleza. La imaginación más atrevida apenas puede forjar un cuadro como el que tuve la dicha de presenciar, y del que me permitiré hacer un pálido bosquejo.

Era una noche de invierno, muy cerca ya la época del plenilunio. En un cielo diáfano y sereno la luna derramaba sus vívidos fulgores por toda aquella espléndida naturaleza; el curso y movimiento de las cascadas se hallaba interrumpido -98- por la congelación del agua, la cual, herida por los resplandores del astro, suspendía sobre el abismo las yertas masas de sus cristales, o serpeaba por los declives de las montañas como ricos filones de plata virgen. Iluminado el interior del templo, de sus ventanas se desprendían los rojizos rayos de la luz artificial, contrastando con la blanca y apacible luz de la luna. El repique de las campanas, cuyos ecos repetían las montañas, anunciaba un acto religioso. En efecto, los trabajadores de las minas y algunos niños y ancianos, con cirios encendidos y entonando cánticos de alabanza, salían del templo con el mayor recogimiento, precediendo a un sacerdote que conducía el sagrado Viático. Siguiendo la procesión por las asperezas del suelo, se detuvo pocos instantes en un lugar, cual si hubiera sido intencionalmente el elegido para presentar en toda su majestad aquel cuadro conmovedor.

En ese momento la luna había llegado al punto más culminante de su carrera, desprendiendo con mayor intensidad sus rayos luminosos. La tersa superficie de las hojas de los árboles, la linfa cristalizada de los ríos, los inclinados techos de las casas,

las montañas y el suelo, todo reflejaba la argentada luz de aquel astro, y no se veían más sombras que las que proyectaban las plantas o la que producía, de una manera indecisa, el humo del -99- incienso y de las antorchas, el que, como las plegarias de los hombres, se elevaba al estrellado firmamento. ¡Cuadro admirable, lleno de belleza y de unción; poético y pintoresco para el artista, sublime y aprobador para el creyente!

Aquella procesión continuó su marcha para llevar los consuelos de la religión al moribundo, y regresó al santuario. Algunos instantes después todo se hallaba sumergido en la más completa calma y silencio; sólo el tiempo, por el indefinido sendero de los siglos, y el esplendente astro de la noche por su camino sembrado de estrellas, prosiguieron cumpliendo con las irrevocables leyes de su destino.

El recuerdo de aquella hermosa noche vivirá eterno en mi alma.

México, Febrero 24 de 1872.

-[100]- -101-

Las estaciones en el Valle de México

A Justo Sierra

Pocos habrán de ser los lugares de la tierra que bajo el punto de vista poético y pintoresco puedan superar en belleza al Valle de México; contribuyen a esto muy poderosamente los variados fenómenos que en él ofrecen las estaciones del año.

Aseguran algunos sabios europeos, que en las regiones intertropicales se reducen a dos las estaciones del año: el tiempo de sequía y el de lluvias; mas en nuestro país no se corrobora este aserto. Verdad es que en aquellas regiones la variación del tiempo determina menos marcadamente -102- el cambio de las estaciones que en las zonas templadas; pero esa mudanza se efectúa en el Valle de México, según lo comprueban las hermosas y frescas mañanas de su primavera, pródiga en exquisitas y variadas flores; los calurosos días de su lluvioso estío, rico en sazonados frutos; las tibias tardes del otoño con sus bellísimos celajes, y las frías noches de invierno con su diáfano y estrellado cielo.

Al declinar las horas avanzadas de la noche en la bella estación de primavera, la densa oscuridad que envuelve la superficie de la tierra se disipa poco a poco, y vanse descubriendo los objetos a medida que la tenue luz crepuscular invade progresivamente las regiones occidentales. Propagándose los rayos del sol con un constante movimiento ondulatorio, causan reflexiones y refracciones sucesivas en la atmósfera y en las nubes, esparciendo la luz en todas direcciones y permitiéndonos distinguir aun los objetos que no están directamente iluminados por aquel astro. Si esta luz, que se conoce con el nombre de luz difusa o derramada, no existiese, la sombra proyectada por una nube o por cualquier objeto, engendraría la oscuridad de la noche; y no existiendo el crepúsculo, el sol se presentaría en el horizonte repentinamente y en todo su esplendor.

-103-

Los dulcísimos trinos del jilguero, el gorjeo de las demás aves, el armonioso sonido de las campanas que en las poblaciones anuncian la hora del alba, y el labrador que acude al campo con sus yuntas para dar principio a sus faenas, marcan los instantes en que los espléndidos rayos de la aurora, que preceden a la salida del sol, se difunden por el trasparente fluido de la atmósfera. Antes de traspasar el sol el horizonte, la región oriental se colora sucesivamente con los brillantes tintes: rojo, naranjado, amarillo, verde y purpurino; el límite de la blanquecina luz crepuscular que en forma de arco se extiende por el espacio, va rápidamente avanzando hacia el zenit, al mismo tiempo que

la parte superior del cielo que rodea este punto, adquiere progresivamente el matiz azulado más intenso.

La cresta de la cordillera oriental se dibuja y destaca sobre un fondo brillante de rosa oro; las majestuosas cumbres nevadas del Popocatepetl e Iztaccihuatl, que se levantan como dos colosos para descubrir los primeros el orto del sol, e iluminados débilmente en su parte occidental por la luz difusa, aparecen cual si fueran formados de cristal de Bohemia. De vez en cuando una densa columna de humo, que se hace perceptible a los albores de la aurora, sale del cráter del Popocatepetl, demostrando la constante actividad -104- de este volcán que conserva vestigios de tremendas erupciones.

Cuando el sol, trasponiendo el horizonte, sigue su marcha ascensional, presenta un bello espectáculo, en verdad muy difícil de describir. Su disco, de un color rojizo y aumentado aparentemente a causa de la refracción atmosférica, se presenta circundado de una aureola luminosa, y disminuye paulatinamente su diámetro a medida que va elevándose. Sumergida en el horizonte la curva anticrepuscular, el Occidente adquiere la misma sucesión de tintas, y la parte superior del cielo se colora con un azul brillante, vivísimo.

Deliciosos se presentan desde ese momento los alrededores de la capital. Chapultepec con sus abundantes y limpios manantiales, su pintoresca colina, su poético palacio y su frondoso bosque de sabinos seculares, de cuyos ramajes cuelga en madejas el heno ceniciento, como cabellera digna de su ancianidad; Tacubaya con sus palacios, sus parques y jardines; Mixcoac con sus amenos con tornos y sus callejones formados de árboles frutales; San Ángel, Coyoacán y Tlalpam con sus arroyos cristalinos, sus huertas, sus campiñas y sus bellas cañadas cubiertas de plantas, de árboles y de trepadoras enredaderas.

En todos esos lugares se goza con la embriagadora frescura de la mañana, con la amenidad -105- de los campos, y respirando el ambiente embalsamado con el aroma de las flores. Allí muestran su belleza los enjambres de mariposas de relucientes y pintadas alas, y los colibríes, esas preciosas avecillas que dotadas de una volubilidad extraordinaria, hienden el aire como exhalaciones, o bien chupando el néctar de alguna flor, suspendidas en el espacio, baten incesantemente sus alas y ostentan a los reflejos del sol el verde y nacarado esmalte de su plumaje.

Hacia el Sur de la capital, el suelo del Valle se presenta bajo un aspecto diferente del de los lugares que se acaban de mencionar. No se encuentran allí la camelia, el lirio, la rosa de Bengala ni otras flores exquisitas debidas al esmerado cultivo; pero crecen en las chinampas, en esas islas artificiales que han convertido los pantanos en amenos pensiles, la frondosa amapola, el purpurino clavel, la elegante dahalia, la perfumada violeta, y la fragante rosa de Castilla.

El canal que une los lagos de Xochimilco y Texcoco, se ve cubierto en los días de primavera de canoas cargadas de flores y verduras, que se dirigen a los mercados de México; y todo aquel que haya concurrido a los paseos cuaresmales de la Viga, recordará siempre con agrado la animación que constantemente reina en ese lugar, en donde el pueblo encuentra uno de sus goces predilectos. -106- Puede decirse que allí se verifica la fiesta de la Primavera y de las flores.

* * *

La duración del día artificial que llega a su máximo durante la época del solsticio de estío, y la acción más directa de los rayos del sol en esta parte de la región intertropical, elevan la temperatura a 24 grados y aún más, convirtiendo en calurosos los días frescos y agradables de la estación florida.

La calina y las brumas, particularmente en las mañanas, empañan la atmósfera, y algunas veces su densidad llega a tal grado, que ofusca el hermoso conjunto y el relieve

de las montañas que circundan el Valle, las cuales sólo aparecen como cubiertas con un velo poco diáfano.

El estío, en el Valle, así como las demás estaciones del año, tiene su atractivo particular.

Dilatadas desigualmente las capas atmosféricas por el fuerte calor de la superficie de la tierra, éste invierte, por decirlo así, el orden o disposición de aquellas que están en contacto con el suelo. Sabido es que gravitando las capas atmosféricas superiores sobre las inferiores, la densidad de éstas es mayor, y decrece progresivamente de la superficie hasta la última, la más ligera y sutil, que se llama éter. Contrariada esa ley general por -107- la dilatación de las capas inferiores, la refracción de los rayos luminosos, o sea la desviación que éstos sufren al atravesar de un cuerpo a otro de desigual densidad, se verifica de una manera contraria que en el caso en que las capas atmosféricas se hallan superpuestas en su orden normal, y entonces se produce el espejismo; ilusión óptica que nos hace percibir invertidos los objetos debajo del suelo o en medio de la atmósfera.

En los terrenos llanos y resecos que se encuentran en la parte Norte del Valle, se ve con frecuencia extenderse la calina sobre la superficie de la tierra, y retratarse inversamente debajo de ella las montañas con todos sus accidentes y detalles, cual si fuesen reproducidas por el límpido espejo de las aguas.

La ilusión del espejismo es aún más interesante, más admirable en el lago de Texcoco, aun cuando tal fenómeno sea menos frecuente en él. Desde las orillas del lago puede contemplarse su extensión y la tranquilidad de sus aguas en los días serenos. Las pequeñas y defectuosas embarcaciones, cuyas formas no han variado desde los días de la conquista, se ven cruzar el lago cargadas de granos y verduras, destinados a los mercados de México. Las frágiles y estrechas chalupas de los pescadores y floreras, hienden velozmente la superficie de las aguas, interrumpiendo -108- el silencio de la soledad solamente el chasquido de los remos o el acento de los cantos monótonos de aquellos que conducen tan débiles barquillas.

Cuando la temperatura de las aguas del lago es inferior a la del aire que con ellas está en contacto, de una manera súbita desaparecen aquellas barquillas de la superficie del agua, y se ven inversamente flotando en el aire, navegando al impulso de los remos, en un revuelto mar de nubes.

Los fuertes vientos que soplan en esta época del año, y muy particularmente en las tardes, despejan la atmósfera destruyendo la calina, y preparan los hermosos días de estío. Las montañas dibujan sus contornos y presentan los detalles de su relieve con mayor claridad. Las nubes (cumulus) en forma de caprichosas montañas de nieve, asoman por encima de la cresta de la cordillera oriental, y sucesivamente van creciendo hasta que adquieren proporciones colosales. Esas preciosas nubes, cuya forma redonda se atribuye al exceso de electricidad acumulada en ellas, hacen palidecer con su extremada blancura y brillo las nevadas cumbres del Popocatepetl e Iztaccihuatl, y flotando continuamente en la atmósfera, se unen con otras, extendiéndose sobre toda la superficie del Valle, y ocultando a éste por completo su -109- cielo puro y hermoso. Conviértense entonces en nimbus, que son las nubes tempestuosas sin forma determinada, cenicientas, y cuyos bordes se tiñen débilmente de gris y de un indeciso color morado.

Con frecuencia las corrientes opuestas del aire forman esas columnas de vapor, que pendiendo de las nubes y animadas de un movimiento giratorio, se ven atravesar con rapidez por el Valle, amenazando destruir con su irresistible poder todo cuanto encuentran a su paso.

El pavor y el deseo de la observación luchan en el ánimo, cuando esas trombas se ven suspendidas sobre las majestuosas torres de la Catedral, desafiando a éstas en poder y

fortaleza, y cuando se les ve recorrer toda la ciudad en actitud cada vez más amenazadora, tan pronto devolviendo al ánimo la confianza con su contracción, como acobardándolo más con su acrecimiento; circunstancias que tan distintamente se advierten cual si aquellas masas flotantes de vapor y agua estuviesen movidas por invisibles resortes. Si alguna vez ese terrible meteoro toca la superficie de la tierra, arranca los árboles de raíz, destruye los edificios y abre profundas grietas en las montañas.

Desde mediados hasta el fin del estío, las lluvias son abundantes y copiosas en el Valle, y -110- generalmente las tardes tormentosas, formando contraste con las mañanas, en que se goza de los vivificantes rayos del sol y de una atmósfera tranquila.

Muchas veces, a pesar de hallarse despejado el cielo de las campiñas, los nimbus que se forman a lo lejos y el viento impetuoso, presagian una tempestad próxima y deshecha. El huracán forma en la superficie de la tierra nubes de polvo, que se arrastran y arremolinan velozmente; las aves, con sus alas extendidas, surcan espantadas el aire, tan pronto volando horizontalmente como inclinándose hacia la tierra, contra la cual parecen van a estrellarse; diríjense apresuradamente los rebaños al aprisco; los trigales que cubren los campos adquieren ese movimiento ondulatorio por medio del cual producen alternativamente sus dorados reflejos, y los árboles y arbustos crujen, resistiendo el fuerte empuje de los vientos que hacen inclinar las ramas y follaje, cual si trataran de arrancarlas de sus troncos.

En el transcurso de algunos minutos, el cielo se cubre de nubes amarillentas en las cuales se proyectan las aves que circularmente revolotean. Los nubarrones que cruzan con velocidad vertiginosa la atmósfera, como si tratase cada una de ellas de adquirir mayor rapidez, se juntan y se separan alternativamente, produciendo con su choque y -111- rozamiento las fuertes descargas eléctricas, cuyos retumbantes ecos repercuten en progresión decreciente las mismas nubes y las montañas. El espacio se ilumina por intervalos con esa luz deslumbradora que produce la chispa eléctrica. Un ruido, prolongado a veces, e intermitente otras, es la señal precursora de la lluvia de granizo, meteoro de los más interesantes y cuya teoría descansa aún en hipótesis. El agua cae a torrentes, inundándolo todo y haciendo desbordar los ríos con fuertes e impetuosas corrientes que van a aumentar el caudal de los lagos; y por último, el agua de éstos se agita, formando oleajes amenazadores para las frágiles embarcaciones que en ellos navegan, y remedando, en pequeño, las desastrosas tormentas del mar.

Cual nubes de verano pasan pronto, y cesa la tormenta. El cielo vuelve a su antigua serenidad y pureza, y los campos, con sus pastos, sus plantas y arboledas, ostentan ese verdor brillante y fresco que les comunica la humedad. A lo lejos algunas nubes se resuelven en menuda lluvia, la que, herida por los rayos del sol ya próximo al ocaso, forma el bello meteoro luminoso del arcoiris, cuyas extremidades se apoyan algunas veces en las elevadas crestas de la Sierra Nevada.

Tales son los espectáculos que la época del estío nos ofrece en el Valle de México.
-112-

* * *

El tiempo de aguas, volviendo a la atmósfera su diafanidad y frescura, y al cielo su transparencia, prepara las encantadoras tardes de otoño.

La lucidez de la atmósfera, reflejando ésta unas veces los rayos azules del espectro solar, imprime al cielo ese bello color que va disminuyendo de intensidad del zenit al horizonte, hasta terminar en el mismo, más tenue y apacible; y otras, reflejando los rayos amarillos y rojos, produce variadas y encendidas tintas sobre el horizonte.

Muy importante es el espectáculo que ofrecen las regiones orientales del Valle a la caída del sol. En esos momentos, como si el astro transmitiera a las cumbres de las

elevadas montañas el intenso fuego que lo enciende, trasforma la nítida blancura de la nieve en los vivos cambiantes del ópalo y de la concha nácar. Sobre el horizonte, el cielo adquiere el encendido color de las auroras boreales; y todo aquel brillante y deslumbrador colorido es tan bello, que sólo un hábil artista sería capaz de reproducirlo con su inspirado pincel.

La sucesión de eminencias que gradualmente se elevan por el Sur hasta terminar en el majestuoso Ajusco; las alturas de las Cruces y Monte Alto por el Oriente, y la Sierra de Guadalupe especialmente, a causa de su menor distancia, surgen con -113- todos sus detalles; y reflejándose en la tierra, en las rocas y en su vegetación la luz del sol, sus declives aparecen como regados de piedras preciosas, ofreciendo en su conjunto los variados colores y matices de un mosaico.

De los meteoros luminosos que son tan frecuentes en los días de otoño, ninguno es tan notable como el que ofrece la coloración de las nubes al declinar las tardes, y el aspecto general del cielo.

El azul de éste, de una transparencia extraordinaria, se ve surcado por unas ráfagas luminosas que convergen en un punto del horizonte, y que extendiéndose como radios de un círculo, se hacen más perceptibles por el hermoso color que les sirve de fondo.

Las nubecillas que se conocen con el nombre de cirrus, y que a causa de su menor densidad son las que flotan en la atmósfera a mayor altura, se presentan unas veces agrupadas como vellón cardado; otras extendidas en bandas paralelas o en forma de penachos, dejando entre sí espacios que dan curso libremente a los hacecillos luminosos del sol; y otras, en fin, ocupan una gran parte del cielo o todo él, en cuyo caso se dice que éste se halla aborregado.

Heridas estas nubes por los rayos del sol, adquieren sucesivamente los más variados tintes. -114- El color rosado desaparece para dar lugar a otro purpurino que, desvaneciéndose, termina presentando los matices del violado. Al brillante color del oro sucede el naranjado, y a éste, por último, el amarillo cromo; transformaciones todas que se efectúan a medida que el sol va acercándose al ocaso.

Estos efectos singulares, causados por las inflexiones de la luz, son aún más notables en las nubes de la especie cumulus, que además de presentar las formas más caprichosas, ofrecen los mismos cambiantes de vivos colores, y una orla luminosa de extremada blancura en sus contornos.

* * *

La diafanidad del cielo presagia la entrada de la rigurosa estación invernal, con sus frecuentes heladas, su luna refulgente y sus estrellas rutilantes.

El benigno clima que por lo general se disfruta en México, hace más sensible el cambio de estación, y muy particularmente la entrada del invierno. Hiela con demasiada frecuencia, y por las mañanas la escarcha, como un frágil cristal, cubre la superficie del agua.

¡Cuán bellas y embriagadoras son las noches de luna, durante el invierno, en el pintoresco Valle de México!

-115-

Bañadas por la refulgente luz de aquel astro las heladas cúspides del Popocatepetl e Iztaccihuatl, que se proyectan en un fondo azulado, causan un efecto mágico; pero nada es comparable con el que ofrece el encantador aspecto del cielo por la sucesiva aparición de las estrellas y su uniforme y oblicuo movimiento.

El soberano de los asterismos, el precioso Orión, precedido del bello astro Aldebarán, de la constelación de Tauro, se presenta con sus numerosas y brillantes estrellas, entre las que lucen con mayor intensidad Betelguese, Rígel y los Tres Reyes Magos, o sea el Cinturón.

Con los más vivos destellos aparece en seguida la gentil y más cintiladora estrella del firmamento, el refulgente Sirio, astro principal del Can mayor. Su luz clara y brillante, examinada con atención, presenta en su parte inferior la apariencia de un fuego abrasador, y en la superior, azulados destellos.

Apenas levantado Sirio sobre el horizonte, brota hacia el Sur de éste Canopus, lucero no menos bello, estrella principal de la nave Argos.

De la misma manera van apareciendo sucesivamente los demás astros que contemplamos en nuestras regiones. Cástor y Pólux, primeras estrellas de la constelación zodiacal Géminis; Régulus, el Corazón de León; la Osa mayor, que se - 116- ve recorrer majestuosamente su camino en torno del polo boreal; la Espiga de la Virgen; el bellissimo Arturo en el Boyero; Antares en el Escorpión, y en fin, tantos y tan bellos astros que van esparciéndose como diamantes en la azulada bóveda del firmamento.

Precedida de unas estrellas y seguida de otras aparece la luna, trasmitiéndonos los rayos del sol. En su movimiento ascensional sobre el horizonte, nos presenta análogas circunstancias a las que el astro soberano del día ofrece, y las cuales se han descrito al principio de este artículo.

Bañada por los rayos apacibles de la luna la superficie de la tierra, la perspectiva que ofrece la ciudad de México, observada desde un punto cualquiera de la parte occidental del Valle, es extremadamente bella. Levántase en primer término la ciudad con su extensa línea de edificios, sus variadas y numerosas cúpulas y torres, entre las que descuellan erguidas las de su famosa catedral. Proyectándose éstas en un claro horizonte, dejan entrever la luz de la luna por los espacios que resultan de sus detalles arquitectónicos, semejando primorosas labores de la más delicada filigrana.

Extendidos sobre la verde alfombra de los prados y con su linfa plateada, se presentan en segundo término los lagos de Texcoco y Chalco; y -117- en el tercero y último se levantan dominantes el Telapón, el Tlaloc, el Iztaccihuatl y Popocatepetl, ostentando los dos últimos sus relucientes y nevadas diademas.

Cuando flotan en la atmósfera los vapores condensados en estado vesicular o en heladas partículas, o bien nubecillas ligeras interponiéndose entre la luna, los rayos luminosos reflejados por ésta se modifican, ofreciéndonos entonces el hermosísimo meteoro que se conoce con el nombre de coronas. Un gran círculo de colores, entre los que domina el rojo, se dibuja en el cielo, sirviéndole de centro el hermoso satélite de la tierra.

Los fenómenos meteorológicos que se suceden en el Valle de México, la topografía y extensión de éste, su rica naturaleza y la estructura de su suelo, sobre todo, proporcionan vasta materia para escribir volúmenes enteros. En este artículo, unos cuantos rasgos descriptivos demuestran la importancia de esta bella localidad de la República, y cuán digna es de investigaciones y de un constante estudio.

México, Abril 13 de 1872.

-[118]- -119-

Extensión y población del Valle de México

Si se considera el Valle de México como región hidrográfica, la extensión de su superficie es mucho mayor de la que hasta hoy se le ha atribuido. La Sierra de Pachuca y sus ramales, cuyas elevadas cumbres se distinguen desde las llanuras, limitan por el Norte el Valle, separándolo de los planíos de Atotonilco el Grande, del Valle de Tulancingo y de las llanuras de Zinguilucan. Esa misma sierra se liga hacia el Sur con

una serie de cerros que van a terminar en las montañas de las Navajas, separando los planes de Chavarría del accidentado Valle de Epazoyuca. Por el Oriente, los cerros de Zinguilucan y la elevada montaña de Xihuingo, que por sus -120- fuertes declives parece inaccesible, derraman en parte sus aguas hacia el Valle de México por el río del Papalote, y el cual, en la presa del Rey, forma el de las Avenidas de Pachuca. Un terreno ocupado por extensos lomeríos y surcado por enormes grietas y profundas barrancas, y el cual forma parte de los Llanos de Apam, liga las anteriores eminencias con la majestuosa Sierra Nevada que se interpone entre el pintoresco Valle de México y las ricas campiñas de Puebla. Como generalmente acontece, esta sierra, al terminar, se divide en dos ramales, uno que se deprime entre los distritos de Otumba, Apam y Tepeapulco, y el otro que forma la Sierra de Patlachique, avanzando hacia el Poniente entre los fértiles valles de Otumba y de Texcoco. Las cumbres dominantes de la Sierra Nevada, son el Popocatepetl, el Iztaccihuatl, el Telapon, el Tlaloc y Hamacas.

Por medio de las eminencias poco considerables y extensas, como son las de Tenango, al Sureste, se une la hermosa cumbre del Popocatepetl con la serranía de Ajusco, en la cual se alza la voluminosa y elevada cumbre del mismo nombre, tocando ya los límites de las nieves perpetuas.

Extiéndese por el Suroeste la no menos notable Sierra de las Cruces, que, dirigiéndose al Noroeste, forma la cordillera de Montealto, y en su -121- declive Noreste, el terreno accidentado de Montebajo, interponiéndose todas sus alturas entre el Valle de México y el de Toluca que forma la mesa más elevada del país.

En la historia de nuestra geografía, el cerro del Sincoque, es notable por la importancia que como límite del Valle le diera el ilustre viajero Barón de Humboldt, y porque en los terrenos próximos existe la obra colosal del canal de Nochistongo, en donde se han emprendido las importantes obras del desagüe.

La sucesión de alturas, tales como la que se acaba de mencionar, el cerro de Jalpa, y las lomas de España, Cuevas y Jilcingo, se unen al cerro de Aranda y a la Sierra de Tezontlalpan, la que dando fin cerca de la Sierra de Pachuca, termina el circuito del Valle.

El centro de éste ofrece vastas llanuras interrumpidas por algunas sierras de corta extensión, cerros elevados y lomeríos, y presentando una figura muy irregular, pues según avanzan más o menos hacia el centro de él los declives y contrafuertes de las sierras que los circundan, más o menos se estrechan las partes llanas. Forman los planíos más considerables del Valle los llanos de Chavarría, San Javier y Tizayuca, al Sur de Pachuca; el Valle de Otumba, limitado al Norte por los cerros Malinalco, Cerrogordo y otros de -122- menos consideración, y comunicado con la parte principal del de México por los ricos terrenos de Acolman; los valles de Texcoco y Chalco, que deben considerarse como la prolongación del de México; y por último, los llanos de Zumpango y Tlalnepantla, separados de los que rodean a la capital de la República, por la sierra de Guadalupe.

La mayor extensión del Valle, según la línea oblicua que une a Tlalpam con Pachuca, es de ciento catorce kilómetros, y su mayor latitud en el paralelo de Cuautitlán, sesenta y dos kilómetros. Respecto del área, muy difícil es determinarla con exactitud cuando no existe el plano orográfico de tan importante lugar de la República.

La población del Valle, conforme a los mejores y más verídicos datos que he podido proporcionarme, puede estimarse en 525.000 habitantes, distribuidos de la manera siguiente:

-123-

Curatos

Habitantes que

hablan castellano

Ídem mexicano

Ídem otomí

Total

Pachuca

14.020

-

-

14.020

Tezontepec

5.638

780

-

6.418

Axapusco

5.310

-

-

5.310

Otumba

6.158

-

-

6.158

Tizayuca

3.414

8.000

-

11.414

Jaltenco

-

2.425

-

2.425

Zumpango

2.522

5.000

-

7.522

Teoloyuca

5.939

-

-

5.939

Tolcayuca

5.725

-

-

5.725

48.726

16.205

-

64.931

Ecatepec

-

6.300

-

6.300

Tepexpan

-

938

-

938

Acolman

-

1.474

-

1.474

Tecamac

-

3.316

-

3.316

Teotihuacán

7.359

2.143

-

9.502

Tepetlaoxtoc

2.769

1.803

-

4.572

Chautla

-

2.772

-

2.772

Mexicalcingo

500

959

-

1.459

Culhuacán

200
2.000
-
2.200
Chalco
1.200
731
-
1.931
Mexquic
-
2.247
-
2.247
Xochimilco
3.000
14.008
-
17.008
Tlalpam
2.387
2.300
-
4.687
Coyoacán
3.129
1.000
-
4.129
Churubusco
492
-
-
492
Tlahuac
-
2.000
-
2.000
Texcoco
16.815
13.469
-
30.284
Coatlinchán
1.707
-
-
1.707
Chimalhuacán Atenco

4.070
2.500
-
6.570
Coatepec Chalco
1.923
-
-
1.923
Ixtapaluca
2.500
643
-
3.143
Ixtapalapa
3.000
1.119
-
4.119
Ixtacalco
-
2.670
-
2.670

51.051
64.392
-
115.443
-124-

Cuautitlán
2.376
5.065
-
7.441
Tultitlán
-
6.921
-
6.921
Huehuetoca

3.126
-
-
3.126
Tepotztlán
2.305
-
3.572
5.877
Coyotepec
2.752
-
3.000
5.752
Tlalnepantla
7.219
-
-
7.219
Naucalpan
2.961
-
2.104
5.065
Montebajo
4.313
-
3.100
7.413
Huisquilucan
-
6.544
-
6.544
San Ángel
3.218
4.599
-
7.817
Santa Fe
2.000
-
-
2.000
Tacubaya
15.835
-
-
15.835
Mixcoac

1.249
456
-
1.705

47.354
23.585
11.776
82.715

147.131
104.182
11.776
263.089
Ciudad de México
225.000
-
-
225.000

372.131
104.182
11.776
488.089

En esta noticia faltan los datos relativos a algunas parroquias, como son Tultepec, Tlasala, Coacalco, Ecatzingo, Cocotitlán, Ayapango, Tepetlixpa, Tlalmanalco, Ozumba, Amecameca, Ayotzingo, Guadalupe, Tacuba y Atzacapotzalco, y no parecerá por tanto exagerado si hago subir la cifra anterior, a 525.000.

-125-

Algunas obras existen que han tratado extensamente acerca del Valle de México; motivo por el cual, me he limitado a ocuparme sólo en la extensión que debe considerársele y en el número de sus habitantes con relación a ella.

México, 4 de Mayo de 1872.

Una excursión a la Caverna de Cacahuamilpa

I

Muy digno de describirse es el camino que conduce de México a la famosa caverna que es el objeto principal de este artículo. No fijaré mi atención en la parte recorrida de ese camino por el ferrocarril de Tlalpam, por ser demasiado conocida.

La serranía de Ajusco, que por el Sur limita el Valle de México, ligando las sierras del Popocatepetl con las eminencias de las Cruces y Monte Alto, ocupa en latitud una grande extensión de terreno, presentando en sus declives, y muy particularmente en los australes, inclinaciones en extremo rápidas.

-128-

Preséntase el terreno, recorrido por el camino, árido, y apenas se ve en las eminencias que lo coronan una vegetación pobre en extremo. Aun cuando para el viajero, ávido de lugares amenos y pintorescos, estos lugares no tienen ningún atractivo, son, sin embargo, muy interesantes, considerándolos geológicamente. Vense por doquiera enormes grupos de rocas eruptivas que están revelando una acción volcánica tremenda, y las cuales se presentan como inmensos edificios derruidos por la acción destructora del tiempo. El ascenso para traspasar la línea de la división de las aguas, es en extremo difícil, y se llega, después de algunas horas de camino, a Topilejo y a la Venta del Guarda; lugar interesante por determinar el punto más elevado del camino y desde el cual puede observarse el Valle de México en toda su extensión, con su más bella perspectiva.

Del Guarda se llega a la Cruz del Marqués, y desde este punto, que señala los límites del Estado de Morelos, se desciende rápidamente, rapidez que crece de Huitzilac en adelante, de tal suerte, que los carruajes ruedan con una velocidad que casi se asemeja a la que adquieren los cuerpos abandonados a su propio peso; y a medida que se desciende, la temperatura se eleva, comprobando la observación tantas veces hecha, de que en México bastan unas cuantas horas de -129- camino para pasar de una zona en extremo fría a otra cálida. La vertiente austral de la serranía de Ajusco, que en esta parte toma el nombre de Cuesta de Huitzilac, no se presenta con la desnudez del declive septentrional. Muchos árboles de la familia de las coníferas, cubren el terreno, observándose los oyameles en las cumbres, y los ocotes, pinos, encinos y algunos cedros en los declives.

Multitud de barrancas surcan el suelo y descienden hacia los planes de Cuernavaca, encontrándose esta ciudad, antes de ahora capital del Estado de Morelos, entre dos de ellas. La mayor parte de esas barrancas se interponen entre Cuernavaca y los pueblos de Chalma y Ocuila, del Estado de México, erizando de dificultades y de fuertes pendientes, las veredas que ligan entre sí esas poblaciones.

Distínguese desde la eminencia de la cuesta, la tierracaliente ofreciendo un bello panorama. Las lomas sucesivas que tanto caracterizan la topografía de los terrenos de Cuernavaca, desaparecen a causa de la altura de donde se observan, y sólo se admiran extensos planes matizados por el frondoso follaje de las plantas tropicales y por los plantíos de caña, cuyo color esmaltado de verde más o menos intenso, según el mayor o menor crecimiento de las plantas, armoniza con los variados colores que reflejan los terrenos sin -130- cultivo. Descúbranse a los vivísimos resplandores del sol y diseminados en las campiñas, agrupados los edificios de las poblaciones y separado el plan de Amilpas del de Cuernavaca, por la sierra de Tetillas, Montenegro y Jiutepec, y por último, se ven a lo lejos escalonadas, sobre planos inclinados, diversas eminencias que terminan con las crestas de las elevadas sierras que por todas partes circundan el Estado de Morelos, y cierran sus horizontes.

Cuernavaca (Cuauhnahuac, rodeada de flores), se halla situada, según las observaciones astronómicas de don Francisco Jiménez, a 18° 53' 02" 31 de latitud Norte y 0° 06' 19" 50 de longitud Oeste de México, a 1.505m de altura sobre el mar y a 18 leguas Sur de la capital de la República. El terreno en que se asienta forma una loma entre dos grandes depresiones, ofreciendo en sus calles frecuentes ascensos y descensos. Desde cualquiera altura de la ciudad se abarca de una sola mirada el territorio del Estado en toda su extensión.

Se descubren las montañas que lo limitan y las que interrumpen la uniformidad de su suelo: al Norte, la serranía de Ajusco; al Oriente las nevadas y majestuosas cumbres del Popocatepetl y el Iztaccihuatl en último término, y en el primero, las cimas de formas caprichosas de la sierra de Tepoztlán. Los extensos plantíos de caña, los -131- platanares que extienden sus erguidas y lustrosas hojas en medio de una vegetación lozana, esmaltan los campos de un verde hermoso, revelando las riquezas de un Estado esencialmente agrícola.

El clima de la ciudad como el de todas las localidades del Estado, es cálido, marcando el termómetro como temperatura máxima en tiempos normales, a las tres de la tarde, de 24° a 25° centígrados. La declinación de la aguja es de 8° 30' al Este.

La población actual de la ciudad, es de 16.000 habitantes repartidos en 500 casas que forman el casco, y en las casuchas de sus huertos y campos. Comprende 60 calles y callejones, 5 plazas, 5 templos; el antiguo palacio de Cortés, que posee más bien el carácter de un edificio fortificado, carácter que va desapareciendo por las reedificaciones. En él residían los poderes del Estado, que se trasladaron posteriormente a Cuautla, su nueva capital.

La ciudad posee además el edificio del Instituto literario, el teatro de Alarcón, que puede contener 2.000 personas, un hospital, un matadero, doce posadas, un cuartel, casa de correos y estación telegráfica; una imprenta, cinco curtidorías, un molino de aceite, cuatro fábricas de aguardiente, ocho de ladrillos y tejas y ocho caminos vecinales.

Forman los suburbios de esta ciudad los siguientes barrios: San Pedro y Santo Cristo, por -132- el Sur; Amatitlán, por el Este; San Antón, por el Oeste, y Guadalupita y el Calvario por el Norte.

Pasado el pintoresco pueblecillo de San Antón, a 3 kilómetros Noroeste de Cuernavaca, se desciende a una profunda barranca por un sendero estrecho y pedregoso. En esta barranca y de una altura de 37 metros, el agua que proviene de otra barranca llamada de Toto, se precipita, formando en su caída preciosas ondulaciones, alternando con delgados hilos cristalinos que se apartan de la masa principal del torrente. De la cuenca abierta por el agua con su incesante golpeo, se eleva ésta en menudas partículas, produciendo a los vivísimos rayos del sol, los colores del iris, notables por su persistencia. El continuo movimiento del agua al pie del salto, ha descarnado la montaña, abriendo una gruta profunda que por su lobreguez contrasta tanto con la blancura de la corriente cristalina, y con el fresco verdor de los helechos, de los arbustos y plantas tropicales, que engalanan aquella cuenca. Grietas profundas surcan horizontalmente las paredes verticales de la barranca que miran al Oriente, en tanto que en el declive opuesto un grupo de prismas basálticos incrustados en el terreno, alternan con las lucientes hojas de las anonáceas. Los festones de bejuco que, pendientes de la cima, flotan a más de media altura de -133- la barranca, y la frondosidad de los árboles, entre cuyo follaje se descubren las esbeltas hojas del banano, contribuyen a hermostear el lugar, dándole un aspecto encantador.

Tres cuartos de legua al Este de Cuernavaca, se halla el pueblo de Chapultepec (cerro del Chapulín), ameno por sus huertas de árboles frutales y siembras de semillas y legumbres.

Hacia el Sur y a la misma distancia se encuentra el pueblo de Acapantzingo (frente del Carrizal). La industria de sus habitantes consiste en el cultivo de árboles frutales. Su situación a inmediaciones de la capital y su amenidad, hacen de este pueblo un lugar de recreo.

En él, el archiduque Maximiliano hizo construir una gruta con hermoso jardín y extensa huerta.

El Estado de Morelos se halla dividido para su administración en las siguientes fracciones:

Municipalidades

Raza mixta

Indígena

Extranjeros

Total

Distrito de Cuernavaca

Cuernavaca

8.225

5.807

44

14.076

Tepoztlán

2.456

4.149

-

6.605

Xochitepec

2.974

2.797

6

5.777

Tlaltizapan

5.468

1.800

15

7.283

Xiutepec

2.902

612

5

5.519

-134-

Distrito de Morelos

Cuautla
10.078
1.399
29
12.106
Ayala
1.206
2.610
2
3.818
Ocuituco
1.381
6.329
-
7.710
Yecapixtla
4.835
1.580
1
6.416
Distrito de Yautepec

Yautepec
3.059
4.017
20
7.096
Tlayacapam
2.021
3.979
-
6.000
Totolapam, municipio
1.571
2.213
2
3.786
Tlalnepantla, municipio
1.044
1.786
-
2.830
Distrito de Tetecala

Tetecala
1.972
1.532
3
3.507
Miacatlán
3.619
909
13
4.541
Jojutla
3.140
3.535
14
6.689
Tlaquiltenango
1.343
3.932
11
5.286
Puente de Ixtla
2.044
1.860
6
3.910
Amacusac, municipio
1.227
1.773
2
3.002
Coatlán del Río, municipio
1.357
589
-
1.946
Mazatepec, municipio
1.103
345
-
1.448
-135-

Distrito de Jonacatepec

Jonacatepec

5.294

2.375

6

7.675

Zacualpam Amilpas

2.469

4.854

4

7.327

Xantetelco

2.623

2.320

2

4.945

Tetelilla

2.189

2.914

-

5.103

Tepaltzinco

1.140

3.728

-

4.868

Sumas

77.670

72.714

185

149.269

El camino para llegar a Cacahuamilpa recorre los terrenos pertenecientes a los distritos de Cuernavaca y Tetecala; y a medida que en él se avanza, se descubren a uno y otro lado, más o menos cerca, los pueblos y haciendas de la mayor parte de sus municipalidades.

Al Noreste de Cuernavaca se ven las montañas de Tepoztlán (lugar de fierro). La villa del mismo nombre, cabecera de la municipalidad, se encuentra situada en la cañada que se forma por los montes de Otlayuca. Esta cordillera, que se desprende de la sierra del Popocatepetl, se halla revestida casi en su totalidad de vegetación, produciendo cedros, ayacahuites, caobas, encino -136- de diversas clases y el oyametl. En tiempo de lluvias esas eminencias adquieren un bello aspecto, así por la frondosidad de la vegetación como por los arroyuelos que se forman y precipitan desde las alturas, serpenteando por los declives como hilos de plata, y que por su blancura tanto contrastan con las

ennegrecidas superficies de las rocas. Al llegar esos arroyos a las partes más bajas, forman otras tantas cascadas y se unen por medio de varias barranquillas a un arroyo que recorre los terrenos de la municipalidad. No escasean en las mismas montañas los minerales de fierro, circunstancia de donde tomó origen el nombre de la población.

Al Suroeste de Cuernavaca y a dos y media leguas se encuentra Xiutepec (cerro de yerba) con mil doscientos setenta y nueve habitantes. El pueblo se halla situado en medio de un llano limitado al Oriente por varias eminencias que forman una cordillera rica de vegetación y entre cuyos árboles se cuentan algunos de finas y exquisitas maderas. Las principales cumbres de esa cordillera se denominan Barriga de Plata, llamada así por ser mineral; el Tajón, la Palma, Rancho del Cerrado y Monte-Negro. En este último lugar tuvo efecto el 22 de Agosto de 1870 un fenómeno que causó gran sensación entre los habitantes de aquellas comarcas. Al declinar la -137- tarde de ese día, inmensos nubarrones vertían el agua a torrentes, escuchándose al propio tiempo bajo de tierra fuertes detonaciones y sintiéndose un ligero terremoto. Al día siguiente se observó que la vegetación que revestía la montaña había desaparecido en una extensa zona de sus vertientes, presentando sólo rocas ennegrecidas y sin lesión alguna la cumbre. Todos los despojos de tierra, piedra y malezas, presentando una masa compacta, cubrían a poca distancia el suelo arrojados allí, sin duda alguna, por la fuerte tensión del aire, que, dilatado violentamente por el calórico interior, abrióse paso por los declives de ella. Esos despojos formaron en algunos puntos un espesor que varía de una y media a tres varas.

Dos arroyos de agua permanente, fresca y abundante, riegan los terrenos de la municipalidad; ambos se conocen con el nombre de la Barranca. Uno de ellos nace en el pueblo de Chapultepec, de la jurisdicción de Cuernavaca, riega la hacienda de Atlacomulco y pasa por el centro del pueblo de Xiutepec, y el otro se forma de los veneros de Texalpam, aumentando su raudal con el agua que proviene de las vertientes de las fuentes al Noroeste y muy cerca de Xiutepec. Reúnense ambas barrancas, cuyo curso es de Norte a Sur, en el pueblo de Zacualpam, a cuatro kilómetros al Sur de la cabecera.

-138-

Conócese con el nombre de Paseo de las Fuentes un sitio ameno, que dista dos kilómetros de Xiutepec hacia el Noroeste. Copiosos manantiales de agua cristalina forman una corriente rápida en medio de una vegetación virgen y lozana: grupos de frondosos sabinos, de fresnos y álamos, higueras silvestres, naranjos, manglares y otros árboles frutales dan sombra a ese río, a cuyas márgenes se extienden risueñas y fértiles campiñas.

Desde el camino, y a diez kilómetros de Cuernavaca, se distinguen por la parte oriental la hacienda del Puente y el pueblo de Xochitepec.

Xochitepec, que quiere decir cerro de la flor, es la cabecera de la municipalidad de su nombre, con mil quinientos habitantes, y distante de Cuernavaca veinte kilómetros al Sur. Las montañas de Colotepec, Alpuyeca, San José y Tetelpa, forman hermosos valles, y muy particularmente el que ocupan los terrenos de las haciendas llamadas Chiconcuac y el Puente, donde se cultiva la caña de azúcar y el arroz, artículos que constituyen la principal riqueza de estos lugares. Riegan estos valles dos ríos que se conocen con los nombres de Apatlaco y Alpuyeca, cuyo curso es de Norte a Sur, y su confluencia en un punto cerca de Xoxocotla. El primero nace en la barranca de Santa María, -139- municipalidad de Cuernavaca, y el segundo en las de Tetlama. Reúneseles en Apatlaco considerable cantidad de agua salobre que proviene de dos manantiales. En estos ríos se pescan truchas y bagres.

La hacienda de caña de Temisco, de la municipalidad de Cuernavaca, y las de Chiconcuac y San Vicente, puede decirse, que hoy forman una sola hacienda, cuyos frutos se benefician todos en esta última. El señor Bermejillo, propietario de ellas, ha logrado establecer en la de San Vicente una magnífica maquinaria para la elaboración y purificación del azúcar, cuyo costo ha ascendido a la suma de 200.000 pesos.

Estas haciendas elaboran al año:

Temisco

26.000

@ de azúcar

39.000

de miel

San Vicente

81.000

"

17.488

"

Chiconcuac

107.000

56.488

El camino prosigue por los terrenos pertenecientes al distrito de Tetecala. Ocupan todo el distrito, extensos lomeríos y grupos de cerros de poca elevación que por su aridez forman un notable contraste con las frondosas y fértiles cañadas. Los ríos que las riegan son: el de Coatlán que nace al Norte en las montañas de Ocuila, del Estado de México, pasa por la hacienda de Cocoyotla, -140- Coatlán del Río, Tetecala, San Miguel Coatlán y Coachichimola, uniéndose al Amacusac; el río Tembembe nace igualmente en la barranca de Toto, pasa por terrenos de Cuentepec, Miacatlán, Mazatepec y Ahuehuecingo y se une al anterior, a una legua al Norte de Ixtla. En estos ríos se cogen camarones, bagres, cangrejos, mojarra, perros de agua, roncadores, salmiches y truchas. La laguna de Coatetelco, situada al Oriente de Mazatepec y de un kilómetro de longitud, presenta un panorama agradable por los plantíos de caña que la rodean y por la multitud de garzas que se ven sobre la superficie de las aguas. Esta laguna produce igualmente truchas y bagres. Perteneciente al distrito se encuentra otra laguna muy notable, en jurisdicción de Puente de Ixtla. Conócese esta laguna con el nombre de Tequesquitengo, cuya extensión es de cuatro leguas cuadradas. Dos particularidades notables ofrece esta laguna a la atención del viajero. La primera consiste en su gran profundidad, calculada en 50 metros hacia el centro.

Cerca de su orilla austral se halla sumergido un pueblo, pudiendo distinguirse, cuando la diafanidad de las aguas lo permiten el frontispicio del templo, sobresaliendo de la líquida superficie, la cruz con que remata la torre.

Constituye la segunda, la existencia de unos -141- toros, llamados caravaos que han contraído la costumbre de vivir en el agua y que en vano se ha tratado de sujetarlos al yugo. Cuando el calor del sol se hace sentir con mayor fuerza, huyen apresuradamente burlando la vigilancia de sus guardianes, y se introducen en la laguna, uncidos muchas veces a los carros o arados.

La villa de Tetecala (casas de piedra), cabecera del distrito, se halla situada a la margen izquierda del río Coatlán y a 40 kilómetros Suroeste de Cuernavaca, con 2.000 habitantes. Sus terrenos son productivos y su vegetación tan vigorosa que el maíz de riego, se cosecha antes de cuatro meses y el de temporal a los seis después de su siembra; el plátano siempre da su fruto tan sólo limpiando la planta y el terreno en que ha crecido; la caña de azúcar adquiere muchas veces en su desarrollo una longitud de tres metros; se cosecha además el frijol, chile, ajonjolí, camote y arroz, cuyo cultivo es de la mayor importancia en las vegas todas del río Coatlán; deben mencionarse entre las frutas, sandías, melones, cocos, aguacates, limas, anonas, timbirichis, chicozapote, mangos, ilamas, guanávanas, dátiles, ciruelas, mameyes y zapotes prietos, produciendo además en abundancia, toda clase de legumbres y verduras.

-142-

El calor es insoportable en esta localidad, marcando el termómetro a la sombra hasta 31° C.

A 4 kilómetros de Tetecala, prosiguiendo el camino hacia el Poniente, se encuentra el pintoresco pueblo de Coatlán del Río (lugar de culebras). Erguidos cocoteros se agrupan en torno de la iglesia parroquial, de humilde aspecto; los cafetos y platanares, entre cuyo follaje descuella el esbelto papayo, apenas permiten descubrir, por entre sus ramas, las habitaciones de la población. El tupido ramaje de corpulentos árboles, entre los que se cuentan los naranjos, mangos, limoneros y limeros, se dibuja en las aguas de un río cristalino, que con sus vegas fértiles y amenas aumenta los encantos de tan bello paisaje.

Apenas se sale de esta población se vuelve a caminar por lomas y colinas estériles, con dirección al Sur, y sólo de trecho en trecho se distinguen algunas cañadas vestidas de vegetación.

A 6 kilómetros de Coatlán se penetra en una cañada formada por opuestas eminencias en los confines del Estado, límites con el de Guerrero, ascendiendo por una vereda pedregosa, a la falda de la montaña, hasta llegar al pueblecillo de Cacahuamilpa (siembra de cacahuates) que dista de Coatlán 8 kilómetros. Algunas casuchas y un templo pequeño, de humildísimo aspecto, ocupan la falda de un cerro, y desde este punto, caminando -143- siempre por desfiladeros y en continuo descenso, se llega al grupo de cerros elevados, en uno de los cuales súbitamente se descubre la abertura de la famosa Caverna de Cacahuamilpa.

II

Antes de penetrar en los antros misteriosos de la caverna, conviene dar una idea de la topografía del lugar. Los accidentes exteriores del terreno de tal manera se relacionan con aquella gigantesca obra natural, que hacen indispensable el pleno conocimiento de todos sus detalles.

Tomando por punto de partida la montaña de la caverna, extiéndense al Norte de ella, dos cordilleras opuestas que forman una cañada, cuyo thalweg tiene una dirección de Norte a Sur. De estas dos cadenas la occidental se liga inmediatamente con la montaña

de la caverna, en tanto que la oriental, desviándose por enfrente de ella, deja un espacio de terreno, en el cual se eleva otra eminencia, de una altura casi nula por el lado de la cañada, pero de grande elevación por el opuesto, en donde la contrapendiente se confunde con la vertical.

Tan fuerte es por esta parte la depresión del terreno, que para descender a él, se hace preciso, -144- las más veces, apoyar pies y manos en las ramas y troncos de los árboles para evitar la caída por los desfiladeros. Esta cuenca da origen a otra cañada, cuya dirección es de Occidente a Oriente. El descenso rápido en tan corto espacio de terreno convierte éste en un lugar de extremada fragosidad. Vense rocas acantiladas, dominando el abismo y taladradas por las aceradas raíces de los amates. Allí la naturaleza agreste oculta con un manto de espléndido follaje una de sus obras más admirables. Saltando de uno en otro peñasco y abriéndose paso por entre las ramas de los árboles, el viajero llega a colocarse en un punto, en medio de un río cristalino, desde donde, lanzando instintivamente un grito de sorpresa, puede admirar a un tiempo mismo dos colosales y bellísimas grutas, de cuyo fondo salen serpenteando y en rápida corriente, los dos ríos que alimentan el Amacusac. Las piedras calizas que forman las bóvedas de las grutas se hallan dispuestas de tal manera, que parece que en su colocación intervino el arte con sus precisas reglas; despréndense de las grietas de las bóvedas y en forma de festones, las estalactitas con aquel desorden que aumenta los encantos de la naturaleza.

Las bóvedas disminuyen gradualmente de altura, presentando en el fondo una lóbrega abertura por donde sale el agua, dando indicios de la -145- profundidad de los subterráneos. La espléndida luz que ilumina la parte abierta de las grutas, lucha por penetrar en el fondo para disipar las tinieblas, y apenas con sus reflejos, hace brillar el agua en los puntos en que, por algunos obstáculos, rompe su corriente.

De vez en cuando parvadas de guacamayas, asustadas por la presencia del viajero, abandonan sus nidos, hendiendo el aire con su rápido vuelo, bajo las cenicientas rocas de las grutas, para proyectarse después en la purísima bóveda del cielo.

Esas dos grutas se hallan en opuesta posición: la una mira al Norte y la otra al Sur, reuniéndose frente de la primera los dos ríos que forman el Amacusac. Si se busca el origen de éstos, preciso es remontarse hasta las alturas de Tenancingo y de Ixtapa de la Sal, en el Estado de México, cuyo territorio riegan dirigiendo su curso hacia la montaña de Cacahuamilpa, para perderse en ella y brotar de nuevo en el agreste lugar que acaba de describirse.

Encumbrando de nuevo la eminencia, el viajero puede contemplar, desde la meseta, la extensa boca de la caverna con los verdes festones de follaje que la adornan, y algunas concreciones de estalactitas que se presentan como un indicio de las -146- maravillosas cristalizaciones que en sus antros aquélla encierra.

Llégase a la abertura natural por un sendero estrecho y de poca extensión. La longitud de la base de esta abertura es de 36 metros, su mayor altura de 4,75. El rumbo de la base 19° Suroeste y la temperatura a las doce del día y a la sombra, 27° R.

La existencia de la caverna permaneció ignorada hasta el año de 1833. Los mismos indios, antes de esta época, no se atrevían a penetrar en ella, creyendo, en su ciego fanatismo, que la primera estalactita en figura de chivo, era la encarnación del espíritu malo que impedía el acceso al interior.

Un incidente reveló al mundo civilizado la importancia de esa tan prodigiosa obra natural. Refugiado un criminal en la caverna, permaneció en ella durante el tiempo que duró la persecución, cesada la cual, pudo regresar a su hogar, asombrando con sus relaciones fantásticas a los vecinos de Tetecala, quienes inmediatamente dispusieron la primera expedición.

Muy dividida se encuentra la opinión respecto de las teorías referentes a la formación de las cavernas: unos la atribuyen a la acción de las aguas y otros a la plutónica.

-147-

La existencia de los dos ríos, que perdiéndose en la montaña de Cacahuamilpa surgen de nuevo en un lugar más bajo que el suelo de la caverna, ha hecho presumir que en la formación de ésta las aguas han ejercido la acción principal; pero si se atiende a diversas circunstancias contrarias, debe creerse más bien que tal efecto tuvo por causa una dislocación violenta del terreno, de la misma manera que se observa en las grietas de los minerales, con sólo la diferencia de haber sido éstas inyectadas por las materias fundidas.

Los terrenos adyacentes, en los cuales se advierten dislocadas y metamorfoseadas las capas calizas, corroboran esta aserción.

En los mares, el continuo movimiento del agua desaloja las materias sólidas del terreno, abriendo grietas y grutas profundas, así como en las tierras continentales las aguas han contribuido principalmente a perforar las montañas. No sólo esta causa puede producir tales efectos: la eyección de materias eruptivas, el enfriamiento de las lavas, la expansión de los gases y vapores y la liquidación ígnea de las rocas, son otras tantas causas a que debe atribuirse la existencia de las grutas y cavernas que tan justamente nos admiran. Supónese igualmente que los espacios hoy libres se hallaban ocupados en tiempos remotos -148- por grandes masas de sal que, disuelta por el agua, fue arrastrada en su corriente; mas lo que no admite duda es, que la acción plutónica ha sido el agente principal en la formación de muchas cavernas.

Escudriñando con la mayor atención el interior de la caverna, no se ven ni cantos rodados, ni arenas, ni limo que hicieran presumir la existencia en épocas lejanas de grandes corrientes que produjeran la grande oquedad que nos admira; por el contrario, todas las rocas que se encuentran agrupadas en el suelo y provienen de fuertes derrumbes, así como las que forman las paredes y las bóvedas, son angulosas, con sus aristas bien determinadas; circunstancias que no se observan en las dos grutas de que he hecho mención. Aquí se encuentran grandes peñascos sin aristas y carcomidos por la acción del agua. La existencia de los dos ríos próximos a la caverna debe atribuirse a una coincidencia casual, como ha podido observarse en otras cavernas cuyas circunstancias son idénticas. La montaña de Cacahuamilpa, según fundadas conjeturas, se halla perforada en todas direcciones, formando galerías laterales, quizá tan interesantes por sus detalles como por el cañón principal que ya conocemos. Los ríos de Ixtapa y Tenancingo, según mi humilde juicio, que de ninguna manera puede -149- reputarse como una conclusión definitiva, no perforaron la montaña, sino que, encontrando sus corrientes caminos subterráneos, prosiguieron por ellos su curso.

Por otra parte, no puede creerse sin violencia, que dos ríos de tan escaso caudal hayan podido no sólo abrir el cañón principal, sino las galerías laterales que hacen del conjunto un verdadero laberinto. En la formación de la caverna de Cacahuamilpa puede haber intervenido el agua, pero no como agente principal.

Prosigamos nuestra excursión al interior de la caverna.

Descendiendo por una rampa arenosa, se penetra a la primera galería, enteramente iluminada por la luz natural. Las extensas proporciones de esta galería, con sus paredes de rocas acantiladas y de enormes peñascos que parece que se derrumban; los festones de estalactitas que se ven suspendidas de la ancha bóveda, surcada por grietas profundas; las caprichosas estalagmitas que se presentan, ora en figura de preciosas coliflores, ora representando columnas de mármol; y por último, la pavorosa oscuridad que reina ya en la segunda galería, en medio de la cual apenas se distingue el brillo de las antorchas, todo ello forma un conjunto de admiración para el hombre indiferente, y

de conmoción y -150- asombro para el que ha recibido de la naturaleza el sentimiento de lo grande y de lo bello.

Las estalactitas y las estalagmitas no son otra cosa que las concreciones de caliza incrustante. Filtrándose el agua que lleva en disolución el bicarbonato de cal, se adhiere en el techo de la caverna a una yerba o a cualquiera objeto pequeño que forma un núcleo; por el desprendimiento del ácido carbónico, la materia caliza vuelve a su estado primitivo, revistiendo a aquel objeto. Nuevas filtraciones producen el mismo efecto, haciendo crecer, por agregación sucesiva, las estalactitas, que adquieren las más variadas figuras.

Las gotas que se desprenden de la bóveda y caen al suelo, elaboran de la misma manera otras concreciones en sentido inverso, constituyendo entonces las estalagmitas, que muchas veces se unen a las estalactitas por sus vértices.

La atención del viajero, en la primera galería, se fija preferentemente en dos objetos: primero, en la estalagmita que representa el chivo encantado, que por habersele destruido la cabeza ha perdido su primitiva forma; y después en una preciosa columna que, con su gracioso capitel a manera de un penacho, sostiene el arranque de un arco natural. La presencia de esta columna despierta la idea de la creación de un estilo de -151- arquitectura a imitación de la naturaleza; así como un canastillo con la preciosa hoja de acanto, infundió a los griegos la idea del hermoso capitel corintio.

Salvando los obstáculos que ofrece el hacinamiento de las rocas desprendidas de la bóveda, se pasa al salón del Púlpito, que yo me atrevería a llamar, más bien, galería del Trono. Aquí la oscuridad es completa y apenas puede distinguirse, a la tenue luz de las antorchas, las hermosas concreciones, cuyo interés, por su forma y magnitud, crece progresivamente. Primorosas labores de encaje y filigrana bordan el suelo y rodean las enhiestas estalagmitas; en tanto que bellas incrustaciones, blancas como el mármol de Carrara, revisten las paredes y reflejan la luz con sus prismáticos cristales. En forma de elegante cortinaje circular y diestramente arrugado por la mano maestra de la naturaleza, se desprende de la bóveda un haz de estalactitas, cubriendo una concreción que gradualmente se levanta del suelo.

III

El cañón principal de la caverna, cuya dirección general es al Poniente, con poca inclinación al Sur, se halla dividido por arcos naturales o -152- por grandes agrupamientos de estalagmitas colosales. Solamente en el tránsito de una a otra galería, cuyo sitio preciso no recuerdo, se observa un cambio brusco de dirección al Sureste, de manera que los ejes de ambas galerías forman un ángulo agudo.

El corto tiempo que permanecí en la caverna, no me permitió anotar todos los monumentos notables que ésta encierra, para poder, cuando menos, dar una idea de ellos; me limitaré, por tanto, a describir ligeramente los que mayor impresión me causaron.

Al penetrar en una de las galerías se admiran bellas y colosales estalagmitas, que iluminadas por las bujías y vistas de lejos, aparecen como edificios principales de una gran ciudad; se ve en primer lugar, un palacio de mármol con sus farolas encendidas, efecto producido por las bujías, y a su izquierda, medio perdido por las sombras, un templo, en cuyo cementerio se elevan dos o tres erguidos pinos. La ilusión no desaparece sino hasta el momento en que casi se tocan con las manos aquellas concreciones. Entonces, como por un efecto de fantasmagoría, desaparecen los edificios, convirtiéndose el palacio en una primorosa fuente invernial. De dos tazas sobrepuestas y de mayor a menor diámetro, se desprenden chorros de agua congelada,

cuyo receptáculo general es -153- un estanque con sus pretilos perfectamente determinados aunque irregulares. Debería llamarse este salón, «Galería de la fuente».

El extenso tramo de los monumentos se halla dividido por un grupo de voluminosas estalagmitas, y en él, durante nuestra permanencia, los fuegos de Bengala produjeron efectos maravillosos.

Hallándonos en el término de la galería, encendiéronse aquéllos en el extremo opuesto, permitiéndonos distinguir, ante un vivísimo fondo de luz, las enhiestas moles de las estalagmitas, de entre las cuales sobresalía una por sus esbeltas proporciones, su aguzada cima y disposición de sus cristales, que la hacían aparecer como la torre gótica de una catedral. Rodeada esta estalagmita por otras informes y agrupadas como los edificios de una población, cualquiera creería, atendiendo a la forma de la torre, que desde una altura contemplaba a la ciudad de Estrasburgo, a la luz del crepúsculo matinal.

Los reflejos de esa luz, interceptada por los monumentos, iluminaban muy confusamente la parte superior de la bóveda, que en el conjunto de sus grandes peñascos y profundas grietas, aparecía como un cielo nublado y tempestuoso. En vano luchaba la imaginación por desechar ese efecto ilusorio para dar cabida a la realidad; aquellos -154- monumentos la mantuvieron viva, hasta que extinguida la luz quedaron sumergidos en las tinieblas.

Llama mucho la atención la galería a que se da el nombre de Salón del Muerto. Refiérese que habiéndose internado un viajero en la caverna sin guías y sin la indispensable cuerda que dirigiera sus pasos a su regreso, pereció presa de las mayores angustias, afanándose por encontrar la salida. Consumida la luz de la antorcha y la que se proporcionó quemando sus propios vestidos, ya en medio de las tinieblas, vagaba a la ventura de uno en otro laberinto. Notables son las palabras con que describe este fatal incidente la viajera Calderón de la Barca, esposa del primer ministro español acreditado cerca de nuestro gobierno. La referida señora se expresa así:

«Unos viajeros descubrieron aquí el esqueleto de un hombre, tendido sobre un costado, y con la cabeza casi revestida de cristalizaciones. Probablemente habría entrado solo en estos laberintos, ya impulsado por una atrevida curiosidad, o ya huyendo de alguna persecución, y no encontrando salida moriría de hambre. Cierto que es casi imposible encontrar la salida de la cueva, sin algunas señales que guíen los pasos entre aquellas galerías, salas, entradas y salidas y corredores compartidos.

-155-

»Aunque hay muchos objetos tan notables que al instante se pueden reconocer, tales como el anfiteatro, por ejemplo, hay cierta monotonía hasta en esta variedad; y fácil es concebir la situación en que debió hallarse aquel infeliz vagando entre obeliscos y pirámides, y baños de alabastro y columnas griegas; entre congelados torrentes que no podían apaciguar su sed, y árboles con frutas y hojas de mármol y vegetales cristalinos, que se burlaban de su hambre, entre pálidos fantasmas que no podían socorrerlo en sus apuros; figúrasele a uno oír sus gritos pidiendo auxilio, donde las voces producen un eco como si todos los pálidos habitantes de la caverna respondiesen con burla, y verle en seguida, después de apagada el hacha, acostarse exhausto y desesperado cerca de algún portal de mármol para morir».

La galería de los Órganos es sin duda la más notable por la forma y número de las estalactitas y estalagmitas que se presentan bajo la forma de Cactus cristalizados. Las variadas figuras de unas y otras, y su agrupamiento complicado en grandes masas, dan a esta galería el aspecto de un edificio gótico. La percusión en esas cristalizaciones produce sonidos más o menos graves en proporción al grueso y densidad de aquéllas.

Sorprenden otros salones por las figuras tan -156- hermosas como variadas que ofrecen las concreciones, las estalactitas en forma de airosas lámparas, y las estalagmitas semejando esbeltos candelabros, elevados obeliscos y graciosas palmas; pudiendo decirse que allí la naturaleza se hallaba representada en sus tres reinos: desde la pequeña coliflor hasta el colosal sabino con sus flotantes madejas de parásitas, convertidas en hilos de cristal; así en el reptil como en el mamífero que se ve a la entrada de la caverna; y por último, tanto en las piedras oolíticas como en las columnas y rocas monolíticas.

Regadas en el suelo de la caverna se encuentran pequeñas concreciones globulosas, que llaman confites, las cuales se forman por el agrupamiento del carbonato de cal que tiene el agua en disolución, en torno de una burbuja de aire, de un grano de arena, o de un cuerpo orgánico, formándose primero el núcleo y engrosándose sucesivamente por capas. Estos granos se llaman oolitas si son pequeños y pisolitas si son grandes y bien determinadas las capas que los forman. M. Virlet pudo observar este fenómeno en nuestro lago de Texcoco, según hace notar don Juan Vilanova en su preciosa obra Compendio de geología. Fenómeno debido, como se expresa en ella, a la «consolidación o fijación del carbonato de cal alrededor de cada uno de los huevos, que -157- en número prodigioso, depositan en el fondo de las aguas la *Corixa femorata* y la *Notonecta unifasciata*, insectos hemípteros de la tribu de los Notonectídeos».

Las estalactitas tubulosas abundan en la caverna, blancas, huecas y traslúcidas como el cañón de una pluma; así como las estalagmitas de numerosas y pequeñas masas, agrupadas y arriñonadas en forma de coliflor.

Aun cuando en los grandes monumentos, las concreciones se presentan opacas y muy parecidas al mármol estatuario, se encuentran, sin embargo, otras muchas cristalizaciones, unas traslúcidas y otras diáfanas como el cuarzo y el cristal de roca.

El suelo de la caverna va en continuo ascenso de una a otra galería; de suerte que el viajero puede observar sucesivamente, antes de traspasar, cada uno de los tramos, el ascenso de los guías que le preceden y el hermoso efecto que producen las luces de las antorchas en las alturas de los peñascos.

Al regresar de las remotas galerías de la caverna, cree el viajero haber dado fin a sus impresiones, sin sospechar el maravilloso y mágico efecto que le preparan los primeros destellos de la luz natural. Sumergido durante largo tiempo en las tinieblas a pesar de las antorchas, cuyo -158- efecto en los antros de la caverna no es otro que el producido por la luz fosforescente de las luciérnagas en la inmensa extensión de los campos, la aparición súbita de los rayos solares le causan la más viva y grata impresión. Despréndense en perspectiva, como los rompimientos de una decoración, las salientes rocas de las paredes y bóvedas en forma de pilastras y arcos naturales, presentándose en último término, como el fondo de la escena, la famosa entrada de la gruta, por la cual penetra una luz verde, tenue y apacible reflejada por las plantas exteriores, y velando, como con una gasa sutil, todos los objetos, creyendo ver por último, el viajero, en todos esos detalles, los preparativos para una representación fantástica.

La total extensión de la caverna no es conocida, a pesar de haber llegado todos los viajeros que la han visitado a la galería de los Órganos, fin de aquella según la expresión de los guías. Diversas circunstancias revelan, muy fundadamente, la falsedad de tal aseveración. El aire que se respira y alimenta la luz artificial en lugares tan profundos, demuestra la existencia de comunicaciones directas con el exterior. La desconfianza y el temor que para nuevas exploraciones a la aventura revelan en sus palabras los guías, dan fuerza a mi observación; apoyándola asimismo las -159- tradiciones, según las cuales existen galerías en donde el estruendo de un torrente infunde cierto pavor que obliga a retroceder a los exploradores; y confírmala, por

último, la opinión de un viajero observador, el señor Landecio. Desde una eminencia, que este señor llama el palco escénico, en la Sala de los Órganos, se observa la continuación de la galería independientemente de aquélla por donde los guías conducen a los viajeros, siguiendo una planta curvilínea para volver al cañón principal. Otra observación hice en aquellos subterráneos en el momento en que los referidos guías nos condujeron a la galería de los Órganos: el cambio brusco respecto de la dirección general, tal vez nos conducía a una galería lateral, única conocida de las muchas que contiene en su conjunto aquel laberinto.

No explorada suficientemente, como de hecho no lo está nuestra famosa caverna, no podemos asegurar que por su extensión sea la primera del mundo. La gruta de Mammouth, en Kentucky, cerca de Luisville, tiene la extensión enorme de cuarenta kilómetros, contándose en ella doscientas veinte avenidas, cincuenta y siete cúpulas, once lagos, siete ríos, ocho cataratas y treinta y dos pozos, que por su extraordinaria profundidad pueden considerarse como otros tantos abismos.

-160-

Aventaja nuestra caverna a la mayor parte de las conocidas, en que de su interior no se desprenden miasmas deletéreos como en la gruta del Perro en el antiguo reino de Nápoles, y la de la Magdalena en Francia, cerca de Montpellier; ni su suelo ofrece los precipicios y abismos como el abismo sin fondo de la caverna de Mammouth. Puede explorarse sin riesgo alguno, y, con excepción de los pedregales formados por los derrumbes de las bóvedas y que causan algunas molestias, el viajero puede admirar, sin sustos ni sobresaltos, las bellísimas concreciones que la adornan. Tal vez las nuevas exploraciones nos den a conocer otras galerías que no posean esas ventajas; pero mientras tanto, puede asegurarse que el acceso a la caverna de Cacahuamilpa no ofrece dificultades ni infunde temores.

Aun cuando existen fundadas presunciones respecto de la mayor extensión de la caverna, es de dudarse de las exageradas dimensiones que se le atribuyen. Algunos pretenden que sus galerías y ramificaciones alcanzan a las montañas de Tasco, y no falta quien asegure que aquéllas se relacionan con la caverna del Teutli, cerca de Milpa Alta, en las montañas que por el Sur limitan el Valle de México. En un cuadernillo, sin portada, que contiene una relación escrita y mandada imprimir, según se me ha dicho, por don Francisco -161- Ramírez Castañeda, se lee, a este respecto, lo que sigue:

«Se refiere que aquellas familias, la mayor parte acomodadas, ocultaron sus tesoros en Mexcalco, cueva que se halla junto al Teutli, y cuya caverna es una de las más raras curiosidades de la naturaleza.

»La entrada de la cueva es estrecha al principio, y a las tres o cuatro leguas de camino subterráneo, va extendiéndose progresivamente y presentando a la vista todas las creaciones de una bella gruta, con cristalizaciones, estalactitas y estalagmitas formadas por el tiempo. De trecho en trecho se presentan diversas cuevas o senderos más o menos prolongados; pero hay una vía regularmente cómoda, por donde puede practicarse una exploración, la que se comunica con la gruta de Cacahuamilpa, a más de veinticinco leguas de distancia.

»Pocas personas se han atrevido a penetrar bastante en la cueva, y sólo una vez que se introdujo por allí una manada de carneros, varias personas penetraron en ella con objeto de sacarlos de allí; lo que no consiguieron, pues las ovejas se internaron mucho en ella, y los que iban en su seguimiento, después de dos días de camino, se volvieron, ya sea por temor o por falta de alimento y de luces».

-162-

Increíbles por demás son los detalles que se relacionan en las anteriores noticias. No sólo la distancia, sino la muy notable diferencia de nivel entre los dos lugares, hacen del

todo dudosa, si no imposible, la comunicación de la caverna de que se hace mención con la de Cacahuamilpa; con todo, la Sociedad de Geografía y Estadística, atendiendo a la importancia real de esta obra natural, y prescindiendo de aquella otra circunstancia, debe mandar explorarla y hacer los estudios que la ciencia exige.

México, Marzo 6 de 1874.

-163-

Una excursión a la tierracaliente. De Teziutlán a Nautla.
Al señor licenciado don Rafael Martínez de la Torre

¿A quién mejor que a usted, a cuya amable invitación debí el conocer una de las más bellas y ricas regiones de la República, puedo dedicar el presente artículo? En él la verdad de los hechos me ha obligado a mencionarle a menudo, a riesgo de ofender su reconocida modestia; pero no puede ser de otra manera, cuando el nombre de usted está indisolublemente unido a las mejoras materiales y sociales que van desarrollándose rápidamente en aquellos pueblos.

-164-

Reciba usted esta dedicatoria como una débil muestra de la profunda estimación que le profesa su siempre muy adicto amigo y seguro servidor, Antonio García Cubas.

* * *

La naturaleza, que en México se ostenta por todas partes pródiga y rica, ofrece de continuo al viajero nuevos y bellos asuntos de que tratar, por más que éste, al emprender nuevas descripciones, tenga por agotadas las facultades de su imaginación.

De las alturas de Teziutlán a la desembocadura del Nautla, en un espacio de veinticuatro leguas, el viajero puede admirar la vegetación en su mayor desarrollo y grandeza, así en la región fría como en la templada y caliente. A la variedad de las coníferas que pueblan las alturas próximas a las regiones heladas, se suceden los bosques impenetrables de la zona templada en la cuesta de Teziutlán, y a éstos las vírgenes selvas tropicales.

Fuentes y cascadas, árboles y plantas, flores y aves, todo en su conjunto da a aquellas regiones el triple y rico aspecto de frondosidad, de vida y de hermosura. Los helechos y flores, los líquenes y licopodios, engalanan las profundas grietas de las montañas y matizan con los más vivos colores los troncos de los árboles y las mismas rocas. A la belleza de la vegetación que así cubre las laderas de las montañas como reviste con su rico manto de verdura las extensas campiñas que terminan en los arenales de la playa, se aduna el confuso ruido del agua y el bellísimo canto de las aves.

De sorpresa en sorpresa, y emocionado cada vez más, el viajero traspasa sucesivamente los límites de cada zona. Al cesar de percibir el extraño zumbido que, en las tierras frías, produce el aire penetrando en el fibroso follaje del ocote, fijan su atención los ecos lejanos de los torrentes, el estruendo de los saltos y cascadas, y el armonioso canto del clarín de las selvas, que por todas partes manifiesta su existencia entre los frondosos ramajes del liquidámbar; y por último, a los bellísimos trinos de esa ave, de las regiones templadas, se siguen en las cálidas el triste lamento de la tórtola, el monótono canto de la perdiz y la incesante algazara de las cotorras y chachalacas.

Más que el simple objeto de una descripción, tiene este artículo el de dar a conocer una región que, por sus grandes riquezas, tiene marcado un gran porvenir.

Feraces en extremo sus campiñas, permiten que las plantas espontáneas adquieran todo su desarrollo, y no se resisten al cultivo de las más útiles al -166- hombre. Su temperatura, aunque en su mayor parte cálida, no engendra las temibles enfermedades endémicas que hacen inhabitables otras comarcas de la misma naturaleza. Los desmontes para abrir las tierras al cultivo, la desecación de algunos terrenos húmedos y pantanosos, y las providencias que se sigan al establecimiento de las colonias, darán a los lugares de que me ocupo la mayor salubridad posible, agregándose a estos ventajosos y prósperos elementos, la más completa seguridad de que se disfruta en toda la comarca; seguridad que ha llegado a ser proverbial.

Los terrenos que el camino recorre, pertenecen, en general, a los cantones de Jalacingo y Mizantla, del Estado de Veracruz, y en su menor parte al distrito de Teziutlán, del Estado de Puebla.

* * *

Teziutlán

La Cumbre de los Oyameles, punto de partida en esta descripción, es el más elevado de todo el camino, encontrándose a veintiséis kilómetros Suroeste de Teziutlán. El terreno descende, ofreciendo, por todas partes los más variados y pintorescos -167- paisajes: unas veces hermosos bosques de oyameles, ocotes y pinos, y otras extensas y profundas barrancas, salvando las cuales se descubre a lo lejos Jalacingo en las vertientes de la pintoresca sierra de su nombre. La cresta ondulada, de esta sierra, por la forma caprichosa de sus cumbres, se ve coronada de corpulentos árboles que se destacan y dibujan, a pesar de la distancia, ante un purísimo cielo. Las sinuosidades del terreno ocultan unas veces y descubren otras los bellos paisajes que se suceden, apareciendo de improviso la hermosa sierra de Chinautla con el caserío de su población diseminado en sus vertientes, y enfrente de ella la pintoresca ciudad de Teziutlán.

Esta ciudad, cabecera del distrito de su nombre, antiguamente Teziuyutepetzintla (cerro de granizo o fuerte granizada al pie del cerro) se halla situada en la sierra de su nombre a treinta y seis leguas Noreste de la capital del Estado, y a los 19° 49' 30" 22 de latitud Norte, y 1° 44' 56" 3 de longitud Este de México, según las observaciones de don Francisco Jiménez, de las cuales me sirvo en el curso de este artículo. Sus calles, como las de todas las poblaciones que tienen su asiento en las fragosidades de las montañas, ofrecen ascensos y descensos continuos e irregularidades en el alineamiento de las casas; éstas, en su mayor parte, -168- son de dos pisos hacia el centro de la población, con sus inclinados techos de teja y salientes hasta cubrir las aceras. Su plaza, en la que se ha formado un jardín, se halla circundada al Oeste por la parroquia, cuya torre aislada, le imprime un aspecto particular; al Norte por las casas consistoriales, de buena apariencia, así por sus dimensiones como por la simétrica forma de su fachada y elevados portales; al Sur por algunas casas particulares, y al Occidente se halla ilimitada, extendiéndose el terreno hasta la barranca formada por las vertientes de la sierra de Chinautla.

El exterior del templo, por sus detalles, ofrece una extraña mezcla de estilos de construcción: romano en su primer cuerpo, y barroco en el segundo. El frontispicio corresponde a un vestíbulo que sin duda es de construcción más reciente al de todo el edificio. Una torre, destinada exclusivamente a las campanas del reloj, se levanta en el centro y en un plano reentrante respecto al del frontispicio. El interior es de tres naves, hallándose los arcos así como las bóvedas que éstos sostienen en extremo deteriorados.

La capilla del Carmen, tanto por su bella forma como por su pintoresca posición, es el templo más notable de Teziutlán. Construida sobre una colina, se asciende al templo por dos opuestas -169- escaleras, a las cuales se llega por una elegante portada, marcando el

dintel de ésta la diferencia de nivel entre el piso de la pequeña plaza, a cuyo extremo se levanta el edificio, y el del pavimento de éste, circunstancia que aumenta la elegancia de la construcción.

Los más preciosos árboles, plantas y flores revisten las pendientes de la cercada colina. Vense allí, brotando con profusión, las fragantes rosas de Castilla, al lado de los preciosos ramos de azucena, de nardos y de alfombrilla de variados colores, y alternando con el erguido y elevado ciprés, el cónico oyamel, los pinos y los sauces. En el centro de este inmenso ramillete de plantas y flores se levanta la preciosa capilla, coronada por cuatro graciosas y simétricas torres. Tal es el aspecto encantador de este lugar.

Bellísimas y en extremo agradables son las perspectivas que ofrecen los alrededores de Teziutlán, desde las alturas del Carmen. Distínguese a lo lejos, al Norte, la sierra de Atoluca; al Oriente, los cerros de Ocoatepec y cordillera de Quetzalan (criadero de quetzales), y en lontananza, las eminencias de Palomastepecques; al Sur los montes de Teziutlán, cuyas cañadas se ven matizadas por los variados colores del follaje de los encinos, eilites y robles; y al Suroeste el elevado carro, de figura caprichosa, conocido con el nombre -170- de Tzompantitán, y en fin, al Poniente la sierra de Chinautla, que a pesar de la distancia presenta bien determinada la estratificación de sus rocas, y aisladamente un trozo de pirámide en el extremo Norte.

Dominándose la población desde las torres del Carmen, no tanto por la elevación de este edificio cuanto por la altura de la colina en que se encuentra, preséntase aquélla en toda su extensión rodeada de floridas y selváticas colinas.

Vese el terreno surcado por barrancas que en su mayor parte, por el Norte, afluyen al río del Calvario y éste al de María de la Torre, en tanto que las del Oeste forman el río de San Pedro y éste el del Espinal; los bosques de eilites, planta cuya corteza abunda en tanino, con su tupido y vivísimo follaje, y los que forman los encinos de varias clases, los robles y otros muchos árboles, cubren esas cañadas que desde lejos se distinguen por el aspecto sombrío de sus arboledas.

Descúbrese igualmente sobre la cima de otra colina, la iglesia de San Juan, cuyas elegantes torres se apoyan en dos arcos que, arrancando desde el suelo sirven a aquéllas de contrafuertes.

La ciudad posee un hospital bien atendido, un teatro, varios talleres industriales y casas acreditadas que mantienen un comercio activo con los -171- pueblos de las sierras de Tlatlauqui y Zacapoaxtla. Los artesanos se distinguen por el esmero y limpieza de sus artefactos, y particularmente en el ramo de carpintería y ebanistería han adquirido justa fama, tanto por la elección de las exquisitas maderas cuanto por el gusto y solidez de los muebles que construyen.

El clima de la ciudad, aunque frío, es agradable y sano, e influye notablemente en la bella índole de sus habitantes, y sobre todo, en el hermoso y rosado color que se advierte, en general, en el cutis de las mujeres.

Las densas nieblas que en el Otoño y en el Invierno acumulan los vientos del Norte en la sierra de Teziutlán, ocasionan lluvias tenaces que, alguna vez, han durado cuarenta y seis días.

Al principio del Verano el termómetro, a la sombra y a diferentes horas del día, da las siguientes indicaciones:

6
de la mañana
15°

C.

2
de la tarde
21°
"
3
id.
23°
"
9
de la noche
16°
½
"

Los terrenos de todo el distrito en sus tres climas, frío templado y caliente, son por lo regular fértiles y producen las siguientes frutas: pitaya, -172- tuna, capulín, albaricoque, durazno blanco, de hueso colorado, melocotón y prisco, pera, membrillo, pagua, nuez, granada de China y cordelina, manzana chata y camuesa, peras, tejocote, uvas, calabazas y melón, higo, zarzamora, sandía, piña, jobo, mango, chirimoya, anona, plátano guineo, macho, largo y de Manila; entre las zapotéceas, cabello, domingo, mamey, negro, blanco y chico, jinicuil, anaya, tepetomate, aguacate, bienvenido, olopio, naranja, lima, limón común y real, ciruela, guayaba, cuajilote, papaya de tres clases. Prodúcese igualmente la caña de azúcar y algunas raíces, tales como camotes, jícamas y yuca, y abundantemente la raíz de Jalapa.

Muchas y muy estimadas son las maderas que se encuentran en estos terrenos, así por su solidez como su finura y belleza, tales son: cedros (cedrela), honguillo, empoalcahuatl, pimienta, chicozapote, caoba (sivictenia), caobilla, encino blanco y prieto, cosalcuahuitl, naranjo, ocotillo, el petrificante chijol, bienvenido, pitzoyac, rosadillo, trompillo, árbol del hule, laurel, tigrillo, platanillo, haya, palosanto, madroño, mesanteco, jobo, jamalcuahuitl, moral, liquidámbar, ojancho, espino, oyamel, pino, sauz, fresno y boj. El ailite o eilite que se produce en climas fríos, se emplea en la curtiduría de pieles por la abundancia de tanino que contiene la corteza.

-173-

Los productos de la agricultura en el distrito pueden estimarse:

Zona fría
Templada
Caliente
Total
Maíz
15.000
cargas
3.000
cargas
10.000
cargas
28.000
Frijol
50

cargas
-
-
50
Raíz de Jalapa
120
quints.
-
-
120
Café
-
25
cargas
500
cargas
525
Arroz
-
-
40.000
ars.
40.000
Chilepochtli
-
-
2.000
ars.
2.000

Cultívase además la caña de azúcar que rinde 10.000 arrobas de panela, el algodón, la vainilla, añil y achotillo.

Los indígenas se emplean en la cría de ganado lanar, cabrío y vacuno, aunque en pequeña escala, calculándose en 3.200 cabezas.

El distrito cuenta con 18.000 habitantes, de los cuales 5.820 residen en Teziutlán.

Hállanse subordinados a esta ciudad, como cabecera de distrito, las municipalidades de Atempan, Chignautla, Huaytamalco, Macuilquila y Xiutetelco.

Respecto de instrucción pública, existen en el mismo distrito 15 escuelas, a las que concurren 660 niños y 200 niñas. Enseñase en ellas a leer, escribir, aritmética, historia sagrada y moral, elementos de geometría, geografía e historia de México.

En la cabecera hay establecido un colegio, que es el Seminario Palafoxiano, destinado a órdenes -174- sacerdotales, a cuyo fin se hallan establecidas las siguientes cátedras: latín, lógica, metafísica, teología y rudimentos de matemáticas y física.

En el colegio municipal de Teziutlán, que abrió sus clases el 3 de Febrero anterior, se enseñan los idiomas español, latín y francés; primero, segundo, y tercer año de filosofía, derecho natural, ídem civil, ídem mercantil y teneduría de libros, botánica, física y farmacia; concurren 35 alumnos, y sirven gratuitamente las cátedras los señores doctor don Federico Casas, ingeniero Manuel López León, don Arnulfo Bello, don Félix M. Álvarez, licenciado don Quirino Domínguez, don Fernando C. Lavalle y don Bernardino H. Díaz.

Continuando el camino de esta ciudad a Tlapacoyan, se desciende por la fragosa cuesta de Teziutlán. El terreno, en extremo accidentado, presenta tres series de montañas, de las cuales la central es la que sigue el camino en continuos ascensos, puesto que, para abreviar las distancias, abrióse éste por el espinazo de la cordillera. El mismo terreno, cubierto en su mayor parte de barro ferruginoso, adquiere la mayor solidez en las secas; pero de tal manera se descompone en el trayecto del camino a los primeros aguaceros, que hace éste intransitable y peligroso. Bajo tales condiciones, la apertura de un nuevo camino, siguiendo las convenientes líneas de nivel, facilitando -175- el paso de las cañadas, no ofrece dificultad alguna, y si sólo debe atenderse a la construcción de las calzadas de piedra, tan necesarias a su conservación. Los intereses del comercio y el próspero porvenir que está reservado a la rica comarca de que me ocupo, exigen la pronta ejecución de un nuevo camino en la cuesta de Teziutlán, único tramo que imposibilita las transacciones mercantiles de los pueblos de la sierra con la rica y feraz región de Nautla y Xicaltepec. Desde Tlapacoyan en adelante se extienden las campiñas y las fértiles vegas de los ríos de Bobos y María de la Torre, interrumpidas aquéllas en algunos trechos por poco elevados lomeríos, que de ninguna manera sirven de obstáculo a la apertura de una ancha y cómoda vía, aun tratándose de un ferrocarril. Ligeras diferencias de nivel determinan un plano ligeramente inclinado y uniforme desde aquel punto hasta el mar, y en él la vegetación se ostenta en todo su desarrollo y lozanía. La colonización, que en estos terrenos es ya un hecho, camina a su mayor estabilidad, y el gobierno no debe consentir en que aquellos pueblos, y los que nuevamente se formen, queden incomunicados de la mesa central por la hoy inaccesible barrera de la cuesta de Teziutlán. Prosiguiendo el camino en esta cuesta, como ya he manifestado, por la cresta de la cadena central, -176- vense a uno y otro lado fuertes declives, que unidos por su pie con los opuestos de las otras cordilleras, presentan fragosas y profundas barrancas, a las cuales se unen en gran número las afluentes. Los arroyos Consoquico y Tatahuicapa, interceptan el sendero con fuertes depresiones, muy peligrosas al caminante, pues hay que descender en zigzag por una fuerte pendiente para ascender a la opuesta de la misma manera. Las sinuosidades del terreno ofrecen por todas partes espléndidas cañadas y hermosísimos valles. Distínguese por una parte un río, que serpeando por la espesura de un bosque, y perdiendo repentinamente su nivel, se precipita en un ancho y profundo valle, mientras que por otra se ve la diversidad de plantas y flores que cubren por completo los desfiladeros de las montañas: unas veces admira el caminante las preciosas enredaderas que cuelgan en festones de las copas de los árboles o de las rocas sobre el abismo, y otras el corpulento liquidámbar, cuya copa disputa a los encumbrados montes la altura, en tanto que hunde en lo más profundo de su barranca su añoso tronco. En las cimas, el camino ahonda el terreno formando estrechos pasos cuyas paredes revisten los más variados y preciosos helechos, y en los recodos se admiran desde la más pequeña y sutil de estas plantas hasta la más crecida y -177- majestuosa llamada helecho arborescente. El ruido del agua que bulle por todas partes, saltando en las barrancas y derramándose en las florestas, unido al incesante trinar del clarín de las selvas, produce en aquellas soledades un encanto inexplicable.

Los pinos y otros árboles de las Coníferas desaparecen al principio de la cuesta para dar lugar al liquidámbar y a los variados helechos de gallardas formas, coronando las eminencias los cedros, el conguillo (árbol sin aroma), el rosadillo, mesanteco y el aguacate, dominando el ajcocuahuit, árbol de madera sólida, denominado palo de las alturas.

El camino, en la cuesta de Teziutlán, toca en los siguientes lugares, notables por las circunstancias que en seguida se expresan.

El Palenque, a ocho kilómetros Noreste de Teziutlán, y a mil quinientos sesenta y cuatro metros sobre el mar, determina el límite superior del liquidámbar.

Ecotoc, a quince kilómetros y mil ciento cincuenta y nueve metros de elevación, límite inferior del liquidámbar.

Dos-Cerros, a veinte kilómetros y novecientos doce metros sobre el mar, límite entre los Estados de Puebla y Veracruz, según la Carta de aquel Estado, por don Pascual Almazán. Entre Ecotoc -178- y Dos-Cerros se encuentra el rancho de Aguatitanapa, que produce la guayaba (psidium), la naranja, y se cultiva el café.

Buenvista, a veintidós kilómetros y seiscientos cincuenta y siete metros de elevación; desde este lugar se produce y cultiva el tabaco.

Tlapacoyan, a veinticinco y medio kilómetros y a cuatrocientos setenta y dos metros de elevación, fin de la cuesta.

Imposible es determinar con toda precisión los límites del reino vegetal y el tránsito de una a otra zona. Las plantas se confunden y la misma temperatura se hace sentir con alguna intensidad en lugares que por la vegetación pertenecen a la zona templada. Por las observaciones que pude hacer, la zona caliente termina en Ecotoc y la templada en el Palenque, hallándose la región más fría, en estos lugares que se describen, en las Cumbres de los Oyameles, cuya elevación es de dos mil novecientos veintinueve metros 37 centésimos. Es evidente que de las tres zonas, la más variada y rica, en el reino vegetal, es la templada, pues a su propia y exuberante vegetación hay que agregar la de los climas frío y cálido, de que participa cerca de sus respectivos límites.

-179-

* * *

Tlapacoyan

La villa de Tlapacoyan (lavadero) es cabecera de la municipalidad de su nombre, del cantón de Jalacingo (Xalatzinco, arroyito de arena), y se halla situada al pie de la cuesta de Teziutlán a los 19° 58' 14" 44 latitud Norte, y 1° 64' 47" 6 de longitud Este de México.

Poco poblada y con unas cuantas casucas presentábase no ha mucho tiempo Tlapacoyan, cuyo porvenir se hallaba cifrado en sus ricos elementos agrícolas. Desarrollados éstos, particularmente por las plantaciones de café y de tabaco, adquiere cada día mayor importancia. Las grandes y hermosas hojas de la nicotiana coloran las campiñas de un verde intenso, en tanto que el verdinegro cafeto marca las simétricas líneas de su plantación en los planos inclinados de las colinas. Las galerías en que se secan las hojas del tabaco, despidiendo éstas su fuerte aroma, se ven diseminadas en los campos, alternando con los rústicos talleres donde se beneficia y elabora la misma planta.

Tan rica es Tlapacoyan en el reino vegetal como en el animal, En sus montes crece la higuera -180- gigantesca (ficu), la ceiba, cedro (cedrela), la caoba (sivictenia), el encino roble y encinos de todas clases, así como los naranjos, limos, limón real y limoneros. Sus huertos producen zapotes blancos, prietos, chicos, mameyes, cabellos y de otras clases; entre las anonáceas, la chirimoya y la anona amarilla; jinicuiles, grande y chico; plátanos, macho blanco, blanco hembra de dos clases, guineo grande y dominico, morado, amarillo de Costa Rica, manzano, enano, corpulento y chino.

De Tlapacoyan en adelante se encuentran jabalíes de tres clases: el cambamba prieto y grande, de quijada blanca; el común rosillo, y el tamborcillo, que es el más chico y el más bravo, aunque fácilmente se domestica. Los tres sirven de alimento. El tigre de manchas negras y amarillas, llamado el grande o tigre real: es bravo y carnívoros, habita

la sierra y los bosques espesos. El tigrillo, de manchas negras, existe en los mismos lugares y se alimenta de gallinas, pavos y tórtolas. Encuéntanse igualmente leopardos, la onza o gato montés, ardillas, tlacoachis, armadillos, mapaches, especie de perros que comen peces y aves, perros de agua, la zonista, especie de tejón y cazadora en el monte como las demás fieras; el tejón y la marta; los venados son de dos clases, el grande pardo, y el temazate alazán; la cuautuza o tuza real, que llama la atención -181- por su pintada piel, de circulitos blancos en líneas paralelas a lo largo de su piel; y por último, no escasean las comadreas, conejos, monos, etc.

Cuéntanse entre las aves, el papan común, papan real (ostinops Moctezuma), pico de canoa, pito real, urracas, tordos, faisanes, penélopes, entre las que se cuentan el cojolite, chachalacas, perdices, clarines, tzentzontles, primavera, especie de tórtolas cantoras, palomas, gallinas moctezumas, auras, zopilotes, patos, quebrantahuesos, gavilanes, aguiluchos, lechuzas, tecolotes, garzas, cocos blancos y rosados, pájaros verdes y otros muchos.

Reptiles.- La más venenosa de las culebras, llamada Nauyatl, víboras de cascabel, boa voladora, llamada así por su costumbre de andar por las ramas de los árboles, confundiéndose muchas veces con los bejucos, es pinta de negro y amarillo, y llega a crecer cuatro varas; la mazacuatl, más gruesa que las anteriores, coralillo, bejuquillo, que es sumamente delgada y larga, culebra prieta y culebra de agua; escorpiones, iguanas, etc.

* * *

Vista la población de Tlapacoyan desde alguna colina, ofrece el más delicioso aspecto. Sumergidas sus casas ente el follaje de los árboles, apenas -182- se descubren los techos de algunas y sus calles cercadas por la muy original planta llamada pochiche y por los floridos árboles de Piocha. El pochiche es un árbol sin follaje durante la eflorescencia. En cada extremidad de sus ramas brota una flor amarilla, de la forma y tamaño de la dahalia, y cuando acaban las flores, el árbol se cubre enteramente de follaje. La sierra de Teziutlán, con sus avanzados centinelas, los dos cedros, se levanta imponente al ocaso de Tlapacoyan, mientras que por el Norte y Sur limitan el valle las eminencias cuyos pies bañan los ríos María de la Torre y Bobos. Por el Noreste se dilatan sus horizontes hasta el mar, extendiéndose sus ricas vegas, y distinguiéndose en elevada posición la hacienda del Jobo.

Si ante la vista de tan bello panorama se siente embriagada el alma, mayores encantos y sorpresas preparan al ávido viajero los alrededores de Tlapacoyan. A cuatro kilómetros Sur de esta población se encuentra el pintoresco pueblo de Tomata, con su rústica capilla, a la cual sirve de campanario una pequeña torre improvisada, con troncos de árbol. Desde Tlapacoyan al pueblo se camina por un sendero cercado por árboles de piocha que, cargados de flores, embalsaman el ambiente, dejándose ver por el lado opuesto a la florida cerca, la pintoresca, profunda y frondosa -183- cañada que forma el lecho del río de Bobos. Dos lugares, por la suma belleza de su paisaje, obligan al caminante a detener su marcha: la cañada del Salto de Tomata y el plan de Totoapa. Para poder admirar en toda su grandeza la caída del agua, preciso es descender de la montaña al plano superior del río de Bobos. El agua pierde su nivel a veinte varas de altura, y se precipita en una cuenca. Elevadas rocas basálticas, acantiladas y desnudas, se extienden en círculo a uno y otro lado del Salto, formando en el extremo opuesto una abertura natural, y ofreciendo notable contraste, por su oscuro color, con el fresco manto de verdura que reviste la parte superior de las eminencias. Un abundante y ancho torrente cae con rapidez y agitado como un raudal de plata fundida, que hace elevar el agua después de su caída, en menudas partículas, formando una niebla que en parte oscurece aquella cuenca.

Encerrada el agua en el fondo de ese vaso cilíndrico natural, forma un lago que participa del agitado movimiento del torrente, formando pequeños oleajes que se estrellan contra los rompientes de los basaltos, y luego se desliza tranquilamente por la abertura natural ya mencionada.

El plan de Totoapa (pájaro del agua), a poca distancia del Salto, es un bellissimo valle al que -184- afluyen hermosas y pintorescas cañadas. Las montañas que lo forman, de figuras caprichosas, se suceden escalonándose, presentando en su conjunto una deliciosa perspectiva. Un plan con abundante y esmaltado pasto; huertos de café que rodean una que otra granja; ganados que se ven pacer en la campiña; un río cristalino que serpea al pie de las montañas; eminencias cubiertas de árboles, plantas y flores, que se retiran gradualmente ofreciendo distintos términos de perspectiva y colorido, y un purísimo cielo, son los elementos de que allí puede disponer un hábil paisajista.

Si de las bellezas de la naturaleza pasamos a los usos y costumbres de los habitantes de Tlapacoyan, mucho hay digno de relatar. Ocúpase una gran parte de aquéllos en el cultivo del tabaco y del café y en la elaboración de puros, y los otros se emplean en el comercio; mas lo que verdaderamente llama allí la atención es la raza indígena, así por sus costumbres como por sus trajes.

Los hombres, menos activos e industriosos que las mujeres, se dedican a las labores del campo y visten sencillamente calzón blanco de manta y algodón de lana, negro o café. Las mujeres, mucho más aseadas que los hombres, usan enaguas y quichquemel de lienzo blanco; traje -185- sencillo que convierten en elegante vestido los domingos y días de celebración de sus fiestas. Atraen verdaderamente la atención en tales días, viéndoselas errantes por la población, casi siempre acompañadas de dos en dos y yendo y viniendo a la iglesia y a las tiendas, haciendo ostentación de sus primorosos trajes. Compónense éstos de la enagua blanca terminada en una faja de cuadros azules o rojos y de un elegante güipil que descende en airosos pliegues hasta la rodilla, y el cual se ve curiosamente adornado con tejidos de cordones y cintas de diverso color, que forman las más vistosas labores. Hilos de rosarios rodean sus cuellos, no siendo aquéllos otra cosa que unos collares de coral, de cuentas, de chaquiras, y de pequeñas monedas de plata, en tanto que adornan sus orejas largos pendientes de metal sobredorado, y por último, el mastahual, redecilla de cintas, recoge las bien tejidas trenzas de su luciente y negro cabello que tan bien cuadra a la limpia y morena tez de su rostro.

Cuando eran permitidas las demostraciones externas religiosas, esmerábanse los hombres, para la festividad del Corpus, en el adorno de los palos de tarro (bambú gigantesco), empenándose cada cual en superar a los otros en las dimensiones del bambú y en el gusto de los adornos.

Los novios colocaban en la extremidad del -186- tarro una muñeca, en representación de su prometida, haciendo por ese medio, gala de su conquista y público su regocijo.

Consérvase entre estos indios una costumbre esencialmente oriental. Acatan y respetan los deberes naturales de la mujer, tanto que en sus casamientos descubren si ésta ha sabido o no guardar la pureza de sus costumbres, lo cual influye de una manera decisiva en el aprecio o desprecio de su persona.

En el primer caso, se procede en la tornaboda a la gran fiesta y baile del tehuacanzi, en el cual tiene una parte muy importante el ramillete del zempaltxcohítl. En el transcurso de la fiesta, báilanse, enfrente uno de otro, el ramo y el coconete, que es un muñeco de cera que allí se introduce con el intencional objeto de indicar a la mujer la ley de su destino. Distribúyese el axole, que es un atole de maíz y de cacao, de que todos gustan, y después de las mayores demostraciones de regocijo, concluye la fiesta retirándose los consortes; ella honrada y querida, y él contento y satisfecho.

En el segundo caso se suspende el baile del coconete, y al distribuirse el axole, ofréceseles a la novia y al padre de ésta en una jícara perforada en el fondo, de tal suerte que al tomarla aquéllos en sus manos, el líquido se escurre. El -187- padre y la hija saben lo que esto significa, y ambos se retiran, bajo la impresión más desagradable, a ocultar su afrenta en su humilde hogar.

El clima de Tlapacoyan es cálido, marcando el termómetro a las dos de la tarde y a la sombra 28° C. Su altura sobre el mar es de 472 metros 90. Población 1238 habitantes.

* * *

Hacienda del Jobo

Comienzan los linderos de la Hacienda del Jobo a un kilómetro de la hacienda de Tlapacoyan. Hállase situada la capilla y casas de la hacienda sobre una loma a 6 kilómetros de Tlapacoyan y a los 20° 00' 48" 99 de latitud Norte y 1° 58' 18" 3 longitud Este de México.

La capilla es de muy buena construcción, la cual, vista desde lejos, ofrece un aspecto agradable por las dos torres que la coronan.

La casa, cómoda e igualmente bien construida, tiene un precioso jardín engalanado con las más preciosas flores, tulipanes dobles, rojos y amarillos, -188- el aromático nardo, la preciosa ninfa que dura todo el año, el encendido clavel, la fragante rosa de Bengala, el morado y gracioso zapatillo de la reina, la elegante acacia, y en fin, otras muchas plantas y enredaderas cercadas por piñales y esbeltos bananos, por el zacate de la playa y el frondoso árbol del mango, recrean la vista con sus vivísimos colores y embalsaman el aire con sus gratísimos perfumes.

Desde el extenso mirador que va al Oeste, se goza de la agradable perspectiva de las costas, cuyos horizontes se dilatan en la inmensa superficie del océano. Si a esto se agrega, las maneras afables y corteses del administrador de la hacienda, don Roque Salazar y de su digna familia; las atenciones y cuidados que al caminante prodiga ese inteligente cuanto modesto agricultor, considerado en la comarca como el patriarca del Jobo, la permanencia en la hacienda no puede menos que hacer pasar las horas de la vida, bellas y en extremo agradables.

La hacienda del Jobo cuenta con 286 habitantes.

La temperatura de esta localidad marca en las distintas horas del día:

-189-

A las cinco de la mañana

21°

C.

A las seis ídem

21°

½

A las ocho ídem

24°

½

A las doce ídem

28°

½

A las tres de la tarde
29°
½

A las siete de la noche
25°
½

La humedad de las tierras principalmente proviene del abundante y fuerte rocío de la noche, hasta el grado de hacer gotear los árboles por la mañana como si les hubiera llovido, contribuyendo esta circunstancia a la extremada feracidad de aquéllas.

El maíz da doscientos cuarenta por uno.

El arroz, sin necesidad de riego, da en cualquier terreno, y aun en las colinas, 100 por uno.

El chilpotle se produce con suma abundancia.

La caña de azúcar es de superior clase; y aunque cristaliza bien, hasta hoy sólo ha servido para hacer piloncillo.

La vainilla se da con profusión desde el Jobo a la playa, y su explotación produce buenas utilidades.

El café es aromático y de superior clase, y hoy se extienden sus plantíos en grande escala, desde Ocostoc en la cuesta de Teziutlán, en adelante.

El tabaco es el ramo de preferente cultivo, así por la superior clase de la planta como por sus -190- rendimientos. La mayor parte de los habitantes de toda la zona se halla empleada en su explotación. No es conocido este tabaco en la mesa central, porque en su totalidad se exporta para Francia.

La cría de ganados es de mucha importancia, los que, en su mayor parte, se consumen en los demás cantones de Veracruz.

Los rendimientos de los ramos agrícolas en el cantón de Jalacingo, que lo forman en su mayor parte los lugares de la región que se describe, son de alguna consideración, según lo demuestran los siguientes datos:

Maíz
29.075
fanegas, valor. ps.
87.225 00
Frijol
1.470
fanegas
5.145 00
Cebada
44.310
cargas
132.930 00
Chilpotle
957
arrobas
1.435 50
Trigo
5.860
cargas
23.440 00

Piñón
150
cargas
1.500 00
Haba
650
cargas
2.600 00
Arroz
5.200
arrobas
5.200 00
Arvejón
50
cargas
200 00
Café
2.245
quintales
31.430 00
Vainilla
50
manojos
4.000 00
Tabaco
41.700
arrobas
125.100 00
Plátanos

2.000 00
Purga
864
arrobas
5.616 00

427.823 50
-191-

Puede juzgarse de la gran importancia y riqueza de esta región por los anteriores datos, teniendo en cuenta la escasa población de ella, que no permite abrir al cultivo todas las fertilísimas tierras de que puede disponer y cultivarlas en la extensión que merecen. Además de los ramos expresados, existen otros cuyo cultivo no se ha intentado, como el cacao, el añil y el algodón, que deben indudablemente producir

grandes beneficios. Las exquisitas maderas que en ella existen y la multitud de plantas útiles a la industria y a la medicina, formarán otros tantos ramos importantes de exportación.

Los alrededores del Jobo ofrecen por todas partes lugares amenos que verdaderamente embelesan.

El Salón del Encanto, majestuosa obra de la naturaleza, se encuentra a tres kilómetros Sur de la casa de la hacienda. Para admirar en toda su grandeza aquella maravilla, preciso es fijar la atención, primero, en los bosquecillos de naranjos, limos, sangre de drago y de otras plantas; bosquecillos por donde atraviesa el sendero que conduce al Encanto. Los árboles sangre de drago extienden su follaje en secciones horizontales como los cedros del Líbano, y cubren la vía en muchos puntos, haciendo sombra al viajero, quien, unas veces admira el agrupamiento de plantas, árboles -192- y bejucos que interceptan el bosque, y otras, las verdes plantaciones del tabaco en las pequeñas praderas. Interrúmpese la senda por la fuerte y súbita depresión del terreno, descubriéndose en bellissimo panorama la dehesa de Alseseca, circundada de montes con sus bellas campiñas en que pacen los ganados, y un río de agua cristalina que las riega. Allí la hermosa planta gramínea del tarro, que tiene todos los caracteres del bambú, se alza erguida a más de veinte varas de altura.

Esos otates gigantescos se agrupan en círculo, arqueando gallardamente sus copas de finísimo y picado follaje, de la misma manera que se observa en un haz vertical de hermosas plumas de pavo real.

Descendiendo al plan por una rapidísima pendiente, y siguiendo en el llano de Alseseca la margen izquierda del río en sentido inverso de su corriente, se llega a una ancha y profunda cañada de paredes verticales que forman el Salón del Encanto, nombre que tan bien cuadra a la grandeza del lugar. Dos altas eminencias se extienden en anfiteatro, la oriental con sus enormes cantiles completamente revestidos de verde follaje, y la opuesta que se dirige de Este a Oeste y luego tuerce al Norte, presentando inversas sus pendientes, de suerte, que los grupos de sus -193- elevadas rocas, avanzan hacia el espacio formando el arranque de una bóveda natural, y bajo la cual corre un arroyo cristalino. Alternando con las desnudas rocas de esa inversa pendiente, se ven las orquídeas y hermosas enredaderas, soltando al aire sus flotantes festones de flores y follaje. Otras plantas trepadoras, por sus tupidas enramadas, forman un verde y cerrado cortinaje que tapiza a grandes tramos las ennegrecidas y rocallosas paredes. La vista apenas alcanza a distinguir los árboles y plantas que coronan las alturas, en tanto que de la verde pradera, circundada por aquellas eminencias, se alzan a gran altura corpulentas y frondosas hayas. Hacia el fondo del Salón, las montañas se separan y forman una estrecha y profunda cañada que con extraordinario ímpetu recorre el río de Bobos.

Por la disposición de las montañas, el curso de éste no se percibe sino hasta el momento en que sus aguas blancas y espumosas brotan por aquella estrecha abertura y se derraman en su ancho cauce al pie de la montaña oriental. Acercándose, cuanto es posible, por la orilla del río, a la hendidura profunda, se presume, por el estruendo interior del torrente y por las menudas partículas que con fuerza hieren el rostro, que el agua salta en cascada o se desliza con rapidez por una fuerte pendiente; lo único que se advierte, -194- algo internado en la cavidad, es un monolito al parecer de caliza, que representa un blanco corcel naciendo de las espumas del agua. El arroyo antes indicado, une sus aguas al de Bobos en el lugar que éste establece su curso en el Salón del Encanto. Multitud de plantas inclinándose hacia el río, empapan en las cristalinas aguas sus ramas y sus follajes, dominando entre todas por sus grandes, lustrosas y acorazonadas hojas, la mafafa (*arum sculentum?*), las cuales, por sus dimensiones, sirven muchas veces a los indígenas de paraguas.

* * *

Congregaciones del Jobo

Si de la hacienda del Jobo se prosigue la excursión por el camino de Nautla, nuevos y variados objetos distraen con sus galas y primores, la atención del viajero.

Del Jobo a la congregación de Palmillas, se recorre un trayecto de 4 kilómetros, y durante él se admiran los bosques de altas y corpulentas higueras, entre las cuales se encuentra la higuera de raíces aéreas, o sea ficus religiosa; sangre de -195- drago (euforbeacea), naranjos, encinos, cedros, limos, sucino, magnolia grandiflora, bellísimos grupos de tarro, y floridas enredaderas, que muchas veces suben a las copas más altas de los árboles, cubriéndolas por completo con sus violados festones. Como a la mitad del camino, brota de entre las floridas matas una fuente de agua de lechoso color como el del ópalo, y en ella el caminante encuentra un agradable refrigerio. Llámase esta fuente Agua del Obispo.

La congregación de Palmillas cuenta hoy con 362 habitantes, y se halla situada a la margen izquierda del río de Bobos.

Tiempo es ya de tributar al señor Martínez de la Torre, los elogios que merecen su empeño desinteresado y su anhelante deseo por desarrollar en aquella rica y feraz comarca, todos los elementos de prosperidad de que es susceptible. Cierto es que en ella tiene su magnífica y extensa finca de campo, pero es de advertir que ahora se trata de los beneficios que su propietario derrama entre todos los habitantes de la zona, sin excepción de clases ni distinción de nacionalidades. Todos éstos atestiguan con su gratitud, que el señor Martínez de la Torre no ha procurado sólo el engrandecimiento de su hacienda, sino que ha promovido y puesto los medios para -196- lograr el bienestar de las congregaciones que ocupan sus terrenos, y aun de las poblaciones que pertenecen a otra fracción política del Estado de Veracruz. Si todos los propietarios de fincas rústicas, a ejemplo del señor Martínez de la Torre, promovieran iguales ventajas, el país todo caminaría a pasos de gigante a su engrandecimiento, puesto que al poner los medios para su propia prosperidad, procurarían, como buenos ciudadanos, la principal y de mayores trascendencias, como es la de la nación entera.

Las ricas tierras que comprende la congregación de Palmillas son esencialmente azucareras, y poseen las ventajas de poder ser regadas por las aguas del río de Bobos, y por consiguiente susceptibles de sacar de ellas opimos frutos. Así lo comprendió el señor Martínez de la Torre, y al efecto, por su orden, se han hecho ya las debidas plantaciones de caña, se ha levantado la casa del director y puesto los cimientos para las oficinas correspondientes, debiendo elaborarse la azúcar por los mejores y más nuevos procedimientos.

Nunca he presenciado mayor alegría y entusiasmo, como el que manifestaron todos los individuos que del Jobo, del Cañizo, de Paso de Novillos y del Pital, concurrieron a la colocación de la primera piedra. Aquella ceremonia fue -197- una verdadera fiesta, en que el regocijo no conoció límites.

Todos comprendían que aquel acto significaba el principio de una nueva era de prosperidad, y todos en sus semblantes revelaban el regocijo que los animaba. Bajo una preciosa enramada, en la casa del director, y en medio de los trofeos formados con instrumentos de labranza y cañas de azúcar, los concurrentes confundían sus entusiastas brindis y sus palabras nacidas de su expansivo corazón, con el murmullo gratísimo del río que bañaba la base de aquella sala campestre.

Si hago mérito en este artículo de las conmovedoras palabras que el señor Martínez de la Torre dirigía a los concurrentes, y de las que en cambio de ellas recibía, no se tenga

por impropia una sensibilidad nacida, por efecto de las circunstancias, de una acción noble. Cuando brotan lágrimas de los ojos de varones que, como los habitantes de aquellas regiones, demuestran su fortaleza en los rudos trabajos del campo, bajo clima tan riguroso, y cuando en ellos se observa una lucha sostenida entre la fuerza viril y el sentimiento, no puede menos que comprenderse que en sus pechos late un corazón no pervertido. Lágrimas así vertidas son hijas de una acción moral, que enaltecen al hombre en cuyos ojos asoman.

Concluida la ceremonia de la colocación de la -198- primera piedra, el virtuoso cura de Tlapacoyan, presbítero don Manuel de la Villa, allí presente, bendijo el principio de las obras, según sus deseos manifestados antes, dirigiendo una alocución a los concurrentes, y el señor Sánchez Facio improvisó un elocuente discurso dirigido al señor Martínez de la Torre a nombre de la autoridad municipal de aquella misma población.

Levantose una acta como término de la fiesta, redactada por mi amigo Sánchez Facio y firmada por duplicado por todos los presentes, a fin de que un ejemplar quedase en poder del mismo señor Martínez de la Torre y el otro depositado en la primera piedra.

La acta a que me refiero es del tenor siguiente:

«En el año de 1866 este lugar era montuoso y despoblado. Durante la administración del señor don Roque Salazar se hizo el desmonte y la limpia, y el aspecto risueño y pintoresco que hoy presenta, es debido a su cuidado y al impulso que ha querido dar a la finca su propietario, para quien es un bien querido al que están ligados los recuerdos tiernísimos de la familia.

»Hoy, en medio de una fiesta sencilla, se ha colocado la primera piedra de esta fábrica que dará a estas comarcas, privilegiadísimas por la naturaleza, la vida del comercio, siendo el asilo donde encuentre el obrero un trabajo que proporcione -199- a su familia el pan y la tranquilidad. Los que suscribimos, testigos presenciales de esta ceremonia, solemne en medio de su sencillez, llenos de fe en el porvenir, hacemos votos por la prosperidad de este establecimiento, y porque la generación que encuentre este escrito no deba su descubrimiento a la investigación de ruinas causadas por el sople destructor de las revoluciones, sino a una nueva empresa de mayor magnitud, que siendo la continuación de la presente, perpetúe la voluntad de su fundador al construir este templo del trabajo.

»Apadrinando este acto el súbdito español don Vicente Llaguno, y asistiendo a él el digno cura párroco del pueblo de Tlapacoyan, presbítero don Manuel R. de la Villa, de la misma nacionalidad, se han asociado de esta manera a una obra en la que, como en todas aquellas que tienen por objeto la regeneración de los pueblos por medio del trabajo, no se reconocen nacionalidades ni categorías, debiendo todos los hombres contribuir a ellas con todas sus fuerzas donde quiera que puedan utilizarse.

»Hízose esta inauguración bajo la presidencia del estimable C. Manuel Mendoza Aguilar, presidente del ayuntamiento de la municipalidad de Tlapacoyan.

-200-

»¡Dios conceda prosperidad a esta obra para bien de estas comarcas y satisfacción de su fundador y de sus descendientes!

»Ingenio de la Palmilla, Marzo 27 de 1874. -Siguen muchas firmas».

* * *

De Palmillas a la congregación de Ixcacuaco, se cuentan 8½ kilómetros siguiendo la misma margen izquierda del río Bobos. Cuenta esta congregación 192 habitantes.

Paso de Novillos, a 4½ kilómetros de la anterior, es uno de los lugares más importantes de esta costa, así por sus ricos elementos como por su población, que asciende a 421 habitantes. Industriosos y activos sus moradores, han secundado con

entusiasmo los esfuerzos del señor Martínez de la Torre en provecho de la colonización. En terrenos de la hacienda, los ingenieros que para el efecto sostiene allí aquel emprendedor y útil ciudadano, han hecho los trazos convenientes para una hermosa población, que será, sin duda alguna y dentro de pocos años, una de las más ricas del cantón de Jalacingo. Este lugar llevará en lo sucesivo el nombre de «Concepción Papanotitlán».

-201-

Elévase la temperatura en este lugar:

A las cinco de la mañana

19°

C.

A las doce de la mañana

30°

A las dos de la tarde

31°

½

A las seis de la tarde

27°

De Paso de Novillos, después de recorrer un tramo de 5½ kilómetros, rico y feraz como los anteriores, se llega a la congregación del Cañizo, nombre que sin duda le viene de la planta del mismo nombre que crece abundantemente en sus terrenos y la cual es un otate de hermoso y verde follaje. Cuenta esta congregación con 156 habitantes. El camino, después del vado del río María de la Torre, vado peligroso en las fuertes crecientes, el camino se desvía un poco de las márgenes del río de Bobos. El ingeniero Francisco Jiménez ha consultado al Ministerio de Fomento la construcción de un puente en dicho paso. En todo este extenso tramo se admira una vegetación exuberante y las higueras adquieren proporciones colosales. En éstas forman sus nidos diversas aves, y muy especialmente el hermoso Papan real (*Ostinops Moctezuma*), de plumaje café y cola amarilla en forma de abanico. Acostumbradas estas aves a vivir en sociedad, fijan sus nidos de figura de una bolsa alargada, agrupándolos en uno de los más altos ramos de la higuera, y mientras que tan preciosos animales salen a buscar el alimento de sus hijuelos, o el material para la construcción de sus nidos, permanece uno de ellos al cuidado de sus flotantes habitaciones. El papan común (*Psilorhinus Morio*), de un solo color, se ve por todas partes, huyendo precipitado ante la presencia del viajero, así como los pericos y cotorras, aturdiendo todos con sus agudos gritos.

Antes de llegar al Pital, congregación distante de la anterior 20 kilómetros, se atraviesan unas pequeñas praderas, entre cuyo pequeño pasto crece la preciosa sensitiva.

La vegetación que circunda estas sabanas, cambia del todo, y cualquiera creería hallarse en los campos de las altas mesetas. Los encinos y uveros, árboles poco crecidos que dan sus frutos parecidos a pequeñas aceitunas, son los únicos que allí se conocen, cargados en su mayor parte del fibroso heno y de otras muchas plantas parásitas. Esta extraña vegetación, en medio de una lona verdaderamente tropical, admira y no se acierta en la causa que motive tan repentina mudanza; tal vez influya en ello la

naturaleza del terreno algo ferruginoso. En estas sabanas se ven pacer multitud de ganados.

El Pital cuenta hoy con 700 habitantes y se halla situado a la margen izquierda del río, -203- formando sus casas una sola y prolongada calle.

Digno de admiración es el corpulento y frondoso árbol, conocido allí con el muy original nombre de raspa-sombrero, y el cual se encuentra en el centro de la calle mencionada. Tan cargado de flores se halla ese árbol, flores que se parecen a la de los corpulentos laureles, que se duda mucho de que sea mayor el número de sus hojas. Este árbol sirve al mismo tiempo de campanario, pues de sus nudosos brazos y entre su tupido follaje, se ven pendientes dos o tres campanas que aumentan el encanto de tan precioso vegetal.

* * *

Colonia de Jicaltepec

A 7 kilómetros del Pital, por un terreno feracísimo, se llega a la colonia francesa de Jicaltepec, dividida por el río de Bobos, o sea ya río de Nautla, quedando la parte principal de la población a la margen derecha y extendiéndose por la izquierda, en una distancia de 17 kilómetros, multitud de ranchos poblados por mexicanos y franceses. Esta colonia, que pertenece al cantón -204- de Misantla, contará con unos mil habitantes, trescientos de los cuales son de origen francés. Se halla situada a los 20° 10' 19" 33 de latitud Norte y 2° 16' 11" 1 de longitud Este de México.

Por apuntes manuscritos que poseo del señor D. E. B. de Boguslawski, me encuentro felizmente en aptitud de poder dar algunos detalles históricos acerca de la colonia de Jicaltepec, única que entre nosotros ha podido establecerse, a pesar de los obstáculos que tales empresas tienen que vencer en sus principios.

El año de 1832 don Esteban Guenot compró a don Gregorio Montoya por la suma de 850 pesos, doce leguas cuadradas, poco más o menos de terreno, situado a la orilla derecha del Nautla y separado del mar por tierras de la propiedad de otro francés, el doctor Chavert.

Por iniciativa del señor Guenot formose en Francia, el siguiente año. La compañía de Colonización franco-mexicana de Dijon, emitiendo ésta 224 acciones, mitad en favor del señor Guenot, director de la empresa, y mitad para su venta a razón de 1.000 francos la acción, pagando además la sociedad al propio señor Guenot la suma de 434.000 francos por los gastos de viaje.

La primera expedición, compuesta de 100 colonos, cruzó los mares con dirección a Jicaltepec en Septiembre de 1834, a la que siguió la segunda -205- formada de 112 individuos, en Abril de 1835. Habíaseles impuesto a los colonos ciertas obligaciones que no podían menos que refluir en su propio perjuicio y en el del establecimiento y subsistencia de la colonia. Obligábase a los de la primera expedición a trabajar en beneficio de la sociedad, retribuyéndose sus trabajos con el salario de 800 pesos anuales y con una corta extensión de terreno a los nueve años. Fundada bajo tales bases la formación de la colonia, desde luego existía en ella un principio antieconómico, no sólo para su prosperidad sino aun para su estabilidad. Advertida la sociedad de Dijon de ese error, modificó sus condiciones a los colonos de la segunda expedición, según las cuales aquéllos eran libres en sus trabajos, pero se les imponía el deber de ceder la tercera parte de sus productos. Como se ve, las nuevas estipulaciones en nada mejoraban la situación de los colonos, los cuales al fin tuvieron que decidirse a la rescisión, de hecho, del contrato, reuniéndose en junta y decretando el desconocimiento de M. Guenot, como director de la colonia. Esto acontecía en Febrero de 1836.

Teniendo oportuna noticia de este hecho M. Guenot, abandonó la dirección a su hermano don Justino, quien, por las circunstancias, tuvo que proseguir el mismo régimen de conducta que -206- su antecesor, quedando por consiguiente la colonia sometida al propio orden de cosas. Existiendo las mismas causas, forzoso era que se siguieran idénticos efectos, esto es, el desconocimiento de los colonos a toda autoridad colonial, resolviéndose a trabajar por su propia cuenta, y a depositar, bajo inventario, en la casa de la dirección, las herramientas y útiles de la sociedad, todo lo cual fue destruido en un incendio que poco tiempo después acaeció.

A la imprevisión de las compañías que se formaron en Francia debe atribuirse principalmente los males que se siguieron al establecimiento de la colonia; en primer lugar por el pésimo sistema de colonización adoptado, y en segundo, por la falta de tacto en la elección de los colonos, puesto que la mayor parte de los que vinieron nunca fueron agricultores, y por consiguiente no podían, en la región de que tratamos, acostumbrarse a los rudos trabajos del campo bajo la influencia de un clima, para ellos, abrasador.

Establecióse en París, después del acontecimiento que he referido (en 1839), una nueva sociedad que organizó otra expedición para Jicaltepec, la cual llegó a su destino en 1840. A la llegada de estos nuevos pobladores apenas existían en la colonia diez familias que habían podido mantenerse y aun adquirir una modesta fortuna. -207- La disolución de esta última compañía dio por resultado la decisión de los colonos para trabajar cada cual como y mejor pudiese. Desde entonces subsiste la colonia, aunque no en el estado floreciente que era de esperarse.

Los colonos, en su mayor parte, no trabajan en terreno propio, sino en el de la comunidad, y esta circunstancia engendra naturalmente la decadencia en lugar de la prosperidad. El colono trabaja con asiduidad, y adelanta en tanto que se halla en aptitud de procurarse un porvenir para él y su familia. El señor Martínez de la Torre ha procurádoles un bien, cediendo a unos y vendiendo a otros, a bajo precio y plazo largo, los terrenos que de su propiedad han deseado aquéllos adquirir a la orilla izquierda del Nautla.

Otra circunstancia muy digna de observación ha influido en la decadencia de la colonia. Aunque Jicaltepec goza de un clima sano y no tan ardiente como otros lugares de la costa, desarrollóse allí en 1861 la terrible enfermedad del vómito, que causó la muerte a trescientos colonos, todos de la margen derecha del río y ni uno solo de la izquierda. Esta circunstancia, que únicamente puede explicarse por la diferencia en las condiciones climatológicas y por la elevación y resequedad del terreno, no puede admitirse aquí como causa de aquel efecto, puesto que tales condiciones son en ambas - 208- partes las mismas. No sé, por tanto, a qué atribuir aquel fenómeno.

La temperatura de Jicaltepec hace elevar la columna mercurial:

A las seis de la mañana a
24°

C.
A las doce de la mañana a
28°

A la una de la tarde a
29°

A las tres de la tarde a
29°
½

A las seis de la tarde a
24°

La temperatura aquí indicada no es, ni con mucho, semejante a la que el termómetro expresa en Paso de Novillos, lugar más retirado que el anterior, de la costa. Los vientos que soplan de las montañas y la brisa del mar refrescan el ambiente, dando salubridad a un lugar, que por su situación próxima a la costa del golfo, debería ser extremadamente malsano. El vómito no es aquí endémico como en Veracruz, y las demás enfermedades son más benignas, a pesar de existir aún montes cercanos que, al ser destruidos, aumentarán sin duda alguna la salubridad.

Tampoco existen en Jicaltepec, y aun en toda la zona que se ha descrito, la cantidad de insectos y reptiles venenosos que atormentan a los habitantes de otras regiones cálidas. Aquí los moscos y el pinolillo, que sufre algunas transformaciones, -209- son los animales que causan algunas molestias. El pinolillo, insecto imperceptible que se adhiere a las ramas y hojas de los árboles en número prodigioso, se derrama en el cuerpo humano produciendo una fuerte irritación, cuando por descuido se sacude una rama sobre el transeúnte. El pinolillo se transforma en coloradilla, insecto rojo de mayor volumen; de coloradilla pasa a conchuda, y este insecto, de mayores dimensiones, se convierte en garrapata. De la garrapata nace de nuevo el pinolillo, y así sucesivamente.

Elevada sobre un ribazo del río de Nautla, la mayor parte de la Colonia de Jicaltepec, preséntase, desde la opuesta orilla, en poética y pintoresca posición con sus boscosas colinas y montañas en el fondo, y sus hileras de frondosos mangos y árboles corpulentos bordando las riberas. Las bellezas del paisaje que se aprecian en conjunto a la clara luz del día, se tornan en mágicos efectos en tanto que reina la oscuridad de la noche. Los diamantes de la vegetación, los fosforescentes cocuyos, cubren a millares el tupido y agitado follaje de los mangos, a cuyo movimiento, impelido por la brisa, despiden aquéllos en todas direcciones sus blandos e intermitentes destellos.

Abatida la temperatura por la llegada del sol -210- a su ocaso, y modificada por las brisas del mar, se goza de un ambiente fresco y delicioso durante las noches y aun en las últimas horas de la tarde. Nadie sino el que haya tenido ocasión de experimentar, en las zonas cálidas, la transición de los fuertes calores del medio día al temperamento tibio y agradable de las noches, puede comprender esos goces.

* * *

Algo sobre costumbres. Un baile de tarima

Mi permanencia en Jicaltepec me dio a conocer una costumbre muy generalizada en las costas de Veracruz, tal como la de los bailes de tarima. Hallábame una tarde a las orillas del Nautla, gozando de una refrescante brisa y contemplando los efectos de los rayos del sol ya próximo al ocaso, cuando algunas detonaciones fuertes y lejanas llamaron mi atención. Me apresuré a investigar la causa y se me dijo que eran producidas -211- por los cohetes que se encendían como otras tantas invitaciones al pueblo y anuncios de un baile que debía efectuarse aquella misma noche. A poco, otras detonaciones siguieron a las primeras, con objeto de precisar el lugar de la reunión, informándome, además, de que, si al referido baile concurría, en virtud de tan extraña

invitación, y era solicitado por alguna dama para tomar parte en él, no me rehusase a complacerla, por cuanto a que tal conducta era considerada por toda aquella gente como despreciativa.

A pesar de estos informes, y a riesgo de verme obligado a dar, con los tacones de los zapatos, fuertes redobles a la tarima, pues de todo es capaz el hombre decidido, me dirigí, en unión de mis compañeros de viaje, al lugar de la fiesta.

En una de las calles céntricas de la población y hacia el medio de ella, se había colocado una tarima cuadrada, poco elevada del suelo, y que tendría aproximadamente ocho metros por lado. Este improvisado salón de baile, cuyo techo era la celeste bóveda y sus paredes el espacio, se hallaba iluminado por la escasa luz de un farol que pendía del cerramiento de una puerta. En torno de la tarima se había formado el estrado, ocupado ya por los invitados que antes que nosotros habían llegado.

-212-

Como di entero crédito al informe, acerca de la comprometedora costumbre que he indicado, me propuse eludir, tanto como me era posible, las miradas de los concurrentes y en particular las de ellas, pues, a pesar de mi firme decisión, llegado el caso, resistíame a poner a prueba mi mucha o poca disposición para el fandango. Quiso mi buena suerte, que nadie fijara su atención en mí, y así, pude entregarme, libre de todo cuidado, a observar tan curiosa costumbre.

Una arpa, un bandolón y una jarana eran los instrumentos a cuyos primeros acordes se disponían al baile las parejas, subiéndose a la tarima. Ejecutaba la música alegres sonos, muchos de ellos pertenecientes a bailes pantomímicos; pero los más arrebatadores y bulliciosos como el jarabe. La gracia y la destreza de los que bailan, consiste en no perder el compás, y en imitar con la planta de los pies el ritmo musical. Cántase el estribillo, concluido el cual, cambian de posición las parejas. El ingenio, la sátira y un fin cáustico se revelan en las estrofas, cuya gracia y mordacidad aumentan los cantantes con su picaresco modo de decir.

Muchos de aquellos versos pude coger al vuelo, como se dice vulgarmente, y retener en la memoria; pero no todos son para escritos, pues para ello sería preciso mojar la pluma en tinta -213- colorada; sin embargo, muchos hay que pueden trasladarse al papel, tales como los siguientes, que revelan el carácter de un pueblo muy semejante, bajo muchos aspectos, al andaluz:

Eres delgada y alta,

Pareja y lisa,

Cual si la vara fueras

De la justicia.

La mujer que tuvo amores

No sirve para casada,

Porque dicen los doctores

Que de su vida pasada

Le quedan los borradores.

Negrita, flor de limón,

Dame de tu medicina

Para sacarme una espina

Que tengo en el corazón,

Y al suspirar me asesina.

El amor que te tenía,

En una rama quedó;

Vino un fuerte remolino,

Rama y amor se llevó.

-214-

Que te quise, fue verdad;

Que te adoré, fue muy cierto;

Que te tuve voluntad;

Pero aquel era otro tiempo.

Si me quieres, dimeló,

Y si no, dame veneno,

Que no es la primera dama

Que le da muerte a su dueño.

Si piensas que pienso sí,

Si piensas que pienso no;

Si piensas que pienso en ti,

En eso no pienso yo;

Que vaya a pensar en ti

La madre que...

Yo soy un gabilancito

Que anclo por aquí perdido,

Por ver si puedo sacarme

Una pollita del nido.

En el mar de tu pelo

Navega un peine,

Y en sus olas blanditas

Mi amor se duerme.

-215-

Desde que te vi venir

Le dije a mi corazón:

¡Qué bonita piedrecita

Para darse un tropezón!

¡Qué ojos me pelara el muerto

Si me viera con la viuda,

Hasta sacaría la mano

De su jonda sepultura!

La vecina de allá enfrente

Es una buena cristiana,

Sale a misa por la noche

Y vuelve por la mañana.

Me dijiste que fue un gato

El que entró por tu balcón;

Yo no he visto gato prieto

con sombrero y pantalón.

Según antes he manifestado, los cantores con su ademán picaresco e intencional hipocresía provocan la hilaridad de los oyentes. Al entonar las estrofas revelan o fingen la mayor serenidad, y con una indiferencia, verdaderamente estoica, lanzan -216- el verso más picante y mordaz, cerrando humildemente los ojos cual si se viesan agobiados por el sueño. Propónense muchas veces, y por largo tiempo, una competencia

de improvisación, frecuentemente de pie forzado, y entonces los mayores desatinos se adunan a una chispeante gracia.

Uno de los bailes más notables es el que se conoce con el nombre de la banda. Extienden sobre la tarima una banda de seda en toda su longitud, y a poco, los que bailan, sin perder el compás y el ritmo musical, la enredan con los pies, tejiendo tres lazos simétricos, de los cuales el del centro es de mayor amplitud. Tejida ya la banda en forma de guirnalda, la colocan en la cabeza de la jarocho que con ellos toma parte en el susodicho baile.

Otras veces, entusiasmado alguno de los asistentes por el atractivo de los ojos picarescos de la jarocho o por su destreza en el baile, se aproxima a ella y le coloca su ancho sombrero en la cabeza. Si sólo es uno el que hace uso de esta galantería, la jarocho continúa bailando con el sombrero puesto; mas si hubiere varios imitadores, aquélla no permite, para no inferir ofensa, que uno o más sombreros se sobrepongan al primero; y en tal caso, prosigue bailando con un solo sombrero puesto, y los otros en las manos. -217- Concluido el baile, la que ha sido objeto de aquellas atenciones, toma asiento en el estrado, conservando los sombreros y esperando a que sus dueños los demanden. Cada cual pide el suyo, entregando a la que los ha honrado, una o varias monedas de plata a guisa de gala, con lo cual llega aquélla a reunir muy buenas propinas.

Tales son los Bailes de Tarima.

* * *

Puerto de San Rafael

Si me fuera dable convertir algunas de nuestras ricas minas en otros tantos ríos navegables, no vacilaría un momento en efectuar la transformación. La falta, casi absoluta, de tales vías expeditas de comunicación es uno de los obstáculos para el establecimiento de colonias, y por consiguiente para el progreso rápido de la industria, de la agricultura y del comercio, fuentes inagotables de la riqueza pública. El río de Nautla por sus frecuentes rápidas, por su lecho arenoso y por sus frecuentes vueltas, no se presta para una -218- gran navegación, cual la requiere la fértil zona que he descrito. En el Pital, a 25 kilómetros, por agua, de la barra, cesan las rápidas, estableciendo el río su curso más regular, que facilita la navegación a remos hasta Jicaltepec, y desde este punto a la barra, por embarcaciones que no midan más de 35 toneladas y cuyo calado no exceda de 0m 70, según lo demuestra el ingeniero Francisco Jiménez en su interesante informe dado al Ministerio de Fomento.

De todas las ranherías establecidas en la margen izquierda del río, la de Zopilotes es la que merece mayor atención, así por los elementos que para su prosperidad puede desarrollar, como por ser el punto objetivo para el establecimiento de una colonia bajo nuevas y convenientes bases, y la cual se halla situada a 2½ kilómetros Noroeste de Jicaltepec, en la vuelta que hace el río. Como acabo de observar, el lecho arenoso de éste es una dificultad para la navegación por buques de mediano porte; pero la canalización, removiendo la arena por medio de una draga, será, sin duda, el medio más eficaz para destruir aquélla. Entonces la nueva Colonia de San Rafael, hoy ranhería de Zopilotes, se convertirá en un puerto de exportación de nuestros más ricos frutos. Las embarcaciones pequeñas afluirán a él para trasbordar a otras mayores, azúcar, café, cacao, raíz -219- de Jalapa, zarzaparrilla, tabaco, vainilla, preciosas maderas de construcción, exquisitas frutas y ganados.

Tales consideraciones me hicieron recordar al señor Martínez de la Torre las ideas que desde mucho tiempo antes le había manifestado respecto de la conveniencia de unir la

ciudad de México con el puerto de Nautla, por medio de un buen camino carretero, ya que no fuera posible, por la vía férrea. Tan arraigada estaba en mí esta convicción, que me apresuré a exponerla al ilustrado Ministro de Fomento, el señor don Jesús Terán, quien desde luego aceptó mis indicaciones, ordenándome que desarrollara el pensamiento. La proximidad de Nautla más que otro punto de la costa respecto de México, la feracidad de los terrenos de aquella zona caliente, la bondad del clima relativamente a los otros lugares de la misma costa, las ventajas que ofrece la navegación del Nautla, en la escala que antes hemos indicado, los menores accidentes de la Sierra Madre por el rumbo de Teziutlán, y la sucesión de llanuras desde México hasta el pie de aquella sierra por Apam, Huamantla y San Juan de los Llanos, eran otros tantos argumentos que apoyaban mis ideas para la apertura del referido camino, y hubiera insistido en ellas, atendiendo a la buena voluntad de don Jesús Terán, a no haberlo -220- impedido la intervención europea con sus consiguientes trastornos.

No puedo comprender la prosperidad de un país sin el desarrollo de las mejoras materiales. Un camino, un puente, un canal, valen más para una nación, que por cada una de esas obras millones de pesos en efectivo. Duéleme, por tanto, esa apatía, ese egoísmo que se advierte, con honrosas excepciones, en nuestras clases sociales que, estando en posibilidad de hacer mucho por su patria, miran con indiferencia sus males. Aquí no se conocen, como en los Estados-Unidos, en escala relativa, las empresas de colonización, ni compañías industriales; nacen las iniciativas y mueren en su cuna por falta de capitalistas emprendedores. En vano trato de inquirir la causa del adormecimiento del patriotismo, siquiera para revelarla a quien pudiera remediar tan nocivo mal.

Para evitar esta digresión en que empezaba a engolfarme, permítaseme antes de concluir, apreciar el porvenir de esta región que he visitado con inmenso placer, y para ello volvamos a Teziutlán a fin de referir una conversación que se grabó en mi memoria, y que mide bien toda la fe que en el bienestar de estos pueblos puede abrigarse.

Teziutlán es la tierra natal del señor Martínez de la Torre, quien entre sus sentimientos cuenta con -221- uno, para él de gran poder, el profundo amor que le profesa al pueblo en que nació. Natural es que las personas que le acompañan y visitan le hablen de todos los proyectos de mejoras morales, materiales y sociales que en aquel rumbo pueden desarrollarse.

En una tarde bellísima subimos a la bóveda de la preciosa capilla del Carmen de Teziutlán, y contemplábamos el encantador panorama de la población, dirigiendo nuestras miradas sobre todo un horizonte que se presentaba bello y halagador a nuestro espíritu de viajero, y tierno y patriótico al corazón de Martínez de la Torre.

Al admirar la belleza con que Dios ha dotado a aquella población, viene al espíritu el pensamiento de un futuro de felicidad, de progreso, de grandes adelantos para las generaciones que están por venir, y nosotros nos preguntábamos: ¿qué será Teziutlán, tan preciosa población, al pasar unos treinta años? ¿Cuántas familias la visitarán, cuando el ferrocarril llegue a Perote, y pueda hacerse el trayecto desde México en un solo día? ¿Cuántos elementos va a reunir esta ciudad que es el centro de la sierra, la capital propiamente dicho, de esos pueblos ricos de bienes de fortuna y aún más ricos por su amor al trabajo y a los adelantos?

Éste fue el tema de nuestra conversación, del -222- cual se desprendían vaticinios que dejaban satisfechos a los hijos de aquella preciosa población, en donde encuentran afecto sincero todos los que la visitan y una verdadera patria los extranjeros, que viven como en la tierra propia, formando luego familias honradas que se confunden en todos sus goces con los hijos del país.

El comercio en Teziutlán está dividido entre nacionales y extranjeros, y éstos, tomando afición a los hábitos del campo, invierten parte de su capital en la compra de propiedades rústicas y urbanas, asimilando en todo sus costumbres a las del lugar en que viven.

Mil reflexiones brotaban sobre esta materia, tomando parte en la conversación el activo jefe político de Teziutlán, así como el de Jalacingo, el señor don José J. Guzmán, que fue siempre nuestro apreciable compañero. Todos fijaban, como base para la prosperidad de aquellas poblaciones, el desarrollo de la gran riqueza de la tierracaliente, que partiendo de los pueblos de la sierra llega a las orillas del mar.

El reconocimiento que hice del trayecto de Teziutlán a Nautla, vino después a comprobarme que los cálculos nada tenían de exagerados. Nuestra conversación parecía un tejido de flores, como lo que los estudiantes llaman jardín en las dulces expansiones de la imaginación. Yo, que -223- no tenía motivos más poderosos que mi fría razón para apreciar lo que había oído, medité sobre ese halagador presagio del porvenir que brotaba de la imaginación estimulada por el patriotismo; y a semejanza de los viajeros que, al recorrer países desconocidos, aventuran aseveraciones que se refieren al futuro, voy a permitirme decir lo que creo serán esas poblaciones antes de algunos años.

Teziutlán, hoy ciudad reducida, caminará por la senda del progreso a pasos rápidos, y será siempre notable el adelanto de sus hijos, porque allí no hay conflictos privados que dividan a las familias, y la autoridad política, el párroco del pueblo y los particulares trabajan para mejorar en todo una población que por la naturaleza tiene mucho que dar y por sus actuales pobladores mucho que esperar.

Siguiendo el recuerdo de la conversación no puedo dejar de estampar aquí un deseo de muchos de los vecinos de Teziutlán. Esta población dista ocho o nueve leguas de Perote, adonde llegará dentro de poco la línea del ferrocarril, y es fácil de construir un ramal que ligue esos pueblos. El ramal de Perote a Teziutlán presenta facilidades que sabrán aprovechar aquellos pueblos llamados a ser el depósito de valiosos frutos; tal es el deseo de los teziutecos.

-224-

Ahora que México entra, tal vez para siempre, en el camino de la paz, es preciso tocar todas las cuestiones que más de lleno afectan su porvenir, y entre ellas la colonización tiene a mi juicio un lugar de preferente distinción. A ella tiene el gobierno que consagrar su atención, y como punto que satisface cuanto puede apetecer el inmigrante, debe designarse toda la región que atraviesa desde Perote hasta Nautla. Por esa costa de Veracruz, en la que se hallan situados también los puertos de Tecolutla, Tuxpan, Tampico, etc., sólo se necesita dirigir bien al principio la colonización, que ella vendrá abundante una vez que haya acierto en los primeros pasos.

No me creo autorizado para poner como un programa indefectible de los sucesos futuros, lo que ofrece la colonia de San Rafael; pero si el señor Martínez de la Torre, firme y constante en su propósito de fundar una gran colonia, no se detiene ante las dificultades naturales de una empresa de esa magnitud, la nueva colonia será la base de una numerosa inmigración, particularmente francesa, porque abundan en sus terrenos las mejores condiciones: 1.º Una tierra fértil con ricas maderas, regada por el copioso y fecundante rocío de la noche. 2.º Medios de expedita comunicación, porque la colonia situada a la orilla del río Nautla puede fácilmente embarcar sus -225- frutos para Veracruz, o traerlos para la mesa central. 3.º Grande economía de transporte para los inmigrantes, porque desembarcando en Veracruz, pueden en veinticuatro o treinta horas llegar por Nautla a la colonia. 4.º La inmigración francesa al tocar las playas de Nautla se creará en su propia patria porque llega a una población francesa donde hay, por instrucción del señor Martínez de la Torre y autorizada por el jefe político, una junta de

mejoras materiales que tendrá entre otras atenciones la de recibir a los inmigrantes, atenderlos y procurarles trabajo y comodidad. 5.º Gran abundancia de los elementos precisos para la vida, pues que los cereales se producen prodigiosamente, y carne y pescado fresco hay de sobra. 6.º Facilidad de trabajo, porque conocidos y cultivados esos terrenos en alguna extensión por los arrendatarios franceses, sólo esperan mayor número de brazos para aumentar una producción que en su creciente progreso, hará sin duda la riqueza de esos colonos.

* * *

Puerto y barra de Nautla

Habiendo llegado a la colonia de Jicaltepec, consideraba ya como un delito no proseguir mi excursión hasta la playa. La presencia del mar -226- siempre sorprende, siempre impone, ora se le vea en calma, ora agitado por sus tremendas borrascas. Allí es donde la mente concibe la idea de lo maravilloso y de lo sublime. Las olas que nacen violentamente a impulso de los vientos, y que en tanto que unas mueren surgen otras de nuevo, su continuo y uniforme movimiento en dirección de la costa, con sus penachos espumosos, brillantes y agitados; el agua que se derrama sobre el plano inclinado y arenoso de la playa, depositando en ella sus calcáreos despojos; y por último, la vorágine que forman las olas precipitándose sobre el agua que de la playa se retira para volver al seno del Océano, todo causa al espectador el mayor asombro.

De Jicaltepec a Nautla hay una distancia de 11½ kilómetros por tierra, y 16 por agua. Por falta de una embarcación hube de hacer la travesía por el primer medio. Tres o cuatro eminencias de poca consideración interrumpen la planicie de la costa, y desde ellas se gozan vistas en extremo agradables. Los franceses han establecido algunas granjas y dehesas, a uno y otro lado del río, que se ofrecen a la vista del viajero como paisajes pintorescos de la Suiza, salvo la vegetación tropical, que en todo el trayecto es tan abundante y feraz como la anteriormente descrita; encuéntrase al fin del camino el agrupamiento -227- de casas de lodo, paja y zacate, diseminadas las más en las llanuras, y formando calles algunas, las cuales constituyen la población del puerto de Nautla, situado a 20° 12' 43" 44 latitud Norte y a 2° 21' 30" 8 de longitud Este de México.

Al llegar al puerto, mi primer cuidado fue el de procurarme una embarcación que me condujese a la barra, conseguida la cual, me instalé en ella en compañía de mi amigo Sánchez Facio. El remero, en atención a que el bote era celoso¹ nos recomendó la mayor tranquilidad, y botando² al principio para bogar³ después, surcamos las aguas del angosto estero de Nautla, y a poco nos encontramos hendiendo las cristalinas aguas de la extensa ría del mismo nombre. Las márgenes del estero se hallan sembradas por el precioso y florido ramaje de los laureles, macho y hembra, y bordado por los lirios y la preciosa majahua, planta que da una semilla parecida al ajonjolí. En las márgenes del río crece la misma vegetación, distinguiéndose, además, las impenetrables barreras de los manglares. La diafaneidad del -228- agua permite descubrir, muchas veces, el lecho arenoso del río y los peces que en su seno se agitan, nadando unas veces en opuestas direcciones y saltando otras sobre la superficie, produciendo un leve chasquido.

Caminábamos en dirección de la Barra, en los momentos en que estaba vaciando la marea⁴, como a una legua de distancia, cuando un ruido persistente y lejano, muy semejante al que producen las nubes tempestuosas antes de descargar sus fuertes granizadas, atrajo nuestra atención: eran los rugidos del Océano, enfurecido por el azote de fuertes turbonadas⁵, y en tanto que el mar permanecía agitado a consecuencia del pasado huracán, apenas se hacía sentir en el río una ligera y agradable brisa. La límpida superficie de las aguas formaba anillos⁶ y cabrillas de viento⁷, y no macheteaba⁸ como

en el golfo la marejada⁹. A medida que nos acercábamos a la barra, mayores eran los estruendos del mar y mucho mayor mi impaciencia por contemplarle libremente. Ya cerca de la desembocadura del río fue preciso -229- virar¹⁰ a la derecha, pues la Barra cruzada¹¹, y la resaca¹² nos impedían salir al mar en tan débil embarcación como la nuestra. La ranchería, llamada de la Barra, fue nuestro seguro puerto, y apenas puse los pies en tierra firme, corrí precipitado por los arenales, salvando los pequeños médanos que me interceptaban la vista del mar, para contemplar la más grande y maravillosa obra del Criador sobre la tierra.

Volví a poco a la ranchería deseoso de ver fisgar¹³, deseo que no logré por no estar el mar en calma chicha¹⁴ y hube de contentarme con ver solamente atarrallar¹⁵.

Las gaviotas con su rápido vuelo surcaban el aire oblicuamente y se arrastraban por la superficie de las aguas marinas para alzar de nuevo su vuelo y perderse en el espacio, en tanto que de entre los manglares y matorrales del río salían -230- precipitadas otras aves, como alcatraces, garzas, candiles, y el martín pescador.

Antes de regresar a Jicaltepec pasé mucho tiempo en contemplación delante del Océano; miles de ideas surgieron en mi mente, y me creí feliz pensando en que podría trasladarlas al papel. Una triste realidad ha desvanecido mi ilusión: mi insuficiencia para describir aquel prodigio de la naturaleza, pues todas aquellas ideas que su presencia me inspiró, quedaron sumergidas en su insondable abismo.

México, 25 de Abril de 1874.

-231-

Una excursión a Perote
Al señor don Anselmo de la Portilla

Si debiera juzgarse de la fertilidad y belleza del Estado de Puebla por las llanuras de Chalchicomula y San Juan de los Llanos, que se extienden al Oriente de su hermosa capital, se adquiriría una triste idea de su territorio. Esas planicies extensas y en gran parte arenosas, sin la menor corriente que las fertilice, producen una impresión desagradable, a lo que contribuyen varios cerros aislados que en medio de aquellas se levantan, notables tan sólo por su completa desnudez. La monotonía que allí reina excita el más vivo deseo de traspasar los límites de esa -232- zona en busca de otra región halagadora. Créese a cada paso que el espejismo, bajo la influencia de un sol reverberante, va a ofrecer sus mágicos efectos, contribuyendo tal vez esa esperanza a hacer sentir menos las fatigas del camino. Las miradas del viajero buscan con avidez, en torno del horizonte, algún punto notable en que fijarse, y sólo uno logra su afanoso empeño en la elevada mole del Citlaltepétl.

La helada cumbre de esta eminencia, cuyas entrañas están en ignición constante, observada desde la llanura, produce una impresión que sólo puede ser comparada a la que el navegante experimenta al contemplarla desde alta mar, como la estrella luciente que le guía al término de su viaje. La absorción de los vapores atmosféricos por esa sierra, cuyo núcleo forma el Citlaltepétl, y los fuertes deshielos, dan nacimiento a varios ríos que fecundizan y vivifican la vertiente oriental que en escalones desciende hasta las playas, en tanto que tales ventajas no se observan en la vertiente opuesta, cuyo pie descansa en las campiñas de Puebla.

Sin embargo, bajo la benéfica influencia de las lluvias, el aspecto de esas llanuras cambia temporalmente, brotando el pasto en abundancia y cubriéndose por completo con el verde ropaje del maíz. Solamente los arenales que por Tepeyahualco -233- se extienden hasta Perote, conservan siempre el mismo aspecto triste y desconsolador. Tal vez esta circunstancia motivó la falsa apreciación de un viajero francés, según el cual nada en nuestro territorio era digno de atención y sí todo monótono y triste. Si de los arenales de Perote y Tepeyahualco hubiera aquel viajero continuado su excursión, sin salir de los límites del Estado de Puebla, a las sierras de Huauchinango, Tlatlauqui, Zacapoaxtla y Teziutlán, o bien a los bellos distritos de Oeste y Sur, se habría visto obligado, ante tanta belleza natural, a cambiar de opinión, asentada de una manera tan inexacta como indiscreta y aventurada; pero ya se sabe que la ligereza y la ignorancia son los rasgos característicos de los viajeros extranjeros, con muy pocas y honrosas excepciones. Tan convencidos estamos los mexicanos de esas cualidades de farsa y mentida sabiduría, que leemos sus obras con la preconcebida intención de reírnos de sus desaciertos.

Si bajo el punto de vista pintoresco nada ofrecen esas campiñas a la atención del viajero, preséntanse, sin embargo, muy interesantes bajo su aspecto geológico. El terreno entre Chalchicomula y Perote revela, a cada paso, la acción del fuego. Las capas de toba volcánica alternan con las de la lava basáltica en toda la zona, cubiertas por -234- la tierra vegetal. Los detritus y ceniza volcánica revisten las hondonadas, en donde, depositándose las aguas han formado las pequeñas lagunas de Quecholac y Alchichica. Al Norte de Chalchicomula, y adelante de la hacienda de la Capilla, se ven extensas barreras circulares de basalto escoriáceo, y en abundancia la obsidiana y piedra pómez. Ninguna corriente de lava observé que descendiendo de la cordillera ligase esta aglomeración de escorias, por lo cual es de inferirse que en ese mismo lugar abortaron del interior de la tierra, presentándose como los labios de un cráter. Cerros y colinas de diversa extensión manifiestan, por su completa desnudez, la estratificación de sus rocas calizas, más o menos compactas, y entre las cuales se encuentra la piedra litográfica en los cerros de la Cofradía, a una legua Suroeste de la hacienda de San Antonio. Cerca de la laguna de Quecholac, al Occidente de ella, se encuentran los cerros de la Preciosa, con vetas de plata, que constituyen el distrito minero del mismo nombre.

Lo que principalmente llamó mi atención en estos terrenos, después de abandonar el ferrocarril en San Marcos, fue el aspecto volcánico de algunos puntos de la hacienda de Xalapasco. Dos violentas depresiones, enteramente circulares, interrumpen la llanura, presentándose, por sus rápidos -235- y extensos taludes y por su fondo plano y profundo, como dos inmensas calderas. La toba volcánica, revestida de tierra vegetal, cubre las pendientes, las cuales se ven surcadas por grietas profundas que, como otros tantos barrancos, descienden desde la cumbre al fondo del valle. En estas hondonadas se depositan las aguas llovedizas en gran cantidad, pero luego desaparecen por medio de innumerables filtraciones.

En la hacienda de Xalapasco tuve noticia de la existencia de unos cerros llamados «Las Derrumbadas», al Occidente de la hacienda de la Capilla, observándose, al pie de ellos, el desprendimiento de gases, considerados en la comarca como esencialmente medicinales.

Por circunstancias independientes de mi voluntad, no me fue posible trasladarme al lugar de «Las Derrumbadas» para observar el fenómeno, tan notable como digno de estudio, de los baños de vapor allí existentes. Mi permanencia en Xalapasco fue de poca duración, y muy a pesar mío hube de abandonar aquellos lugares para proseguir mi camino con dirección a Perote.

Un alemán, dignísimo miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, el señor don Carlos Sartorius, que residió entre nosotros y cuya reciente muerte lamentamos, se expresa en los siguientes términos respecto de la existencia de -236- los baños sulfurosos de «Las Derrumbadas», en su obra intitulada *Mexiko und Mexikaner* (Darmstadt 1852).

«Al Poniente del Pico de Orizaba, hacia las altas planicies, se encuentran también diversos fenómenos volcánicos. En un escorial, enteramente desnudo de vegetación, brota del suelo un vapor de azufre. Los indios aprovechan estas azufreras calientes para baños de vapor, haciendo excavaciones de tres pies de profundidad y de otro tanto de anchura, en las que se meten, cubriéndolas después, de suerte que sólo la cabeza les queda de fuera. En las cercanías está también un grupo de montañas llamado 'Los Derrumbados', de las cuales una está rajada. De la profunda grieta brotan llamas con frecuencia».

Otro escritor alemán, Karl B. Heller, a quien la ciencia geográfica debe muchas noticias interesantes sobre nuestro país, es más explícito; y en la página 90 de su libro *Reisen in Mexiko* (Leipzig 1853), dice así:

«Las dos montañas más altas, cuya elevación sobre la planicie puede ser de mil a mil quinientos pies, han dado a esta comarca el nombre de 'Los Derrumbados', a causa de su escarpada falda. Una montaña más baja, situada al Noroeste de Tepetitlán, se hace notar a causa de los constantes vapores y del humo que se levantan de su -237- cima, los que de noche esparcen hasta lo lejos una luz clara. Este cráter es muy activo y de fácil acceso; la gente de los alrededores, como su altura es poca, va allí con frecuencia para sudar con el vapor caliente y librarse de muchas enfermedades reumáticas y gotosas».

Tales son las únicas noticias que he recogido acerca de los baños de vapor de «Las Derrumbadas»; noticias que me ha facilitado, desde Berlín, mi amigo el señor don Ángel Núñez.

El objeto principal de este artículo es la descripción de Perote, según puede inferirse del título; así, pues, no me detendré más en otros pormenores ajenos de aquel lugar.

Perote es una población que muere. Su existencia ha seguido las vicisitudes del castillo del mismo nombre, y hoy sus tristes y desiertas calles son únicamente el reflejo de la destrucción y aniquilamiento de la fortaleza.

El tiempo y el olvido han hecho desaparecer los datos de la fundación del pueblo, y sólo se ha conservado la noticia de la del convento de religiosos de la Orden de la Caridad, bajo la advocación de San Hipólito, con el principal objeto de dar hospitalidad a los españoles pobres que llegaban en las flotas y transitaban por el lugar, erogando los gastos, para llenar este fin, cinco -238- haciendas de labor y once ranchos de las inmediaciones.

En 1709 existía ya la Hermandad de los padres hipólitos, y se cree que fueron los primeros pobladores desde tiempo inmemorial y poseedores del terreno que hoy ocupa la población en los desiertos de Pero.

En 1770 fue evacuado el convento, después de lo cual éste y la iglesia se convirtieron en ruinas. La fecha de este acontecimiento coincide con la de la construcción de la fortaleza, como se verá más adelante.

La población de Perote, antigua Pinahuizapam, pertenece al cantón de Jalacingo, Estado de Veracruz.

Su clima es extremadamente frío, marcando el termómetro, en el verano, a las cuatro de la tarde 14° C., según la única observación que pude hacer en mi tránsito por el lugar. Como antes he manifestado, el terreno en que se asienta la población es arenoso y en extremo poroso, de tal suerte, que absorbe por completo el agua que procede de las vertientes del Cofre, impidiendo que establezca su corriente. Perote llegó a tener cerca

de cuatro mil habitantes; pero hoy su decadencia es tal, que no llega a mil el número de sus moradores. Por todas partes y en todas sus calles se ven casas cerradas, que sólo ostentan -239- las muestras de los ramos de su antiguo comercio, y apenas una que otra tienda de abarrotes abre al público sus puertas. Hállase situada la población al pie de la falda occidental del Cofre de Perote, a dos mil veinticinco metros de elevación sobre el mar, en la boca de la sierra; cuya circunstancia, unida a la topografía del terreno, decidió a la construcción de la fortaleza, como punto estratégico a inmediación del pueblo.

La noticia más antigua respecto de la existencia de este pueblo y de su nombre actual, data del año de 1542, según un testimonio de posesión de un lote situado entre Cáceres y Perote, mandada dar por el virrey don Antonio de Mendoza a Hernando de Robledo, vecino de México.

Que el nombre de Perote fue dado al antiguo Pinahuizapam, inmediatamente después de la conquista, lo comprueba la siguiente relación de Torquemada, en su Monarquía Indiana:

«De esta parte que mira al poniente, volviendo al mediodía de estas serranías dichas, hay otras iendo de México a la Veracruz y Puerto de San Juan de Ulúa, de las cuales la una se llama Sierra del Cofre; porque en lo más alto de ella está un mogote o cabeço muy señalado que le llaman el Cofre y los naturales de esta tierra le llaman Nappatecutli, que quiere decir: -240- Quatro veces Rey o Señor; al pie de esta sierra hay una agua que la llaman Pinahuitzatl, que quiere decir vergonçosa o de vergüenza. Otro arroyo hay cerca de este que llaman Temaicalatl por donde toma la sierra estos dos nombres Temazcalapa y Pinahuizapam y en este lugar está ahora situado el Hospital de Perote, el cual nombre cobró del primer español que allí en aquella parte hizo una venta».

Tales son las sucintas noticias que respecto del pueblo de Perote he podido recoger.

En 26 de Noviembre de 1763 el Marqués de Cruillas, dirigió al virrey de España una iniciativa para que en el llano frío y reseco de Perote se construyeran por cuenta de la Real Hacienda extensos almacenes para conservar los repuestos de armas, municiones, pólvora y harinas, a fin de socorrer prontamente a Veracruz e Islas de Barlovento en casos de guerra.

Las antiguas expediciones piráticas de Lorencillo a las costas de Veracruz y los justos temores de ser éstas invadidas por fuerza de la armada inglesa, con cuya nación se hallaba en guerra la España, inspiraron la idea no solamente de poner en estado de defensa el Castillo de Ulúa, y la fortificación de Antón Lizardo para cuyas obras se presupuestaron más de 2.700.000 pesos, sino de la construcción de la fortaleza de -241- Perote que además de su objeto principal indicado, se le daba el de poder servir de un lugar seguro de depósito a los caudales que periódicamente se conducían de México a Veracruz.

La resolución definitiva para la construcción de un fuerte y no de simples almacenes, llegó al Marqués de Croix por real cédula de 20 de Noviembre de 1769, aprobando el nombramiento del director de la obra, hecho en favor del ingeniero don Manuel Santiestevan, y comunicando las precisas instrucciones para la mayor ampliación del proyecto primitivo, pues al rey parecía muy reducido el frente que según ese proyecto se daba a la fortaleza y por tanto débil para resistir rudos ataques.

Púsose mano a la obra en 25 de Junio de 1770, con arreglo al plano formado por su hábil director y bajo la base del siguiente presupuesto:

Ps.

Cs.

Muro principal, excavación

261

Mampostería ordinaria, diez mil quinientas noventa y ocho varas cúbicas
31.794

Muro principal, 40.311 varas cúbicas
120.933

-242-

Ciento cincuenta y nueve estribos para cortinas, flancos y cajas
23.413

Mil trescientos sesenta y dos varas lineales de cordón de un pie de diámetro
255

03

Siete mil cuatrocientas sesenta y nueve varas cúbicas de parapeto
22.407

Noviecenas tres varas cúbicas de banquetta
1.709

Mil cuatrocientas varas longitudinales contraescarpa
100

Quince mil cuatrocientos noventa y dos varas cúbicas de mampostería pava levantar el muro de la contraescarpa
46.478

Cuatro mil doscientas varas cúbicas de mampostería ordinaria para el parapeto del camino cubierto
12.600

Construcción de ocho transversas
1.740

Excavación del foso
6.000

Excavaciones, pies derechos de empuje, costados y pilastras -243- para las bóvedas de los edificios interiores
21.152

Dos mil cien varas cúbicas de mampostería de ladrillo para formar la rosca
10.500

Por mampostería ordinaria de una vara de grueso para el casco de la bóveda
12.600

Muros
5.412

Cuarteles para la tropa
12.840

Edificio paralelo a los anteriores
12.620

Escaleras y corredores para los cuarteles
2.776

Edificio paralelo a la puerta principal
7.051

40

Escalera y corredor para ídem
1.059

Arsenal de artillería
10.402

05

Escaleras y corredor para el mismo
1.459

Almacenes de pólvora
4.903

25

Muralla de la cerca
9.092

Aljibes y pozos
37.017

Puente estable y levadizo
650

Puertas y ventanas con su herraje
2.613

48

Estacada

13.780

48

Cuatro Garitas para los ángulos
400

Por gastos imprevistos
100.000

534.017

69

-244-

Muy avanzados se hallaban los trabajos de circunvalación, cuando el ingeniero director creyó conveniente hacer una modificación a su proyecto primitivo, la cual consistía en suprimir el tercer piso de los edificios interiores sustituyéndolo con otras obras, para él más importantes, que sin alterar el presupuesto daban mayor solidez a la construcción. Aprobado ese cambio por el virrey Bucareli en 1771 y a su tiempo por el rey de España, las obras continuaron sin interrupción hasta el fin de Enero de 1777, en que terminaron, habiendo excedido el total costo de las obras a la cantidad presupuestada en 125.869 pesos 60 granos.

Presentado desde luego el plano del edificio, por el ingeniero Santiestevan, y la inscripción que a juicio de él debiera ponerse en el frontispicio, el virrey Bucareli consultó a la Corte de Madrid este asunto, pidiendo al rey su aprobación. Por comunicación fechada en Aranjuez el 2 de Mayo del propio año de 1777 y firmada por el ministro don José de Gálvez, el rey aprobó el nombre de San Carlos dado a la fortaleza, y los de San Carlos, San Antonio, San José y San Julián a los cuatro baluartes.

Concluido el fuerte, púsose desde luego en estado de defensa, abasteciéndolo de todas las -245- armas y municiones necesarias, conforme al siguiente pormenor:

Cañones núm.

Cureñas

Balas

De a

24

6

9

6.000

"

16

8

10

8.000

"

12

10

13

10.000

"

8

12

16

12.000

"

4

14

18

14.000

Sumas
50
66
50.000

Cañones núm.
Cureñas
Balas
De a 12 pulgadas
3
5
800
De a 9 ídem
3
5
2.000
Pedreros
3
5

Granadas de mano

24.000

Sumas
9
15
26.800

Artillería para un pequeño tren de campaña

Cañones núm.
Cureñas
Avantrenes
Balas
De a 6
12
18
18
8.000
De a 3 y 4
12

18
18
8.000

—

—

—

Sumas

24

36

36

16.000

-246-

Armamento

Fusiles y bayonetas

2.500

Sables

200

Espadas

400

Carabinas

500

Pares de pistolas

200

Alabardas

100

Moldes de bala de fusil para hacer 40 a la vez

1

Moldes de carabina para hacer 40 a la vez

1

Ídem para pistola

1

Útiles y demás pertrechos de artillería

Azadas

300

Espiochas

300

Azadones

300

Palas de fierro

500

Palas de madera herrada

1.500

Hachas de Vizcaya grandes

200

Ídem de mano

200

Juegos de poleas

4

Ídem de 2 pulgadas de grueso y 30 varas de largo

12

Gatos o crías

2

Fuelles, tenazas, bigornias, martillos y todo lo correspondiente a dos fraguas.

-247-

Aun cuando en el recinto de la fortaleza, según la amplitud que se le había dado, podían maniobrar diez mil hombres, no se pertrechó, sin embargo, sino con lo estrictamente necesario a un tren de campaña que pudiera moverse pronta y oportunamente.

La importancia del fuerte como punto estratégico, debe de ser muy poca cuando hemos presenciado siempre su abandono en circunstancias críticas para la República. Nunca nuestras armas han contenido en ese punto a las huestes extranjeras que han invadido el territorio nacional, y sólo en los anales de su historia se registran pocos hechos notables referentes, unos, a la guerra de la independencia, y otros, a nuestras contiendas civiles.

Todos los esfuerzos hechos por el general La Llave, para destruir la fortaleza y no entregar a las fuerzas intervencionistas sino solamente sus ruinas, se estrellaron ante la solidez del edificio. La destrucción de un baluarte y de la Santa Bárbara, fue lo único que se logró con tan empeñoso afán, y para lo cual hubieron de consumirse algunos quintales de pólvora.

La fortaleza de Perote, presenta hoy el más triste aspecto de desolación. Su vestíbulo abovedado y ennegrecido, su amplio y solitario patio, cuyo pavimento enyerbado cubre profundos y -248- extensos aljibes, sus escaleras destruidas, sus innumerables subterráneos y paredes derruidas; sus muros, troneras y banquetas mohosas, y en fin, sus fosos desecados, todo infunde la mayor tristeza. El viajero puede hacerse la ilusión de creerse trasportado al destruido castillo de algún señor feudal, y que cada una de aquellas ruinas es un trofeo de victoria de la civilización contra la barbarie.

Un trofeo más halagador y más grandioso puede alcanzar la cultura de nuestro gobierno con la restauración del edificio, y su dedicación a una penitenciaría. Yo así lo espero, y me atrevo a iniciarlo ante quien corresponda.

México 24 de Julio de 1874.

-249-

Un paseo a Jalapa

Al señor don Sebastián Lerdo de Tejada

Rodeando la ancha falda del Nauhcampatepetl o Cofre, se sigue el camino que de Perote conduce a Jalapa, entre cuyas poblaciones se interpone la inmensa mole de esa montaña. A medida que se avanza desaparecen las llanuras y se presentan los terrenos fragosos de la Sierra Madre oriental. Al abandonar las extensas planicies de Perote se penetra en el monte, donde se ven los ocotes elevando erguidas sus copas, en medio de los renuevos que por todas partes brotan en cantidad innumerable. Los terrenos más y más accidentados, no ofrecen al viajero, a primera vista, cosas notables y dignas de su atención, sino uno que otro pueblo de poca importancia y -250- algunas ruinas de edificios, que en otro tiempo fueron las oficinas de alguna hacienda de labor. Ante esos muros derruidos, rodeados de tierras incultas, y en presencia de las cruces que de trecho en trecho se levantan a los lados del camino, como otras tantas señales siniestras de

nuestras contiendas civiles, que por fortuna han desaparecido, el ánimo del viajero adquiere la tristeza que naturalmente engendra la desolación, impidiéndole contemplar las maravillas de la naturaleza. Cree el viajero que bajo cada uno de esos rústicos monumentos reposa una víctima, que por bóveda sepulcral sólo tiene el frondoso follaje de los álamos y por oración fúnebre el ruido del viento que zumba entre los matorrales. Únicamente piensa en la distancia que le falta que recorrer para llegar a las Vigas, población que se asienta en el ancho collado que en este lugar forma la cresta de la cordillera.

Desde esta población, el camino desciende hacia las costas de Veracruz, y desde él la vista puede contemplar los más espléndidos y extensos panoramas. Vese primeramente la Hoya, pueblo pequeño cuyo caserío se levanta en el fondo de un profundo y estrecho valle, y cuya vegetación propia de las zonas templadas, se presenta extremadamente bella y revistiendo las faldas de las montañas. Desde la cuesta de San Miguel del -251- Soldado, la vista descubre una bellísima y repentina hondonada con el suelo erizado de eminencias y surcado de barrancas. Tan extensa, tan profunda es esta violenta depresión, que la vista confunde sus accidentes y apenas percibe débilmente el variado colorido que al suelo dan las plantas y las rocas. De la falda del Nauhcampatepetl se desprende una corriente de lava escoriácea, que por todas partes forma colinas y profundísimas grietas; los intersticios, con el trascurso del tiempo, se han cubierto de tierra vegetal, de la cual han nacido plantas y aun árboles corpulentos, presentando en su conjunto esas masas de rocas y vegetales el aspecto más extraordinario. La corriente volcánica se dirige al Este y continúa sin interrupción hasta la costa, formando en el mar, según se cree, los arrecifes «Boquillas de piedra». El río Sedeño nace en la montada del Cofre, al Poniente de Jalapa, pasa al Norte y se pierde bajo la lava en terrenos del Paso del Toro, continuando su curso subterráneo hasta el Descabezadero, cuatro leguas poco más o menos de distancia, para brotar de nuevo, formando una cascada de 20 a 24 metros de altura. En este lugar da principio el río de Actopan, que continúa su curso hasta el mar, formando al desembocar la barra de Chachalacas. El fondo de esta cañada es todo de lava roja y arena, constitución -252- física de que proviene la circunstancia que paso a indicar. Existen en Tlacolula unas horadaciones naturales y verticales, por cuyo fondo corre el agua del río sin obstáculo alguno; pero en tiempo de lluvias, no siendo suficiente la cavidad interior para contener el agua de las fuertes crecientes, brota aquélla al exterior por dicha horadación y establece su curso por la superficie, de manera que se establecen dos corrientes sobrepuestas. Varios arroyos y ríos se reúnen antes del Descabezadero, y así como el río Sedeño, ocultan su corriente en varios lugares, por la extremada porosidad del terreno.

El camino de Jalapa ofrece todos los encantos de una naturaleza lozana y los más espléndidos paisajes. Las feraces comarcas de la tierracaliente se extienden a lo lejos revestidas de su brillante vegetación tropical, y las montañas y colinas se suceden determinando el carácter áspero del terreno. La extensa cañada de Actopan se presenta en lontananza con su aspecto tenebroso, y en vano la vista se esfuerza por escudriñar el fondo de aquel abismo.

La circunstancia que paso a indicar me impide no sólo describir, ni aun enumerar, tantas bellezas naturales como las que en esos lugares sorprenden al viajero continuamente.

Al descender la cuesta de San Miguel, densos -253- nubarrones amenazaban verter el agua a torrentes, obligándome a apresurar la marcha e impidiéndome contemplar los bellos paisajes que por todas partes se presentaban a la vista. El que no ha presenciado una tormenta en el corazón de una sierra, no puede concebir ni la más ligera idea de un espectáculo tan sublime como imponente, espectáculo que domina el ánimo aterrorizado

y acaba por inspirarle la más profunda admiración. Los nimbus, de siniestro y sombrío aspecto, avanzan por las altas regiones atmosféricas, con movimiento rápido y vertiginoso, ocultando el cielo poco antes despejado. Los relámpagos y los truenos se suceden como precursores de la tempestad; espantadas las aves vuelan precipitadamente para albergarse en las profundas grietas de las rocas, y en vano el caminante busca afanoso algún lugar que le dé un seguro asilo contra el deshecho temporal.

El árbol más corpulento se doblega a impulsos del huracán, cediendo muchas veces al irresistible poder del desencadenado elemento, y al dividirse, su añoso leño cruje fuertemente cual si lanzara un gemido el gigante de la selva. Nada en su caída lo detiene, y al desgajarse troncha y derriba con estruendo los árboles que le cercan. El estampido del rayo, la repercusión en las montañas de su estridente sonido, el movimiento ondulatorio -254- del follaje agitado por el aire, los rugidos del viento, y el agua que en cataratas se desprende de las nubes inundando el suelo y corriendo precipitadamente en encontradas direcciones por los pliegues y quebras de la montaña, todo se combina allí para hacer más imponente el fragor de la tempestad.

Pasada la tormenta, el viajero, libre de su natural pavor y sobresalto, puede contemplar una atmósfera límpida y trasparente que colora de un bellissimo azul el cielo, y permite distinguir netamente el relieve de las montañas lejanas con la fresca y brillante vegetación que las reviste. Los impetuosos torrentes disminuyen lentamente su caudaloso volumen, convirtiéndose luego en delgados hilos de cristal. Las bellísimas frases musicales de la Pastoral de Beethoven no reconocen ciertamente otra fuente de inspiración que esos sublimes espectáculos de la naturaleza.

* * *

Asentada sobre la ancha falda del Macuiltepec y en pintoresca y poética posición, se descubre de improviso la bella Jalapa, que por sus bosques y jardines se presenta como un rico vergel, en medio de las selvas veracruzanas.

Los azahares y liquidámbar impregnan el ambiente -255- con sus gratísimos aromas, que a cada momento se renuevan, conducidos de los bosques a la población por las ráfagas del viento.

Antes de penetrar en tan bella mansión, que algún poeta ha llamado nido de palomas, permítaseme dar una ligera idea de las impresiones que se reciben al contemplar desde la cumbre del Macuiltepec, los más pintorescos paisajes.

Distínguese por el Norte el cónico cerro de la Magdalena y la sierra de Chiconquiaco, cuyos primeros escalones se forman por los altos lomeríos de la Banderilla y de la hacienda Lucas Martín; al Poniente, los cerros de San Salvador y Molino de San Andrés; al Sudoeste, el Nauhcampatepetl, elevada montaña coronada por el precioso Cofre, monolito de pórvido, y cuyas escalonadas eminencias, engalanadas con la más exuberante vegetación, ofrecen distintos términos de una hermosa perspectiva. Al pie de la montaña se extiende el ameno paisaje que forman las florestas del bien poblado Molino de Pedreguera.

Si se dirige la vista en torno del horizonte, se fija de preferencia en los hermosos panoramas que se desarrollan por el Sur, Este y Sureste. Hacia el primer rumbo, los ramales que se desprenden de la Sierra-Madre avanzan en sucesión gradual hacia las costas, distinguiéndose con claridad, enclavadas alternativamente, las colinas y cañadas -256- opuestas, de tal suerte, que pueden seguirse con la vista las ondulaciones de las extensas barrancas que surcan el terreno. En el primer término de ese paisaje se extienden los feraces terrenos de Xico, Teocelo y Coatepec, y en el último la erguida y nevada cumbre del Citlaltepetl, con los labios de su cráter perfectamente determinados. Muchas veces, las nubes se aglomeran en la cumbre en forma de inmensas humaredas, y al robar éstas al sol sus tintes rojos, presentan la montaña cual si se hallase agitada por

una erupción desastrosa. Con la ausencia de las nubes desaparece tan ilusorio cuanto imponente espectáculo para dar lugar al real, frío y sereno aspecto de la montaña, que destaca su mole colosal y brillante ante su límpido cielo. A lo lejos apenas se dibuja la sierra de Huatusco, cuyo indeciso color se confunde con el azul blanquecino del cielo cerca del horizonte.

La feraz y hermosa cañada de Actopan, se presenta al Oriente del Macuiltepec como un insondable abismo, limitada al Noreste por la sierra de Misantla, que se levanta dominante, reflejando la luz del sol para hacer mayor su contraste con el sombrío y lóbrego aspecto que ofrece la profunda barranca.

Hacia el Noreste y salvando la cañada, se distingue el Salto y pueblo de Naolinco, que por la -257- distancia aparece coronando los cantiles de la sierra.

Por último, deprimiéndose el terreno por el Sureste, la vista puede dilatarse hasta el mar, término, por ese rumbo, del horizonte de Jalapa.

El hacinamiento de los edificios de esta ciudad en el inclinado plano que forma la falda del Macuiltepec, da a la población el bellissimo aspecto panorámico de todo lugar que tiene su asiento en un terreno extremadamente accidentado.

Los bosques de liquidámbar, de jinicuiles y de otras plantas aromáticas, constituyen las barreras naturales de la ciudad, formando, como el Monte de Pacho al Sur de ellos, sus más deliciosos paseos.

La población, en su interior, revela el buen gusto de sus habitantes.

Muchas de las casas son de dos pisos, y de buena apariencia las que limitan la calle principal y la del Calvario, encontrándose en esta última el edificio del hermoso Casino, en donde periódicamente tiene sus tertulias la alta clase de la sociedad. La plaza principal, aunque pequeña, es hermosa y se halla limitada al Sur por el palacio del gobierno del Estado, y al Noreste por la catedral; edificio que, aunque nada notable revela en su arquitectura, conserva cierta armonía con el resto de los edificios. Un precioso jardín, con asientos -258- y senderos de mármol y engalanado con bellísimas plantas y flores, ocupa la parte central de la plaza, constituyendo un paseo de los más agradables, particularmente en las noches de luna.

El cerrado bosque de Pacho al Sur de la ciudad, con sus arboles de liquidámbar, jinicuiles y muchas plantas de aromáticas flores, es uno de los sitios más pintorescos y amenos. Pocos lugares ofrecerán tantos encantos como la bellissima cañada que recorre el camino que de Jalapa conduce a Coatepec; aquí el liquidámbar ostenta su verde follaje más o menos brillante, según esté o no directamente iluminado por los rayos del sol o tan sólo por la luz difusa, cubriendo por completo, casi con exclusión de otros árboles, cerros y colinas.

La festonada bóveda de verdura, bajo la cual avanza en su camino el viajero, intercepta los ardientes rayos del sol, conservando fresco y delicioso el ambiente. Algunas corrientes cristalinas se deslizan en la espesura del bosque, ocultándose unas veces entre los matorrales, y brotando otras de las hendeduras de las rocas. Los helechos, bajo la fresca sombra de los árboles, muestran en su rica variedad las más gallardas formas; y por último, las aves interrumpen el silencio de la selva con su incesante gorjeo, y animan con su presencia aquella tan rica como risueña floresta.

-259-

El clima de Jalapa es templado, agradable y sano. El termómetro, a principios del verano, marca:

A las ocho de la mañana

20°

C.

A las doce
25°

A las dos de la tarde
25°
½

A las siete de la noche
20°

Si las bellezas naturales de la encantadora Jalapa causan la admiración del viajero, ésta crece al contemplar la población bajo el punto de vista del orden social. La educación de la mujer, la instrucción pública y la civilización de la clase obrera, constituyen en Jalapa la base más sólida en que puede afirmarse su futura prosperidad. La virtud sin ostentación, la afabilidad sin coquetería y la instrucción sin vanidad, son los caracteres distintivos de la mujer de Jalapa, en la que se adunan los más finos modales a la franqueza veracruzana. De esa educación que engendra en la madre de familia elevados sentimientos, ha nacido el desarrollo de la instrucción pública, y del progreso intelectual la ilustración del pueblo. ¡Hermosa cadena de inestimable precio, cuyos eslabones extremos son la elegante dama y la lavandera de Jalitic y de Techacapa!

-260-

Entre las buenas circunstancias que fueron la causa de mi atenta observación en Jalapa, una de ellas se refiere al desarrollo que en la población ha adquirido la instrucción pública.

Una ley sabiamente meditada por la junta de directores de los colegios del Estado, y decretada por la legislatura del mismo, declara obligatoria la instrucción primaria, ordenando el establecimiento de una escuela de niños y otra de niñas por cada dos mil habitantes en todas las poblaciones del propio Estado, así como el de una cuando menos, en todo lugar de algún movimiento industrial o mercantil. La misma ley impone a las autoridades políticas y municipales la obligación de establecer escuelas en las cárceles y prisiones, y recomienda por último, a los hacendados y a los dueños de fábricas y talleres, igual procedimiento en sus fincas, a fin de que en ellas reciban la instrucción primaria los hijos de los jornaleros.

Constituyeron la junta para la formación del proyecto de ley de instrucción pública los señores don Silvestre Moreno Cora, Rector del colegio de Orizaba; don Esteban Morales, Rector del de Veracruz; licenciado don José María Mena; presbítero don José de Jesús Carbajal, Rector del colegio de Córdoba; licenciado Manuel Alba, del de Jalapa, y don Miguel Cházaro, Rector del de Tlacotalpam.

-261-

La enunciación de los nombres de las personas que formaron esa junta, convocada por el ilustrado gobernador don Francisco de Landero y Cos, basta por sí sola para infundir una plena confianza respecto a sus trabajos.

Al recorrer las calles de la ciudad fijaron mi atención las multiplicadas inscripciones de colegios que se leen a cada paso, pertenecientes unos a particulares y otros al Estado. Desde luego nació en mí el deseo de investigar la extensión de las materias de enseñanza y el adelanto de los alumnos, a cuyo efecto me propuse visitar el mayor número de escuelas que me fuera posible, empezando indeterminadamente por la

primera que se me ofreciera al paso, y ésta fue la que tan acreditadamente dirige el profesor don Juan E. Longuet. Los modales afables y corteses de este caballero, me inspiraron la mayor confianza animándome a exponerle mis deseos, que en el acto fueron satisfechos.

Al penetrar en aquel modesto santuario de la inteligencia, reinaba un profundo silencio, que sólo interrumpía el chirrido que sobre el papel producían las plumas de los alumnos; silencio y quietud que fueron para mí el primer indicio del buen orden allí establecido. Los dibujos y las planas que se mostraban revelaban el adelanto de los alumnos; pero más que todo, el análisis -262- prosódico que todos ellos, sin excepción, hicieron de un apólogo. La seguridad empleada por el profesor en sus preguntas, y el aplomo con que los alumnos las contestaban, me demostraron el buen método del profesor y la inteligencia de sus discípulos.

Del colegio del señor Longuet pasé al Instituto Literario que dirige el profesor don Guillermo D. Muñiz, y excusado es decir que en ese establecimiento observé el orden establecido, el buen método de enseñanza y el adelanto de los alumnos, al nivel del colegio del señor Longuet.

Las mismas circunstancias concurren en el «Instituto Jalapeño», del profesor don José María Hoz, y en los establecimientos de niñas que dirigen las inteligentes señoritas Rosario Martínez y Juana Molina.

El justo temor de hacer difuso un artículo que más bien tiene el carácter de descriptivo que de estadístico, me impide dedicar una reseña especial a cada uno de los establecimientos de instrucción pública de Jalapa. La visita que de muchos de ellos hice, sin elección determinada, y los adelantos de todos demostrados, inducen a creer que los demás establecimientos deben manifestar iguales ventajas. Sin embargo, imposible me sería guardar silencio respecto del colegio preparatorio que actualmente sostiene -263- el Estado. Fundose el colegio en 1843, bajo los auspicios del Gobierno general, por el licenciado don Antonio M. Rivera, antiguo magistrado del tribunal superior del Estado.

Las vicisitudes políticas obligaron a los directores del Instituto a cerrar sus aulas en distintas épocas, entorpeciendo los progresos que desde su fundación se habían iniciado. Reorganizado bajo la administración del señor Hernández y Hernández, con la denominación de «Colegio del Estado», ha continuado difundiendo, sin interrupción alguna, la más sólida y útil enseñanza bajo la inteligencia y afanosa dirección de su actual rector el licenciado don Manuel M. Alva.

Las materias que se cursan en el referido colegio, son: primero y segundo año de latín, matemáticas, gramática, lógica, ideología, geografía, historia, derecho constitucional, moral, dibujo, idiomas francés e inglés y música vocal e instrumental, hallándose establecidas además, conforme a la citada ley, clases nocturnas de primera enseñanza para adultos.

A los esfuerzos del benemérito señor don Antonio María Rivera, fundador del colegio, se debe el establecimiento, en el mismo Instituto, de una biblioteca pública.

Réstame sólo hablar de la clase obrera.

Si bien es cierto que en otros lugares de la República -264- los artesanos honrados, rindiendo culto al saber y la caridad, han formado asociaciones más o menos numerosas, la que en Jalapa se formó por iniciativa de los ciudadanos Miguel Ortega y Andrés Villegas, ambos carpinteros, no tiene ejemplo, así por sus nobles fines como por las bases de su institución. «La Sociedad de Artesanos y Agricultores de Jalapa» se estableció en 1.º de Junio de 1867, y desde esa época la constancia de sus miembros y el exacto cumplimiento de los preceptos reglamentarios, han influido de una manera notable en la prosperidad de la asociación. Ésta tiene por objeto la creación de un fondo

especial que gira mercantilmente, y a cuyos gananciales tienen derecho los socios contribuyentes que han enterado íntegra su acción de 50 pesos.

Un reglamento previsorio determina la manera de hacer las devoluciones equitativas por falta de cumplimiento al contrato.

La Sociedad no se ha limitado a este fin: sostiene un Casino, en el cual se han llenado las exigencias de la civilización actual. En el vasto y cómodo salón principal celebra sus sesiones ordinarias la Junta Directiva, se efectúan mensualmente las tertulias familiares de los socios, y se dan por los mismos lecturas semanarias sobre un punto determinado, el cual se somete a discusión.

Los demás departamentos se hallan destinados -265- a la biblioteca, salas de lectura, clases de gramática, aritmética, geografía y dibujo, y a los billares y cantina, de suerte que nada falta allí para la instrucción y recreo de los socios. Los bailes dados por los artesanos sorprenden verdaderamente al que por primera vez concurre a ellos. Los trajes, la compostura, la decencia, todo refleja en las familias de aquéllos la buena educación y el acatamiento a las conveniencias sociales.

* * *

Al observar la decadencia actual de Jalapa y su reducido comercio, inútilmente se procura investigar las causas que tan directamente se oponen al engrandecimiento de un pueblo que, como el de que se trata, se encuentra en tan bellas condiciones de prosperidad. En mi concepto, esa decadencia, por la razón expresada, no puede menos que ser transitoria; la vía férrea de Jalapa reanimará dentro de poco el vigor amortiguado de un pueblo que para su bienestar cuenta con sobrados elementos.

Cuatro fábricas industriales existen en Jalapa, y de ellas dos merecen citarse por su grande importancia. Una, llamada «La Libertad», se halla situada en el lugar del antiguo Molino de Pedreguera; es de la propiedad del señor don Bernardo -266- Sayago, el infatigable industrial y promovedor de las mejoras materiales.

Aplicada como fuerza motriz el agua que proviene particularmente de las lluvias, las labores de la fábrica se hallan sujetas a la periodicidad y eventualidad de aquéllas, y sin embargo, los operarios, durante la paralización de los trabajos, continúan percibiendo sus jornales, ocupándose en el acopio de materiales, y empleándose, como albañiles y canteros, en la construcción de casas en las inmediaciones de la fábrica, erigiendo una bonita y moderna población.

La otra fábrica, con el nombre de «Industria Jalapeña», se halla ubicada en los terrenos más bajos de Jalapa, en el lugar llamado el Dique, desde el cual la ciudad presenta el más hermoso panorama. Débese a los esfuerzos combinados de los señores don Rafael Martínez de la Torre y don Agustín Serdán la completa restauración de la fábrica. A fin de evitar la paralización de los trabajos, se ha establecido una hermosa máquina de vapor que funciona durante la escasez de las lluvias.

Entre las mejoras que su activo y emprendedor propietario ha introducido en el establecimiento, ocupa el primer lugar la creación de una escuela de instrucción primaria, obligatoria para los hijos de los operarios.

-267-

Jalapa debe felicitarse por tener al frente de su industria a los señores Martínez de la Torre, Sayago y Serdán.

* * *

Doy fin al presente artículo, manifestando los datos relativos a los principales productos agrícolas, los cuales revelan la importancia del rico cantón de Jalapa, aun cuando el cultivo no esté actualmente en relación con la fertilidad del suelo:

Algodón

1.000

qs. al año
\$4.000

Tabaco
15.000
arrobas
18.750

Chile seco
2.000
arrobas
4.000

Frijol
4.120
fanegas
8.240

Leña
148.130
tareas
111.097
50
Maíz
60.500
cargas
121.000

Café
200
quintales
3.200

Palma
100.000
docenas
25.000

Vainilla
10
millares
500

Pepita pipián
1.000
fanegas
1.500

Madera
26.440

trozos
10.576

Cebada
1.225
cargas
3.675

Ocote
7.200
ídem
5.400

Papa
1.000
ídem
5.000

-268-

Verdura
6.640
ídem
6.640

Frutas
9.600
ídem
14.400

Paja
1.500
ídem
3.000

Pastura
18.000
tercios
2.340

Purga
2.400
arrobas
95.600

México Agosto, 1.º de 1874.
Ensayo de un estudio comparativo entre las pirámides egipcias y mexicanas

Al señor licenciado don Ignacio Ramírez, en testimonio de aprecio

Parte primera

Pirámides egipcias

Las pirámides egipcias y las que existen en el territorio mexicano, particularmente en las cercanías de Teotihuacán, tienen tantos puntos de analogía, que cuanto más detenidamente se estudian unas y otras, robustecen más la opinión generalmente admitida de la antigua comunicación entre los habitantes de ambos mundos. El arqueólogo francés monsieur Medeah cree que no hay conexión ninguna entre unos y otros monumentos; mas para mí, su juicio es infundado por descansar en simples conjeturas, y además, en este asunto, si es algo aventurado el emitir una opinión en pro de aquel aserto, lo es aún más el asentar en contra una proposición definitiva. El estudio actual se reduce a comparar la forma, construcción, objeto y demás circunstancias similares de esas obras notables que en ambos hemisferios se conservan a pesar del trascurso de los siglos. Para que esas comparaciones sean ordenadas y puedan apreciarse más fácilmente, me propongo hacer la descripción de las pirámides egipcias y mexicanas por medio de párrafos correlativos, marcando con unos mismos números romanos los que se refieran a cada particularidad de la misma naturaleza, con el fin de hacer más palpable el paralelo.

I

Alrededores del Cairo. Descripción del terreno

El Nilo, célebre río de África, cuyo nacimiento ha permanecido desconocido durante muchos siglos, a pesar de los esfuerzos y de las investigaciones de los geógrafos, entra al Egipto por Asuan, antigua Siena, en donde forma la isla Elefantina, célebre por el nilómetro que en ella se encontraba y servía para indicar la futura inundación. El Nilo comienza a crecer insensiblemente cada año a la entrada de Junio, hasta que en el solsticio de estío se nota el aumento de sus aguas, el cual continúa hasta fines de Agosto. El terreno por donde pasa el río es estrecho, y va ensanchándose a medida que se acerca a su famoso Delta. La cuenca de este río es angosta hasta el Cairo, y cuenta apenas en algunos lugares de 2 a 5 leguas de anchura, y en el bajo Egipto unas 50, hallándose limitadas al Este y Oeste por varias cadenas de montañas. Su curso es impetuoso en algunos lugares, según los accidentes del terreno, formando muchas cascadas de renombre, aunque en realidad son de poca consideración, pues apenas llega su altura a dos o tres metros. Este río está sujeto a fuertes crecientes como se ha indicado antes, que producen desbordamientos, de manera que las aguas, depositando sus lamas a uno y otro lado de las márgenes, fertilizan el terreno, formando contraste con la aridez de los adyacentes. Al Norte, y cerca del Cairo, el río se divide en dos brazos formando el Delta; el oriental o Diameta descarga en el Mediterráneo, cerca de la población de Diameta, y el occidental o Roseta, cerca de la población así llamada. El terreno comprendido entre ambos brazos, o sea el Delta, es el más fértil y el más bien cultivado del Egipto. Antiguamente el Nilo tenía siete bocas principales por donde desaguaba al mar; pero hoy, a causa de encontrarse obstruidos los canales por la arena, no cuenta más de las dos mencionadas.

Para dar una idea más exacta del aspecto del Egipto, oigamos a monsieur Rozzier, individuo de la comisión francesa, explorador de los monumentos egipcios:

«Son en extremo pintorescos los contornos de Siena y de las Cataratas; pero el resto del Egipto, especialmente el Delta, es tan monótono que acaso sería imposible encontrar

otro parecido... Los campos del Delta ofrecen tres cuadros diversos, según las tres estaciones del año egipcio. Principiando por la mitad de la primavera, no se muestra más que una tierra gris y pulverulenta, con tan profundas grietas, que apenas osaría uno recorrerla. En el equinoccio de otoño se ve una extensión de agua roja y sucia y entre la -273- cual se elevan palmeras, pueblos y angostos diques para las comunicaciones; retiradas las aguas, que poco tiempo se sostienen a aquella altura, hasta fines de la estación, no se ofrece a la vista más que un suelo negro y fangoso. En el verano despliega la naturaleza su magnificencia; entonces la frescura, la fuerza de la nueva vegetación, la abundancia de los productos que cubren la tierra, superan a cuanto se admira en nuestros más afamados países. Durante aquella bienaventurada estación, es el Egipto, de un cabo al otro, una magnífica pradera, un campo de flores y un océano de espigas, cuya fertilidad hace más notable el contraste de la aridez absoluta que le rodea».

El Cairo, actual capital del Egipto, se halla situado a un cuarto de legua de la margen derecha el río Nilo y al Sureste de su bifurcación para formar el Delta. La cuenca del río es en este lugar de una y media a dos leguas de ancho. El terreno fértil está cultivado y tiene hermosos jardines. Frente al Cairo, atravesando el Nilo, se encuentra Gizeh, ciudad triste y mal construida, pero a la cual dan alguna agradable apariencia las palmas de dátiles, los sicomoros y olivos, y su hermoso palacio rodeado de jardines.

Cerca de Gizeh, se encuentran las famosas pirámides que son el objeto de este artículo. Su -274- situación no es en la parte fértil del valle del Nilo, sino en la estéril, arenosa y más elevada que por el occidente lo limita, de tal manera, que las bases de las pirámides han desaparecido bajo las arenas del desierto. Más al occidente se encuentra la cadena Líbyca.

II

De las pirámides en general

Tanto en el Egipto como en la Nubia encuéntrase a las márgenes del Nilo multitud de pirámides, aunque no todas tienen la importancia de las de Gizeh, y de éstas, cuatro son las de mayores dimensiones: la principal, llamada de Cheops, por atribuirse su construcción al monarca Egipcio así llamado, la de Chephren y Myserinus por igual motivo, y la cuarta o de Filista, que no es tan notable como las anteriores.

Aun cuando para mi objeto es inútil extenderme a otras materias que no sean las indispensables al paralelo que me he propuesto seguir, creo conveniente tratar de todas las que se refieran, por curiosas e interesantes, a las pirámides egipcias.

El geógrafo danés Malte-Brun, nos dice respecto de la etimología de la palabra pirámide, -275- que algunos sabios creen que ha sufrido alteración al transmitirse de los egipcios a los griegos y otros que viene de estos últimos.

«Los árabes llamaban a una pirámide Haram en lengua copta; la palabra Khrom significa fuego, y como entre los egipcios la palabra pi era un artículo, debieron decir pikhrom, el fuego, de donde viene la palabra griega piram, y que más adelante se convirtió en pyramys (pirámide en español). La palabra indica la circunstancia de estar consagradas las pirámides al sol.

Volney cree que los griegos tomaron la palabra de los egipcios; que éstos llamaban a una tumba bour, lo mismo que en Palestina. Los griegos cambiaban la b en p, y añadían una terminación de su propio idioma, y en lugar de bour, decían pour-amis; y después pyramis.

En las obras modernas se asienta que a esos monumentos se ha dado el nombre de pirámides por su semejanza con la llama de una bujía.

Por último, César Cantú incluye en su preciosa historia la nota siguiente:

«Los griegos tomaron el nombre de pyrámide de , fuego, o de , trigo, y solícitos de inventar una historia sobre una etimología, dedujeron aquélla de la semejanza con la llama, y ésta, de suponerlas destinadas para graneros».

Las anteriores líneas manifiestan las diferentes -276- conjeturas más o menos probables respecto de la idea que guió a los constructores de los monumentos de que tratamos para darles la forma piramidal. Sin embargo, existen circunstancias muy notables que hacen concebir otra idea con más viso de certidumbre. Los habitantes del Egipto medio, a imitación de los de Tebas, comparaban la vida humana a la carrera del sol, y abrían las sepulturas en las montañas situadas hacia el Ocaso, para demostrar que allí era el término de la vida humana. La cadena Líbyca se halla distante de las márgenes del Nilo y de las grandes poblaciones antiguas; tal vez por esta circunstancia concibieron la idea de construir montañas artificiales al Occidente y más próximas de los centros de población. Los cuartos interiores y galerías de las pirámides pueden muy bien ser la representación de las grutas y sus senderos. Por todas estas razones creo que la forma piramidal de los monumentos de que hablamos, proviene más bien de que los egipcios constrúan sus monumentos sepulcrales a imitación de montañas.

En Teotihuacán se nota igualmente la situación de las pirámides al Occidente del terreno en donde se encuentran vestigios de una antigua y grande población.

-277-

III

Disposición de las pirámides y orientación

Las pirámides de Egipto, según se manifiesta en la lámina primera, presentan una superficie unida en sus faces y terminando en punta; pero realmente no es así. Están formadas de una sucesión de pirámides truncas, colocadas unas sobre otras, de mayor a menor, dejando entre una y otra un escalón, de manera que van ascendiendo sucesivamente por gradas hasta la cima, que es una meseta. Las faces o caras de las pirámides corresponden exactamente a los cuatro puntos cardinales; sin embargo, las pirámides de Etiopía no se encuentran exactamente orientadas como las que se admiran en Egipto. La mayor de las pirámides cuenta de 208 a 250 escalones; los autores que he consultado a este respecto, así como acerca de sus dimensiones, están en completo desacuerdo. Esas gradas facilitan la subida a la cima.

Para mi objeto importa tener presente la siguiente circunstancia. Las pirámides de Gizeh no son un tipo inalterable de todas las demás egipcias que se encuentran en la región del Nilo. A cuatro leguas Sur de éstas existen las -278- de Sacarah y Dachour, que se distinguen sobre todo de las anteriores por su construcción de ladrillo.

Otras pirámides sólo están formadas de dos o tres gradas, pero que dificultan la subida a cada una de ellas por hallarse separadas de diez a trece metros de altura.

En la región del Nilo, en la Nubia, existen innumerables pirámides, aunque ninguna puede compararse con las de Egipto.

La dirección de la línea en que se encuentran los monumentos, es oblicua respecto del meridiano, según puede observarse en el plano respectivo.

IV

Objeto y construcción de las pirámides

La mayor parte de los que han escrito acerca de estos notables monumentos, que por su altura y construcción han sido considerados como una de las maravillas del mundo, creen que fueron levantados para servir de sepulcro a los monarcas egipcios, apoyando su opinión el sarcófago de granito encontrado en el interior de la pirámide mayor; pero la circunstancia de haberse hallado la osamenta de un buey en el sarcófago de -279- la pirámide de Chefren es un poderoso argumento en favor de los sabios que creen en el destino religioso dado a estos monumentos. El sabio Langles se adhiere a esta opinión, pues cree que fueron construidas en honor del sol, bajo el nombre de Osiris.

Muchos sabios han dado rienda suelta a su imaginación respecto del objeto de estas construcciones, y además de las dos opiniones anteriores, que son las más generales y se fundan en datos, existen otras por las que se pretende, ya que el objeto era puramente científico con el fin de perpetuar el sistema geométrico de los egipcios, o de fijar sus observatorios astronómicos, ya considerándolas como obras de utilidad y sabiduría, como diques opuestos en los sitios más convenientes a las invasiones de las arenas del desierto, y ya, en fin, atribuyendo dichas construcciones a la ambición y fatuidad de los ricos monarcas.

Por último, otros han tratado de probar que esos monumentos eran otras tantas líneas de defensa contra las incursiones de los pueblos vecinos.

No solamente los sabios han emitido su opinión respecto de la historia de estos monumentos, sino que aun la fábula ha intervenido con su parte romanesca. Por ser ésta tan curiosa como -280- entretenida, si bien inverosímil, no puedo prescindir de la tentación de relatar lo que me enseñan los autores que he consultado.

Agotados los tesoros de Cheops, que construía la pirámide que lleva su nombre, arbitró como recurso el prostituir a su propia hija: una gran piedra labrada por persona, era el precio de tan infame comercio.

Refiérese igualmente, respecto de la pequeña pirámide, que un águila arrebató la sandalia de la hermosa Radopa a la sazón que ésta se hallaba en el baño. El águila dejó caer tan gracioso calzado en las llanuras de Menfis; el rey, al verlo, se enamoró de su dueña, ordenando que al instante se la buscara. El Faraón vio a la griega y la hizo su esposa, quien, movida de gratitud, mandó levantar la pirámide en el mismo sitio en que había caído su sandalia.

Por último, otra de las versiones proviene de la interpretación que un anciano del monasterio cristiano de Kalmoun hizo de un libro escrito en caracteres desconocidos. En ese libro se hacía mención de las observaciones celestes para la construcción de las pirámides, y además, contaba allí la predicción de que la tierra sería sumergida. En consecuencia, un rey de Egipto, llamado Sourid, hijo de Salhoud, hizo construir una tumba para él y otras dos para su familia.

-281-

He presentado las diferentes opiniones que se han dado a conocer acerca de estas construcciones; pero, en mi humilde juicio, creo que ellas tienen dos objetos: el religioso y el de servir de sepulcro a los monarcas. Bajo del sarcófago en que se depositó el buey, símbolo de la divinidad, que prueba el fin religioso, se encuentra, como veremos más adelante, un pozo vertical y profundo con otras galerías interiores; tal vez es la vía que conduce a algún sepulcro, pues según la creencia más generalizada, las galerías, laberintos y rampas que existen en el interior de las pirámides, acaso no tienen otro fin que el de ocultar mejor los despojos mortales de un monarca. Nuestras catedrales han sido santuarios a la vez que criptas de las dignidades de la Iglesia, y

algunas veces de los altos personajes del Estado. Esta costumbre de depositar en lugar sagrado a los muertos, la hallamos en todos los tiempos y en todos los pueblos.

Por último, confirma la idea de ser las pirámides sepulcros de altos personajes, la circunstancia de hallarse cercados de monumentos fúnebres de menos importancia.

Para explicar la diferencia de dimensiones entre las pirámides, se cree que desde el momento en que un monarca se hallaba investido del poder, los egipcios se encargaban de hacer su sepultura, -282- a la que llamaban la morada eterna. Se construía la base cuadrada en la roca, y sobre ella se iba levantando la pirámide, unas veces por capas horizontales, otras por capas inclinadas, pero conservando siempre la forma piramidal. De año en año, durante la vida del Faraón, se adelantaba la obra aumentando la base y las capas para dar mayor volumen a la pirámide, hasta que muerto aquél, se suspendían las obras de ampliación y se violentaba el término del monumento, de cuya circunstancia resultaba que cuanto más largo era el reinado del monarca, mayores eran las dimensiones de su monumento sepulcral.

Campo vasto es por cierto el de las hipótesis, en donde puede lanzarse atrevida la imaginación. Mahmoud-Bey, astrónomo distinguido del virrey de Egipto, observó en la pirámide de Cheops que los rayos de la hermosa estrella Sirio, al llegar ésta a su punto más culminante, caían casi perpendiculares a la luz austral de la pirámide, y esta circunstancia fue para él una revelación. Las pirámides debían estar consagradas a alguna divinidad astrológica, representada por la refulgente estrella del Can Mayor. El perro representaba (Figuier.- Año científico, séptimo año) al dios Sothis, el juez de los muertos, a quien se daba la figura de Cynocéfalos, es decir, de -283- hombre con cabeza de perro. El dios Sothis, bajo la forma de chacal, condenaba a los malos a penas eternas o al infierno; y entonces se constituía en el dios infernal Typhon, llamado Ceth en lengua egipcia, lo que quiere decir astro o perro; los griegos pronunciaban Soth y Sothis, de donde se deriva el nombre Sirio, estrella principal de la constelación del Can Mayor. Así, pues, Sothis, Cynocéfalos y Ceth, es siempre el Perro Celeste, cuya alma e inteligencia está representada por la estrella Sirio.

El perro Anubis, o sea el Mercurio egipcio, y Toht, o el gran Hermes, son igualmente la representación del Perro Celeste en la mitología egipcia. El símbolo que designa a Sothis se encuentra las más veces unido a la figura de la diosa Isis, a quien en todo tiempo Sirio estaba consagrado. No cabe duda, por tanto, que esta estrella sea la representación del dios de los muertos.

Según los principios de la astrología, Sothis, para juzgar el alma del cuerpo depositado en la pirámide, debía aparecer en el punto más culminante de su carrera, en todo su poder y majestad; porque la acción de un astro respecto de un objeto sometido a su influencia, es tanto más poderosa, cuanto más directos son los rayos que le envía, y de este razonamiento se dedujo la consecuencia -284- de que al construirse la pirámide, los rayos de Sirio debieron caer perpendicularmente a su faz austral, condición por medio de la cual, fácil era calcular la edad de las pirámides.

La latitud de Gizeh es de 30° . La distancia polar de Sirio es hoy de $106^{\circ} 31'$. Su distancia al horizonte Norte es de 136 grados y medio en el momento de pasar por el meridiano de Gizeh. Por otra parte, la inclinación de la faz austral de las pirámides respecto del horizonte, es de 52 grados y medio, de lo cual resulta que los rayos de Sirio forman hoy con el plano de dicha faz, un ángulo de $136^{\circ} 31' - 52^{\circ} 31'$, o sea de 84° . ¿En qué época, por consiguiente, dicho ángulo era igual a 90° , o sea a un ángulo recto?

Tal era el problema, fácil de resolver, por el distinguido astrónomo Mahmoud-Bey, basando su cálculo en la precesión de los equinoccios, obteniendo como resultado la cifra de 3.300 que expresa los años antes de Jesucristo, en que fue construida la pirámide. El error de esta fecha es próximamente de dos siglos.

V

Monumentos fúnebres

En todo el valle del Nilo se encuentran, además de las pirámides, obras de arte, unas aisladas -285- y otras construidas en las mismas rocas, que han llamado mucho la atención de los viajeros por su grandiosidad y por su forma, así como por las momias que en ellas se encuentran. Junto a cada ciudad se abren catacumbas con filas de galerías que conducen a salas cuyos techos están sostenidos por pilastras; y éstas, así como las paredes, se ven decoradas con pinturas al fresco o de relieve, unas históricas y otras representando actos de la vida doméstica. Las catacumbas más notables son las de los reyes, abiertas en la cordillera Líbyca, las cuales son profundas y contienen en salones y galerías, sarcófagos de granito, sepulcros, momias, vasijas y otros objetos.

Pero no todos los sepulcros son de igual magnificencia. La comisión francesa exploradora nos dice que alrededor de las pirámides principales se agrupan algunos monumentos del mismo género, menos elevados, y que el tiempo y la mano del hombre casi los ha destruido.

Salah-ed-dyn (Saladino), hizo demoler muchos de ellos para emplear su material en la construcción de las murallas del Cairo.

La citada comisión manifiesta además, que esas pirámides, rodeadas de monumentos fúnebres, están situadas en un páramo cerca de la llanura de las momias, cementerio de Menfis.

-286-

Por último, César Cantú, al tratar de estas colinas fúnebres artificiales, dice: «A esta clase de construcciones pertenecen las colinas levantadas sobre los huesos de héroes que representan todas un tipo común. En Tesalia, hacia Tesalónica, en el Helesponto, y donde quiera que dominaron los Pelasgos, están llenos los valles de estos túmulos, segunda forma solemne de las sepulturas. En las Termópilas, en Queronea, en Maratón y Farsalia, se encuentran en gran número; antiquísimas las presentan el Cáucaso, la Cólchide y la Crimea; las riberas del río Hylas (Dniester) conservan los sepulcros de los príncipes ciméricos y de los reyes escitas que sojuzgaron el país. Pallas notó en la Rusia Meridional, los de los Escondos, y Meyer los que se hallan en las llanuras de los Kirguizes en las dos orillas del río Ablakilla, donde se recogen, entre las cenizas, pequeños objetos de bronce cincelados en forma de hojas y de flores, y se encuentran rostros humanos grabados en losas de piedra. Una infinidad de ellos se encontraron entre el Rhin y el Danubio, erigidos por los germanos y eslavos, y todos los días se descubren en las praderas del Elba y del Oder, donde duermen los héroes teutones y vendos. Entre los chinos y tibetinos apenas se elevan algunos metros; seis estadios de circunferencia tenía el de Aliates, -287- padre de Cresos, rey de Lidia; más de trescientos metros de anchura y treinta de elevación tienen los túmulos del rey escandinavo Gormo y de la reina Daneboda; cerca de Pella, capital de la Macedonia, hay uno de tres cámaras con largas galerías; en fin, muchísimos conserva todavía la Armórica, en la cual existe uno cerca de Vannes, hasta de treinta y dos metros de altura, y cuando menos de triple anchura por la base.

«Si se cruza el Atlántico, las riberas del Ohio y del Lago Ontario, la Nueva York y la Pensilvania Occidental nos presentan millares de estas colinas fúnebres, muy parecidas a las que se hallan en la Siberia; lo cual podría indicar que aquellos pueblos pasaron por el estrecho de Bering. En el Perú, largas galerías que se comunican entre sí por medio de pozos, rodean lo interior de estas colinas artificiales que llaman huacas. Desde la

cadena de los Andes hasta la de los Allheganis, y desde los lagos del Canadá hasta el Golfo de México, se ven montones de tierra y guijarros, tanto más abundantes cuanto más se camina hacia el Mediodía, y siempre de forma semejante. El italiano Beltrami vio, en las cercanías de San Luis, en América, muchísimos cerros sepulcrales, rectangulares, circulares o piramidales, entre los que había uno de sesenta pies de altura y treinta de circuito por la base, teniendo al lado -288- oriental un machón triangular, parecido al de la Torre de los Gigantes de Gozzo. Otro tanto se nota en los morais o sepulcros de la Oceanía».

Dos especies de tumbas rodean las Pirámides: unas se levantan como colinas de poca altura construidas con los materiales extraídos de las canteras inmediatas y en medio de la arena que casi las ha cubierto; y otras, según el uso troglodita, están abiertas en las rocas y enfrente de las llanuras del Nilo.

Hacia el Sur se encuentra la estatua gigantesca de la Esfinge¹⁷, y cerca de ésta, hileras de innumerables túmulos y ruinas, entre las cuales se elevan tres pirámides inferiores.

En fin, por todo lo que antecede, se puede observar que no todas las pirámides tienen el mismo número de gradas, ni están construidas del mismo material, así como independientemente de las pirámides existen innumerables túmulos que tienen la misma forma.

-289-

VI

Dimensiones de las pirámides

La de Cheops, según los datos de la expedición francesa:

Lado de la base

232

m

747

Altura

138

La de Chefren, según los mismos datos:

Lado de la base

204

m

90

Altura

132

La de Myserinus, según la Guía en Oriente, por Quetin:

Lado de la base

95

m

Altura

54

Como antes he manifestado, todas las cifras que se consignan en las obras que he consultado están en completo desacuerdo. Las que más confianza merecen, son ciertamente las que obtuvo la comisión francesa y que acabo de apuntar; sin embargo, éstas pueden haber sido perfectamente ejecutadas, y no por eso dar la verdadera dimensión de las pirámides, puesto que las bases de -290- éstas se encuentran cubiertas por la arena. Así es que, para mí; la noticia más exacta que se tiene respecto de la pirámide mayor, es la del general Grobert, que al medirla tuvo la precaución y cuidado de descubrir la base sumergida en la arena algunos metros, y medir de un ángulo a otro, obteniendo 728 pies, o sean 236m48. Para medir la altura se sirvió de otro medio que, si bien era penoso, en cambio se obtenía un resultado más satisfactorio, y consistió en medir la altura de los innumerables escalones que forman las gradas de la pirámide y sumar los resultados parciales. Este trabajo dio para la altura vertical 447 pies o 145m20.

VII

Interior de las pirámides

En la cara Norte de la pirámide de Cheops, a la altura de la decimoquinta grada, existe una abertura a la cual se llega por un montecillo adherido a la pirámide. Esta abertura, disimulada en otro tiempo y abierta hace siglos, da entrada al interior de las pirámides. Según la expedición francesa, para penetrar al interior, preciso es deslizarse por una estrecha galería, seguir después una rampa ascendente para llegar a otra galería -291- baja horizontal. Todas estas vías subterráneas están hechas de piedra calcárea. «A la entrada de la galería existe un pozo de 200 pies de profundidad, hecho en la roca, y por la misma se llega a la cámara llamada de la Reina, que no tiene inscripción ni cornisas; al salir de esa cámara se encuentra la continuación de la rampa ascendente, pero más inclinada y penosa. Esta rampa conduce a un descanso, en donde todo anuncia que pronto se verá la pieza misteriosa del monumento. Un cerramiento complicado en su construcción, con las señales de una abertura forzada, conduce a la cámara llamada del Rey, santuario pigmeo comparado con el gigantesco monumento. Este cuarto es un paralelogramo de treinta y dos pies de largo y diez y ocho de altura. Está construido con enormes piedras atravesadas de una a otra pared, a manera de los envigados de nuestros techos. Un sarcófago de granito, colocado de Norte a Sur, se encontró vacío y sin adornos; diversas circunstancias manifestaron que había sido profanado».

-292-

Parte segunda

Pirámides de Teotihuacán

I

Descripción del terreno

A 50 kilómetros Noreste de la capital de la República se encuentra el valle de Teotihuacán, el cual se halla separado del ameno y fértil valle de Texcoco por una serie de eminencias que forman un contrafuerte de la Sierra Nevada. Los cerros Aztecatl, San

Pablo, Patlachique, Locoyo, Cuafio, San Telmo y otros, elevan sus altas cumbres, unas cubiertas de vegetación y otras enteramente desnudas, presentando el aspecto que en lo general caracteriza a todas las demás montañas que circundan el valle. Éste, hacia el Oriente, se halla limitado por las últimas alturas de la Sierra Nevada, cuyas principales cumbres, por esta parte, son los cerros de Soltepec, Campanarie, Tepayo y otras de menos importancia. Por el Norte, cierran el valle los cerros Malinalco, Maravillas y Cerrogordo, que alza su cumbre a -293- unos 800 metros sobre las llanuras inmediatas, dominando todas las demás eminencias del valle. Forman la base de estas montañas una sucesión de lomas, que, ya cubiertas de tierra vegetal, o bien descubriendo su terreno de formación volcánica, ostentan el bello ropaje de una vegetación vigorosa, o tienen el aspecto triste de un suelo árido o improductivo. Aun cuando el valle de Teotihuacán no ofrece los pintorescos paisajes y risueños sitios de otros lugares de la República, particularmente de las Sierras, no carece, sin embargo, de lugares amenos. La vista que presenta el valle por la parte del Sur, al destender de la montaña opuesta, después de haber atravesado un terreno inculto y triste, es verdaderamente agradable. Los cerros Patlachique y demás mencionados, se levantan en medio de una vegetación lozana, y las campiñas se extienden, matizadas con los variados colores que producen las labores de los campos, contrastando con el verde oscuro de los simétricos plantíos de magueyes. Por otra parte se descubren los diversos pueblos y haciendas, también con diferentes aspectos, pues parece que en estos lugares reina por donde quiera el contraste; primero, San Juan Teotihuacán elevando la esbelta y elegante torre de su templo en medio de las frondosas copas de los sabinos; más a lo lejos, Otumba, -294- triste como sus alrededores, que parecen estar recordando la sangrienta batalla que allí empeñaron los aztecas en defensa de su nacionalidad; Axapusco rodeado de tierras estériles; Acolman con terrenos feraces que producen ricas mieses; Santa Catarina con sus largos callejones de enhiestos y bien alineados órganos; en fin, toda la parte Sur y del Poniente es fértil, mientras que la del Norte y Oriente es más o menos estéril.

Teotihuacán se asienta en medio de unas lomas ásperas y tepetatosas que insensiblemente van ascendiendo hacia el Norte, formando la base de Cerrogordo. Nada notable ofrece el terreno en este lugar, pues cubierto en su mayor parte de toba volcánica y de basalto escoriáceo, llamado vulgarmente tezontle, apenas nacen en él uno que otro árbol del Perú (*Schinus Molle*) y algunos matorrales que interrumpen la uniformidad de un suelo naturalmente árido y triste, aun cuando la tierra vegetal haya venido con el tiempo a fertilizar determinados lugares. La parte Sur de la población está muy lejos de presentar el mismo aspecto: manantiales purísimos de agua cristalina nacen a inmediaciones del templo, fecundizando el terreno y cubriéndolo de una espléndida vegetación; pintorescas y hermosas calzadas y arboledas; campos cubiertos de pastos y verduras, y la diversidad de plantas gramíneas que -295- allí se cultivan, embellecen el suelo, formando el principal y más notable contraste con el anteriormente descrito.

II

Situación de las pirámides

A tres kilómetros Noreste de San Juan Teotihuacán se encuentran las dos pirámides que son el asunto de este cuadro comparativo. Hállanse situadas en la parte menos fértil y más elevada del terreno que por este lado circunda a aquella población. En aquel suelo, cuya formación, según se ha indicado antes, es de basalto escoriáceo, se ven grutas profundas formadas indudablemente al extraer el material que hubo de emplearse

en la construcción de los monumentos. Al Sur de la pirámide principal, llamada del Sol, existe otra obra digna de atención, conocida hoy con el nombre de Ciudadela, y la cual está formada de cuatro muros de igual longitud, cortándose en ángulo recto. El espesor de los muros es de 80 metros y la altura media 10, con excepción del occidental que mide cinco. Las faces anteriores son verticales, más no así las exteriores que forman talud. En el centro del cuadro se eleva una pequeña pirámide de base cuadrangular, y sobre -296- la parte horizontal de las murallas otras catorce de menores dimensiones colocadas simétricamente.

Las pirámides de Teotihuacán no sorprenden la vista del viajero que las descubre desde el camino de fierro que une la capital de la República, con la ciudad de Puebla, porque teniendo al frente de ellas la gran mole de Cerrogordo, la comparación que instintivamente se hace entre esos monumentos y las elevadas montañas, les es ciertamente desfavorable; pero si se desciende por la falda del cerro Malinalco, el aspecto que presentan desde el momento que se perciben, es en verdad sorprendente; entonces, destacándose sobre la llanura, elevan majestuosamente sus moles seculares, haciendo concebir al viajero la ilusión de que se halla trasportado a las regiones del Nilo, y le traen a los labios el verso del poeta Delille:

Leur masse indestructible a fatigué le temps.

Su indestructible masa al tiempo fatigó.

Nótase desde luego la analogía que existe en el sitio elegido para la construcción de las pirámides egipcias y estas nuestras. El río de Teotihuacán pasa al Sur de estos monumentos, sirviendo como de foso a la parte Norte y occidental de la Ciudadela. Este río desagua en la laguna -297- de Texcoco con grandes crecientes en tiempo de lluvias, siendo entonces su curso muy impetuoso. Sus aguas han descubierto en una inmensa extensión del terreno, cimientos de edificios y capas horizontales de una mezcla finísima endurecida como la roca, todo lo cual revela los restos de una vasta población, quizá la Menfis de estas regiones.

En una grande extensión del terreno que rodea a las pirámides, a más de una legua de radio, se observan, en efecto, los cimientos de multitud de edificios; descúbranse en las márgenes del río y a uno y otro lado de los caminos, las capas horizontales de cal; otras capas de tierra y lodo, de tezontle y de toba volcánica existen allí mismo, revelando un idéntico sistema de construcción; en los caminos que unen a las pirámides con San Juan, además de estas construcciones, se notan distintamente vestigios de paredes que se cortan en ángulo recto. La multitud de piedras labradas que se han extraído de todas estas ruinas, y que se emplean actualmente en las construcciones del pueblo de San Juan y de las haciendas inmediatas, indican que la antigua población era de cierta importancia.

Las pirámides de Teotihuacán, aun cuando vistas de lejos muestran sus faces sin solución ninguna de continuidad, al observarlas de cerca se advierten muy distintamente los cuerpos de que constan, así como la meseta que da forma a la cumbre. La pirámide del Sol, según las observaciones de la Comisión científica de Pachuca, se halla situada a los $19^{\circ} 41' 26'' 74$ de latitud septentrional, y a las $6h 35' 18'' 32$ longitud en tiempo al Oeste de Greenwich. Esta pirámide, que es la mayor y la más austral de las de Teotihuacán, está compuesta de cuatro cuerpos y tres gradas. La de la Luna cuenta igual número de gradas, distantes una de otra diez metros, aunque en la actualidad no se percibe de una manera clara y distinta, sino la superior.

En el párrafo correlativo, he hecho notar que no todas las pirámides egipcias tienen la misma forma; que unas cuentan innumerables escalones y otras apenas una, dos, tres y más gradas, como las del alto Egipto.

Al observar el plano de la Comisión científica de Pachuca, me llamó la atención la desviación, -299- hasta de unos 30 grados, de las faces de estos monumentos respecto del meridiano verdadero. Mi convencimiento en el particular, primero por las observaciones de algunos historiadores tocante a los monumentos antiguos, y luego por las que tuve ocasión de hacer en las ruinas de Mitlaltoyuca, es de que esa desviación apenas llega a unos cuantos grados; circunstancia que he atribuido a la imperfección de los instrumentos de que podían disponer los antiguos habitantes de México para sus observaciones astronómicas. En tal virtud, me decidí a dirigirme al lugar de las pirámides, con el fin de hacer personalmente todas las observaciones necesarias y llenar el objeto que me he propuesto en el presente artículo.

Las faces de las pirámides de Teotihuacán no están exactamente orientadas, aunque la desviación no es tan grande como la que se infiere de la consulta del plano a que antes me he referido, y sin embargo mis observaciones no están en desacuerdo con las de la Comisión de Pachuca, como intentaré explicarlo a su debido tiempo.

El estado difícil, para proceder a la observación, en que actualmente se encuentran las pirámides, por hallarse enteramente cubiertas de vegetación y por los derrumbes que han hecho desaparecer las aristas, me hubieran obligado a permanecer por más tiempo en esos lugares con el fin de despejar -300- convenientemente sus faces, si dos circunstancias no hubieran venido a favorecer mi intento. En la cara occidental, la grada del centro se conserva y muestra patentemente su arista, orientada la cual dio por resultado 7° Noreste respecto del meridiano magnético, y como la declinación de la aguja en Teotihuacán es de $8^{\circ} 12'$ Este, la desviación de la faz occidental de la pirámide del Sol viene a ser, respecto del meridiano astronómico, de $15^{\circ} 12'$ Este y no de 30° como aparece en el ya referido plano. Todas las faces de las pirámides se cortan en ángulo recto. La segunda circunstancia, aún más favorable al intento, me la ofreció la pirámide de la Luna. En muchos lugares de ella y aun en toda la longitud de la cara oriental, los derrumbes de la capa de piedra y lodo han dejado descubiertas las faces aplanadas y bruñidas, sin vegetación ninguna, y presentándolas convenientemente al observador. Las faces oriental y austral tienen las siguientes posiciones respectivas: faz oriental, $1^{\circ} 30'$ Noreste; faz austral, $88^{\circ} 30'$ Noroeste, y por consiguiente cuentan respecto del meridiano verdadero, la primera $9^{\circ} 42'$ Noreste, y la segunda $80^{\circ} 18'$ Noroeste.

De las observaciones anteriores se deduce que las dos pirámides no están igualmente orientadas, coincidiendo la de la Luna, aproximadamente, con el meridiano magnético.

-301-

Si, respecto de esta circunstancia, difieren estos monumentos de los del Egipto medio, no sucede lo mismo con los del alto Egipto y Etiopía, según manifesté en el lugar respectivo, y por consiguiente, si tal circunstancia no era una regla general entre los egipcios, esta falta de conformidad nada prueba en contra de las conclusiones generales con que daré fin a esta disertación.

Una circunstancia muy particular y digna de llamar la atención es la de encontrarse la línea de los centros de las dos pirámides en la dirección del meridiano astronómico, de la misma manera que se observa en las pirámides del alto Egipto, aunque no en las de Gizeh. La diferencia de cerca de dos grados que encontré al observar desde la meseta de la pirámide del Sol, sin duda proviene (y en esto estoy de acuerdo con el ingeniero Almaraz) de que los constructores tenían conocimiento del movimiento de la bóveda celeste y se fijaron en la polar, creyéndola exactamente en el eje del mundo. Este hecho podría favorecer el argumento de los que atribuyen a estos monumentos un objeto puramente científico.

No tratando yo sistemáticamente de demostrar la comunicación entre los habitantes del antiguo y nuevo mundo por la comparación de sus monumentos, hago notar que así como manifiesto -302- todas sus circunstancias análogas y similares, igualmente pongo en relieve todas las en que difieren. La pirámide del Sol se encuentra además circunvalada, menos por la parte occidental, por una muralla de la misma forma que la de la Ciudadela. En ningún libro he visto descritas obras semejantes al pie de las pirámides egipcias, y si existen, o no he tenido ocasión de notarlas, o no se las menciona, tal vez por hallarse sumergidas en el inmenso mar de arena. Sin embargo, el examen del adjunto plano de las pirámides de Gizeh, que acompaño, hace notar obras análogas que circundan a estos monumentos, y señaladamente a la segunda y tercera.

Respecto de la diversidad de construcciones que acompañan a las grandes pirámides egipcias, existe aun mayor analogía con las de Mitlaltoyuca. Como individuo que fui de la comisión exploradora y encargado particularmente del levantamiento del respectivo plano, tuve ocasión de estudiarlas hasta donde lo permitían los escasos elementos con que contábamos. En las pirámides de estas ruinas, se observa el mismo orden en general que en las de Teotihuacán, pues difieren respecto de su construcción, circunstancia que proviene, sin duda, de la diversidad de materiales de que podían disponer sus constructores.

-303-

Las ruinas de Mitlaltoyuca se encuentran en medio de una selva virgen, en donde los corpulentos cedros y árboles frutales, las palmas reales y la innumerable cantidad de bejucos entrelazados impiden al viajero penetrar libremente en ella. Los monumentos se encuentran ocultos por esa exuberante vegetación, obstáculo que nos impidió continuar nuestra exploración, y apenas pudimos examinar unos cuantos monumentos, no obstante el gran número que de ellos existe. En veintidós días, contados desde la salida de México hasta nuestro regreso, la comisión cumplió su encargo, formando el señor Almaraz el croquis del camino de Tulancingo a la Mesa de Coroneles y el cálculo de la extensión de los terrenos baldíos; el señor don Guillermo Hay, sacando las vistas fotográficas y redactando la descripción de las ruinas, y yo levantando el plano. En tan corto plazo era de todo punto imposible la exploración y estudio conveniente de todas las ruinas; pero los datos que recogimos revelaban, desde luego, la importancia arqueológica de dichas ruinas.

El conjunto de monumentos está formado de pequeñas pirámides truncadas, túmulos, collados y rampas. Las mencionadas pirámides son de cortas dimensiones, como que no cuentan más de dos a tres metros, y de una sola grada; la mayor -304- parte de ellas

están construidas con losas de arenisca, colocadas horizontalmente por capas y cubiertas con una torta bruñida de muy buena mezcla hidráulica. La pirámide principal tiene once metros de altura aparente, por cuanto a que el primer cuerpo se halla oculto, en su mayor parte, por el rico humus de la selva; su base mide cuarenta metros, y sus faces orientadas por el meridiano magnético se cortan en ángulo recto.

Dos circunstancias llamaron mucho nuestra atención: la primera es la disposición de las losas que cubren la parte superior de uno de los túmulos, las cuales guardan el orden que se observa en los arcos y bóvedas de nuestros días. Este descubrimiento, debido al señor Hay, demuestra claramente que los antiguos habitantes de esta tierra conocían la bóveda y la construían con más o menos perfección. La segunda circunstancia es la escultura (lámina 1.^a), ejecutada en un trozo de la misma arenisca. Examinando la figura, se advierte que por sus justas proporciones, el tipo y demás circunstancias, se separa tanto del repugnante aspecto de los ídolos aztecas, cuanto puede acercarse al carácter de las momias egipcias.

La otra figura de la propia lámina, representa el fragmento de una careta encontrada en las ruinas de Teotihuacán. En las facciones se advierten, -305- no los rasgos toscos y deformes que por lo general caracterizan a las figuras aztecas, sino la mayor maestría en el modelado, indicio seguro de la existencia de un pueblo más culto.

IV

Objeto de las pirámides

El hecho de estar rodeadas estas pirámides de monumentos fúnebres, induce a creer que fueron construidas con el mismo objeto que las de Egipto. Mas en lo que no cabe duda es que la mayor fue dedicada al sol bajo el nombre de Tonatiuh, así como la menor a la luna con la denominación de Mextli Itzacualt.

En México existen tradiciones vagas referentes al objeto de dichas pirámides; pero respecto de la época de su construcción, no hay ni siquiera hipótesis, o por lo menos no he podido investigarlo en las obras que he consultado.

El Diccionario Mexicano de Historia y Geografía, dice a este respecto lo que sigue:

«Este célebre monumento (Pirámides de Teotihuacán) de las antigüedades mexicanas, cercano a Texcoco, era el templo más suntuoso dedicado a Tonatiuh, es decir, el sol o el que va resplandeciendo, o también Teutl, que significa Dios, -306- y por último, el que rige a la luna, el corazón del cielo y el padre de las horas. La pirámide menos alta era el templo de la mujer del sol, Centeotl, que quiere decir rodeada de deidad; la llaman también Tonacayohua, que sólo exigía para sus sacrificios, tórtolas, codornices y conejos.

»Aunque los edificios colosales de los toltecas, los chichimecas, los aculhuas, los tlaxcaltecas y los aztecas presentan diferentes dimensiones, todos tienen una misma forma, la piramidal, y sus lados siguen exactamente la dirección del meridiano y del paralelo del lugar. El templo se eleva en medio de un vasto recinto cuadrado y rodeado de una muralla, dentro de la que había jardines, fuentes, las habitaciones de los sacerdotes y algunas veces almacenes o depósitos de armas. Una grande escalera conducía a la cima de la pirámide truncada, y en ésta, que era como una especie de plataforma, se encontraban una o dos torres que encerraban los ídolos colosales de las deidades a quienes se habían dedicado, y en donde se mantenía el fuego sagrado. Esta construcción proporcionaba la vista, desde mucha distancia, del sacrificio, así como de la procesión y demás ceremonias que hacían los sacerdotes.

»Hay una semejanza demasiado notable entre los templos de los antiguos babilonios, descritos -307- por Herodoto y Diódoro de Sicilia, y los Teoallis del Anáhuac.

»Cuando los mexicanos en 1190 vinieron a la región equinoccial de Nueva-España, ya encontraron construidos los monumentos piramidales de Teotihuacán, de Cholula y de Papantla, y los atribuyeron a los toltecas, nación civilizada que habitaba en México hacía quinientos años, pues que no conocían otras tribus que hubiesen habitado el país antes de los toltecas, a quienes atribuían la más remota antigüedad; pero es muy posible que hayan sido construidos antes de la venida de los toltecas, es decir, antes del año de 648 de la era vulgar.

»El templo de México estaba dedicado a Tezcatlipoca y a Huitzilopochtli, y los aztecas lo construyeron por el modelo de las pirámides de Teotihuacán, seis años, no más, antes del descubrimiento de la América por Cristóbal Colón.

»(...)

»Las pirámides chicas que rodean a la del Sol, apenas tienen de nueve a diez metros de altura. Según las tradiciones de los indígenas, servían de sepulcros a los jefes de sus tribus. Alrededor de Cheops y de Mycerino en Egipto, se distinguen también ocho pirámides chicas, colocadas con mucha simetría y paralelas a los lados de las grandes. Los templos de Teotihuacán tenían cuatro -308- plataformas principales; cada una de ellas estaba dividida en pequeños escalones, de los que se distinguen todavía los arêtes (las vértebras)¹⁸. Su núcleo es de barro mezclado con piedras pequeñas, y está revestido de un muro de tezontle¹⁹. Esta construcción es muy parecida a una de las pirámides egipcias de Sakharah, que tiene seis plataformas, y que según el viaje de Pockocke es un conjunto de polvo amarillo, revestidas por fuera de piedras en bruto.

»(...)

»Al principio de la civilización, los pueblos escogían lugares elevados para sacrificar a sus dioses. Los primeros altares, los primeros templos, se erigieron sobre las montañas, y éstas, o eran aisladas, o se procuraba darles formas regulares, en plataforma, o practicando en ellas escaleras para subir a su altura²⁰».

De las líneas anteriores se deduce, que además de servir los monumentos de Teotihuacán de sepulcros, tenían un objeto religioso. Dichos monumentos, así como los de Egipto, se prestan, por la diversidad de circunstancias que los acompañan, -309- a toda clase de interpretaciones y conjeturas; la ciencia cree descubrir en la orientación de las pirámides, en la inclinación de sus faces y en todo lo demás que se ha hecho notar en el curso de este artículo, el fin con que fueron construidos tan soberbios monumentos, revelando los conocimientos astronómicos que poseía el pueblo constructor; la teogonía por su parte, en el hecho de depositarse allí animales sagrados, y en la existencia de aras e ídolos, descubre un objeto meramente religioso; el arte de la guerra, hace notar en las murallas de circunvalación, otras tantas líneas de defensa; las costumbres, la historia o las tradiciones los presentan como monumentos fúnebres. No es, de consiguiente, extraño que los sabios, encontrando cada cual pruebas suficientes para las teorías en que se han fijado, estén en desacuerdo.

Los ídolos colosales que el viajero admira en Teotihuacán, la dedicación de las pirámides a las divinidades, el sol y la luna, y los demás que ha podido recoger la historia, manifiestan su objeto religioso; de la misma manera, cada una de las otras circunstancias repetidas, están revelando los demás fines, principales los unos y secundarios los otros. En mi humilde concepto aquellos monumentos eran a la vez tumbas y altares.

V

Monumentos fúnebres

Con la denominación de tlalteles²¹ se conocen los innumerables túmulos que rodean las pirámides. Esos monumentos se hallan unas veces aislados y otras unidos y alineados, limitando la calzada que comienza cerca de la Ciudadela, pasa por la cara occidental de la pirámide del Sol y termina enfrente de la cara austral del monumento de la Luna, formando al concluir un gran círculo, en cuyo centro se encuentra otro túmulo. Llámase esa calzada, Calle o Valle de los Muertos.

El aspecto que presenta esta doble y simétrica hilera de túmulos, es de los más imponentes. Colocado el observador en el eje de la calle, contemplando esa doble hilera de monumentos que, descubiertos en parte, presentan extensas escalinatas medio derruidas, y teniendo al frente la pirámide de la Luna, que se alza majestuosamente rodeada de los tlalteles que al terminar la calle se separan en forma de anfiteatro, se siente sobrecogido de entusiasmo a la vez que turbado -311- por la tristeza que causa el romántico aspecto del lugar. Aquellas obras gigantescas construidas por la mano del hombre, que permanecen allí como para revelar la remota existencia de un pueblo, tal vez feliz y poderoso, y que de su ser no ha dejado otra memoria que esos edificios misteriosos, cuyas páginas, grabadas en las rocas, no han podido aún ser descifradas, admiran a la par que conmueven.

Muchos creen que todas estas pequeñas pirámides que como satélites rodean a las del Sol y de la Luna, representan los astros del firmamento. Esta hipótesis podría ser un nuevo argumento en favor de los que atribuyen a este género de construcción un objeto científico.

Los egipcios, como ha podido notarse, edificaban unas veces suntuosas sepulturas, y otras construían pequeños túmulos, a semejanza de montañas. Si bien las construcciones de que ahora se trata, no están abiertas en las rocas de las grandes eminencias y difieren muy particularmente de las de Tebas, en cambio conservan mucha analogía respecto de los demás monumentos fúnebres, tanto por su situación en los sitios más elevados como por el objeto a que estaban destinados. La Comisión Científica de Pachuca, al ocuparse en el levantamiento del plano de las ruinas, emprendió la demolición de un túmulo situado en el centro -312- de la Calle de los Muertos, y encontró un nicho vacío, de las dimensiones del cuerpo de un hombre, y con las paredes y la bóveda perfectamente bruñidas, cual si estuviesen estucadas; tal vez en otros túmulos se encontrarán cadáveres o momias que vendrán a dar la solución definitiva del problema que nos ocupa. De desearse fuera que una comisión exploradora se ocupara de emprender estas interesantes indagaciones, como lo he propuesto al Ministerio de Instrucción Pública.

VI

Dimensiones de las pirámides

He indicado en el artículo tercero, que habiéndome llamado la atención la desviación de cerca de 30° que ofrecen las facas de las pirámides en el plano de la Comisión Científica de Pachuca, me vi obligado, con el fin de no hacer apreciaciones temerarias, a trasladarme a Teotihuacán, como en efecto lo verifiqué en unión de mi compañero el ingeniero don Manuel Espinosa. No sabía a qué atribuir las enormes diferencias que resultaban entre los datos de nuestras observaciones y las del plano referido, conociendo, como conocía, la aptitud y conciencia con que fueron ejecutados los trabajos de dicha Comisión; -313- mas al orientar la Calle de los Muertos, pude

explicarme aquellas diferencias, advirtiéndome que la meridiana astronómica se halla en el repetido plano inclinada 12° al Oeste, error que se advierte desde luego fue cometido por el grabador. Hecha esta rectificación, nuestras observaciones, en general, están de acuerdo con las de la Comisión de Pachuca.

Los resultados que obtuvimos son los siguientes:

Pirámide del Sol

Lado Norte-Sur de la base

232m

Lado Este-Oeste, cara austral

220m

Altura

66m

Inclinación de las caras Norte y Sur

31°

3'

Inclinación, cara Oeste

36°

Meseta, de Norte a Sur

18m

Meseta, de Este a Oeste

32m

Rumbo de Este-Oeste, cara austral

83°

Noroeste

Rumbo Norte-Sur, cara oriental

7°

Noreste

Dirección, Calle de los Muertos

8°

45'

Noreste

Noreste Línea de los centros de las dos pirámides

10°

Noroeste

-314-

Pirámide de la Luna

Lado Este-Oeste de la base

156m

Lado Norte-Sur

130m

Altura

46m

Inclinación de la cara oriental

31°

30'

Inclinación de la cara Sur

36°

Inclinación en la parte bruñida

47°

Inclinación de la cara oriental, bruñida

47°

Meseta, seis metros por lado

Orientación, cara Norte, Luna, de Este a Oeste

88°

30'

Noroeste

Orientación, cara oriental, de Sur a Norte

1°

30'

Noreste

Los datos de la Comisión de Pachuca, son:

Pirámide del Sol

Lado Norte-Sur de la base

232m

Lado Este-Oeste

224m

Altura

62m

Pirámide de la Luna

Lado Este-Oeste de la base

156m

Lado Norte-Sur

130m

Altura

42m

-315-

Los datos, que difieren muy particularmente de los anteriores, son los que se contraen a las alturas de las pirámides. Para explicarlas debe tenerse presente que los monumentos se hallan edificados en un suelo inclinado de Norte a Sur, como se ha hecho notar, y que, al tomar la altura, la Comisión tal vez procedió por la parte Norte, mientras que nosotros lo verificamos por la parte Sur. Al efecto, medimos una base de sesenta metros del lado opuesto de la muralla, a corta distancia de la base de la pirámide del Sol y en un pequeño llano; desde los extremos de la base tomamos los ángulos de altura y de proyección; método exacto, el cual nos dio el resultado expresado. Para la altura de la pirámide de la Luna, la base se midió igualmente de sesenta metros en el pequeño espacio que media entre los tlalteles, en el lugar en que, al separarse, forman anfiteatro.

La relación entre la base y la altura de las pirámides de Teotihuacán no es la misma que existe en los elementos de las egipcias; pero si los habitantes de México, admitiendo una hipótesis, poseían también la costumbre de ir aumentando el volumen del monumento durante la vida del monarca, o por cualquiera otra circunstancia, es de creerse que los constructores tenían la intención de elevar más la pirámide del Sol, y a juzgar -316- por la base, habría llegado a tener las colosales proporciones de la de Cheops. Por otra parte, no existiendo entre las bases y altura de las pirámides egipcias una relación constante, mal podríamos nosotros tratar de buscar analogías a este respecto.

El ingeniero Almaraz, jefe de la Comisión científica de Pachuca, a la cual tuve la honra de pertenecer, creyó encontrar la unidad lineal del pueblo constructor de las pirámides, haciendo comparaciones con las medidas obtenidas en el levantamiento del plano, resultando de sus observaciones que la extensión lineal de 0,8 es la base o unidad.

En estas arduas cuestiones, todas las teorías descansan en suposiciones; pero muchas veces, de conjetura en conjetura, se logra llegar a una solución acertada. En tal virtud, cada uno puede lanzarse al campo de las hipótesis; las pruebas que se emitan serán las que lleguen a transformar aquéllos en evidencias. Suponiendo que dicha unidad lineal sea

cierta y común para los monumentos de los dos pueblos que comparamos, resulta que aquélla estará contenida en el estadio egipcio 225 veces. Por consiguiente, las pirámides de ambos países tendrán las siguientes dimensiones, arregladas a esa unidad supuesta:
-317-

Base, pirámide de Cheops

236 00

295 00

Altura

145 12

181 50

Base, pirámide del Sol (Norte-Sur)

232 00

290 00

Ídem (Este-Oeste)

220 00

275 00

Ídem según Almaraz

224 00

280 00

Altura

66 00

82 50

Base Este-Oeste de la Luna

156 00

195 00

Lado Norte-Sur de ídem

130 00

162 50

Altura

46 00

57 50

Ídem según Almaraz

42 00

52 50

Distancia entre los centros de las pirámides, ídem, ídem

800 00

1000 00

Lado del cuadrado del túmulo ídem, ídem

5 60

7 00

Espesor de la muralla de la Ciudadela, ídem, ídem

80 00

100 00

Radio de curvatura del monumento circular ídem, ídem

5 20

6 50

VII

Interior de las pirámides

El punto de que voy a tratar es para mí de la mayor importancia, tanto que puede estimarse decisivo en este mi trabajo; es aquí donde voy a demostrar la grande analogía que existe en los principales detalles que son comunes a las pirámides -318- mexicanas y egipcias. Empero debo advertir que sólo me limito a llamar la atención acerca de sus diversas circunstancias, sin que por eso se entienda que pretendo imponer mi opinión. La puerta o abertura, disimulada en una época remota y descubierta en tiempos más recientes; su situación hacia el medio de una de las faces; la colina adherida a esa misma faz y en cuyo término se encuentra la abertura; la estrecha galería que conduce al interior; el profundo pozo que se encuentra al terminar dicha galería, los monumentos fúnebres, las pequeñas pirámides y las demás construcciones que rodean a los monumentos principales, y por fin, los otros pormenores que he hecho notar en el curso de este artículo, no pueden atribuirse a coincidencia casual en la concepción de la misma idea; tal teoría es para mí inadmisibles. Bien sé que dos, y aún más pueblos, simultáneamente y sin haber estado en relación, pueden haber descubierto el mismo género de construcciones, como la pirámide, que es un cuerpo tan simétrico, y que bien podemos llamar elemental; pero si en los monumentos como los de que tratamos hay identidad de circunstancias, de pormenores y de caracteres distintivos, preciso es convenir en que hubo comunicación entre un pueblo y el otro.

-319-

Se cree que la disposición de las pirámides egipcias en forma de gradas no tuvo más objeto que el de facilitar la ascensión de los materiales a los cuerpos superiores al paso que se iban construyendo, por cuanto a que el pueblo constructor no conocía otras máquinas que el plano inclinado y la palanca. Igual argumento pudiera aducirse respecto de las construcciones mexicanas, pero yo no admito tal suposición; ¿las gradas, en las pirámides egipcias o mexicanas, hacían el oficio de meros andamios? Habría en tal caso regularidad en todas las gradas de todos los monumentos; pero la verdad es que en determinadas pirámides son desiguales las distancias de una a otra grada; que en algunas, como las de Cheops, Chefren, etc., los innumerables escalones de que constan son poco elevados; y que en otras se encuentran pocas gradas, siendo muy grande la distancia entre dos sucesivas; algo más que la simple comodidad tuvieron por mira los constructores de tales monumentos. Semejante disposición, por otra parte, habría convenido en las pirámides de grande altura, pero no en las pequeñas, en donde hubiera sido de todo punto inútil. En las minas de Mitlaltoyuca, la mayor parte de las pirámides apenas llegan a la altura de dos a tres metros, y sin embargo están formadas de gradas. De todas maneras, ya fuese el -320- objeto de tal disposición el indicado, u otro que ignoramos, el sistema de escalones en la construcción de unas y otras pirámides, apoya la idea de que ambos pueblos tuvieron desde luego este punto de contacto.

Respecto del método de construcción de las pirámides de Teotihuacán, se siguió el de capas sobrepuestas. En la puerta o abertura estrecha de la pirámide de la Luna se encuentran perfectamente marcadas las distintas capas horizontales de que está formada la pirámide. La primera capa se compone de piedra y barro, y su espesor de 0m,95; la segunda, de toba volcánica, de 0m,57 de espesor; sobre ésta se encuentra la tercera capa, compuesta de una mezcla de arena gruesa de tezontle (basalto escoriáceo) y barro, con un espesor de 0m,08 y por último, esta capa se halla cubierta de otra de finísima cal, de 0m,001 de grueso y bruñida por su parte superior. A estas capas vuelven a sobreponerse otras conforme al mismo sistema. Otras capas guardan el propio orden que las primeras, con la diferencia de que sólo cubren o revisten las pirámides, guardando la inclinación de 47°, como antes se ha indicado. La capa de cal en éstas es de un milímetro y medio; toda se encuentra bruñida y en algunos lugares pintada de rojo; así se hallan cubiertas

las faces de las pirámides de Mitlaltoyuca. Una -321- gran cantidad de piedra de todas dimensiones y algún lodo, cubren las superficies de las pirámides; de tal manera, que por razón de la gravedad, éstas se han aglomerado hacia las bases, modificando por tal motivo su forma piramidal.

Esta circunstancia me hizo concebir una idea, la cual robustecí apoyándome en las demás observaciones que hice en las mismas pirámides. Pero antes de aventurar una opinión, permítaseme escudarme con los conceptos vertidos por el ilustre sabio Barón de Humboldt.

«Aux limites des connaissances exactes, comme du haut d'un rivage élevé, l'oeil aime à se porter vers les régions lointaines. Les images qu'il voit peuvent être trompeuses; mais comme ces images décevantes que croyaient apercevoir bien avant le temps de Colomb, les habitants des Canaries et des Açores, elles peuvent amener la découverte d'un nouveau monde».

Pues bien; sin pretensiones de ninguna clase y sólo por hacer uso del derecho que todo hombre tiene de expresar sus pensamientos, aventuro la siguiente conjetura: las pirámides de Teotihuacán, tal cual hoy se encuentran, no se hallan como en su estado primitivo. Existe un hacinamiento de piedra suelta, cuyos intersticios cubiertos de tierra vegetal han hecho nacer la multitud de plantas y flores con que están revestidas -322- actualmente las faces de las pirámides. Este hacinamiento de piedra, se aparta del sistema de construcción seguido en todo el cuerpo de los monumentos, y además, el derrumbe de esas piedras efectuado en una gran parte de la faz oriental de la Luna, ha descubierto un plano inclinado perfectamente bruñido, que indica ser la verdadera faz de la pirámide. Esta observación aislada no daría tanta fuerza a mi raciocinio si no estuviese acompañado de las mismas circunstancias en todos los monumentos. Efectuando una circunvolución por las cuatro faces de la Luna, se advierte el mismo sistema: en la faz austral y en la occidental, y a la misma altura, vienen a cortarse en ángulo recto las dos faces descubiertas y bruñidas como la anterior, que conservan respectivamente la misma inclinación de 47° ; en la cara septentrional se advierten los mismos derrumbes de piedra suelta y los mismos planos inclinados y bruñidos; y por último, en la faz oriental y hacia la mitad de su altura, idénticas circunstancias y de una manera más clara, todavía, vinieron a confirmar mi opinión, pues el plano inclinado se halla descubierto casi en toda su longitud de Norte a Sur, permitiéndome practicar sobre la masa primitiva la orientación de dicha pirámide. Observando desde el centro de la cara Sur, la colina de que trataremos más -323- adelante, y que se encuentra adherida a dicha faz, se advierten los mismos planos inclinados y bruñidos formando escalones, de tal suerte que esa colina, a su vez, no es otra cosa que un trozo de pirámide. No ha mucho tiempo que al visitar, como individuo de la Comisión de Pachuca, todos estos monumentos, los tlalteles no llamaron mi atención sino por su alineamiento, su uniforme altura y su configuración a manera de pequeños cerros; pero mi reciente visita me ha proporcionado la ocasión de poder dar con ellos mismos mayor fuerza a mi argumento. En los tlalteles, no es el derrumbe natural de las piedras y de la tierra, sino las excavaciones recientemente hechas lo que ha motivado la denudación de sus faces; éstas, como en la pirámide de la Luna, se encuentran bruñidas y presentan además la forma de extensas graderías y escalinatas; de manera que, pirámides, colinas, tlalteles y todos los detalles de estas construcciones se hallan ocultos. ¿Qué motivo tendrían los antiguos pobladores de México para hacer desaparecer esos notables monumentos bajo una enorme cantidad de piedras y tierra? En mi concepto, los toltecas, dueños de los referidos monumentos, cuya construcción data tal vez de una época anterior a la era cristiana; los toltecas, repito, restos de una nación culta y civilizada, temiendo las -324- depredaciones de los chichimecas, pueblo bárbaro que vino a fijar su residencia en el

Valle de México, quizá trataron de dar la forma de montañas a esos santuarios y sepulcros, a fin de evitar que fuesen profanados por los nuevos inmigrantes. Podrá parecer esta opinión demasiado avanzada; no la presento, por tanto, sino como una mera conjetura.

La única abertura conocida, que es la de la pirámide de la Luna, se encuentra en la cara austral, a la altura de veinte metros y en la parte superior del tlattel sobrepuesto. Esta abertura da entrada a una estrecha galería descendente, interrumpida por un pozo profundo cuadrangular, cuyas paredes están revestidas de sillares de toba volcánica. Se ha creído que esa abertura no es más que una horadación artificial ejecutada por buscadores de tesoros; pero es de observarse que los que en tal cosa se ocupan no suelen perder su tiempo en construir un pozo regular, con sus paredes perfectamente verticales, y mucho menos en revestirlas de sillares y bruñir las superficies. El eje de la galería descendente, el día de mi observación, coincidía exactamente con el meridiano magnético.

El resto de lo interior permanece desconocido; no exploré más adentro, a causa de los grandes derrumbes que obstruyen el paso, y por no contar -325- con los elementos necesarios para vencer esa dificultad.

Si en la pirámide de la Luna, que es de menos importancia y dimensiones, existen tales detalles, muy parecidos a los de las pirámides de Gizeh, ¿cuán interesantes no habrán de ser los que presente la pirámide del Sol, cuya base es casi igual a la de Cheops?

Puede decirse, juzgando por analogía, que la abertura de la pirámide del Sol debe encontrarse en la faz occidental, al terminar el tlattel sobrepuesto.

Por último, debe llamar la atención que las pendientes de las facetas de las pirámides son, con poca diferencia, las mismas, exceptuando la cara austral de la Luna y la occidental de la del Sol, en donde existen los tlalteles adheridos; las pendientes en estas facetas, según ha podido observarse, son de 36°. Tal vez la intención de los constructores fue hacer más difícil el ascenso a la abertura, oponiendo con eso mayores dificultades al descubrimiento del interior de las pirámides, de la misma manera que se ha presumido, y con fundamento, respecto de las de Egipto.

-326-

Conclusión

En el paralelo que intenté establecer en este artículo, entre las pirámides egipcias y las de Teotihuacán, creo haber demostrado las circunstancias comunes a unas y a otras, las cuales, en resumen, son las siguientes:

1.º En la región del Nilo, lo mismo que en Teotihuacán, el lugar elegido para la construcción de las pirámides, es idéntico.

2.º Tanto las pirámides egipcias como las mexicanas, en general, están orientadas; si las de Teotihuacán no lo están con la exactitud que las de Gizeh, no es esto una prueba en contrario, por cuanto a que la orientación en ésta no era regla invariable entre los egipcios, como se echa de ver en otras muchas de aquel mismo país, pues se encuentran en el propio caso que las de Teotihuacán.

3.º La línea que une los centros de las pirámides de Teotihuacán, se halla en el meridiano astronómico, circunstancia que concurre en algunas del alto Egipto.

4.º En punto a construcción, es análogo en unos y otros monumentos el sistema de gradas y escalones.

5.º En ambos países las dos pirámides mayores -327- estaban dedicadas al Sol: en la de Cheops, bajo el nombre de Osiris, y en la de Teotihuacán bajo el de Tonatiuh²².

6.º El lugar que en la región del Nilo se llama Valle de los Muertos, tiene analogía topográfica y homónima con el que en Teotihuacán se llama Calle de los Muertos.

7.º Algunos monumentos de Egipto tienen carácter de fortificaciones; idéntico carácter presentan los de Teotihuacán.

8.º Los monumentos menores que se hallan en derredor de las pirámides egipcias y de las mexicanas, incluso los de Mitlaltoyuca, son del mismo género y estuvieron destinados al propio objeto.

9.º Unos y otros monumentos tienen adherida a una de sus faces una colina artificial.

10.º La puerta disimulada en otro tiempo y abierta recientemente, existe tanto en algunas pirámides egipcias como en la de la Luna. En la del Sol, esa abertura permanece ignorada; -328- pero probablemente la tiene en la cara occidental.

11.º El interior de unos y otros monumentos, a juzgar por el de la Luna, tiene analogía; pues si bien ésta no ha sido suficientemente explorada, se le conoce ya la primera galería estrecha y descendente, y el pozo vertical. Es más que probable que en la del Sol se encuentren más detalles, y que éstos tengan mayor similitud con la de Cheops.

12.º El ídolo encontrado en las ruinas de Mitlaltoyuca, tiene exactamente el tipo de las momias egipcias²³.

He tratado de demostrar, por medio de este ensayo, que por razón de las analogías que existen entre los monumentos egipcios y los mexicanos, es de inferirse que en épocas remotas hubo relación entre dos continentes separados por la inmensidad del Océano. No sé si habré caminado acertadamente en mis comparaciones; pero -329- si así no fuese, mi patria tiene hijos sabios que sabrán dilucidar dignamente tan importante cuestión. Por mi parte, estoy firmemente persuadido de que si los pueblos que construyeron los monumentos americanos no venían directamente del Egipto, por lo menos eran descendientes de otros pueblos a quienes los egipcios transmitieron sus conocimientos. ¿Qué pueblos fueron? La craneología y la etnografía comparadas resolverán, sin duda alguna, la cuestión.

Al dar a luz el presente estudio, me ha guiado principalmente la idea de hacer que se fije la atención de los hombres pensadores e ilustrados de mi país sobre un punto que tan importante es para el esclarecimiento de nuestra historia antigua. Todas nuestras ruinas ofrecen al hombre estudioso vasto campo de investigaciones, por cuyo medio quizá podamos algún día revelar al viejo mundo un misterio que hace tanto tiempo lo preocupa. Casas-Grandes, Teotihuacán, Papantla, Xochicalco, el Palenque, Uxmal y Mitla son el eslabón que une la historia de dos continentes; lo hallaremos, tal vez, removiendo esos escombros.

México, Julio de 1870.

-[330]- -331-

Ruinas de la antigua Tollan

A mi querido amigo José Rosas

No obstante la amenidad del sitio que ocupa la villa de Tula, a pesar de los risueños paisajes que la rodean, embarga la tristeza el ánimo del viajero que llega ante sus muros

a fin de conocer las reliquias de un pueblo en otro tiempo feliz y poderoso, restos preciosos que, como medallas históricas de la avanzada civilización tolteca, yacen esparcidos en las faldas de las colinas o cubiertas por el humus de las campiñas. Al recorrer aquellos lugares, que fueron el asiento de la antigua Tollan, no muy distantes de la población moderna, ya sea por la preocupación del ánimo, -332- o porque efectivamente la presencia de aquellos restos den al lugar un aspecto desconsolador, el viajero experimenta un pesar, cierta melancolía mezclada con el ardiente deseo de la investigación; los montecillos de piedra, solitarios, que como puntos de defensa se elevan sobre una extensa colina; los monolitos que representan esbeltas columnas o estatuas derribadas, y en su mayor parte ocultas por el terreno, y la multitud de piedras encaladas, trozos de obsidiana y figuras de barro regadas por el suelo, todo imprime al lugar un aspecto triste y de desolación, de tal manera, que parece que todos esos objetos y aun el mismo terreno no reflejan la brillante luz del sol sino pálida y amarillenta.

La moderna Tula, villa y cabecera del distrito de su nombre, en el Estado de Hidalgo, cuya población no llega hoy a mil habitantes, se halla situada a diez y nueve leguas Norte de la ciudad de México, al pie de unos cerros, y barrada por los ríos grande y chico de Tula, ciñéndola el primero por el Este y Norte, y limitándola el segundo por el Poniente. El terreno, por la parte oriental, se extiende formando lomas y colinas que sucesivamente van adquiriendo mayor altura, y se halla circundado por otras eminencias más considerables, tales como el cerro de Jicuco por el Norte, el cual, visto desde Tula, aparece con su -333- caprichosa cumbre esférica, sostenida por columnas al parecer de formación basáltica; al Noreste y Este las montañas de Tlahuelilpan y de Bojaij Grande, sobre cuyas cimas asoman en lontananza los famosos monolitos u órganos de Actopan, que dan al paisaje una hermosa perspectiva; y por el Sur, la sucesión de cerros que separan el valle de Tula del de Cuautitlán, y sobre los cuales descuella el famoso cerro del Sincoque, al cual yo me atrevería a llamar, además, cerro Humboldt. Encuéntrense otros cerros inmediatos a la población: por el Norte, el del Tesoro; por el Noroeste, el de Magoni Grande, y el conocido con el nombre de la Malinche; por el Sureste, el del Ocote; por el Sur el del Calvario, y por el Oeste el Cielito. Todas estas eminencias se ligan con otras de tal suerte, que parecen interminables.

El río de Tula, que es el mismo que conocemos con el nombre de Río del Desagüe de Huehuetoca, corre de Sur a Norte, y casi a orillas de la población, por la parte oriental, se desvía al Poniente para volver poco después a dirigir su curso al Norte al recibir las aguas del río chico que desciende de las montañas de Dexcani y Xintdeji, situadas al Poniente de la población. Limitado el lecho del río en su curso hacia el Norte por el pie del elevado cerro de Magoni y por el del Tesoro, y sombreado por el hermoso follaje de -334- los álamos, fresnos y otros árboles que en sus orillas crecen, adquiere un poético aspecto que de tal manera seduce al viajero, que instintivamente continúa su paseo sin desviarse para nada de aquellas márgenes tan pintorescas y amenas.

La población ocupa el espacio del ángulo que en su confluencia forman los ríos grande y chico; el aspecto que presenta en su recinto es desagradable, así por sus casas, que en lo general son de un solo piso, como por el carácter de su almenado templo, que aparece más bien como una fortaleza. Pero estas impresiones desfavorables se tornan en sensaciones gráficas al observar desde las alturas del templo el panorama de la población, interrumpido por numerosos huertos que antes se escondían a la vista, tras de los muros de las habitaciones; descúbrense, en segundo término, hermosas calzadas, sombreadas por el follaje de los árboles, entre los que llaman la atención por su simétrica forma un fresno corpulento; y por último, la vista puede dilatarse en las hermosas campiñas y eminencias que las limitan.

La iglesia parroquial es de sólida construcción, formando un notable contraste el exterior de ella con su interior. Exteriormente no guarda en su arquitectura orden alguno; la fachada o frontispicio, que mide 28 metros de altura, es de muy mal gusto, revelando apenas uno que otro detalle, -335- su carácter religioso. Los muros, así de los costados como el que corresponde a la ábside del templo, son más bien propios de edificios fortificados; trece garitas o bastiones en torno de la bóveda, rematan los contrafuertes de los muros, llenando los espacios entre unas y otras multitud de almenas. El interior es notable por su aseo y por la construcción de la bóveda, que forma con sus arcos combinados primorosas labores de estilo gótico. A la entrada del templo se lee en el muro de la derecha esta inscripción: «La parroquia, bajo la advocación de San José, se concluyó en 1553».

En Mayo de 1844, Iberri dio a luz una acabada descripción de este templo, en los términos siguientes:

«La villa de Tula, situada a diez y nueve leguas Noreste de México, tiene por iglesia parroquial un templo que fue convento de religiosos de San Francisco, el cual, así como todos los que hay de esta Orden en la República, está construido con la arquitectura propia para servir también de fortaleza; pero ninguno he visto que manifieste tanto como éste el aspecto de un castillo, y en que se haya puesto tal cuidado y prolijidad para cubrir sus flancos con torres y garitas, para doblar las líneas de defensa y para hacerlo de una dureza cuanto cabe en la mampostería. Su largo es de sesenta varas -336- castellanas, su ancho de quince y su alto de treinta; el espesor de las paredes tiene dos y media varas, el cual es el mismo desde lo alto a abajo de ellas, y por la parte exterior están cubiertas totalmente de un revestimiento de piedra de cantería superior, cortada en cuadrilongos perfectamente labrados y pulidos, que por la base del templo tienen hasta tres cuartas cada pieza, y luego disminuyen de tamaño insensiblemente, de modo que los más altos son de una tercia; las hileras de cal con que están pegados son muy delgadas, y se mantienen casi intactas después de doscientos ochenta y dos años que llevan de puestas, pues según dos inscripciones que están en la iglesia, y los informes que me ha dado el señor cura don José María Ruiz de Velasco, fue empezada el año de 1553 y acabada en el de 1561.

»El interior del templo no tiene cosa notable; pero si se fija la atención en la pintura de los santos que se hallan en los altares, se deduce que los pintores fueron de buenos conocimientos y ejecución, según la regularidad de los trazos y lo bien colocado de las sombras; las dos capillas anexas son obras posteriores al templo, muy inferiores en todo. Del otro lado del grande edificio se hallan los claustros, que hoy están casi arruinados, y lo poco que se mantiene en pie, consta de un pequeño patio rodeado de un portillo bajo y otro -337- encima de él, sumamente estrechos, y que son como el corazón de un laberinto de celdas, de pasadizos y escaleras, todo tan angosto, tan complicado y tan oscuro, que en muchas partes es necesario ir a tientas.

»El contraste que forma todo esto con la elegancia y suntuosidad del templo, me ha hecho creer que tal estrechez ha sido calculada al intento de la austeridad religiosa, o de no embarazar los medios de defensa.

»El atrio, en forma de un cuadrado, circunda a todo lo que se ha dicho, y su elevación es de cinco varas, contando con el muro. Esta obra es, a mi juicio, tan célebre como la iglesia, pues el muro tiene ochocientas varas de largo, y el terraplén artificial sobre que está, no baja de un millón de varas cúbicas; circunstancias todas que dan un mérito extraordinario a este edificio, atendiendo a lo reciente que estaba la conquista cuando fue hecho, a la escasez de operarios españoles que naturalmente había entonces²⁴ y al lujo y minuciosidad de su manufactura.

»Hay en los archivos de esta parroquia porción de escrituras, de testamentos y de otros papeles, algunos escritos en idioma mexicano, muy correctos -338- según la opinión de dicho señor cura; de modo que por estos datos y por los que se han referido, los religiosos fundadores fueron hombres de grandes virtudes y conocimientos, propios para dejar a la posteridad las señales del genio macizo, constante y emprendedor que tuvo la España en aquella época».

Los terrenos de Tula, regados por los ríos antes mencionados y por dos manantiales, de los cuales uno nace en el pueblo de Tepatitlán, y otro de agua salada en las cercanías de la cabecera, son fértiles y producen maíz, trigo y cebada de buena calidad, artículos que rinden cien cargas por una de sembradura.

A la entrada de la hermosa calzada, limitada por hileras de frondosos árboles, y en la cual se encuentran las primeras casas de la población, existe sobre el río grande un puente de sólida construcción, en cuyo centro se eleva una maciza pilastra que contiene la siguiente inscripción, que copio con su propia ortografía:

«Reynando en las Españas la catol. maj. del Sr. D. Carlos III (Q. D. G.) y en esta N.^a Esp.^a el Exmo. Sr. B.^o Frey D. Ant.^o Bucarely Birrei de ella y Alcalde Mavor de esta Prov. el cap. D. Franco Martinez Bravo, siendo actualmente cura el Sr. Presb. D. Onofre Gil Barragan a cuyo zelo se deve la fabc.^a de este puente y a la exactitud -339- de los diputados de este pueblo, dando los materiales el Becindario y el Sr. Conde de Valparaiso, marques del Jaral del Berrio cap. del orden de Santiago del consejo de su mag. en el de hacienda y contador decano jubilado del tribunal y real audiencia de cuentas, contribuyó a todos los de más gastos hasta su conclusión que se verificó en 8 de Abril de 1779».

La cría de ganado vacuno, lanar, cabrío, de cerda y caballar, es de importancia en las haciendas y contornos de la población.

Entre los animales salvajes se cuentan los leopardos, gato-monteses, lobos, coyotes, venados, liebres y conejos; encuéntrase además tuzas, conchuelas, pachones, ardillas, tejones y tlacoachis, animales que notablemente perjudican los sembrados.

Las principales aves que habitan estos lugares son: cuervos, quebrantahuesos, tórtolas, gavilanes, águilas, tordos, golondrinas, gorriónes y calandrias.

Entre los reptiles se enumeran las víboras de cascabel, hocico de puerco, coralillo, culebras y alicantes, las tres primeras muy venenosas, pues su mordedura causa la muerte a quien con brevedad no es atendido; lagartijas, escorpiones venenosos, camaleones y sapos.

Insectos.- Tarántulas y arañas venenosas, -340- principalmente la llamada capulina, avispas, zacatón, abejas, mariposas, chapulines, moscones, cochinillas y hormigas.

Se hallan sujetas a la municipalidad de Tula las siguientes poblaciones, ascendiendo en toda ella la población a 5.083 habitantes que hablan el castellano y el otomí, dominando este último.

Localidades

Su clasificación

Distancias

de la población

Número de
habitantes

Idiomas

Tula

Villa

2½

leguas

Oeste
772
Castellano
San Antonio Tula
Hacienda
"
"
"
287
Ídem
San Miguel de las Piedras
Pueblo
2
"
"
160
Otomí
Xochitlán
"
2
"
"
187
Ídem
San Andrés
"
1
"
"
161
Ídem
El Huerto
Barrio
800
varas
"
366
Ídem
Sacamilpa
Pueblo
2½
leguas
Este
290
Ídem
Bomintza
"
2
"
"

335

Ídem

El Llano

Barrio

1

"

"

361

Ídem

San Lucas

Pueblo

2½

"

Sur

71

Ídem

Santa María Ilucan

"

2

"

"

200

Ídem

San Miguel Unido

"

1½

"

"

219

Ídem

San Marcos

"

1

"

"

526

Castellano

Molino de Jazo

Hacienda

1½

"

"

"

"

San Lorenzo

Pueblo

800

varas

"

221

Castellano y otomí

Santa Ana

"

2½

leguas

Norte

181

Otomí

Michimaloya

"

2½

"

"

412

Ídem

San Francisco

"

1

"

"

200

Ídem

Bojay

Hacienda

1

"

"

37

Ídem

Dengui

"

2

"

"

97

Ídem

Todo lo que antecede da a conocer geográfica y estadísticamente a la población moderna de Tula; trataremos en seguida de la antigua Tollan.

-341-

* * *

La historia antigua de México, tan interesante por sus fastos, tan bella por sus tradiciones y tan poética por sus episodios, ya se la considere relacionada a las demás naciones de la tierra, ya como perteneciente a la de un pueblo autóctona, es de suma importancia, y bien merece, por tanto, el distinguido lugar que la Sociedad mexicana de Geografía le ha fijado en sus anales.

Infructuosas han sido hasta hoy las investigaciones de los sabios que se han ocupado en la interesantísima cuestión de la procedencia de las razas que poblaron la rica y vasta extensión del Anáhuac. Tratando unos de asimilar las antiguas tradiciones de aquellos pueblos al sagrado texto de la Biblia, y empeñándose otros en deducir ese origen de analogías más o menos probables, todos las hacen proceder del antiguo mundo, pero sin poder precisar el lugar que dio origen a la emigración.

Cuestión ardua y muy difícil es ésta, pues con la luz de la hoguera nos sumió en la oscuridad el ciego fanatismo de un hombre. El obispo Zumárraga, al entregar a las llamas los papiros indígenas, preciosos monumentos arqueológicos, sepultó quizá toda la historia de un pueblo en el insondable abismo de la eternidad.

-342-

Desde las orillas del Gila a las del Usumacinta, encuéntranse esparcidos en nuestro territorio restos de edificios, cuya importancia, así por la construcción de éstos como por las bellezas de su ornato, va en aumento del Septentrión al Mediodía. Coecillos o Tlateles, pirámides y fortificaciones, templos y suntuosos palacios, son otros tantos monumentos que atestiguan una civilización muy avanzada, y constituyen las huellas que en su peregrinación un pueblo dejó marcadas. Esta circunstancia, muy notable por cierto y las analogías que continuamente se presentan al emprender el estudio de aquellas razas en lo poco que poseemos, corroboran la opinión que he admitido de que los primeros habitantes de México procedieron del Asia. Respeto con toda sinceridad ajenas opiniones, tanto que sería el primero en aplaudir una teoría que destruyese mi error. En las investigaciones deseo, libre de toda preocupación, la verdad histórica, y a falta de datos auténticos admito por precisión el medio de las analogías, poderoso resorte de la historia.

Solamente basando nuestras investigaciones en los caracteres jeroglíficos de las rocas o en el aspecto de los monumentos, y escudriñando la lóbrega cavidad de los sepulcros, quizá nos sea dable con el tiempo lograr la resolución de tan arduo problema.

-343-

Los toltecas, que según la historia fueron los pobladores más antiguos de esta parte del continente americano, después de los Olmecas y Xicalancas, conocieron, a juzgar por la relación de Ixtlilxochitl, la creación del mundo, el diluvio, la erección de la torre de Babel y la confusión de las lenguas. Tenían por seguro que el mundo había sido destruido tres veces, y otras tantas regenerado, llamando a cada destrucción edad o apagamiento del Sol. La primera sobrevino por la catástrofe del diluvio, y la llamaron edad del Sol de agua; la segunda por un huracán, y la dieron por nombre edad del Sol de aire, la tercera por un terremoto, y la llamaron Sol de tierra, y esperaban, por último, la destrucción del mundo por medio del fuego.

Intentando usurpar el poder al legítimo heredero del trono tolteca, dos nobles de estirpe real, llamados Chacaltzin y Tlacanuhtzin, despertaron las ambiciones de sus adictos, y de esas disensiones políticas resultó el decreto de su destierro, que llevose a

efecto hacia el año 439 de la era cristiana, primero de su peregrinación hacia estas regiones. La relación histórica señala por punto de partida la ciudad de Tlachicatzincan en la región de Huey Tlapalan, sin precisar la situación de la ciudad, dando sólo un indicio de tal región en la confluencia de los ríos Gila y Colorado. Las -344- hipótesis, las conjeturas, el vivísimo deseo de conocer el origen de un pueblo que nos ofrece una historia llena de interesantes detalles, son la consecuencia de aquella omisión por la absoluta falta de datos.

Aquellos caudillos seguidos de una multitud de sus adictos, y guiados por el astrólogo Huematzin, emprendieron su peregrinación fundando pueblos y ciudades, sin encontrar por largo tiempo el soñado lugar en que habían de poner los fundamentos de su imperio.

Después de recorrer sesenta leguas llegaron a un lugar que dieron por nombre Tlapalantongo y en donde permanecieron tres años; de Tlapalantongo pasaron a Hueyxalan, distante unas setenta leguas del anterior, y allí permanecieron cuatro años, y así sucesivamente continuaron su peregrinación, deteniéndose en Jalisco ocho años; en Chimalhuacán, seis; en Atenco, cinco; en Tuxpan, cinco; en Quiyahuitlan Anáhuac, seis; en Zacatlán, siete; en Tutzapan, seis; en Tepetla, ocho; en Matzatepec, ocho; en Zuihcohua, ocho; en Iztacuetxucha, veintiséis; en Tolantzinco, diez y seis, y en Tollan, donde definitivamente fijaron su residencia.

Ningún lugar parecióles más conveniente para fundar la ciudad que debiera ser la capital de su nación, que el que abraza las hermosas y feraces campiñas de un valle cercado por sierras que en -345- nada cedían a aquéllas en fertilidad. El aspecto del suelo, regado por un río caudaloso, los sedujo, poniendo fin a su peregrinación.

Durante los primeros seis años de su permanencia en Tollan levantaron templos y edificios, embelleciendo los primeros interiormente con adornos de oro y piedras preciosas, y los segundos con huertos, parques y jardines.

Establecidos ya y temerosos de ser molestados por los Chichimecas, tribu salvaje que habitaba las regiones inmediatas al Panuco y Huexotla, convinieron en dirigirse a aquel monarca en solicitud de uno de sus hijos, a fin de elegirlo rey. Esta primera resolución que produjo el deseado fin, pues juntamente con el favorable resultado obtuvieron del monarca chichimeca la promesa de que jamás serían molestados por él ni por sus descendientes, revelaba desde luego la astucia y sagacidad que caracterizó después a la nación tolteca.

Año 667. Juraron por rey al príncipe chichimeca, que desde entonces llevó el nombre de Chalchiuetlanetzin (piedra preciosa), y por reina a la hija de Acapichtzin, señor tolteca, la cual dieron a aquél por esposa. Con este rey empieza el catálogo de los monarcas toltecas, y a ponerse en práctica la ley de sucesión que fijaba al reinado de cada uno de aquéllos el periodo de 52 -346- años, previniendo además, que si el monarca moría antes de terminar su reinado, gobernase la República por el tiempo que faltase, y espirado éste entrase a regir los destinos del país el legítimo sucesor.

Es de admirar que todos los monarcas toltecas, en su reinado, cumplieron el período, y uno de ellos, Mitl, lo excedió en siete años.

Muerto el primer rey casi al cumplir los cincuenta y dos años, fue enterrado con todas sus insignias y haciéndole los mayores honores.

Año 719. Ixtlilquechahuac o Izacateclatl, como legítimo sucesor, subió al trono, y en su reinado prosiguió el engrandecimiento de la Nación, y a éste sucedió el príncipe Huetzin. Poco antes (año 771) de la muerte de Ixtlilquechahuac, el astrólogo Huematzin, en sus últimos días coleccionó en un gran libro que se llamó Teoamoxtli o libro divino, los ritos, sacrificios y ceremonias del pueblo tolteca, las leyes, máximas y sentencias, catálogo de reyes y señores, los preceptos astrológicos, artísticos y

científicos; en una palabra, todos los sucesos prósperos y adversos, formando de esta manera la historia de aquel gran pueblo cuya ruina igualmente predijo.

Año 823. A la muerte de Huetzin heredó el trono su hijo Totepeuh, cuyo reinado fue notable -347- por la paz y tranquilidad de que disfrutó la nación. A Totepeuh sucedió el príncipe Necaxoh (año 875), y a éste su hijo Mitl, el más sabio de los reyes toltecas, durante cuyo reinado llegó a su apogeo la monarquía. Sabio y prudente, dictó leyes memorables y extendió su poderío a muy grandes distancias; fundándose entonces villas, pueblos y ciudades, entre las cuales sobresalía Teotihuacán (lugar de adoración), que existía ya, y que siendo como era el gran santuario de los toltecas, superó en grandeza a Tula, por sus templos, monumentos y poder. Teotihuacán no sólo era notable por sus edificios y extensión, sino por sus elevadas pirámides, dedicadas, la mayor al Sol, y la menor a la Luna, y tal vez los innumerables tlalteles a las estrellas, si se atiende al carácter emblemático del pueblo que nos ocupa. Estos monumentos, según manifiesto en otro artículo, eran, en mi opinión, tumbas y altares.

Para contrarrestar la supremacía que sobre la capital había adquirido Teotihuacán, Mitl levantó el grandioso templo de la Rana, diosa de las aguas, enriqueciéndolo en su interior con adornos de oro y piedras preciosas, y con la escultura de la diosa, hecha de una esmeralda. En Tollocan se construyeron palacios, cuyas piedras labradas representaban por medio de jeroglíficos, -348- los más notables hechos de la historia tolteca. Análogos palacios se edificaron en Cuaunáhuac y en otros lugares a que se extendía su poderío.

Los toltecas sobresalieron en las artes y en las ciencias, y eran tan diestros en aquéllas, que muchos interpretan la palabra tolteca por artífice, aunque lo más probable es que signifique natural de Tollan. Fundían el oro y la plata, haciendo de estos metales curiosos objetos; tallaban las rocas más duras y lapidaban las piedras preciosas. Igualmente sobresalían en las ciencias, como lo acreditan sus trabajos astronómicos que les dio por resultado el exacto cómputo del tiempo, y el cual fue calificado por el ilustre astrónomo Laplace, de original. Dividían el año en diez y ocho períodos de veinte días, agregaban al fin cinco días complementarios, llamados nemonteni (inútiles), completando así los 365 días del año solar; mas como este excede al período de 365 días de poco menos de seis horas, formaban su siglo de 52 años que llamaban Huihmolpia, haz o atadura de años, y la edad o vejez (Huehuetilixtli) de 104, agregando a éstos 25 días, de lo que resultaba solamente un día de diferencia cada 538 años.

La agricultura prosperaba, dedicándose preferentemente los toltecas al cultivo del maíz, chile, frijol y otras semillas, así como al del algodón, -349- de que obtenían tanto provecho. Las mujeres hilaban y tejían con él mantas lisas, asargadas y afelpadas, con dibujos y figuras de colores.

En la arquitectura, los toltecas eran muy diestros y construían sus edificios con piedras labradas, unas veces sobrepuestas y otras unidas con finísima mezcla; perpetuaban sus anales por medio de sus caracteres jeroglíficos, y en fin, en sus leyes, en sus usos y costumbres demostraban la muy avanzada civilización de un gran pueblo.

En sus ceremonias religiosas excluían los sacrificios humanos, con excepción de los que practicaban en honor de Tlalotl, dios de las aguas, que adoraban en la cumbre de una de las más elevadas montañas de la Sierra Nevada, al Este de Texcoco, y de Tonacatecutli, sacrificando al primero seis donas, y al segundo un criminal que era destrozado por las salientes puntas de dos rocas giratorias.

Las leyes prohibían la poligamia, y según ella los monarcas no podían contraer nupcias por segunda vez, y tan considerado era el valor en los hombres como en las mujeres el pudor.

Una sociedad que como la de los toltecas fundaba su estabilidad en el respeto a la ley, como lo demuestran sus usos y la sucesión legítima -350- de sus reyes, no podía menos que ser feliz y poderosa.

La sabiduría y la prudencia fueron la guía de Mitl en su reinado, y por merecimiento de tan grandes cualidades se quebrantó por primera vez la ley, prosiguiendo aquél en el trono hasta el día de su muerte, que acaeció 7 años después de expirado el término de los 52 años, y por la misma causa siguió gobernando la reina viuda Huihtlalzin (año 986), con la aquiescencia de su hijo Tecpancaltzin.

Muerta la reina Huihtlalzin, cuatro años después, tomó las riendas del gobierno el príncipe su hijo, en cuyo reinado empieza la decadencia del imperio.

Un noble tolteca, llamado Papantzin, había descubierto el medio de extraer el jugo del maguey; y deseando hacer a su soberano un presente de ese licor, se hizo acompañar para tal objeto de su hija, nobilísima dona, tan hermosa como su nombre, pues se llamaba Flor (Xochitl). Preséntase la dama y ofrece al rey aquel regalo, que agradó sobremanera al soberano, no tanto por el obsequio, cuanto por la bella dama que lo ofrecía. Desde luego concibió por ella una pasión violenta, y sólo la meditación de un plan para conseguir sus fines preocupaba su ánimo. Despidió al padre y a la hija, pero instándoles a que repitiesen -351- su obsequio, y que al serle de nuevo presentado, lo fuese sólo por la hermosa Xochitl. Volvió ésta de nuevo al alcázar real, pero ya no regresó a su hogar. Seducida por los halagos y ofertas del monarca, hubo de ceder a sus instancias y resignarse a vivir en el lugar de recreo que le destinara el rey, quien, para ocultar sus miras, envió a decir a Papantzin, que deseando unir a su hija con un rey su vasallo, la había puesto bajo los solícitos cuidados y educación de una matrona. Pasó algún tiempo; y ya fuese por simples sospechas o por el deseo de ver a su hija, Papantzin se resolvió a inquirir el paradero de ésta. Tras de largas pesquisas y valiéndose de la seducción, logró al fin su objeto, penetrando en unos jardines, donde a la sazón se hallaba la dama con un niño en los brazos. No consintiendo en la deslealtad de su rey, dirigió a su hija estas palabras: «¿Acaso el soberano te ha puesto aquí para que juegues con niños?». Avergonzada y trémula confesó ésta su debilidad, y el noble Papantzin resolvió desde luego dirigirse a pedir al rey satisfacción de su afrenta.

Al día siguiente, al acabar de escuchar Tecpancaltzin la queja del anciano, le consoló ofreciéndole que no tomaría esposa, y que el hijo de Xochitl (que había recibido el nombre de Meconetzin, o sea hijo del maguey), sería su heredero.

-352-

Al expirar el término de los cincuenta y dos años de su reinado, Tecpancaltzin cumplió su ofrecimiento, haciendo jurar por rey a su hijo natural Meconetzin, quien tomó el nombre de Topiltzin, y fue la manzana de la discordia en el reino tolteca.

Hízose notable el reinado de este príncipe por la bondad de su gobierno en los primeros años, por su disipación y vida disoluta en los siguientes, y por las enérgicas y acertadas disposiciones que en los últimos años dictó a fin de reparar sus faltas. Su conducta desarreglada contaminó a todas las clases de la sociedad, y el desenfreno fue tal, que los sacerdotes, a pesar de su voto de castidad, vivían públicamente con las damas principales; el vicio y los mayores escándalos reinaban por todas partes; desorden que naturalmente iba precipitando rápidamente a la nación en un abismo, tanto como antes la industria, el trabajo y el respeto a la ley la habían elevado a su mayor esplendor.

A este principio inevitable de decadencia del pueblo, se siguieron algunas calamidades como un justo castigo de sus delitos; unas veces el cielo derramó abundantes lluvias que anegaron las tierras, perdiéndose las cosechas, y otras privándole

de ellas, de tal suerte, que una espantosa sequía, unida a los abrasadores rayos del sol, -353- arruinaron las mieses y aun las semillas que guardaban los graneros.

Para colmo de desdichas, los señores de Xalisco, de la misma raza, alegando derechos al trono de Tollan, y creyendo conculcada la ley con la exaltación de Topiltzin, invadieron con un grande ejército poblaciones del dominio de este monarca; ni las palabras amistosas de los nobles embajadores enviados a su encuentro por el rey, ni los ricos presentes que en nombre de éste les ofrecieron, fueron bastantes a hacer desistir a los invasores de su intento; antes bien prosiguieron éstos su marcha hasta penetrar en el recinto de Tula.

Infructuosa fue la conducta de persuasiva que respecto a los monarcas de Xalisco observó Topiltzin, encaminada a obtener de ellos el abandono de su empresa, no obteniendo del tiránico empeño de éstos, sino una tregua de diez años, concedida a fin de que pudiera prepararse a la defensa. No es de extrañar esta concesión de una raza que en mucha estima tenía el valor y la lealtad. Este pacto dio por primer resultado la inmediata retirada de las fuerzas invasoras.

Cumplido el plazo convenido, tiempo que no malgastó el ilustre Topiltzin, se aprestó para la guerra, situando convenientemente sus fuerzas y eligiendo para su cuartel general las llanuras de -354- Tultitlán. Apenas se avistaron las huestes enemigas, salió a su encuentro el avanzado ejército tolteca. Trábase el primer combate, dando principio a una serie de luchas encarnizadas que duraron tres años, haciendo en todas ellas los toltecas, unas veces vencidos y otras vencedores, inauditos esfuerzos de valor. Derrotado por completo el primer cuerpo de ejército, avanzan Topiltzin y el anciano rey Tecpancaltzin, a la cabeza de sus huestes, y la hermosa Xochitl guiando a las damas, que, como un cuerpo de amazonas, igualmente se disponían para el combate. Viénense a las manos unos y otros contendientes con la mayor bravura y coraje; la presencia de sus soberanos alienta y reanima a los guerreros, que con sus flechas y acertados golpes siembran por todas partes la desolación y la muerte; las mismas damas y mujeres de los soldados, siguiendo el ejemplo de la reina Xochitl, penetran en lo más encarnizado del combate y luchan cuerpo a cuerpo con los soldados enemigos. Tres días y tres noches consecutivas, y sin momento alguno de tregua, duró la refriega, no sin recibir continuamente los enemigos nuevos refuerzos, en tanto que los toltecas no eran reemplazados por nuevos guerreros. Agotadas las fuerzas de éstos por una lucha tan tenaz, crecía en proporción la superioridad del enemigo, que progresivamente ganaba terreno. -355- Decidióse al fin el triunfo en favor de los de Xalisco, y el ejército tolteca, disperso ya, se refugió en las montañas y en los lagos, y sólo quedaba en pie un corto cuerpo de ejército, que emprendió su retirada conducido por sus dos reyes y por la reina Xochitl. Este valeroso ejército, perseguido de cerca, y siempre luchando, pasó a Xaltocan; de aquí a Teotihuacán, dirigiéndose luego para las montañas del Sur, rumbo a Totolapan. El rey Tecpancaltzin y la reina Xochitl, con algunos de sus vasallos, fueron alcanzados antes de llegar a Tultecasochitlalpam, que entiendo fue en las colinas de Tlalmanalco, y tuvieron que luchar cuerpo a cuerpo, pereciendo a manos de sus enemigos el primero, sin que le sirviera de escudo su ancianidad, y la segunda, sin respeto a su valor, a su sexo y hermosura.

¡Tal fue el fin trágico de una heroína digna de figurar en un poema!

Topiltzin se refugió en una cueva de Xico, de donde salió después de la retirada de sus enemigos para dirigirse a Tlapalan, que, según creo, era el reino de Aculhuacan, donde dio algunas leyes que confirmó Netzahualcoyotl, viviendo muy considerado hasta el día de su muerte.

El resto de los toltecas se diseminó por distintos rumbos: unos se dirigieron a las costas del mar del Sur y Guatemala, y otros a Tehuantepec, -356- Coatzacoalco, Campeche y Xacolotlan.

De esta manera concluyó una monarquía que tan bellas páginas dejó en la historia; páginas que he recogido de la relación histórica de don Fernando de Alva Ixtlilxochitl.

Réstame sólo hablar de los objetos que en su exploración a las ruinas de la antigua Tollan halló la Comisión nombrada por la Sociedad de Geografía, y compuesta del doctor Manfred, presidente; Porter C. Bliss; doctor Ord; Ziehl, y el que suscribe, como ingeniero y cronista en esta vez por ausencia de don Eufemio Mendoza, a quien ocupaciones preferentes le impidieron acompañar a la Comisión.

Las figuras 1 y 2 representan: la primera un zodiaco, y la segunda un jeroglífico, cuyo objeto ignora la Comisión; ambas figuras se encuentran talladas sobre basalto, hallándose actualmente en el dintel de la puerta principal del templo.

La figura 3 representa el fragmento de un utensilio de roca basáltica y de propiedad particular.

Las figuras 4, 5 y 6, constituyen el fuste de una gran columna, igualmente de basalto, de la cual sólo se encuentran hasta ahora en el patio de la casa de diligencias estos tres trozos, que miden: el primero 0m63; el segundo 0m56, y el tercero 1m20, y de diámetro, los tres, 0m830.

Como puede verse por los dibujos, los toltecas -357- poseían un medio ingenioso para ligar perfecta y sólidamente las diferentes partes del fuste de una columna, practicando en la parte central de una de las bases un cilindro hueco, mientras que en la base contraria de otra labraban otro cilindro macizo de igual diámetro, de manera que éste ajustase con aquél.

La superficie cilíndrica de los fustes se halla primorosamente tallada, admirándose en los dibujos la corrección y el buen gusto; circunstancias que constituyen una prueba de la justa fama que de buenos artistas gozaban los toltecas, hasta hacer este nombre sinónimo de aquél.

En los dibujos que tan distintamente se advierten en las figuras 4 y 6, se cree observar en pocos detalles el arte clásico de los griegos, aunque en el total se advierta particularmente el egipcio; los de la figura 5, y parte de la 6, son enteramente originales.

Los monumentos, como los representados en la figura 7, merecen una preferente atención. Esas columnas pareadas y construidas en monolitos de basalto, en cuyos fustes se tallaron cuatro nudos o tlapillis que representan cada uno el período de trece años, demuestran en el conjunto de éstos, bien el siglo tolteca simplemente, o que se quiso tal vez consignar en un monumento -358- indestructible la terminante cláusula de la ley de sucesión.

La figura 8 ofrece un gran ídolo, asimismo de basalto, representación horrible y deforme de un animal fantástico.

En una roca, que a mi parecer es toba volcánica y bien tallada, se encuentra una figura que representa a un monarca con todas sus insignias. Este objeto, marcado con el número 9, existe incrustado en uno de los muros interiores de una posada de la plaza principal de Tula.

La figura 10 ofrece un jeroglífico grabado en la roca del Cerro de Magoni Chico, llamado también de La Malinche.

En ninguna de las obras que he leído acerca de la historia antigua de México, se hace mención de todos estos objetos. Acerca de algunos es muy natural que así sea, puesto que la mayor parte de ellos han sido desenterrados últimamente. La misma Comisión promovió y presenció la extracción de las columnas pareadas, que se encontraban ocultas por la tierra vegetal en la falda del Cerro del Tesoro y a orillas de un riachuelo.

Otro fuste de columna, igual a la figura 6, se halla a la entrada del templo sirviendo de pileta de agua bendita, a cuyo fin se le destruyeron los tallados antiguos.

-359-

La mayor parte de las ruinas del antiguo Tollan se encuentran diseminadas al Oeste de la población moderna, frente a un lugar llamado el Salitre, aglomerándose la mayor parte en el Cerro del Tesoro.

Estos monumentos arqueológicos han sido salvados de su total destrucción por los esfuerzos desinteresados de un útil ciudadano cuyo nombre siento sobremanera no recordar.

Tal es el informe que por mi conducto rinde a la Sociedad de Geografía la Comisión exploradora de las ruinas de Tula.

México, 15 de Febrero de 187325.

-[360]- -361-

Memoria con que el secretario de la Sociedad Filarmónica da cuenta de los trabajos de ésta en el año de 1870

Cumpliendo con la obligación que me prescribe el reglamento de la Sociedad Filarmónica Mexicana, tengo la honra de hacer la debida relación de sus actos durante el año de 1870.

Luchando su Junta Directiva con multitud de obstáculos, como una consecuencia de la falta de recursos necesarios a una empresa de la magnitud de la nuestra, ha hecho cuanto ha dependido de sus facultades, atendiendo a la vez al sostenimiento de la Sociedad y al progreso de su Conservatorio. Solamente un empeño decidido, -362- la constancia y el patriotismo de que se hallan animados todos los individuos de la junta, pueden haberla conducido a la feliz realización de los filantrópicos fines que se propuso la Sociedad al establecerse.

Uno de los afanes de esta Sociedad ha sido el de propagar entre la interesante clase de artesanos el estudio de la música, arte eminentemente civilizador. Con el establecimiento y sostén del Orfeón Popular, esta afán ha sido coronado por un éxito satisfactorio. Formado el Orfeón de personas laboriosas, honradas, entusiastas por el arte musical y dispuestas siempre a dar el debido cumplimiento a las determinaciones de la Junta, ha contribuido al lucimiento de los conciertos y óperas que se han ejecutado en el teatro, conforme a nuestras disposiciones reglamentarias y bajo la dirección de sus dignos e inteligentes profesores. La constancia, aptitud y conducta intachable de todos los que forman esa utilísima sección del Conservatorio, así como el desprendimiento que manifestaron, cediendo para compra de papeles de música el donativo que en favor suyo hizo la Junta de Instrucción Pública, por haber contribuido a la solemne distribución de premios de las escuelas nacionales, son circunstancias muy honrosas que los hacen acreedores al aprecio de la Sociedad.

-363-

La comisión de conciertos ha puesto nueve en ejecución, de los cuales dos fueron de música clásica; y en todos ellos los ejecutantes han hecho brillar sus dotes artísticas, recibiendo de los espectadores el justo y digno homenaje debido a su talento. Debo consignar un voto de gracias a nombre de la Sociedad, a nuestras simpáticas aficionadas y a todos los socios que se han dignado cooperar al brillo de nuestras funciones líricas.

Si la Sociedad no ha podido, por la escasez de sus fondos, socorrer pecuniariamente a sus artistas, ha promovido todos los medios eficaces de protección. A la muerte del señor Aduna, la Junta acordó la ejecución de un concierto a beneficio de la familia de

aquel distinguido artista. La comisión nombrada al efecto y compuesta de los señores Bablot, Guichenné y Rivas, cumplió satisfactoriamente con su encargo, permitiendo a la Sociedad poder ofrecer a la familia Aduna el producto líquido de la función, que ascendió a 600 pesos.

No cabe duda de que el divino arte de la música modifica y moraliza las costumbres de un pueblo. Convencida de esta verdad la Sociedad Filarmónica y con el más vivo deseo de proporcionar a los alumnos del Conservatorio los medios a propósito para hacerles adquirir una posición -364- digna en la sociedad, no ha perdonado sacrificios de todo género a fin de poner aquel establecimiento a la altura de los de primer orden de la República.

Mucho se ha luchado y mucho aún habrá que luchar para vencer la multitud de obstáculos que presenta una empresa de tamaña magnitud, ora se atiende a la escasez de recursos, ora a las preocupaciones de todo género, que son un escollo, mil veces más temible que la misma falta de recursos, puesto que aquéllas traen consigo inevitablemente la división de un cuerpo, que unido alcanzaría resultados enteramente satisfactorios.

En un plantel como el nuestro no basta, en verdad, la subvención que acordó el Congreso, a moción de nuestro ilustrado ministro de Instrucción pública, el señor Iglesias, y que por la escasez del erario no se percibe con la deseada regularidad; hay establecidas en él cuarenta y dos clases, servidas por veintiséis profesores y cinco señoritas, sustitutas de clases; las gratificaciones son muy cortas; la mayor parte de los profesores sirven gratuitamente una clase por lo menos; pues no obstante todo esto, la subvención no alcanza a cubrir los gastos más indispensables.

Deseando la Junta directiva satisfacer todos sus compromisos y poder adquirir los recursos necesarios -365- para la compra de instrumentos, libros de texto y de música, así como para el mejoramiento del edificio, intentó poner en escena la ópera Hernani, la que a pesar de haberse ensayado con esmero, no pudo llevarse a efecto por los grandes gastos que exigía su ejecución, y porque el reclutamiento que en esos días se hizo en la capital, a consecuencia de la revolución de San Luis, retrajo a los artesanos que formaban parte de las masas corales. Se substituyó después la mencionada ópera con la Sonámbula, partición que por ser favorita del público nos prometía resultados muy satisfactorios. ¿El éxito correspondió a nuestros deseos? Penoso es responder con una negativa a esta interpelación. En tales ocasiones se ha patentizado una idea que hasta hoy expresan mis labios; un corto número de individuos, relativamente a nuestra población, se afana y se esfuerza por el adelanto artístico y literario de México, luchando contra la apatía, la indiferencia, el egoísmo o las preocupaciones de la multitud. Sin pretender exagerar el mérito de la ejecución de la ópera Sonámbula, me tomaré la licencia de hacer observar, para satisfacción de los que en ella tomaron parte, y aunque mis palabras sean de poco valor, que la crítica en esta ocasión fue por demás severa tratándose de personas que no son artistas de profesión.

-366-

El teatro estuvo lleno en el ensayo y con escasa concurrencia en la representación; en ésta el éxito pecuniario no fue satisfactorio cual correspondía y era de esperarse atendiendo a la afluencia de gente en la noche anterior. ¿Por qué tal inconsecuencia? ¿No eran en la representación los mismos ameritados artistas que los de la víspera?

De otro orden y de mayor trascendencia fueron los obstáculos que se presentaron para la realización del grandioso pensamiento de los festivales, siendo uno de aquellos el que nace de la división entre los amantes de la música clásica y los intransigentes partidarios de la música italiana. Si éstos no adujesen simplemente en contra de aquella música su única y favorita expresión de «no me gusta», que no es una razón para prevenirla en

contra de la opinión general; si desprendiéndose de su preocupación se detuvieran a escuchar con atención las delicadas composiciones de los maestros clásicos, descubrirían que en el conjunto de la riqueza armónica de aquéllas resalta una melodía tan bella y grata como en las composiciones italianas; cesaría desde luego esa división, que no debe existir en los filarmónicos, y todos a la par rendirían tributo a Beethoven y Rossini, a Mozart y a Donizetti, a Haydn y Bellini, a Meyerbeer, a Gounod, y -367- a tantos otros genios que han encantado el mundo con sus ricas armonías los unos, y con sus sentidas melodías los otros; el genio ha hermanado aquellos ilustres nombres, y todos ellos deben pronunciarse con respeto, con veneración. Que la música clásica no sea entre nosotros suficientemente conocida, y sí de difícil comprensión desde el primer momento, no es razón para que se la desdeñe, y menos por un cuerpo científico como es el del Conservatorio de música, que está en el imprescindible deber de ofrecer a sus profesores y alumnos modelos que imitar en todos los géneros y muy particularmente de aquel que posee el germen de lo sublime y de las buenas reglas. Si a cada paso fuera preciso evocar nuestros recuerdos y primeras impresiones, deberíamos confesar que nada encontraríamos en lo sucesivo capaz de halagar nuestros sentidos. La misma música italiana, así como la francesa, han agradado después de haberse familiarizado con su estilo. Hernani, Rigoletto, Trovador, Macbet y otras han sido recibidas fríamente en sus primeras representaciones, así como las magníficas particiones de Meyerbeer y Gounod, no han podido aún aclimatarse entre nosotros. ¿Puede darse una partitura más bella, más tierna que la Favorita de Donizetti? Y sin embargo, hasta hoy se reconoce su mérito. La música, a mi ver, cuanto mayor -368- sublimidad encierra, es de más tardía comprensión; pero una vez comprendida, el entusiasmo que produce en nosotros es eterno, y no cansa como la música ligera. Veinte y aún más veces se escuchará, y siempre con mayor agrado, la conjuración de Hugonotes, y no habrá paciencia para oír tres veces el coro de Toreros de Traviata y ni una sola vez los desafortunados gritos entre Decio y Atila.

La historia de la música viene en apoyo de mis palabras; y aunque mis conceptos parezcan repetidos, debo insistir presentando más argumentos, pues trato de convencer. La partitura, Don Juan, de Mozart, es hoy considerada no solamente por los maestros y los inteligentes, sino aun por los profanos que han habituado su oído al estilo de aquella música, como un modelo de buena composición y como el germen fecundo de magníficas ideas; y sin embargo, antes de ser comprendida, fue recibida con frialdad, en su primera ejecución en Viena, mientras hoy causa el mayor entusiasmo y asombro de los afectos a todo lo grande y bello.

Considerando otros géneros, Roberto el Diablo, Profeta, Hugonotes, Guillermo Tell y Fausto, no son escuchados aún entre nosotros con el agrado y respeto que merecen por su extraordinario mérito. ¿Cuántos se deleitan hoy con -369- el Stabat Mater, de Rossini, que ayer calificaban de incomprensible y monótona, esa sublime composición, que hierde las fibras más delicadas del sentimiento.

Todas estas observaciones prueban hasta la evidencia, que la buena música, sea cual fuere su género y escuela y por razón de su misma sublimidad, no puede ser comprendida momentáneamente; ¿pero qué valen unos instantes de desagrado con las inefables y duraderas sensaciones que la buena música despierta en el alma, cuando ha llegado a revelar sus bellezas?

Podrán atribuirse mis palabras a mera pedantería, profano como soy al divino arte de la música, aun cuando por él sienta profunda afición, y debo prevenirme, ante esa calificación, que acepto resignado, porque en todo caso, entre el pedante que defiende lo bueno, porque es bueno, y el pedante que lo ataca por ignorancia, prefiero ser lo primero.

Al presentar a la sociedad la proposición de los festivales, idea iniciada por el señor Bablot, y secundada por el maestro Morales, el señor Fonseca y el que suscribe, se tuvo por objeto: primero, la unión de los filarmónicos; segundo, la propagación de una música que algún día será el encanto de nuestra culta sociedad; y tercero, introducir en México, teniendo en cuenta nuestros escasos -370- elementos, la costumbre de los grandiosos espectáculos, que son hoy la admiración de toda Europa. Logrose el primer objeto, puesto que hemos visto la noche del 29 de Diciembre último, ejecutarse entre otras piezas una sinfonía de Beethoven, por las dos orquestas reunidas y algunos de nuestros más distinguidos aficionados, que se confundieron en un laudable sentimiento de confraternidad; esa ejecución fue notable por la precisión y maestría que desplegaron los apreciables instrumentistas, y llamó la atención de los inteligentes la prontitud con que se identificaron con el estilo grandioso y severo del gigante de la sinfonía; sus esfuerzos y su inteligencia son dignos de los mayores elogios, como lo son la ciencia y el reconocido talento del maestro Morales, que tuvo el orgullo de dirigir a esa falange de ameritados ejecutantes; hago partícipe de estos elogios a los apreciables directores de las demás piezas ejecutadas, Agustín Balderas, Félix Sauvinet y Germán Laue. El primer festival mexicano abre la nueva era del progreso de la música trascendental en nuestro país.

No puede negarse que un brillante éxito artístico coronó los afanes de la comisión, y ésta no podrá menos que dar un voto de gracias, no sólo a esos artistas, sino a los señores aficionados de -371- la sección de canto de la Sociedad Filarmónica, y muy especialmente a las señoras que se dignaron contribuir al brillo de esa solemnidad artística con el prestigio de su belleza y de su talento.

Si los trabajos de la Junta directiva se han encaminado al bien de la sociedad, no lo han sido menos en provecho y adelantamiento de su Conservatorio. Perenne vigilante del buen orden y de la sólida instrucción de los alumnos, ha dictado todas las medidas conducentes al arreglo interior del establecimiento y al puntual servicio de las cátedras. El alumbrado de gas es una utilísima mejora, puesto que con menor gasto se tiene más ampliamente iluminado todo el edificio de lo que antes estaba.

La Junta ha acordado para el presente año escolar el establecimiento de nuevas cátedras en el Conservatorio, creando además una escuela de declamación, cuyo plan hace que se la deba considerar como la primera que de su género se establece en México. Gloria es esta que justamente corresponde a la Sociedad Filarmónica.

La idea que domina principalmente en los individuos de la Junta, es la de proporcionar a los alumnos del Conservatorio elementos que les faciliten un modo honesto de vivir; tal ha sido el motivo por que no se ha limitado a la instrucción -372- musical. Muchas niñas no tenían las facultades necesarias para el estudio de este arte, mientras que poseen brillantes disposiciones para un estudio literario. A la realización del pensamiento feliz de la Junta, se debe que muchas señoritas hayan podido recibirse de profesoras, obteniendo unas gratificaciones en el Conservatorio, otras, sueldos de la corporación municipal, y algunas han abierto, por su cuenta establecimientos de educación; de manera que nuestro Conservatorio debe considerarse no solamente como un establecimiento para formar artistas en el canto y declamación, sino como un plantel de profesores que deben derramar la luz y la enseñanza en toda la extensión de la República.

Igualmente debo llamar la atención respecto de los instrumentistas. El Conservatorio ha dado algunos ejecutantes a las orquestas y bandas militares, aunque es de sentirse que éstos no hayan perfeccionado su educación musical; pero la Junta no ha podido evitarlo, porque ni ha estado en sus facultades ni en sus principios, violentarlos de manera alguna. De desearse fuera que se meditase el asunto convenientemente, en vista

de sus consecuencias trascendentales, para que se dictasen algunas providencias, que sin chocar con los principios liberales, evitasen aquel mal.

En los exámenes mensuales, así como en los -373- públicos de fin de año, han demostrado los alumnos y alumnas del Conservatorio, que la instrucción que en él se recibe es moral, compleja y sólida. Si el Gobierno, como es de suponerse, sigue impartiendo su protección a este establecimiento, debemos esperar un éxito completo para el porvenir, y que nuestro Conservatorio llegue a ser un plantel-modelo, y digno de rivalizar con los más afamados de Europa.

Tales han sido los actos de la Sociedad Filarmónica durante el año de 1870, los cuales me ha tocado la honra, en esta vez, de enumerar.

México, 8 de Enero de 1871.

-[374]- -375-

Memoria presentada a la Junta Directiva de la Sociedad Filarmónica Mexicana, con motivo de la construcción del Teatro del Conservatorio

Señores de la Junta Directiva:

El espíritu de iniciativa que desde la creación de la Sociedad Filarmónica ha guiado a las juntas que se han sucedido, ha determinado el constante progreso de tan útil instituto, y muy particularmente del Conservatorio de Música y Declamación. Débese a las juntas que han antecedido a la de 1873 la realización de grandes ideas que tan poderosamente han influido en la esmerada instrucción de los educandos del Conservatorio, -376- así como a la última que ha regido los destinos de la Sociedad Filarmónica corresponde la honra de haber realizado el pensamiento de la formación de su Teatro; pensamiento de trascendentales resultados para el objeto de nuestra institución. El distinguido lugar que entre los establecimientos de enseñanza pública ocupa hoy el hermoso plantel, objeto de los desvelos de la Junta, exigía urgentemente la mejora que acaba de realizarse. El salón antiguo de conciertos, por su desaseo, por sus malas condiciones acústicas y por el desarreglo de sus localidades, era poco digno de los espectáculos que en él ha ofrecido constantemente la Sociedad; espectáculos por cuyo medio revelaba así a la nación entera como a los ilustrados extranjeros que concurrían, los rápidos progresos de los alumnos del Conservatorio y el delicado gusto de los socios por el arte de la música.

Si la Sociedad Filarmónica hubiera podido disponer de suficientes recursos, la formación del Teatro poco o nada ofrecería de particular; sería tal circunstancia una prueba solamente de la ilustración de sus miembros; consiste el mérito en haber acometido la empresa sin recursos, prescindiendo de las escasas asignaciones de la asociación, que apenas bastan a cubrir sus presupuestos. Diose el acuerdo, y se procuraron los -377- primeros fondos apelando a una suscripción entre varios particulares, la que, realizada, nos permitió dar principio a los trabajos, que se ejecutaron con una rapidez extraordinaria. La filantropía de los accionistas obliga a consignar sus nombres, como un justo tributo de agradecimiento; el Conservatorio debe, por tanto, inscribir en el catálogo de sus insignes benefactores a los señores:

Don Sebastián Lerdo de Tejada

Don José María Iglesias.

Don Rafael Martínez de la Torre.

Don Ramón Terreros.

Don Guillermo Barrón.

Don Antonio Escandón.

Don Antonio Mier y Celis.
Don Pedro del Valle.
Don Manuel Fernández del Castillo.
Don Manuel Iturbe.
Don Luis Muñoz.
Don Sebastián Camacho.

Insuficientes los fondos reunidos por medio de esta suscripción para cubrir los presupuestos, y decidida la Junta a cerrarla por la premura del tiempo, apeló a otros recursos, comprometiendo su crédito personal algunos honorables miembros de la misma Junta. Se contrató la obra de -378- carpintería con el hábil artesano don Pedro Mendoza, bajo la condición de que el valor correspondiente a dos acciones de a 600 pesos cada una, le sería pagado a la conclusión de la obra con los productos de las primeras entradas; lo cual, aunque establecía una diferencia en su favor respecto de los accionistas, en nada rebajaba el mérito de su patriótico proceder.

Deseando, por mi parte, corresponder dignamente a la confianza que en mí se dignó depositar la Junta Directiva, nombrándome para formar el proyecto del teatro y encargándome de la dirección de las obras, desarrollé aquél, estudiándolo concienzudamente, aunque no sin graves dificultades que vencer, puesto que se me obligaba a circunscribirlo en el paralelogramo del antiguo salón, de dimensiones tan desproporcionadas, que impedían ante todo dar al nuevo teatro la conveniente forma circular. El problema para mí era de muy difícil resolución, por cuanto a que era preciso no incurrir, por la inconveniente forma del local, en el defecto que se advierte en los teatros improvisados, que son, generalmente, largos y estrechos; era de todo punto indispensable procurar al salón otra perspectiva más agradable, sin reducir su extensión. Ésta fue la base de mi proyecto; y fueme preciso, para realizarlo, remeter la línea de los palcos -379- respecto de la de las plateas, a fin de que desde las lunetas pudiese verse todo el conjunto, y reducir la extensión longitudinal del salón, en apariencia, avanzando hacia el frente del proscenio las líneas de los palcos y plateas, y sustituyendo las localidades perdidas por esta reducción con los palcos de anfiteatro; circunstancia que ofrecía, además, la ventaja de poder disponer de una pequeña sala para desahogo y para la colocación de las escaleras de los palcos.

Logrado el fin, mediante estas disposiciones, el proyecto fue aprobado en todas sus partes, poniéndose desde luego en ejecución; y aquí me cumple advertir, que si la obra se ha llevado a feliz término, débese particularmente a la eficaz cooperación de los hábiles artistas y artesanos, todos mexicanos, a quienes, por fortuna mía, encomendé los diversos trabajos: los de carpintería al señor don Pedro Mendoza; el ornato del arte sonado a los señores don Agustín Ramírez y don José Serrato; el del proscenio a este mismo señor; los dorados del salón al propio señor Ramírez, y los del proscenio a don Francisco Lazarin; los medallones con los bustos que adornan la primera curva del artesonado y el ornato de la curva superior del proscenio a don Juan Fernández; la pintura del vestíbulo al estilo pompeyano a don Petronilo Monroy; el telón de boca a don Tiburcio Sánchez; el bordado -380- del segundo telón a las alumnas del Conservatorio Manuela Marín, Josefina Figueroa, Refugio Valdés y Refugio Cerdá, bajo la inteligente dirección de la Señorita Luz Oropeza; la decoración de conciertos a don Rafael González; las ménsulas de fierro al herrero señor Lazo de la Vega; los candelabros de bronce para gas a don Hipólito Aburto; los festones del proscenio y los del artesonado al señor don José Ortega; y por último, los bustos de Alarcón, Gorostiza, Rodríguez Galván y Calderón, los cuales deben decorar los costados del proscenio, a don Agustín Barragán.

Debo mencionar los buenos oficios del señor don Gonzalo Müller, que tanto me ayudó en las obras materiales que se emprendieron para la formación del Foyer, así como el empeño e inteligencia que mostraron en sus trabajos los oficiales de carpintería y de pintura.

Los retratos que decoran la primera curva del referido artesonado, están fielmente modelados conforme a los magníficos grabados de la obra intitulada Los Músicos célebres; y respecto de los autores dramáticos, de otros no menos buenos grabados y fotografías de contemporáneos.

Para justificar la elección que se hizo de las notabilidades en ambos ramos del arte, bastará citar sus nombres, que, por orden cronológico, son:

-381-

Compositores a la derecha del proscenio

1

Palestrina

1524-1594

2

Rameau

1683-1764

3

Haendel

1685-1759

4

Sebastian Bach

1685-1759

5

Gluck

1714-1787

6

Haydn

1732-1809

7

Mozart

1756-1791

8

Méhul

1763-1817

9

Beethoven

1770-1827

10

Auber

1782-1874

11

Fétis

1784-1872

12

Rossini

1792-1868

13

Meyerbeer

1794-1864

14

Donizetti

1798-1848

15

Bellini

1802-1835

16

Verdi

1814

17

Gounod

1818

18

José Antonio Gómez

1805

19

Bustamante

1787-1861

20

Beristain

1817-1839

Autores dramáticos a la izquierda del proscenio

1

Esquilo

525 A. de J.

2

Sófocles

495 A. de J.

-382-

3

Plauto

227 A. de J.

4

Terencio

193 A. de J.

5

Lope de Rueda

1500-1567

6

Shakespeare

1564-1616

7

Ben Jonson

1574-1637

8

Lope de Vega

1526-1635

9

Calderón de la Barca

1600-1681

10

Corneille

1606-1684

11

Molière

1622-1684

12

Racine

1639-1699

13

Moreto

1640-1676

14

Sor Juana

1651-1695

15

Moratín

1760-1828

16

Victor Hugo

1802

17

Alfieri

1749-1803

18

Goethe

1749-1832

19

Schiller

1759-1805

20

Bretón de los Herreros

1796-1873

En las cuatro ménsulas, a uno y otro lado del proscenio

Alarcón.

Gorostiza.

Calderón.

Rodríguez Galván.

-383-

Algunos bustos de otros hombres notables han dejado de colocarse en nuestro salón por falta de espacio, y esta circunstancia explica y disculpa suficientemente tan sensible omisión.

No obstante el detenido estudio que emprendí en el desarrollo del proyecto respecto de la forma que debiera darse al salón, faltábanle a aquél las condiciones acústicas e

higiénicas tan esenciales en las salas de espectáculos, circunstancias que originaron nuevas dificultades. Las paredes rectangulares del local y la forma del cielo, sostenido por planos inclinados hechos de propósito para cubrir las grandes zapatas que soportan las vigas del techo, contrariaban, de todo punto, las leyes de la acústica; defecto que corregí, sustituyendo los planos inclinados por superficies curvas que no impidiesen la libre propagación del sonido, lo cual, por su combinación, mejoraba notablemente el aspecto del artesonado. Con el mismo fin me propuse evitar en las nuevas construcciones, hasta donde era posible, las formas angulares; y por último, para aumentar la sonoridad, determiné la formación de una caja armónica en el lugar que a la orquesta corresponde, y limitar el arco del proscenio por dos curvas elípticas paralelas. El resultado correspondió a mis deseos, y espero que pronto os convenceréis de ello.

-384-

Para la conveniente ventilación del salón, aproveché cuantos recursos estuvieron a mi arbitrio. Hice colocar persianas en las cuatro ventanas, y practicar horadaciones en la parte inferior de las paredes; sistema que, como se sabe, es de los más provechosos resultados. En el zócalo que corresponde a cada platea, se hicieron los convenientes taladros, por donde, sin molestar, penetra el aire que proviene de aquellas horadaciones; y por último, comuniqué el foro, por la parte del techo y en toda su extensión, con la sala perfectamente ventilada que existe en el piso superior.

He procurado dar al escenario las mayores comodidades posibles, no obstante sus límites reducidos, disponiendo, para el pronto servicio de la escena, que las decoraciones sean en su mayor parte cerradas y de rompimiento; que los telones se levanten sin doblar, con lo cual se logra la conservación de ellos y mejor efecto, y que el servicio de los maquinistas se haga por la parte superior, a fin de no entorpecer la escena.

Por la parte posterior del foro se construyeron, en número de once, los cuartos de los actores y las salas para vestuario de coristas y comparsas; dichos cuartos, bien ventilados, rodean el foyer de artistas, que es indispensable a fin de evitar que éstos reciban a sus visitas en los mismos cuartos.

-385-

Para concluir con esta parte de mi informe, debo manifestar a la Junta, que con el objeto de precaver al edificio de un incendio, atendiendo a éste prontamente en sus principios, aproveché la fuente que se hallaba en el pequeño patio de la habitación destruida para la formación del foyer, colocando una buena bomba que eleva el agua hasta el depósito que se encuentra en la parte más elevada del edificio.

Paso a tratar de la inversión de los fondos.

Al aceptar el encargo con que me honró la Junta, desde luego propuse se hiciera exclusivamente la distribución de dichos fondos por la tesorería de la Sociedad, previos varios requisitos, y sin más intervención por mi parte que la de poner el visto bueno a los recibos de los interesados, conforme a los presupuestos económicos presentados directamente a la Junta y aprobados por ella. La cuenta que tengo la honra de presentar, es la misma que ha seguido la Tesorería de la Sociedad Filarmónica; todas las partidas, aun aquellas que provienen de gastos menores e insignificantes, están debidamente documentadas y a entera satisfacción de las personas que las han requisitado.

La cuenta a que me refiero es como sigue:

-386-

Cuenta que presenta el que suscribe como encargado de la construcción del teatro, de las cantidades que se han invertido en dicha obra

Ingresos

Egresos
Recibido de los accionistas²⁶
8.200

Ídem del Gobierno para reposiciones del edificio
2.000

Ídem de los propietarios de las localidades
262

Ídem de préstamos del señor Escalante
6.000

Ídem del señor Iglesias
200

-387-

A Mendoza por el importe de sus presupuestos²⁷

5.414 25

A ídem por varios trabajos extraordinarios

709 01

A los talladores

120 62

A la maderería por vigas y tabla de techar

162 25

A Ramírez por sus presupuestos

3.465 00

A sus pintores para concluir la obra y pintura del Foyer

413 03

A Lazarin, por el proscenio y las galerías

808 00

A Fernández, retratos, medallón, etc.

680 00

Por trabajos de pintura en el telón, cuarto de fumar y diseño del proscenio

210 00

-388-

A Müller, encargado de la obra de albañilería por rayas, materiales y gastos menores

2.421.12

A Garcilaso y Guillaumin por varios trabajos de herrería

208 64

A Valdés, por asfalto

82 00

A varios, importe de las cortinas y varillas, balleta, bellotas, flecos, etc., etc.

382 11

Por papel sellado para los contratos

17 00

A Aburto por candelabros, candil y farola

385 00

A Ortega por varios trabajos de yeso

155 00

A Serrato, ídem

172 50

A Castañares por globos apagados

72 00

A Delarue, por hule para tapizar bancas y barandillas

128 00

-389-

A Alfaro por tapizar las mismas

228 00

Por manta para las decoraciones

76 75

Por alfombra para los palcos, plateas, escaleras y contaduría, incluso lo dado por cuenta de la postura

234 50

A Alfaro, por los inodoros

55 06

A Del río, bombillas, plumeros y armellas, etc., etc.

21 00

A Monroy, por cuenta del vestíbulo

415 00
A González, por la decoración de conciertos

250 00
A Simon Philips por cuenta de las sillas

300 00
Ídem unos silloncitos

36 00
Por sillas para la orquesta

36 00
-390-

Por post.^a de la bomba

4 00
A Dall Aglio por cuenta de decoraciones

100 00

Suma del egreso

17.761 84
Cantidad suplida del fondo de la Sociedad
1.099 84

Igual
17.761 84
17.761 84
El tesorero, Liceaga.

He desempeñado la comisión con que me honró la Junta Directiva, procurando interpretar los deseos que la animaban al dar su acuerdo para trasformar el antiguo salón de conciertos en un local que por su decoro fuese digno del arte. No sé, Señores, si habré llenado vuestro intento, más si como lo temo, así no fuere, podéis por lo menos estar convencidos de que he hecho cuanto me ha sido posible, y sólo me resta suplicaros que os dignéis aprobar mis humildes trabajos.

Febrero 1.º de 1874.

Discurso en honor de Samuel Morse

Pronunciado en la solemne sesión celebrada por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística la noche del 21 de Diciembre de 1872

Señores:

No se puede tratar de una obra científica sin rendir grande admiración a la inteligencia humana, a ese destello de la sabiduría divina por el cual se distingue el hombre particularmente de los demás seres vivientes. La naturaleza ha ido cediendo progresivamente sus admirables arcanos al estadio y a la observación del sabio que nada de cuanto existe ha despreciado y todo ha sido objeto de su investigación, así la delicada yerbecilla que colora de verde esmalte las campiñas, como la frondosa ceiba y el secular sabino de los bosques; así la inquieta mariposa como el atrevido cóndor que se cierne sobre las nevadas cúspides de -392- las montañas; con el mismo interés ha hecho el estudio anatómico del infusorio, como el del cetáceo de colosales proporciones; y por último, abriéndose paso por entre las densas capas de las aguas, ha descendido a escudriñar el mundo marítimo, y rasgando el sutil velo del éter, se ha lanzado a la indefinida extensión del espacio para inquirir las leyes que rigen a los cuerpos celestes. Así, pues, los conocimientos humanos han adquirido un desarrollo prodigioso; y ya en nuestros días cada materia de una ciencia, constituye otra ciencia separada, aunque íntimamente relacionada con la que le dio origen.

La Física, ciencia sublime de la naturaleza, ha revelado al hombre interesantes misterios. La casualidad, seguida de la observación unas veces, y el estudio y perseverancia otras, han logrado descubrir multitud de fenómenos físicos que han tenido, la mayor parte, utilísimas aplicaciones.

La electricidad, agente principal, del cual según nuevas teorías, dimanen los demás, ha enriquecido notablemente las ciencias, y como fuente inagotable, continuará enriqueciéndolas, produciendo los mayores prodigios; ese poderosísimo agente ha nulificado las distancias transmitiendo la palabra con la velocidad del rayo, sin que le sirvan de barrera las gigantes cadenas de montañas, -393- ni de obstáculo las tremendas agitaciones del Océano.

La electricidad estática, antes del invento de Volta, por fuerte que fuera su acumulación, era insuficiente para aplicarla a la telegrafía de una manera practicable y conveniente; hecho notable que estaba reservado a la electricidad dinámica, o más bien al electro-magnético. Volta inventó el aparato generador de tan poderoso agente; Bequerel modificó el aparato de Volta haciendo constante la elaboración, y por tanto perenne la corriente, y Oersted observó por primera vez la influencia de esa corriente en la brújula. Entonces nació el electro-magnetismo, y con esta ciencia el principio de la telegrafía eléctrica bajo la sabia aplicación de Ampère.

Si la sabiduría de estos hombres ilustres inundó de luz el antiguo mundo, Franklin y Morse brillaron como astros de primera magnitud en el mundo de Colón.

Franklin, como algunos sabios europeos, entrevió la idea de las comunicaciones telegráficas, y Morse la realizó; Franklin desprendió de las nubes el rayo y le sepultó en el inflamado seno de la tierra, y Morse se apoderó de él para encerrarlo en un circuito de metal; Franklin preservó al hombre de la descarga eléctrica, y Morse la utilizó convirtiendo ese terrible meteoro en el -394- mensajero rápido, digno émulo por su velocidad, del pensamiento.

Con el aparato de Morse, la idea de la telegrafía eléctrica tuvo su definitiva aplicación, estableciéndose la primera línea entre Washington y Baltimore. Desde entonces los telégrafos se multiplicaron en ambos continentes, y ya sólo preocupaba el ánimo de los

hombres científicos el hecho de la colocación del cable submarino, idea maravillosa que debía realizarse más tarde. El 5 de Agosto de 1858 el Nuevo Mundo, por la voz del presidente de los Estados-Unidos, saludaba al antiguo, representado por la reina de Inglaterra. El rayo surcaba la inmensidad del Océano estampando con su estela de fuego las siguientes frases, las más elevadas y dignas de tan grandioso espectáculo: «El telégrafo ha unido a Europa y a América. Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad».

* * *

Veamos ahora de qué manera ha secundado la República Mexicana a las demás naciones respecto de una mejora material de tanta importancia y trascendencia.

Como en Europa, México ha puesto en uso diversos sistemas telegráficos. Los aztecas transmitían -395- sus mensajes por medio de hombres apostados de trecho en trecho; en épocas modernas, el telégrafo aéreo en las torres de nuestra catedral denunciaba los movimientos del invasor norteamericano; Y por último, en 1850, el benemérito don Juan de la Granja hacía el primer ensayo en la capital de la República, de la telegrafía eléctrica, comunicando el palacio nacional con la Escuela de Minas.

Para poder apreciar debidamente el mérito de don Juan de la Granja, preciso es recurrir a la historia, que nos muestra las decepciones y las penalidades que han atribulado el ánimo de varones ilustres que algo nuevo han emprendido, aun cuando los obstáculos para la realización de una idea no hayan tenido por causa la timidez, la envidia, o la ignorancia de los demás hombres; preciso es tener en cuenta los escasos elementos de que podemos disponer, particularmente por el excesivo egoísmo de la mayor parte de nuestra gente acomodada, hecho que inútilmente se ha tratado de justificar. A no existir esta causa principal, extensas líneas telegráficas ceñirían como una diadema de fuego el territorio de la República. Por consiguiente, mucho tuvo que luchar don Juan de la Granja para realizar su empresa, por la falta de accionistas, y aquella hubiera fracasado sin el eficaz auxilio pecuniario -396- de don Hermenegildo de Viya y Cosío, actual cesionario de la línea de México a Veracruz.

La patria reconocida premió los afanes del ilustrado emprendedor don Juan de la Granja, honrándole con el título de ciudadano mexicano y de diputado al Congreso de la Unión.

Por orden cronológico expreso en seguida todas las disposiciones dictadas acerca del establecimiento de líneas telegráficas en la República.

1849, 10 de Mayo.- Publíquese el primer decreto concediendo privilegio exclusivo a don Juan de la Granja para plantear líneas telegráficas en la República (Gobierno del señor Herrera).

1851.- Queda establecida la línea telegráfica entre México y Puebla, trasmitiéndose el primer telegrama en el mes de Diciembre.

1853.- Primer telegrama de la línea de México a León, contratada con don Juan de la Granja por don Octaviano Muñoz Ledo, Gobernador de Guanajuato, en la cantidad de cien mil pesos.

1859.- Se prorroga al señor don Hermenegildo de Viya y Cosío, cesionario de la testamentaria, de don Juan de la Granja, el privilegio otorgado a este señor el 10 de Mayo de 1849.

1865, 7 de Junio.- Decreto concediendo privilegio a don Carlos C. Clute y socios para el establecimiento de tres líneas: primera, por un año, de Guanajuato a Matamoros, pasando por San -397- Luis, Saltillo y Monterrey; segunda, por dos años, de Matamoros a Veracruz, por Victoria, Tampico y Tuxpam; tercera, por dos años, de San Luis Potosí a Durango, pasando por Aguascalientes, Zacatecas, Fresnillo y Sombrerete.

1865, 12 de Agosto.- Decreto concediendo permiso a don Carlos J. Arnoux, como representante de varios capitalistas de Nueva-York, para establecer tres líneas: la primera, de la Capital a San Francisco de California, pasando por Toluca, Morelia, Zamora, La Barca, Guadalajara, Tepic, San Blas, Mazatlán, Culiacán y Guaymas; la segunda, de Mazatlán a Durango, Cuencamé, Parras, Villa-Aldama, Cerralvo y Camargo; y la tercera, del puerto del Manzanillo a Guadalajara.

1865, 16 de Noviembre.- Se concede permiso a don Rodrigo Rincón para establecer una línea de Lagos a Aguascalientes.

1865.- Se aprueba el gasto de 10.000 pesos para el establecimiento de la línea de Tehuacán a Oaxaca.

1865, Julio 27.- Bajo las mismas bases que la línea anterior, Maximiliano acordó la construcción de un ramal de Tepeji a Tula.

1865, Noviembre 12.- En el mismo año se construyó la línea del puerto de Sisal a Mérida.

Además de las expresadas líneas, por convenio -398- celebrado con los señores Jecker y Compañía, sobre pago de su crédito, se comprometieron dichos señores a entregar las siguientes líneas en los plazos que se expresan:

De México a León, establecida ya, para Enero de 1866, sin privilegio.

De México a Tampico, pasando por Pachuca, Tulancingo, Zacualtipam, etc.

De León a Guadalajara.

De Amozoc a Veracruz, por Perote.

De México a Cuernavaca.

En tiempo de Maximiliano se hicieron en el propio año propuestas por don Arturo de Marcoantú para establecer dos cables submarinos; uno del cabo de San Antonio al de Catoche, y otro de este punto a Veracruz. Tal proyecto no tuvo efecto.

1869, Abril 30.- Se concede una subvención de 5.000 pesos, en el presupuesto del año, a las compañías concesionarias de Durango a Mazatlán.

1869, Mayo 5.- Se decreta otra subvención de 11 pesos por kilómetro construido del telégrafo de Tlalpam a Cuernavaca, subvencionando a la empresa con una cantidad que no exceda de 2.000 pesos.

1869, Mayo 31.- Se subvenciona a la empresa del telégrafo de México a Toluca con la cantidad de 20 pesos por kilómetro construido.

-399-

1870, Noviembre 18.- Se concede otra subvención a la empresa del telégrafo de Veracruz a Tampico, de 25 pesos por kilómetro construido entre este último puerto y el de Matamoros.

1870, Diciembre 10.- Decreto que fija el plazo de seis meses y la cantidad de 32.000 pesos al telégrafo de Durango a Mazatlán y autorizando al Ejecutivo para invertir 12.300 pesos en la compra del de Sombrerete a Durango.

1870, Diciembre 13.- Decreto autorizando a don H. G. Norton, de Nueva-York, para establecer en las aguas de la República un cable electro-submarino que sirva de comunicación entre un punto cualquiera de la costa Norte de Veracruz y otro de la costa de los Estados-Unidos.

1871, Diciembre 7.- Se exceptúan de los derechos aduanales los útiles y materiales para el telégrafo de Campeche, al cantón de Iturbide y estados limítrofes.

1872, Abril 11.- Se prorroga por un año el término fijado a don H. G. Norton para establecer el cable entre Yucatán y la Isla de Cuba.

1872, Octubre 29.- Se decreta la construcción de una línea que partiendo de Tancasnequi, pase por Ciudad Victoria y termine en Matamoros.

1872, Diciembre 23.- Decrétase la línea de Apizaco a Huauchinango por Tlaxco y Chignahuapan, -400- y dos ramales en la línea del interior, y son los de Tepeji a Tula y Jilotepec.

1872, Diciembre 13.- Se autoriza al Ejecutivo para la construcción de un telégrafo de Mazatlán a Ures, tocando en Culiacán, el Fuerte, Álamos, Guaymas y Hermosillo. El mismo decreto consigna al telégrafo de Durango a Chihuahua y Paso del Norte, el gasto de 60.000 pesos.

Las líneas que hoy forman en la República la red telegráfica, son las siguientes.

Líneas del Gobierno Federal

Kilómetros

De México a Querétaro

209,50

De Querétaro a San Luis por San Miguel

251,40

De San Luis a Matamoros por Saltillo, Monterrey, Cadereyta, Cerralvo y Mier

900,00

De Querétaro a León por Salamanca, Guanajuato y Silao

272,35

De Guanajuato a Dolores Hidalgo (ramal)

58,66

De Irapuato a Pénjamo (ramal)

62,85

De Celaya a Salvatierra (ramal)

44,90

-401-

De Salamanca, a Valle de Santiago (ramal)

50,28

De México a Tixtla por Cuernavaca y Chilpancingo

336,82

De Tehuacán a Oaxaca

251,40

De Durango a Mazatlán

377,10

De Mérida a Campeche

159,22

De Hecelchacán a Iturbide (ramal)

83,00

De Mérida a Sisal

52,37

De Mérida al Progreso

33,52

De Mérida a Izamal

67,04

De Mérida a Tekax

104,75

De Mérida a Mama

56,00

Suman los telégrafos construidos

3.368,16

Decretados y en construcción

Kilómetros

De San Luis a Tampico

444,14

De Minatitlán a Campeche

620,00

De Chilpancingo a Acapulco

167,00

De Izamal a Valladolid

90,00

Suma total de las líneas del Gobierno

1.321,14

-402-

Líneas de los estados

De San Luis a Durango, por Pinos, Ojo Caliente, Zacatecas, Fresnillo, Sombrerete, Chalchihuites y Nombre de Dios

500,00

De Ojo Caliente a Aguascalientes (ramal)

80,00

De Zacatecas a Jerez y Villanueva (ramal)

125,00

De Salvatierra a Maravatio y a Pátzcuaro por Morelia

180,00

De Jalacingo a Tampico por Ozuluama

452,00

De Veracruz a Minatitlán por Alvarado, Tlacotalpam, Cosamaloapan, Tuxtla y Acayucan

404,96

Suma de las líneas de los Estados

1.741,96

Líneas de particulares

De León a San Blas por Guadalajara

320,00

De San Juan de los Lagos a Aguascalientes (ramal)

90,00

De Guadalajara al Manzanillo

370,00

De México a Toluca

67,40

-403-

De México a Veracruz por Río Frío, Puebla, Cañada, Orizaba, etc.

411,50
De México a Veracruz por Ometusco, Huamantla, Jalapa, etc.
581,29
De Apizaco a Puebla por Tlaxcala (ramal)
51,95
De Ayotla a Ameca
20,00
De Ometusco a Tulancingo por Pachuca (ramal)
113,13
De Perote a Teziutlán por Jalacingo (ramal)
39,38
De Jalapa a Coacteppec (ramal)
8,38
De Huamantla a la Cañada por Chalchicomula (ramal)
99,51
De la Cañada a Tehuacán (ramal)
34,56
Línea del Ferrocarril de México a Veracruz
415,00
De Puebla a Apizaco (ramal)
45,00

Suman las líneas de particulares

2.667,10

Total número de kilómetros en la red telegráfica, 9.098,40

Suman las líneas construidas

7.777,26

Ídem en construcción y decretadas

1.321,14

Total

9.098,40

-404-

No me detendré en encarecer las innumerables ventajas que con el establecimiento de los telégrafos obtienen la industria, la agricultura y el comercio. Todos los dignos miembros de la Sociedad de Geografía que me escuchan, las conocen mejor que yo. Sin embargo, debo hacer notar dos circunstancias dignas de ser observadas y de que les prestéis vuestra atención. El telégrafo en México ha venido a corroborar la idea de que los sacudimientos de tierra no son simultáneos sino progresivos.

Poco tiempo hace que, al sentirse en Veracruz un terremoto, los telegrafistas de aquella oficina comunicaron inmediatamente su observación a los empleados de la de México, donde no se sentía el menor movimiento al recibirse el mensaje. La palabra «tiembla» fue trasmitiéndose progresivamente por el orden de la situación de las oficinas del trayecto, y al cabo de minuto y medio, el suelo en que se asienta la capital empezó a oscilar fuertemente.

Si la agricultura, la industria y el comercio han obtenido inmensas ventajas con el establecimiento de las líneas telegráficas, la ciencia geográfica mucho tiene que esperar

de ellas, puesto que por su medio se obtienen pronta y económicamente las diferencias de longitudes. A los esfuerzos de nuestros ingenieros Díaz Covarrubias -405- y Jiménez, debemos algunas posiciones geográficas determinadas por este medio; y si la Sociedad de Geografía tomara a su cargo asunto de tanta importancia, en el trascurso de poco tiempo podríamos contar con un gran catálogo de posiciones geográficas exactas, que viniesen a corregir los graves errores que contienen nuestros planos.

Doy fin a mi corto discurso, recomendando a la ilustrada Sociedad de Geografía y Estadística la Carta telegráfica de la República, que con tanto acierto ha sabido llevar a feliz término nuestro distinguido telegrafista y consocio Cristóbal Ortiz.

Diciembre 21 de 1872.

-[406]- -407-

Discurso en honor de Lamberto A. S. Quetelet
Pronunciado en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística

Señores:

La famosa ciudad de Gante, patria de tantos hombres ilustres en las ciencias, en las artes y en las armas, vio nacer el 22 de Febrero de 1796 a un niño que con el tiempo llegaría a ser honra y orgullo de la ilustrada Bélgica. Llamose ese niño Lamberto Adolfo Santiago Quetelet. Si pudiera vaticinarse el porvenir de los hombres, la humanidad entera celebraría con fausto el natalicio de aquellos seres que, como Quetelet, vienen al mundo dotados de una privilegiada inteligencia; habría celebrado con júbilo el nacimiento de ese -408- niño, saludándole como al futuro astrónomo, al infatigable meteorologista y al estadista profundo.

Como todos los hombres de genio, Quetelet reveló desde su edad temprana las dotes de su claro entendimiento, pues a los diez y ocho años su buena instrucción le permitió elevarse al magisterio, como profesor de Matemáticas en el Colegio de Gante, y cinco años después en el Ateneo de Bruselas, al mismo tiempo que ocupaba un asiento en la Academia Real de Bélgica, de la cual fue más tarde secretario perpetuo.

A fin de perfeccionar sus conocimientos astronómicos, marchó a París en 1824, enviado por el ilustrado gobierno del rey Guillermo, y regresó a su patria, dos años después, para fundar el Observatorio de Bruselas, cuya dirección se le confió, y la cual desempeñó hasta los últimos días de su existencia. Los anuarios científicos, las revistas y los libros de los sabios insertan preciosos datos debidos a las profundas observaciones de Quetelet, a sus variados conocimientos y a su extremada dedicación; bellos e interesantes trabajos, con los cuales el ilustre astrónomo recompensó con usura a su gobierno la protección que de él recibiera.

En las inmortales obras de Humboldt y Arago, en lo concerniente a la meteorología, casi en cada -409- página se lee el nombre de Quetelet, y las justas apreciaciones que de sus trabajos e interesantes observaciones hacen ambos sabios. Cada una de aquellas citas, en libros tan eminentes, erige a Quetelet un monumento eterno, como lo son las bellas páginas del Cosmos y la Astronomía popular.

De 1827 a 1829 recorrió Inglaterra, Escocia, Alemania, Suiza e Italia, dando, a fuer de inteligente observador, más dilatado ensanche a sus conocimientos, los cuales reveló tan luego como hubo regresado a su patria, emprendiendo una serie de útiles publicaciones.

La reputación del astrónomo belga se extendió rápidamente y se hizo universal; en 1841 su patria le honró con el título de presidente de la Comisión Central de Estadística, y la Europa toda y la América, le colmaron de honores y de todo género de distinciones.

La Astronomía Elemental de Quetelet ha sido en México el primer libro científico que, como un guía luminoso, ha puesto el profesor en nuestras manos. Sus instructivas páginas nos dejaron percibir la radiante luz de la ciencia, impidiendo con su buen método que aquella nos ofuscará. Si a esta circunstancia favorable se agrega nuestra inclinación natural a honrar a los sabios erigiéndoles un templo en nuestros corazones, preciso -410- era que la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, fiel intérprete de aquel sentimiento, distinguiese al ilustre sabio con el título de socio, y decretase, al saber su muerte, acaecida el 17 de Febrero último, esta solemne sesión en honra de su memoria.

Bajo diversos puntos de vista debe considerarse el genio de Quetelet: como astrónomo distinguido, como hábil meteorologista, como estadista profundo, y más que todo como propagador infatigable de la ciencia. Esta última y envidiable cualidad basta por sí sola para hacer su apología.

Si se consideran los servicios prestados a la sociedad, tanto por el genio creador de los principios como por el sabio propagador de los conocimientos humanos, en sus respectivas esferas, resalta un gran mérito. Si el brillante astro del día resplandece por su propia luz, los planetas con sus reflejos también ahuyentan las tinieblas. Los Laplace, con su genio creador, lanzan al mundo los brillantes rayos de su inteligencia; y los Quetelet, planetas de esos soles, los difunden disipando las tinieblas de la ignorancia. El hombre, en general, no puede poner sus ojos en la radiante fotosfera solar, y sí puede fijar la vista en el disco apacible de la luna.

Aun prescindiendo de las propias observaciones de Quetelet como astrónomo, y de las cuales -411- tratará esta misma noche mi apreciable consocio don Francisco Jiménez, la enunciación sólo de las innumerables obras que dio a luz el ilustre sabio, bastan para demostrar su relevante mérito como propagador insigne.

La meteorología, una de las ciencias más difíciles por su aplicación y que demanda la mayor asiduidad en las observaciones, fue el asunto a que dio grande importancia el ilustre astrónomo, consagrándole su tiempo y las ricas dotes de su entendimiento. La lluvia de meteoros cósmicos que había sido observada en América, en 1799, por Humboldt y Bonpland, fue para Quetelet el origen de un importante descubrimiento.

Nada es más digno de las inteligencias privilegiadas que el examen de los fenómenos celestes. En la contemplación del firmamento, el poeta halla la inagotable fuente de inspiración; en el estudio del Universo, el astrónomo descubre las leyes inmutables que rigen a los cuerpos que lo pueblan; y en la atenta meditación de los espacios infinitos, el filósofo, ante los asombrosos arcanos providenciales, adquiere la convicción de las limitadas facultades de su entendimiento.

Consagrado constantemente al estudio, Quetelet contribuyó a descubrir las leyes a que se hallan sujetas en el espacio las masas meteóricas, -412- fijando su atención en los anillos de millares de meteoritas que circulan en torno del sol como otros tantos asteroides, y a los cuales la tierra encuentra en su camino.

¿Quién no ha visto aparecer de improviso esos cuerpos, inflamarse al contacto de la atmósfera, cruzar rápidamente el espacio con sus estelas luminosas como pequeños y brillantes cometas, y extinguirse súbitamente? Ese sublime espectáculo que sólo excita la curiosidad y admiración del hombre indiferente, es un manantial de sabiduría para el diligente observador.

Comparando las observaciones modernas con las de los anales chinos, cuyo extracto publicó Biot, llegó Quetelet a determinar la periodicidad de la lluvia de estrellas erráticas, llamadas de San Lorenzo, y que tiene lugar del 9 al 11 de Agosto. Según las distintas circunstancias que concurren en la aparición de esos cuerpos de materia cósmica, forman tres grupos: 1.º Estrellas esporádicas, que aparecen todo el año y

cruzan en todas direcciones en número de ocho, término medio, por hora, en el campo de un observador, según el mismo Quetelet. 2.º Lluvia de San Lorenzo, del 9 al 11 de Agosto, que radian de las constelaciones de Perseo y Casiopea, y cuya máxima intensidad se efectúa el día 10, conforme a las observaciones del mismo ilustre sabio; y por último, -413- la lluvia del 10 al 15 de Noviembre, cuyo lugar de radiación es la constelación de León, y su máxima intensidad la madrugada del día 14.

En la interesante Memoria que sobre los catálogos de estrellas erráticas publicó Quetelet, manifiesta las relaciones de periodicidad que existen entre las auroras boreales y aquellos meteoros, sin que por esto se entienda que entre aquéllas y éstos existe el mismo origen y pertenecen a una misma clase, sino que debe suponerse que las causas determinantes de las auroras boreales pueden ser favorables al nacimiento del fenómeno meteórico.

A Quetelet se deben interesantes observaciones sobre ciertos movimientos simultáneos atmosféricos, los cuales explica por medio de ingeniosas hipótesis, y además sobre las lluvias, temperatura del suelo y auroras boreales, publicando sus resultados y dando de todo las más sabias descripciones y curiosos detalles.

A ejemplo de estos sabios, el mismo Quetelet hizo multiplicados experimentos, introduciendo el termómetro en la tierra y a distintas profundidades, a fin de resolver la importantísima cuestión de la temperatura del globo. Sus propias observaciones y la comparación que de éstas hizo con las de otros sabios, le dieron un resultado satisfactorio respecto de la velocidad media -414- con que se trasmite el calor al interior de la tierra, determinando las dos profundidades en que las variaciones anuales y diurnas de la temperatura pueden considerarse nulas.

Por último, en 1873, Quetelet publicó su Memoria sobre las resoluciones del Congreso de Viena, del cual formó parte. Tenía por objeto esa reunión la discusión de las bases que, en concepto de aquellos sabios, deberían adoptarse para proceder de una manera uniforme a las observaciones meteorológicas en todos los países.

Las obras más notables que nos dejó el eminente Quetelet, independientemente de las estadísticas e históricas, son: la Astronomía Elemental (1826), cuya segunda edición tomó el título de Elementos de Astronomía (1847), Anuario del Observatorio Real de Bruselas (1833-1866), Física del Globo (1861), Meteorología de Bélgica, comparada con la del Globo (1867), y varias Memorias destinadas a la Correspondencia física y matemática de Bélgica y a los Anales del Observatorio.

Los importantes trabajos de Quetelet no se limitaron a la astronomía y meteorología; su talento y su erudición prestaron a su patria servicios no menos importantes, con las obras que escribió sobre estadística.

Estos distintos ramos de la ciencia, basados -415- en datos numéricos, demandan cada uno, por su dificultad suma, una inteligencia superior y especial. De los fenómenos celestes y atmosféricos obtiene el astrónomo y meteorologista los datos esenciales de sus cálculos; el estadista los recoge de los hechos naturales, sociales y políticos. Los primeros, respectivamente, fijan las leyes del movimiento de los astros y las causas determinantes de los meteoros, y el segundo da a conocer el estado social de un pueblo en sus elementos naturales de economía, situación y movimiento. Aquéllos predicen la reproducción de los fenómenos celestes y las variaciones del tiempo, y éste prevé los males de la sociedad y propone las medidas necesarias para su remedio.

Estas diversas circunstancias realzan más el mérito del hombre que supo tratar con tanto acierto materias tan variadas como difíciles, y que llenaron toda su laboriosa existencia.

Los títulos sólo de las obras que Quetelet escribió sobre estadística, revelan su inmensa importancia.

Investigaciones estadísticas acerca del renio de los Países-Bajos (1830); Investigaciones sobre la reproducción y mortalidad, y sobre la población de Bélgica (1832); Influencia de las estaciones sobre la mortalidad a diferentes edades (1838); - 416- Cartas al Duque de Sajonia-Coburgo-Gotha, sobre la teoría de las probabilidades, aplicada a las ciencias morales y políticas (1846); Sistema social y leyes que lo rigen (1848); Estadística moral y leves en que se funda (1848); y con el concurso de M. Heuschlin, Estadística internacional (1865).

Publicó, además, un Proyecto de ley para la enseñanza pública en Bélgica (1838); una Historia de las ciencias físicas y matemáticas (1865), y las Ciencias físicas y matemáticas de los belgas a principios del siglo XIX (1867).

Muy pocas son las noticias que de la vida de Quetelet nos han llegado. Uno que otro rasgo biográfico que consigna el Diccionario de Vapereau respecto de ese sabio, y las menciones y citas de sus obras y observaciones que se encuentran en los libros científicos, han sido el único material de que he podido disponer para dar forma a este corto discurso, en desempeño de la comisión que la Sociedad se dignó conferirme.

Sin embargo, puedo aventurar, acerca de la vida de este sabio, una presunción que no desmentirá ciertamente la biografía que escriban sus compatriotas. Entregado el ilustre Quetelet a sus ocupaciones favoritas en el seno de su familia, estimado de su gobierno y querido de sus -417- amigos, entre los cuales contaba en primer lugar a Humboldt, Arago, Agassiz, Maury y otros hombres ilustres, su existencia, con excepción de las penalidades inherentes a la humanidad, debe haber sido tranquila y feliz.

Digna fama le granjearon en vida sus importantes trabajos; de hoy en adelante, sus obras constituyen su fama póstuma.

México, Julio 25 de 1874.

FIN

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

